KEIRA MOREAU



# DONES MORTALES

ÉL ES EL LORD DE LA MANSIÓN.
Y ELLA TIENE COMO OBJETIVO ASESINARLO.

# Dones Mortales

*Trilogía Dones, #1*

Keira Moreau

Derechos de autor © 2025 Keira Moreau

Título original:
Dones Mortales (Trilogía Dones, #1)
Autora: Keira Moreau
Sello: Autopublicado
Primera edición: Junio, 2025

Corrección:
Esther Sierra F.
Maquetación:
Kress Watson
Diseño de portada:
Dani Triana

© Todos los derechos reservados. Esta obra está protegida por las leyes de copyright y tratados internacionales.
No está permitida la reproducción total o parcial de cualquier parte de la obra, ni su transmisión de ninguna forma o medio, ya sea electrónico, mecánico, fotocopia u otro medio, sin el permiso expreso del titular y autor de los derechos.
El contenido de esta obra es ficción. Cualquier semejanza con personas reales, vivas o muertas, empresas, eventos o locales, es pura coincidencia y fruto de la imaginación de los autores.

*A todos los que buscáis magia en vuestra vida;*
*a los que la hacéis;*
*y a los que la lleváis dentro.*

*Pero sobre todo, a ti,*
*que sueñas con ese villano*
*que haría arder el mundo por ti.*

*Sueñan los pájaros enjaulados con ser libres.*
*Sueñan los que creen estar libres con una libertad mayor.*
*¿No te das cuenta, pequeño pájaro, de que todos en este maldito mundo estamos enjaulados?*
~ Lord Blackwood ~

# Contenido


Página del título
Derechos de autor
Dedicatoria
Epígrafe
Advertencia de contenido
Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25

Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Epílogo
Agradecimientos
¡Gracias por estar aquí!

# Advertencia de contenido

Si vas a leer este libro, antes debes saber que encontrarás…

Contenido y lenguaje explícito

Vejaciones

Maltrato físico y psicológico

Torturas

Agresiones sexuales

Violencia

# Prólogo

El Lord me ha citado.

El Lord me ha citado y es lo mejor y lo peor que me ha pasado en la vida, incluso obviando el momento en el que fui tratada como un mero objeto para traerme a la Mansión Blackwood y así complacer al Lord cuando quisiera desfogarse con una humana.

Humana…

Lo que soy.

Lo que todos los Sangre Pura odian.

Lo que he aprendido a odiar en silencio y a temer durante las fiestas desenfrenadas que celebran casi religiosamente cada semana, temiendo ser una de las invitadas.

Escoria.

Basura.

Un error de la genética, según ellos.

«Un monstruo», escupe mi mente, trayendo de la lejanía un recuerdo de esos que siempre intento olvidar. Veo las caras de los niños Sangre Pura mirándome con una mezcla de odio y rencor, las madres los apartan y protegen con sus cuerpos como si temieran que fuera a contagiarles algún virus mortal.

Sí… Desde que la magia se hizo con el control del mundo y solo aquellos que la dominan tienen derecho a contar su verdad, los humanos no hemos sido muy bien vistos. Más bien nos han apaleado, pisoteado y humillado, hundido en el fango y la miseria y convertido en meros espectadores de nuestra desgracia. Nosotros solo somos los que los servimos, para uno u otro fin: para limpiar sus enormes Mansiones y castillos, para satisfacer sus placeres más oscuros, para ser sus espías en la sombra…

—¿Nerviosa? —cuchichea en mi oído Nahira, inclinándose a colocarme bien una de las mangas, bajándola para que mi hombro quede expuesto. Sería una mentira decir que es mi amiga, ya que

entre nosotros no hay de eso. No tenemos amigos, solo aliados, y unas veces están de tu parte y otras en tu contra.

Su piel bronceada reluce con las llamas que desprenden las velas y cuando se da cuenta de que la observo se detiene a mirarme. Curiosea con disimulo a su espalda, donde un par de sirvientas están arreglando la cama en la que habré de yacer con el temible Lord, Líder del Aquelarre Rubralūna, señor de la Mansión y amo de cuantos estamos en ella.

Un escalofrío me recorre la espina dorsal con tan solo imaginarme la violenta escena. Él, apodado el Asesino Supremo, con un rostro tan frío como sus ojos y una voz acerada, capaz de helarte con una sola palabra. Ese hombre que destila poderío y destrucción por los cuatro costados, que huele a peligro y es capaz de convertir en piedra al más valiente con una única mirada. ¿Cómo podría yo acabar en esa cama con él, si no obligándome? ¡Jamás lo haría por voluntad propia! ¡Jamás!

—Cala. Eh, Cala, ¿estás ahí? —Nahira chasquea los dedos ante mis ojos y sacudo la cabeza para salir del trance.

Aún veo en mi mente su enorme cuerpo sobre el mío, aprisionándome contra el colchón en el que duermo por las noches y en el que tendré miedo a volver a descansar. Estoy segura de que reviviré el momento una y otra vez, temiendo que se repita. Y es que… Me da vergüenza solo pensarlo. Es que nunca nadie ha… Nadie ha…

—Verás como sale todo bien —me intenta tranquilizar. Coloca una mano sobre la piel desnuda de mi brazo y me da un pequeño apretón—. Dicen que el Lord es un gran amante —cambia de pronto el tono, haciendo un gesto insinuante con las cejas—. Al parecer está bien armado y aunque es brusco tiene aguante y…

—¡Nahira, Nahira! —la corto, tapándome los oídos con las manos y cerrando los ojos. Enrojezco solo de imaginar lo que puede tener o no el Lord entre las piernas—. No tengo interés en saber más, créeme.

Mi aliada me da un toque juguetón en la nariz y sonríe.

—Relájate, todo va a ir bien. Piensa que si le complaces volverá a pedirte para otras noches. Y si tu preocupación es que no quieres

que vuelva a pasar, recuerda que suele aburrirse pronto y acabará cambiándote por otra. —Se encoge de hombros mientras dice esto.

Asiento en silencio, intentando no darle demasiadas vueltas. Va muy alejada de lo que me preocupa en realidad, pero no pienso sacarla de su error.

Me gira para que quede sentada de nuevo hacia el espejo, donde me retoca el pelo con cariño.

—Estás espectacular. Si yo fuera el Lord te haría el amor la noche entera y parte de la siguiente.

—¿Parte de la siguiente? —inquiero alzando una ceja en su dirección. A veces no pillo muy bien sus bromas.

—Sí, ya me entiendes. Estaría todo el día siguiente aún haciéndotelo y nos volvería a caer la noche. Y puede que de nuevo el día —asiente muy convencida.

Suelto una carcajada, a la que pronto se une ella.

Nunca lo ha dicho, pero sé que le gusto. Agradezco que no se haya atrevido a confesarse (de manera más explícita, porque entre broma y broma va soltando alguna que otra perla), porque no sabría qué responderle.

—Suerte. Espero que el Lord se comporte como un caballero contigo, aunque a estos cerdos Sangre Pura se les vaya la mano con nosotras.

Me alarmo al escuchar un insulto hacia ellos como el que acaba de hacer.

—Nahira…

—Sí, sí, lo sé. Tranquila, aquí no nos escucha nadie, ¿recuerdas? —Me guiña un ojo—. Mañana te veo en el desayuno —añade alejándose hacia la puerta, por la que minutos atrás han salido también las sirvientas tras arreglar mi cama.

Cuando se marcha, me permito unos instantes para expulsar todo el aire que he retenido en su presencia.

Instintivamente, llevo mi mano a mi muslo, donde permanece escondida la cinta de cuero que llevo anudada y de la que pende mi daga.

Una oportunidad. Solo tengo una oportunidad.

Acabar con él o que acabe conmigo.

Escapar o quedar presa aquí para siempre, sufriendo un destino peor al que vivo actualmente, si logro sobrevivir al castigo que me impongan por lo que estoy a punto de hacer.

Mi corazón se encoge ante la posibilidad de matar al Lord y es que, aunque me repugne la idea, hubo un tiempo en que creí estar enamorada de él. Como un cervatillo que acaba enamorándose de un león…

Entonces, llaman a mi puerta.

# Capítulo 1

## *Sangre Sucia*

Mis dedos se aferran con fuerza al mango de la daga, en un acto que significa muchas cosas: anhelo, miedo, nervios, esperanza… incluso, me temo, una pizca de excitación.

Que el Lord es el hombre más atractivo de cuantos he visto es innegable, indiscutible. Aunque he de decir que tampoco he tenido la oportunidad de ver a muchos debido a que mis labores en esta Mansión se limitan a cuidar del jardín privado del señor y mantener su biblioteca personal (antaño, de su difunta madre) impoluta. Tareas banales para una chica que en apenas unas semanas cumplirá dieciocho años; una chica que, por otro lado, no ha vivido ni experimentado más allá de dos tristes besos furtivos con el que fuera el proveedor oficial de harina y otros productos de panadería.

De todos modos, lo de que sea *sexy* no es solo cosa de mi imaginación. Lo es, a rabiar. Eso es lo que dicen todas en las cocinas, lo que cuchichean las sirvientas en los pasillos, las humanas que se han resignado a vivir el resto de sus días como las tratan: esclavas. Ellas sueñan con que el Lord pida tener una noche con ellas y que acabe enamorándose y pidiéndoles que sean sus esposas. Como si eso fuera a pasar… ¿No se dan cuenta de que es un imposible? ¿Un Sangre Pura con una Sangre Sucia? ¿Se han vuelto locas?

Tal vez estén tan locas como lo estuve yo una vez, pero en mi defensa he de decir que era joven, ilusa y estúpida.

Aún recuerdo el impacto que me causó su persona la primera vez que lo vi, cuando fui arrancada de los brazos de mi familia para ser "el regalo del futuro Lord".

Había sido arrastrada hasta la enorme sala que usaban para recibir visitas y celebrar reuniones. Él, unos años mayor que yo, se

hallaba sentado en un sillón de respaldo alto mirando con aburrimiento hacia nosotros mientras nos acercábamos. Y estuve segura, por mucho que trató de disimularlo, que en ese momento su apatía cambió (aunque fuera por una milésima de segundo) a un profundo interés camuflado con desagrado. Al menos, su cuerpo se alzó unos milímetros en un acto inconsciente.

Cuando llegué a su altura agaché los ojos, incapaz de aguantar la intensidad de aquella mirada de ojos tan grises como la tormenta más feroz que se hubiera desatado. Pero un vistazo había bastado para estudiarlo y memorizar sus facciones. Ese rostro redondeado por una niñez que aún no lo abandonaba, cejas esculpidas, labios finos y una piel tan blanca que parecía de mármol, todo ello acompañado por la fiereza de unos ojos profundos y cargados de oscuridad y (pensé) tristeza.

En realidad, pensé muchas cosas, como que mi corazón latía demasiado rápido y de un momento a otro podría salírseme del pecho. O que me hubiera gustado pasar mis manos por su cabello dorado y peinarlo con mis dedos solo para saber si era tan suave como parecía. Incluso hubiera deseado pasar las yemas sobre su frente para planchar esas arrugas que lo hacían ver preocupado.

En medio de la oscuridad que había supuesto mi partida, había aparecido él. En medio del miedo, del caos, de la tristeza. Él, como un rayo de luz. Hermoso, callado. Ahora puedo poner palabras a todas la sensaciones que viví en ese momento y mi mente infantil no supo descifrar.

—Esta pequeña Sangre Sucia es para ti —le había dicho con orgullo el que imaginé que sería algún esbirro de la familia Blackwood. Un lameculos.

Apretó su mano en torno al brazo por el que me sujetaba mientras me miraba con lascivia y yo, que solo tenía seis años y ni siquiera tenía idea de muchas cosas, sentí el verdadero temor.

—Una jovencita para ti, Donovan. —El hombre, con aquellos pequeños ojos clavados en mí, recorrió mi figura de arriba abajo como si fuera algo comestible—. Para que puedas hacerte un hombre de verdad.

Miré aterrada alrededor, hacia las figuras encapuchadas que cubrían sus rostros con máscaras y reían el comentario de mi captor. ¿Ninguno de ellos pensaba ayudarme? ¿Qué era lo que ese hombre quería que el chico hiciera conmigo y por qué hacía que mi cuerpo temblara?

«Ma y pa te habían advertido. Te dijeron que no lo hicieras nunca más y no hiciste caso. Este es tu castigo por desobedecerlos», pensé mientras sentía cómo las lágrimas caían por mis mejillas.

—Mira cómo llora la niñita —se carcajeó, haciendo que las risas generales aumentaran—. ¿No quieres que el futuro Lord folle contigo, engendro? Porque muchas se ofrecerían a ocupar tu lugar.

*Esa palabra*. Tan fea. La había escuchado antes, pero papá me había tapado los oídos y me había hecho seguir andando para que no prestara atención.

Entonces él había intervenido y…

Sacudo la cabeza para devolverme al presente, a lo que mi cabello se desparrama cayéndome por los hombros. Es raro verlo así, ya que siempre está recogido. Una de las tantas normas que debemos cumplir las de mi condición. Pero hoy lo han dejado suelto para seducir a mi amo. Hoy *sí* tengo permiso para llevarlo sin atar.

«El Lord está en tu puerta. Debes abrir», me recuerdo. «No es bueno hacerlo esperar».

Me levanto de la banqueta en la que han pasado horas emperifollándome para recibirlo. Me han depilado, peinado, maquillado y hasta vestido como si yo fuera una inútil incapaz de hacer nada por mi propia mano. En estos momentos lo cierto es que me siento así. Inútil. ¿Seré capaz de acabar con el hombre que se instaló en mi mente y mi corazón hace tantos años y no he sabido arrancar a pesar de cuantos desprecios me ha hecho?

«Claro que sí», me aseguro, caminando con seguridad hacia la puerta. Lo arrancaré de mis pensamientos igual que haré con su corazón de ser necesario. Esta es la única oportunidad que tengo de escapar y no voy a desperdiciarla.

Me planto ante la puerta de madera maciza, la misma que tantas noches me quedé observando deseando que se abriera para poder

huir, la misma en la que tantas noches me recosté a llorar mi pena y soledad.

Muevo las telas que conforman la falda de mi vestido para tapar la daga. El *vestido,* o lo que sea que me han puesto diciendo que es tal, se trata de un montón de telas vaporosas de color blanco que no dejan apenas lugar a la imaginación. Rodean mis pechos alzándolos sin necesidad de sostén, aprisionan mi cintura y caen con gracia por mi trasero, envolviéndolo y danzando alrededor de mis piernas. Es una obscenidad. Solo puede tener una función una vestimenta así, la de aparearse con el Lord. Me pregunto estúpidamente si le gustará el color blanco o por qué me han traído este vestido que, según me han asegurado, él mismo ha escogido para mí.

Tomo el pomo de la puerta y contengo el aliento.

Al otro lado está el hombre que ha hecho que pierda la cabeza hasta el punto de desear que esta noche llegara, de dejarme hacer por él cuanto quisiera aunque para mí significara tanto y para él solo fuera una mujer más que sumar a su lista.

Al otro lado está el hombre capaz de hacer que mis rodillas tiemblen y el pulso se me acelere, que dude de si mi cabeza piensa con claridad y mi corazón duela de tan fuerte como late.

Al otro lado está el ser vil que me encerró en su Mansión y me humilló tantas veces como le fue posible, haciéndome sentir inferior, miserable. Un despojo.

Al otro lado está el hombre que se rio de mí cuando llegué a este lugar del que he querido huir cada miserable día de mi existencia.

Y solo tengo un propósito y una certeza en mente ahora mismo:

Debo matarlo o sucumbir ante él.

# Capítulo 2

## *El Lord*

Abro la puerta y ahí está.

El Lord. El actual señor de la Mansión Blackwood. El Asesino Supremo. Mi amo.

No sé qué expresión pone al verme, ya que porta la máscara de oro y obsidiana típica de los Sangre Pura. Va vestido como lo hace siempre, con ropajes negros y holgados y el cabello rubio peinado hacia atrás cayendo en suaves ondas. Ahora, sin embargo, lo lleva algo más largo que cuando lo conocí, casi rozándole los hombros.

—¿No vas a dejarme pasar?

Su voz.

*Esa voz.*

Ronca, profunda, sensual, fría y atrapante. Como el susurro de una serpiente que se desliza por el suelo de roca provocando una fricción débil y que se reconoce con facilidad. Así lo he visto siempre a él. Como una serpiente. Capaz de embaucarte con sus movimientos y mantenerte atento a cuanto hace para atacar desde otro flanco. De engañarte. Un espectáculo hermoso y letal. Y oscuro, muy oscuro. Con esos ojos capaces de hipnotizarte y hacerte creer que es inofensivo.

Pero no lo es.

El Lord es cualquier cosa menos inofensivo.

Controlo mi expresión lo mejor que sé y finjo que me azoro. Me abanico de manera suave con la mano, haciéndole creer que me ha acalorado con su pregunta.

—Sed bienvenido, Milord. Estaba terminando de prepararlo todo para recibiros… —digo, pasando las manos sobre mi cuerpo y recolocándome las vaporosas telas.

Él, tal y como esperaba, sigue el movimiento con sus ojos, los cuales veo a través de los orificios de su máscara. Ahí donde posa su mirada siento que arde; pero es un calor real, no estoy fingiendo nada. El vello se me eriza cuando siento esos ojos grises oscurecerse por momentos, tornándose incandescentes. He de tragar saliva para no ahogarme, porque me he olvidado de hacerlo, incluso de respirar.

—Ya veo —responde él. Apenas es un susurro, bajo y vibrante, que recorre mi sistema nervioso y agita mi sangre.

Nos quedamos plantados, mirándonos durante largos segundos sin darnos cuenta de que el tiempo sigue avanzando.

Él, parado con ambas manos relajadas a sendos lados de su cuerpo; yo, sujetando la puerta que deseo cerrar para no cometer una locura.

Él, todo vestido de negro con su cabello rubio; yo, toda de blanco con el cabello castaño. Como si fuéramos un reflejo contrario en un espejo, la imagen del opuesto perfecto.

—Pasad —lo invito al fin, dándome cuenta de lo absurdo de la situación. Es estúpido que esté nerviosa cuando él mismo me ha *pedido* para que yazca con él esta noche. Y es el Lord, a él no se le niega nada.

Me aparto para permitirle el paso y este avanza con seguridad, como si lo hiciera en su propia habitación y no acabara de avasallar todo resquicio de mi privacidad o la poca que me queda.

Me permito el lujo de observarle desde donde estoy, tras él. Es muy alto y su espalda, por lo que puede apreciarse bajo todas esas capas de ropa, parece enorme. Tiene un porte elegante y unos hombros rectos y anchos, desde los que cae con gracia la capa que lleva.

Así, tal y como está, podría acercarme en sigilo y…

Acaricio el mango de mi daga.

Gira el cuello apenas un palmo, en un claro gesto de espera.

Sabe que estoy observándole, aunque se deja hacer en silencio, lo que me inquieta. Nunca se ha mostrado tan amable conmigo y temo que pronto aparezca el ser despiadado que conozco.

Al entrar en el dormitorio la estancia parece haber encogido, como si el Lord acaparara cada resquicio de ella, incluso el oxígeno.

Es tan grande y desprende un aura tan oscura que todo titila a su alrededor y pierde relevancia.

—¿Por qué no estás ya en la cama? —gruñe cuando me acerco a él.

El corazón me da un vuelco.

Ese. Ese es el verdadero. Su cortesía ha durado apenas tres frases.

Intento controlar el ritmo de mis latidos, así como el temblor que acosa mis manos cuando me coloco ante él y las alzo hacia su máscara.

—Había pensado que podríamos empezar con un masaje, Milord.

Sus manos atrapan mis muñecas antes de que estas rocen su máscara, deteniéndome. Me aferra con fuerza, más de la necesaria, y sus ojos grises se clavan en los míos marrones.

—No te he dado permiso para tocarla —me advierte. Su tono helado es una clara amenaza.

Hago un imposible por mantener mi rostro inalterable. Fuerzo la sonrisa a seguir ahí e intento parecerle dulce y sumisa.

Necesito quitarle la máscara para ver sus expresiones, para ver en qué punto se relaja y saber cuándo atacar. Sé que la lleva por eso. Bueno, él y todos los Sangre Pura. Los hace más temibles, igual que les da una ventaja frente al enemigo. Pero mi misión aquí y ahora es hacerle creer que yo no lo soy… Aunque no sea verdad.

—Me hacéis daño, Milord —gimo de manera delicada, como lo hacen las doncellas en apuros. Creo que he interpretado bien mi papel porque afloja su agarre, aunque no aparta sus ojos de mí—. Dejadme desnudaros, quisiera…

—¿Por qué no te desnudas tú para mí? —me provoca, bajando la mirada de mi rostro a mi cuello y descendiendo de manera peligrosa hacia el pronunciado escote.

Ahora sí, es mi momento.

Me dejo caer hacia él, poniéndome de puntillas para poder hablarle al oído y le susurro:

—Porque debajo no llevo nada, Milord. Solo tenéis que apartar el vestido para comprobarlo si lo deseáis.

Surte el efecto deseado. Escucho cómo su pulso se acelera, incluso la forma en que sus manos, que siguen sujetando mis muñecas, se deslizan por mis antebrazos y comienzan a masajearlos. Mi piel se eriza aún más ante su contacto, es algo que llevo deseando durante demasiado tiempo, el roce de un hombre, de… De él, en realidad. He soñado cientos de veces con un momento así. Con él haciéndome cosas innombrables y provocando que despertara mojada en mitad de la noche.

Y ahora mi sueño se ha vuelto real.

Tan real…

Podría dejarme llevar un poco, probar lo que tanto hablan en las cocinas y hace arrebolar las mejillas de las más jóvenes. ¿Será tan placentero como dicen? ¿Será tan buen amante como lo proclaman?

No se mueve. Solo me mira. Y por un momento, olvido lo que tengo que hacer. Olvido incluso quién soy.

Pero entonces lo recuerdo.

«Es tu enemigo. Esta es tu oportunidad de escapar».

Mis manos se sueltan con delicadeza de las suyas y vuelan hacia el nudo de su capa, soltándolo. Esta cae a su espalda provocando un silbido en el aire antes de aterrizar en el suelo de manera pesada. Sigo. Ahora desabrocho los botones de su camisa, una que se le ajusta al cuerpo, que ya se adivina terso y trabajado, para nada lo que podría parecer con la ropa encima. Quito todos los botones. Uno a uno. Mis manos tiemblan cuando llego a la parte de la cintura, temerosa de tocar más de la cuenta. Hay un bulto sospechoso en sus pantalones y, aunque nunca haya experimentado con el sexo opuesto, sé de sobra lo que significa.

«No te detengas ahora», me animo.

Me deja hacer. En ningún momento se mueve o intenta tocarme a mí. No se queja por mi lento avance, no opone resistencia.

La camisa sigue la misma trayectoria que la capa y entonces intento apartar la mirada de ese pecho esculpido por los mismos dioses. Tiene un tatuaje en uno de los pectorales, un extraño símbolo que, según me explicó Marga (la cocinera), es uno que portan todos los Sangre Pura. Deseo recorrerlo con los dedos, lamerlo y morderlo. ¿Es ese un pensamiento normal? Enrojezco

hasta la raíz al caer en la cuenta de que podría dejarme llevar sin que resultara una obligación.

Si pudiera leerme el pensamiento me moriría de vergüenza ahora mismo. Desearía que la tierra se abriera y me tragara. Pero no sé si esa *habilidad* de los Sangre Pura es solo un mito, uno para asustar a los de mi calaña.

Sus ojos, que no se han apartado en momento alguno de mí, me interrogan. Esboza una sonrisa ladeada que hace que mi corazón se salte un latido y me muerdo el labio inferior.

—¿No hay más?

—Acompañadme, Milord —murmuro, evitando sus ojos para girarme y caminar hasta la cama que las sirvientas tan bien han arreglado. Han puesto una colcha nueva, sábanas de satén y en la mesita de noche han dejado unas velas que están encendidas y pétalos frescos—. Tumbaos boca abajo, por favor.

—No hasta que te desvistas.

No se me pasa por alto el tono autoritario que emplea en mí, incluso el hecho de que me tutee como si no mereciera mayor respeto.

Mantengo mi sonrisa. Después de años tratando con Sangre Pura, es algo que he aprendido a controlar.

—Dejadme daros un masaje y destensaros, amo. Después os dejaré que hagáis conmigo cuanto deseéis —le aseguro de manera sugerente. Odio llamarle así, pero espero que vea mi grado de sumisión de este modo, recordándole que él manda sobre mí.

Empieza a avanzar hacia la cama, con lo que creo que he ganado la partida, pero entonces se sienta en el borde del colchón y me hace un gesto con los dedos para que me aproxime.

—Puedes hacerme un masaje en los hombros mientras me cantas.

Me quedo paralizada.

—¿Ca… cantar? —tartamudeo.

—Eso he dicho. Vamos, no tengo todo el día —añade con un gruñido bajo.

De espaldas a él, cojo el bote de aceites que Nahira me ha conseguido esta misma mañana y al darme la vuelta las telas de mi

vestido ondean a mi alrededor, por lo que muevo rápidamente la mano para colocarlas en su sitio. Le echo un rápido vistazo, pero él, que está sentado muy recto en mi cama, no parece haberse percatado del objeto que porto en el muslo.

Me acerco hasta quedar en pie frente a él y me echo una buena cantidad de líquido en las manos, embadurnando ambas antes de colocarlas sobre sus hombros. El Lord se tensa, aunque dura apenas un segundo. Después abre las piernas, me toma de la cintura y me aproxima más, colocándome entre sus esbeltos muslos. No me suelta, y por un momento pienso que va a seguir sujetándome lo que dure el masaje, pero entonces acaba dejando caer las manos a ambos lados y alza la mirada. No ha perdido detalle de mi escote y parece desagradarle la idea de dejar de examinarlo

—Canta —repite.

Así, entre las piernas del Lord más temido, deseado y odiado del mundo, comienzo a frotar con suavidad sus hombros mientras el recuerdo de una canción vuela a mi mente y empiezo a tararearla para él.

# Capítulo 3

## *El pájaro enjaulado*

*—Sangro y tú sigues hurgando en la herida. Porque eres alguien que disfruta viendo cómo mueren ante sus ojos, sin hacer nada, deleitándose en el perfecto error que sus acciones han creado. Eres tú quien con tus palabras oprime mi cuello, el que hace que el oxígeno no llegue. Me asfixias. ¿Por qué tratas de matarme? ¿O por qué, por el contrario, no lo haces ya? Acaba con esto. Déjame libre. Déjame elevar las alas y volar…*

—¿Dónde la has aprendido? —me interrumpe.

Lo miro con la incomprensión brillando en los ojos.

—Por ahí. En ningún lugar en concreto, Milord —le resto importancia.

—Mientes —masculla—. Y detesto que lo hagan en mi cara.

Trago saliva. Me he envalentonado. Debí suponer que él también habría leído el interior de los cuadernos que encontré en su biblioteca privada y ahora sabrá que he estado fisgoneando sin permiso.

—Eres una ratita curiosa y entrometida —dice en un tono burlón —. Tal vez debería mandar que te cortaran la lengua para que así no divulgaras el contenido de los cuadernos de mi madre. ¿O puede que las manos para que así dejaras de hurgar donde no debes? — Exagera aún más el tono de molestia diciendo esto último.

—¿Eran de vuestra madre, mi señor? —me sorprendo.

—¿De quién si no? —le resta importancia.

—Nunca pretendí…

—Ah, ah —me corta—. He dicho que nada de mentiras. Prueba de nuevo.

Y lo que estoy a punto de decirle es quizá más peligroso que el hecho de que me haya pillado revolviendo entre unas posesiones

que no me pertenecen. De todas maneras, si mi plan sale bien él no saldrá con vida de aquí, de modo que, en realidad, lo que pueda descubrir es irrelevante.

—Estoy aprendiendo a leer —admito al fin—. Solo probaba mis avances.

El Lord me mantiene la mirada. No parece disgustarle lo que digo, solo… sorprenderle, como si le pareciera un acto atrevido que al mismo tiempo le maravillara.

—Sabes que está prohibido para los de vuestra especie —pronuncia «vuestra especie» sonando en sus labios como un insulto.

—Sí.

—Aun así, te atreves a hacerlo creyendo que no te voy a descubrir. Te crees más lista que yo.

—Quizá lo sea —ironizo, mordiéndome el labio inferior sin apenas percatarme.

Su cercanía me pone nerviosa, mucho. Más aún el hecho de que esta conversación se esté alargando tanto. ¿No puede recibir su masaje en silencio y disfrutarlo para que yo pueda llevar a cabo mi siguiente paso? ¿Matar a alguien es siempre así de difícil?

—¿Es eso lo que quieres? —pregunta de pronto.

Lleva un rato en silencio, incluso ha cerrado los ojos mientras lo toco. Por un momento he pensado que había dejado de prestarme atención, pero no lo ha hecho. Parece que siempre esté pendiente de lo que digo o hago.

Ante mi mutismo, ya que no sé a qué tema va dirigida su cuestión, insiste:

—¿Volar? —aunque lo pregunta con tono insidioso, no se ríe.

Abre los ojos para clavar su mirada electrizante en mí, alzando la barbilla ahora que está unos centímetros por debajo.

Mis manos se detienen sobre sus hombros, no queriendo apartarse de su piel a pesar de no ser necesario ya.

—¿Por qué no? —me atrevo a preguntar.

Él alza uno de sus brazos y alcanza mi mejilla. Me dispensa algo parecido a una caricia o un atisbo de lo que debería serlo, apenas un roce.

—Sueñan los pájaros enjaulados con ser libres. Sueñan los que creen estar libres con una libertad mayor. ¿No te das cuenta, pequeño pájaro, de que todos en este maldito mundo estamos enjaulados?

Me siento en la necesidad de contestarle.

—No creo que los Sangre Pura gocen de la misma suerte que nosotros los Impuros, Milord.

—¿Y qué vas a saber tú, que solo eres un pájaro enjaulado desde que nació y no conoces nada del mundo que te rodea? Te crees en la posición de opinar y dar tu visión cuando no sabes nada. —Su mano se mueve rápidamente hacia mi cuello y lo rodea con fuerza, tirándome hacia él, hasta que nuestros rostros se encuentran y nuestras narices casi chocan, o más bien mi nariz contra su máscara —. Hay algunos de esos pájaros libres que tanto envidias que darían cualquier cosa por estar en una bonita jaula como la tuya y dedicarse a recoger flores, cocinar pan o flirtear con chicos en la biblioteca.

Trago saliva con esfuerzo debido a la presión que sus dedos ejercen en mi garganta.

—Limítate a hacer lo que se te ordena y no dediques tanto tiempo a una acción tan estúpida como pensar. No te servirá de nada —masculla hastiado, soltándome.

Me sujeto el cuello adolorido, tratando de recuperar el aliento.

—Sois repulsivo —escupo con rabia. Y es lo más sincero y lo más estúpido que he dicho en mucho tiempo.

Él suelta una carcajada por respuesta, helándome la sangre. No augura nada bueno.

—¿Eso cree un ser inferior como tú? —se burla. Su mirada se ensombrece—. ¿De verdad crees que puede llegar a importarme, Sangre Sucia? —Entonces su tono cambia, tornándose oscuro y peligroso cuando me agarra del cabello y me hace caer en la cama. Él permanece sentado, repasando con sus ojos mi cuerpo—. Ya me he cansado de tus juegos. ¿Piensas que no sé que guardas esa estúpida daga para intentar acabar conmigo? ¿De veras me consideras tan idiota?

Yo, que estoy forcejeando para soltar mi cabello, comprendo la gravedad de sus palabras.

«Lo sabe. Lo ha sabido todo este tiempo», me aterro. «Es ahora o nunca».

Trato de coger mi arma, permitiendo que siga tirándome del pelo. Él evita que la alcance sin esfuerzo, interponiendo uno de sus enormes brazos. Entonces, mete la mano bajo mi vestido hasta agarrarla, la saca de su funda sin miramientos y la arroja a un rincón, junto al resto de su ropa.

Me revuelvo buscando liberarme y en una de estas mi codo vuela hacia su boca, golpeándole con su propia máscara e hiriéndole la nariz, quizá se la haya partido.

«Oh, oh».

Me agarra y hace rodar nuestros cuerpos hasta acabar sobre mí, manteniéndome cautiva con una sola mano. Aprisiona mis brazos y usa su enorme cuerpo para afianzarme contra el colchón.

No puedo hacer nada.

No puedo escapar.

No puedo ni respirar.

Se limpia la sangre, hurgando con los dedos bajo la máscara, y los observa entre obsceno, divertido y peligroso.

—Me has golpeado —dice. No sé muy bien qué espera que le responda.

—Sí. —Tampoco se me da muy bien mentir. Además estoy nerviosa.

—Pienso cobrarme esta sangre. —Me enseña los dedos para que no quepa duda de que le ha molestado—. Nadie me hace sangrar.

—Pues ya ve, Milord, que yo sí.

Estoy actuando como una demente. Lo sé. Me estoy jugando todo a una carta, pero es que ¿tengo alguna posibilidad de salir hoy de aquí indemne después de no solo intentar asesinarlo, sino también herirlo? Solo hay una respuesta: no.

Se inclina, sin soltarme, a recoger algo del suelo. No la había visto desde que ha llegado, pero era obvio que la llevaría consigo: su varita.

La sacude al tiempo que mueve los labios y la sangre que caía desde dentro de la máscara desaparece por arte de magia. Hace otro giro, uno más corto y directo, y sucede lo mismo con la máscara.

Así, quedo enfrentada al rostro causante de mis sueños y pesadillas, de mis temores y anhelos. Ese rostro tan frío, oscuro y hermoso como la primera vez que lo vi.

—¿Se te ha comido la lengua el gato, ratón asustadizo?

—¿Desde cuándo sabéis que mi intención era acabar con vos? —pregunto yo en cambio.

Él me sostiene la mirada unos segundos antes de dignarse a contestar.

—Desde que has abierto la puerta.

—¿Debería creeros?

—¿Cambiará algo que no lo hagas?

—¿Cómo lo habéis sabido?

—Eres predecible.

—Habéis debido de ver la cinta.

—Oh, sí, he visto la cinta y cuanto escondes bajo ese vestido, no te quepa duda, pequeño pájaro.

—No me llaméis así —me envaro. No me gusta el apodo que me ha puesto. Me resulta ridículo, una burla hacia mí. Casi prefiero que me llame Sangre Sucia.

—Tengo derecho a llamarte como me dé la real gana, Sangre Sucia —me recuerda, inclinándose sobre mi cuerpo y acercando peligrosamente su rostro al mío—. Recuerda que eres mía. *Mía* —repite—. Puedo hacer contigo lo que quiera cuando quiera y no tienes derecho a reclamarme nada, ni a negarte ni a oponerte.

Trago saliva.

Tiene razón. Es así. Oponerme significa la muerte. Estoy siendo demasiado atrevida y sé que otros han muerto antes por mucho menos.

En este punto, las cartas que tengo para jugar se reducen a una.

He de darle lo que quiere de mí.

La solución es clara.

Le entregaré mi cuerpo para sobrevivir esta noche. Dejaré que haga conmigo cuanto desee hasta que sacie su apetito y después trazaré un nuevo plan. Si sale bien puede que quiera repetir, puede que pueda intentar acabar con él otra noche. Quién sabe. Quizá colocarle un somnífero en una copa de vino y llevarlo a tomar un relajante baño de espuma en el que poder entretenerlo (y ahogarlo cuando se quede dormido) mientras salgo por la ventana.

Las posibilidades son muchas y variadas, pero no la que tengo ante mí ahora.

Ahora solo hay una.

—Hacedlo.

El Lord enarca una ceja en mi dirección en una muda incógnita.

—Tomadme. Podéis hacer conmigo lo que deseéis.

—¿Dónde está la trampa ahora? —se burla.

—No la hay —le aseguro—. Espero que podáis perdonarme, Milord. Haré… —Trago saliva, cada vez me cuesta más hacerlo—. Haré lo que me pidáis. Solo tenéis que decirme lo que deseáis y yo…

Coloca una mano sobre mi boca para silenciarme.

—No te pega nada ese papel de mojigata, Sangre Sucia. No mancilles tu imagen con una actuación tan lamentable —espeta con desagrado—. No te muevas.

Oh, no. Va a hacerlo.

«Pues claro que va a hacerlo, ¿qué esperabas?», me responde otra voz, histérica. «Tú te has ofrecido».

Hago lo que me pide, dejando de oponer resistencia y relajando mis músculos. Cierro también los ojos. Por algo que no comprendo, me siento profundamente avergonzada.

Lo siento trepar sobre mi cuerpo, rozando el mío con el suyo. Noto un bulto entre las piernas presionándome, apenas unos segundos. Después se apoya sobre los codos para no seguir pegado a mí o para dejarme respirar, no lo tengo muy claro. Su aliento está en mi cuello y me estremezco. Le siguen los labios que, en contra de lo que podía pensar, son cálidos, suaves y despiertan un montón de sensaciones en mi estómago, como miles de mariposas revoloteando.

Mueve sus labios sobre la piel expuesta de mi cuello. Es suave, muy suave. Me hace cosquillas. Me hace suspirar. Mi cuero cabelludo se eriza, los dedos de mis manos se aferran a la sábana queriendo hacer eso mismo con su cabello, pero no sé si tengo permiso para tocarlo.

Si yacer con él va a ser tan placentero como esto, espero que el momento se alargue y pasen muchas horas antes de que tenga que despertar de este sueño.

Inicia una succión en el mismo punto, sin dejar de besarme de tanto en tanto. Mientras, una de sus manos asciende masajeando mi muslo, apretándolo y pellizcándolo. Se me escapa un gemido cuando muerde mi cuello y al mismo tiempo me gira para azotar mi trasero.

Voy a arder de un momento a otro si no lo estoy haciendo ya.

Su mano sigue ascendiendo. Recorre mi cadera, mi estómago, se aventura entre mis pechos sin apenas tocarlos. Me atrevo a acariciar su espalda, recorriéndola con las yemas intentando memorizar cada curva. Entonces, la mano que está explorándome alcanza mi cuello y lo aferra con fuerza, dejándome sin aliento, y él interrumpe su beso.

—No te veo tan disgustada como hace un segundo con la idea de que te folle, Sangre Sucia —escupe, hablando contra mi sien. Todo rastro de humanidad ha desaparecido en él y habla el mismo ser vil que conozco—. No eres más que un pequeño pájaro, hermoso y frágil. Un solo movimiento de mis dedos y podría aplastarte —ronronea—. Te tengo en mis manos. Siempre te he tenido. ¿Cuándo vas a darte cuenta? Lo que no has comprendido aún es que tu presencia me asquea y que no te tocaría ni por todo el oro del mundo. —Me suelta, arrojándome con fuerza contra el colchón mientras empieza a levantarse. Toma de nuevo su varita y la mueve, haciendo que la ropa vuele hasta él y lo vista—. No menciones a nadie lo que ha pasado aquí y… Puedes sentirte afortunada de que no te mande azotar por tu traición.

Dicho esto, se marcha dejándome deshecha en lágrimas de dolor, tanto por sus palabras como por lo fuerte que me ha sujetado el cuello, que aún me duele. O quizá sea por la vergüenza ante su rechazo. ¿Por qué ha pedido pasar la noche conmigo si tanto le repugno? No tiene sentido. No tiene ningún sentido.

No sé qué ha podido cambiar. Durante un instante parecía una persona y al siguiente esa máscara de odio que lo caracteriza se le ha vuelto a colocar.

Solo tengo una cosa clara: que siga viva no es un alivio, porque pronto llegará el castigo, uno que planeará especialmente para mí.

Ahora, más que nunca, tengo que escapar.

# Capítulo 4

## *La invitación*

—Bueno, ¿qué? ¿Qué tal anoche con el Lord? —Esa es Nahira que, como de costumbre, se escabulle de sus quehaceres en cocina para venir a sonsacarme información.

—Bien —respondo de manera seca cuando se aproxima. El patio está repleto a estas horas y de lo que menos ganas tengo ahora mismo es que nos escuchen.

—¿Solo bien? —inquiere escéptica.

—Sí. Muy bien. —Hago un esfuerzo por parecer convencida mientras sigo colgando las sábanas en las cuerdas para evitar tener que mirarla.

—Eh, ¿qué es eso? —Me aferra por el brazo para evitar que me mueva y observa mi cuello—. ¿Te pegó? —se preocupa—. A algunos Sangre Pura se les va la mano, ya sabes, se ponen violentos cuando se excitan y…

—No, no es eso, Nahira —la corto. La conversación se vuelve más incómoda por momentos—. Estuvo bien, ¿vale? No es lo que crees. —No sé ni por qué lo defiendo. Ah, sí, porque me juego la vida.

—Mmm… Entonces es que estuvo *muy muy bien* —insinúa, moviendo de manera provocativa las cejas y chocando sus caderas con las mías.

—Ya te lo he dicho —rezongo. Me inclino a coger otra sábana y repito la operación.

—¿Y qué haces aquí fuera con eso? —Señala la ropa de cama—. ¿No debería encargarse Gabrielle?

—Está enferma, al parecer. —Me encojo de hombros.

—Mmm… Sí, ya. Debe ser la cuarta vez en lo que va de semana. Me da que cierto Sangre Pura no la deja dormir demasiado por las

noches. —Se tapa la boca ante las risotadas.

—Eres una escandalosa, Nahira —la amonesto—. No es divertido. No sé por qué te hace tanta gracia.

Cojo el cubo con media colada aún sin tender y me voy indignada de camino a las cocinas.

No entiendo cómo puede bromear con un tema así, a veces no sé qué tiene en la cabeza. Estamos hablando de chicas humanas que son elegidas por brujos para tener relaciones y ellas no tienen opción de oponerse. No es divertido. No es romántico. No es especial.

—Vaya humor… Cualquiera diría que anoche no te dieron lo tuyo, querida Cala. —Nahira me sigue hasta las cocinas sin dejar de cotorrear por el camino.

—¡¿Te quieres ca…?!

—¿Señoritas?

Ambas miramos en la dirección de la que proviene la voz para toparnos con el cartero, que nos mira con expresión de culpabilidad por haber escuchado más de lo que le hubiera gustado.

Carraspea.

Ya, como si eso pudiera hacer que no haya escuchado lo que ha escuchado. Voy a matar a Nahira.

—Alfred —lo saludo. Dejo el cubo sobre la encimera y estiro la mano para coger lo que me tiende—. ¿Qué es esto?

—Invitaciones.

Se me encoge el estómago al comprender lo que eso significa.

—¿En plural? —se extraña Nahira, cogiendo también la suya.

—Tengo unas cuantas. —Se abanica con el fajo de papeles—. ¿Creéis que podéis hacérselas llegar al resto de chicas? Aún tengo que visitar tres Mansiones más y algunas están a media jornada de camino.

—Cuenta con ello —se adelanta mi compañera, arrebatándoselas de las manos, pasando por alto mi mirada asesina. Ya tengo bastantes problemas como para tener que encargarme también de entregar cartas—. ¿Qué? —se defiende cuando el cartero se marcha —. Yo me encargo, ¿vale? Estás hoy de un humor… —Pone los ojos

en blanco—. ¿Y ahora adónde vas? ¿No vas a averiguar siquiera qué es?

—No —respondo, escueta, dándole la espalda—. Tengo que ir a regar unas flores, ¿recuerdas?

—Oh, sí, qué trabajazo, por favor… Cuidado no te vayas a arruinar las uñas arrancando hierbajos, princesita.

—Eres idiota —mascullo para mí, aunque lo hago una vez salgo fuera y estoy segura de que no puede escucharme.

Puede que esté siendo más arisca de lo que debería, pero es que el parloteo incesante de Nahira me satura. Soy de esas personas que necesitan aislarse para poner en orden sus pensamientos, sobre todo cuando estoy mal. Me he acostumbrado a hacerlo siempre sola; no por nada, es que he crecido sola. Así que ya no es por terquedad, sino que es *necesidad*. No me gusta expresar mis sentimientos, siento que me hacen ver débil. Y lo peor que puedes mostrar a tu enemigo son tus flaquezas.

Y Nahira… Bueno. La aprecio, pero no sé si tanto como para confiarle lo que me inquieta. Hoy en día no puedes confiar realmente en nadie y lo entiendo. ¿Y si un Sangre Pura le ofreciera la libertad a cambio de contar quiénes son unos traidores? Ella aceptaría seguro. Ella y cualquiera de los nuestros. Así de simples somos los humanos. Débiles, impulsivos y, desde hace años, carentes de empatía por los demás de nuestra especie en muchos aspectos.

No. No puedo confiar en ella.

No puedo confiar en nadie.

Ni siquiera en mis propios pensamientos si lo medito con calma.

Dicen…

Me detengo a observar a ambos lados al llegar al jardín privado del Lord y al ver que estoy sola me atrevo a seguir avanzando.

Dicen que los Sangre Pura, no sé si todos o solo algunos de ellos, tienen la habilidad de leer la mente. No sé qué habrá de verdad en esto o si no es más que una fantochada de las suyas para meternos el miedo en el cuerpo. Aun así, muchas veces temo hasta mis propios pensamientos.

Mientras camino, me atrevo a levantar la mirada hacia el balcón del Lord. Los grandes ventanales están abiertos de par en par y las cortinas se sacuden acunadas por una suave brisa. Seguramente esté fuera, acudiendo a una de sus importantes reuniones o asesinando a alguien. Es lo que hacen los Sangre Pura, celebrar fiestas para demostrar su poderío, denigrar a los que no somos como ellos, y matar y violar sabiendo que no habrá castigo.

Repulsivo.

Saco del pequeño cobertizo el cestillo que utilizo para arreglar el jardín. En él siempre llevo unas tijeras de podar, una pala, una regadera y algunos útiles más. Como es una tarea que suelo realizar a diario (por orden expresa de Samantha Perkinson, la Sangre Pura que se encarga de asignarnos nuestras obligaciones), sé que lo que tengo que hacer va a ser rápido. Echaré un vistazo, cortaré alguna hoja, arrancaré algún hierbajo seco y poco más. Las plantas del señor siempre están impecables.

Paso cerca del rosal y me detengo para inclinarme y olisquear sus flores. Huelen tan bien…

Al llegar a las gardenias hago lo mismo.

«Mmm… Creo que este es mi olor favorito del mundo».

Un movimiento me alerta de que estoy siendo observada y abro los ojos, que en algún momento he cerrado, para dirigirlos hacia el balcón.

Había alguien ahí hace un segundo.

Alguien observándome.

Y no deberían verme "perdiendo el tiempo", de modo que me apresuro en localizar cualquier imperfección y subsanarla mientras siento cómo el corazón se me acelera.

Me arrodillo en el suelo para inspeccionar desde todos los ángulos, fingiendo una concentración absoluta en lo que hago.

¿Será él, el Lord?

Pues claro, qué estupidez, es su dormitorio… O puede que sea solo una de las criadas limpiando u ordenando. O alguna amante. Se me encoge el estómago de pensarlo.

«¿Y qué si es una de sus amantes? Mejor para ti», me recrimino.

Aunque esto no es cierto. Porque quiero que vuelva a citarme.

«Necesito que vuelva a citarme», trato de convencerme.

Debo hacer que confíe en mí, que me crea, que vea que me tiene en el punto que quiere. Debo ser tan inofensiva como él cree que soy. *Un pequeño pájaro*.

Eso es.

Pasada media hora y sintiéndome satisfecha con mi labor en el jardín, me pongo en pie, me sacudo el vestido y guardo los utensilios de nuevo en el cobertizo. Como me he llenado de tierra las rodillas, decido ir a mi dormitorio a cambiarme antes de acudir a las cocinas para ayudar a Marga ocupando el sitio de Gabrielle, lo que me recuerda que aún hay una colada a medio tender.

Al girar la esquina que da a mi pasillo, sin embargo, Lady Perkinson me recibe con cara de cabreo, zapateando con impaciencia ante la puerta.

—¿Y bien? —me cuestiona antes de que llegue a su altura.

—¿Y bien qué, mi señora? —pregunto sin comprender, inclinando la cabeza a modo de saludo, uno de esos estúpidos protocolos que debemos cumplir siempre en presencia de los Sangre Pura. Otra vejación más.

—¿Dónde estabas?

—En el jardín del Lord —contesto.

—¿Y la colada? ¿No te especifiqué que hoy *debías* hacer tú la colada? —Cruza los brazos sobre el pecho al tiempo que el zapateo en el suelo se vuelve más rápido.

No termino de entender dónde está el problema.

—Vino el cartero y me quedé a medias —invento una excusa lo mejor que sé—. Como el jardín me toma más tiempo pensé en acabarlo primero para ahora dedicarme a la colada.

—¿Y la biblioteca?

—Después de la ropa.

—No es eso lo que te he pedido. —No me gusta el tono que emplea. No sé muy bien qué le pasa, pero está cabreadísima. Da un paso hacia mí, mirándome por encima y colocando su cara muy cerca de la mía—. No te las des de listilla, chica. Recuerda que una simple orden mía y eres Sangre Sucia muerta —me advierte.

Entonces, sus ojos inciden en la marca que el Lord dejó sobre mi cuello. Se pone lívida, frunce los labios y se va.

Aún sin comprender el grado de enfado de la Sangre Pura, entro en mi dormitorio para buscar un uniforme limpio.

«Es cierto que la ropa si se deja húmeda luego huele, ¿será por eso que se ha mosqueado tanto?».

Me desvisto y me pongo el otro vestido, guardando la carta en el bolsillo del delantal. Me planto frente al pequeño espejo y deshago mi trenza para rehacerla con dedos ágiles. A las humanas no se nos permite llevar el pelo suelto mientras trabajamos, solo en eventos y fiestas privadas e, incluso en este caso, solo si nos dan permiso expreso. Si no, tenemos que llevarlo recogido, ya sea en coleta, moño o trenza. Y a mí me encantan las trenzas, me trae recuerdos de cuando ma me las hacía para que no se me metiera el pelo en la cara al jugar con mis hermanos.

Paso por la cocina, que a estas horas es un hervidero de gente guisando, emplatando y portando bandejas. Busco el cubo que he dejado y desisto cuando no la encuentro por ninguna parte.

—Marga —llamo a la jefa de cocina, que remueve con ímpetu el contenido de una gran olla mientras masculla algo entre dientes y el humo le golpea la cara.

—Ahí, ahí —señala hacia ningún lugar en concreto.

—¿Qué? —Miro hacia la dirección donde me ha parecido que apuntaba, sin saber a qué se refiere.

—Tu bandeja es esa. Date prisa o el Lord hará que la vuelva a preparar por llegarle fría —se exaspera, alzando por primera vez los ojos del fuego—. ¿Qué llevas ahí, te han marcado como a un animal? —Arruga los labios con desagrado.

Me remuevo, incómoda, y me echo la trenza por encima del hombro para que oculte parte del chupetón, aunque ahora Marga ya sabe también dónde está. ¿En esta Mansión no se puede hablar de otra cosa que de lo que llevo en el cuello?

—¿Qué estás esperando ahí plantada? ¡Vamos, niña! —exclama enfadada, blandiendo el cucharón de madera como si fuera una espada y apuntándome con él.

—¿Por qué tengo que llevarle la comida?

—Órdenes de arriba —dice, seca, devolviendo la atención a su tarea mientras mira de malos modos a la joven que está cortando rebanadas de pan a su lado—. ¡¿Eso es forma de cortar el pan?! ¿Te has criado en un estercolero o qué? Dame eso. —Le quita el cuchillo de malos modos y se pone a hacerlo ella—. Así, mira. Un dedo de grueso. No más. ¿Quieres que se atraganten mientras comen o qué?

Contengo una carcajada porque sé que está de mal humor (como cada vez que es la hora de la comida o la cena) y me voy a ganar una reprimenda. La veo instruir a la chica, que asiente en silencio con cara avergonzada. Marga es así, siempre regañando y corrigiendo, pero en el fondo es un amor. Aunque me da que no le gusta que la gente piense que lo es…

—¡¿Vas a llevar esa bandeja al Lord o me tocará subirla a mí también?! —me increpa, girándose hacia mí, y doy fe de que está por salirle humo por las orejas.

—¡Voy!

Agarro la bandeja. No quiero perder más tiempo y que Marga acabe atizándome con el cucharón, por lo que salgo disparada hacia la planta superior, donde están ubicados los dormitorios de los Sangre Pura.

Los pasillos de aquí arriba son distintos a los de abajo, da la sensación de que hayas traspasado un portal y llegado a otro lugar, porque no guardan punto de similitud. Mientras que la zona inferior es simple y austera, contando con lo necesario para el día a día de quienes habitamos en ella, aquí todo destila riqueza, poderío y majestuosidad, como si estuvieras recorriendo los pasillos de un monarca que, me temo, es lo que los Sangre Pura se consideran. No por nada están a las órdenes de un asesino que se hace llamar el Rey de los Brujos. Y Donovan Blackwood es su mano derecha y Líder del segundo Aquelarre más temido del mundo.

Dudo antes de aporrear la puerta. No sé si estoy preparada para verlo tan pronto.

No después del desplante de anoche.

No después de que descubriera y desmontara con tal sencillez mi plan para acabar con su vida y escapar…

Me hizo sentir ridícula.

Estúpida.

¿Y si es cierto lo de que los Sangre Pura leen la mente? ¿Es así como lo adivinó?

Una voz, su voz, me responde desde el otro lado:

—Entra.

# Capítulo 5

## *Frágil*

—Has tardado —es lo primero que dice cuando me ve.

«Tu papel», me recuerda la vocecilla. «Cumple tu papel».

Carraspeo para recuperar la voz que en algún momento ha decidido desaparecer al verlo.

Aunque no la culpo, porque encontrármelo aquí al entrar, a pesar de saber que iba a verlo, ha sido impactante.

Está ahí, sin su máscara, con ese rostro cincelado y un mechón de cabello rubio cayéndole por el rostro. No lleva camiseta. Ni capa. En realidad, no lleva nada de cintura para arriba. Solo unos pantalones negros holgados que le caen de manera insinuante sobre las caderas, dejando a la vista su abdomen y parte de la uve de su bajo vientre. Es una tortura encontrarlo así. Es demasiado doloroso, porque me recuerda que anoche estuvo de igual manera en mi propio dormitorio, apenas sin ropa, expuesto para mí. Y que después me rechazó.

«Expuesto para ti y para tantas otras mujeres con las que ha estado antes…». Y no sé por qué este pensamiento consigue encogerme el estómago. «Tu papel, Cala. Tu papel».

—Lo lamento, Milord. —Hago, en la medida de lo posible, una reverencia, equilibrando la bandeja para que no caiga con todo el contenido que porta.

«Servicial. Sumisa. Frágil. *Un pequeño pájaro*», repito una y otra vez en mi mente.

—No sabía que debía subiros la comida y me entretuve de más en el jardín.

Los ventanales, que habían estado abiertos mientras yo cuidaba el jardín, ahora se hallan cerrados. ¿Habrá sido él, después de todo, quien me observaba desde aquí?

—¿No te avisaron de tus tareas en su debido momento? —inquiere, enarcando una ceja en el que es su gesto habitual cuando se dirige a mí, por lo visto.

Casi me atraganto con la saliva. Sé lo que significan sus palabras; está buscando un culpable al que castigar.

—No, no —me apresuro en responder. Agacho la mirada cuando lo veo empezar a caminar hacia mí, clavándola en el suelo—. No me refería a eso, mi señor.

—¿Y entonces? —cuando habla lo hace muy cerca. Ha acortado la distancia y las puntas de sus zapatos rozan las mías, como si deseara acabar con todo el espacio que nos separa. Imagino que lo hace para incomodarme, para demostrarme su superioridad sobre mí. Un hecho que, de todos modos, no es necesario que me recuerde a diario ya que sé en qué posición estamos ambos. Se inclina y su rostro queda a la altura del mío—. ¿O es que no querías traerme la comida, Sangre Sucia? —Su aliento me golpea el rostro en una caricia gélida, a lo que me tenso aún más. Y no solo por su cercanía, es…

«No puede ser».

—Déjalo en el escritorio —su voz afilada irrumpe en mis pensamientos, por lo que no soy capaz de hilar lo que acabo de descubrir.

Hago lo que me pide.

Una pequeña reverencia de cabeza, lo rodeo intentando no tropezar con mis propios pies debido al nerviosismo y llego al escritorio, donde deposito la bandeja.

Él no dice nada. Y cuando me giro está ahí, estático, como siempre hace. Observándome en silencio, estudiándome como si fuera capaz de saber todos y cada uno de mis secretos, incluso los pensamientos que deseo que nadie descubra. Eso me hace temerle, aunque más odiarle por ser capaz de inmiscuirse en temas que no le pertenecen.

Sus ojos grises se clavan en los míos y por un momento siento que el suelo se tambalea.

Tengo la imperiosa necesidad de mantenerle la mirada, de retarlo, de decirle que no le tengo miedo, pero ese no sería el papel

apropiado para un *pequeño pájaro*.

De modo que lo hago; la misma acción que he hecho siempre en presencia de los Sangre Pura, esos que nos tratan como ganado, que nos humillan, nos hieren, nos apartan de nuestras familias para usarnos en su beneficio, nos violan, nos matan: bajo los ojos al suelo esperando a que me conceda el permiso de irme para poder seguir con mis quehaceres.

Siento su mirada clavada en mi coronilla.

Pero él, sin embargo, no actúa de la manera que esperaba. No me da permiso para irme. Tampoco hace nada por acabar con esta absurda situación, con lo que empiezo a inquietarme. Mis manos, que están afianzadas sobre el delantal, se remueven inquietas. Una gota de sudor frío me resbala por la sien. La respiración se me agita. Entonces, sin poder evitarlo, alzo la mirada de nuevo hacia él y descubro que sonríe, exultante. Ha estado esperando mi reacción todo este tiempo.

—¿Qué queréis de mí, Milord? —no puedo contenerme más.

Me muerdo el labio al soltarlo, en un mudo castigo hacia mi persona por idiota. Estoy exponiéndome. Estoy jugándomela. Otra vez.

Anoche salí indemne (o casi), ¿por qué vuelvo a arriesgarme tanto? Debo haber perdido la chaveta.

—Y ahí está la verdadera —se jacta. Parece divertirle la situación, lo que a mí me exaspera.

—Decidme qué —me envalentono. Doy un paso hacia él, aunque me detengo y vuelvo a cogerme las manos—. ¿Qué queréis? ¿Por qué me hacéis llamar?

Ahora parece sorprendido.

—No sé de qué hablas, Sangre Sucia —espeta—, pero ten claro que no me gusta nada el tono que estás usando hacia mí. Será mejor que te relajes o tendré que buscar un modo de… castigarte. —Acaricia con su voz cada una de las letras que componen la última palabra. Esboza una sonrisa que se me antoja oscura y no augura nada bueno.

—Disculpadme —me apresuro a decir.

Él, como si no me hubiera escuchado, avanza hasta donde estoy y extiende la mano con la palma hacia arriba.

—La carta.

—¿La…? —Lo miro sin comprender, hasta que caigo en la cuenta y achico los ojos. Se refiere a mi invitación—. Es mía.

—Tú no sabes leer.

—Sí que… —me interrumpo.

Su mirada se torna más oscura por momentos.

Tiene razón, "no sé". En teoría.

He estado guardando la carta esperando encontrar el momento de averiguar qué dice, aunque lo cierto es que tardaría días. Puede que semanas. Los humanos no solemos recibir cartas y, cuando lo hacemos, tenemos la obligación de acudir a un Sangre Pura a que nos la lea. En caso de que consideren que el contenido es irrelevante o que los pilles de mal humor, nunca averiguarás qué decía. Por ello, muchas Sangre Sucia se intentan ganar el favor de los Sangre Pura para que les lean la poca correspondencia que reciben.

Hurgo en el bolsillo del delantal y se la tiendo. Estoy segura de que va a leerla, destruirla y tirarla al fuego de la chimenea que crepita a nuestro lado, sin decirme el mensaje que contiene. O quizá esté siendo demasiado optimista y ni siquiera la lea.

La coge sin apartar la vista de mí. Sus dedos rozan ligeramente los míos, juraría que se quedan más tiempo del necesario ahí, sin moverse. Entonces rasga el sobre, saca un papel y lo abre. Me lo extiende.

—Lee.

La incomprensión debe estar surcando mi rostro, porque esto sí que me ha pillado desprevenida.

—No sé qué pretendéis, Milord. Yo no sé leer… —susurro. No tengo fuerzas para hablar más alto, ya que acabo de perder todo el aplomo. Intentar adivinar por dónde piensa atacar tu enemigo suele desestabilizar incluso al más cuerdo.

Su expresión se tensa. Entrecierra los ojos imitando la posición de los míos.

—No juegues conmigo, Sangre Sucia —me advierte.

Su mano sigue ahí, en el aire, esperando a que tome la carta.

La cojo, centrando mi atención en el papel e intentando recabar información de entre tal maraña de letras. Además, el trazo es cursivo y fino, muy elegante, pero en este caso me dificulta aún más su comprensión, ya que estoy acostumbrada a la grafía redondeada de los libros impresos y no a una manuscrita.

Mis ojos vuelan al sello inferior, a la firma.

—D. B. —Alzo la mirada para clavarla en él—. Es vuestra.

—No me digas —se burla. Se aleja, triunfal, hacia un gran aparador con cristaleras del que saca un vaso y una botella de aspecto caro. La destapa, huele el interior sin mucha ceremonia y echa una cantidad considerable en el recipiente, llevándoselo después a los labios y dando buena cuenta de él.

—Os marearéis de beber tan rápido —me horrorizo.

Esboza una sonrisa ladeada en mi dirección y me señala, apuntando en el aire.

—¿Temes que me emborrache y pueda pasarme algo?

«¿Por qué todo lo que digo o hago parece divertirle?».

—Sí temo lo que podáis hacerme a mí —me envalentono, cruzando los brazos sobre el pecho.

—¿Por esto? —Sacude de manera absurda la botella, volcándola después en el vaso—. Tendría que beber mucho para hacerte *nada*, Sangre Sucia —se ríe—. Tal como te dije ayer, nunca te pondría una mano encima. Ni por todo el oro del mundo —repite las palabras que dijo anoche, una por una, como si las hubiera memorizado y ese fuera su mantra antes de irse a dormir.

Me mantengo lo más inexpresiva posible, teniendo en cuenta que acaba de apuñalarme donde más duele. Se ha acostado con cientos de mujeres sin hacer distinción de edad, color de piel, pelo o constitución. ¿Qué tengo de malo para que me rechace? Además de que él mismo me citó para…

—Jamás —insiste, dando un par de tragos a su bebida.

—Me ha quedado claro.

—Solo me aseguro de que no quede un ápice de duda en tu mente, *pequeño pájaro*.

Otra vez. Ese estúpido apodo.

—¿Va a leerme la carta, Milord? Esa que usted mismo ha escrito de su puño y letra. Me consume la curiosidad el saber qué puede ser tan importante para que se haya molestado en hacerme llegar un mensaje por cartero. Una invitación, además. Si quisiera invitarme a alguna de sus desfasadas fiestas no habría tenido más que pedírmelo y habría rechazado su oferta de buena gana.

Se acerca en dos largas zancadas y me sujeta el mentón con fuerza, alzándome el rostro hacia él. Nuestras miradas se encuentran; la suya desprende ira.

—No te pases de lista, Sangre Sucia. Es pura burocracia.

Ejerce una presión mayor, hasta el punto de que comienza a hacerme daño. Mis ojos se humedecen y hago un esfuerzo hercúleo para que las lágrimas no se derramen.

«No ante él. Ante él jamás».

—¿Qué crees que puede ser tan importante como para que un cartero te haga llegar una carta a ti y a otras de tus asquerosas iguales? —casi escupe.

Su rostro se acerca unos milímetros más, dejándome sin aliento. En sus ojos grises hay una tormenta que amenaza con desatarse y si eso sucede sé que he de temer por mi vida, porque no hay ningún rastro de cordura en su expresión ahora. Está furioso. No sé qué he dicho que haya podido alterarle tanto, pero está fuera de sí.

—Imagino que un baile —hablo haciendo un gran esfuerzo, en parte debido a lo incómodo de la postura, en parte porque tengo miedo de que decida que se ha cansado de mí y me parta el cuello. Aquí. Ahora. Podría hacerlo y, una vez más, estoy en sus manos. Como anoche. Como lo he estado siempre.

En realidad, he dicho lo que tengo todo el rato en mente, porque es lo que más me preocupa que sea. Nunca he recibido una de esas cartas (el motivo lo desconozco), pero no quisiera tener el *honor* de tener que acudir ahora.

—¿Es eso? —Su agarre se afloja ante mi pregunta, aunque no me suelta—. ¿Es un baile? —insisto. Su aliento apesta a alcohol. Sin embargo, he de decir que no me molesta cuando lo siento acercarse a mis labios y el aroma a ron se me cuela como si tuviese vida propia—. ¿Milord? —pregunto en un susurro.

No sé qué está haciendo, no sé qué pretende.

Su mano sigue sujetando mi mentón y la otra aprieta la botella de cristal contra mi cadera, impidiéndome cualquier escapatoria. Su mirada recorre mi rostro hasta alcanzar mis labios, a los que se acerca un poco más.

Lo tengo claro, ha bebido más de la cuenta y debe habérsele despertado el instinto animal del que tanto habla Marga, la cocinera. Ella dice que los hombres, el alcohol y el sexo son una mala mezcla, y que es mejor estar lejos cuando se ponen con lo primero, porque no suelen medir lo que hacen en lo segundo.

Me aparta ligeramente, observándome en silencio. Entonces, me suelta y se aleja, dejando un gran vacío en todas esas partes de mi cuerpo que antes tocaban el suyo.

—Coge tu caja y vete. Ven esta noche. Ven todas y cada una de las noches hasta que se celebre el maldito baile y cuando este pase, sigue viniendo. —Se vuelve hacia mí y al verme parada en medio de la estancia sin reaccionar, señala furioso hacia la puerta—. ¡Y lárgate ya!

Aprieto los puños a ambos lados del cuerpo, encogiéndome sobre mí misma. No sé qué está pasando, no sé de qué habla. ¿Me acaba de citar de nuevo?

Cuando estoy alcanzando la puerta, su mano me detiene sujetándome por la muñeca. No sé en qué momento ha llegado tan rápido hasta mí, porque no lo he escuchado. Había demasiados pensamientos zumbando en mi cabeza.

—Tu caja, Sangre Sucia. —Me giro a ver el paquete que me tiende y lo cojo con manos temblorosas—. Te entregarán una de estas cada día, tú solo encárgate de ponerte lo que hay dentro y todo irá bien —me amenaza, o detecto que lo hace.

Dicho esto, abre la puerta y prácticamente me echa al pasillo.

# Capítulo 6

## *Gardenias*

—Estás muy callada —observa Nahira.

Nos encontramos en la cocina. Después de ayudar a Marga a recoger, nos ha invitado muy amablemente a ponernos a fregar platos. Y aquí estamos.

Nahira no ha parado de parlotear desde que he llegado y yo apenas he asentido a lo que decía o le he ido respondiendo con monosílabos. Mi mente se halla lejos. Con el Lord, quizá.

—Ya hablas tú por las dos —hago un intento de broma, a lo que chasquea la lengua.

—¿Y bien? ¿Has averiguado lo que decía la carta? —prosigue.

—Puede.

—No te hagas de rogar, Cala —protesta.

—Es una invitación para un baile —resumo, alcanzando el trapo y secando el plato que tengo en las manos.

—Qué bien suena eso, mmm… Un baile —dice con tono soñador.

—Tú ya has ido a varios —le recuerdo.

—Sí, pero cada uno es distinto.

Arrugo el ceño esperando a que siga hablando.

—Los hacen por varios motivos. A veces celebran que suben de rango entre los suyos, otras porque es el cumpleaños de alguien, porque les apetece sin más…

—Ya. ¿Y eso qué tiene que ver? —Dejo el plato en el lugar que ocupan los secos y cojo otro húmedo.

—Pues que dependiendo de lo que sea puede que tengamos oportunidad de conocer a alguien… interesante —dice esto al tiempo que se recuesta sobre la encimera para acercarse a mí y menear las cejas en actitud sugerente.

Se me revuelven las tripas.

—No quiero *conocer* a nadie, Nahira.

—Lo harás, querida, como todas nosotras. ¿Por qué crees que te invitan a su fiesta, para que charles conmigo? —se jacta, soltando una carcajada—. Además, no deberías preocuparte, si el Lord te ha citado de nuevo esta noche, significa que lo más seguro es que te considere de su propiedad y no deje que nadie más te toque. De momento.

Suspiro para mis adentros. Eso sí es una buena noticia, por muy lamentable que sea.

—¿De momento?

—En esta fiesta, hasta que se canse de ti. Si no se cansa antes del sábado. Mantenlo contento hasta entonces. —Me guiña un ojo con picardía.

La fiesta es en cuatro noches, lo que quiere decir que debo ser pacífica y complaciente con mi Lord tanto esta velada como las dos siguientes. El sábado debe seguir interesado para que nadie más se acerque a mí. Aunque dudo que esté mínimamente interesado… Pero no vayamos por dichos derroteros. Vale, es sencillo. Puedo hacerlo: solo debo evitar preguntar, responder, mirar y puede que respirar. Es sencillo. Sencillo, me repito.

—¿Habéis acabado por aquí? —Marga hace su aparición después de sacar la basura al exterior. Se lava las manos en la pila más cercana y nos mira por encima del hombro mientras—. ¿De qué hablábais? —curiosea.

—De chicos —le resta importancia Nahira. Para ella, todo en la vida se resume a eso.

Marga resopla.

—Jóvenes… —masculla.

—¿Cómo está Gabrielle? —me intereso, acabando con los últimos platos y secándome las manos también antes de dejar el trapo sobre la encimera.

—Según dice Perkinson, bien.

—Es raro que esté faltando tanto a trabajar, ¿no crees? —dejo caer—. Es muy responsable y no suele fallar ni aun estando mala.

La mujer se encoge de hombros, aunque no se me escapa cómo la comisura de su labio tiembla una milésima de segundo. Sabe algo.

Sabe más que yo y el que no pueda contarlo es un indicio de que es malo.

La miro con sospecha. ¿Qué oculta?

—¿Tú no tienes que limpiar la biblioteca? —se dirige a mí Nahira, que parece extrañada de que siga plantada mirando a la jefa de cocina.

Asiento sin tenerlas todas conmigo. Sí, debería. Vuelvo a asentir, esta vez con más convicción, recordando que quería aprovechar para investigar un tema que me tiene escamada.

—Nos vemos esta noche —me despido de ellas. Luego, salgo de manera apresurada hacia el pasillo.

Antes de dirigirme a la biblioteca personal del Lord, dejo que mis pasos me guíen hasta el dormitorio de Gabrielle. Toco su puerta, que está cerrada, y aguardo una respuesta que nunca llega.

—Qué raro —murmuro para mí.

Si está enferma lo suyo es que esté en cama.

«A menos que esté peor y la hayan trasladado a la enfermería», concuerdo conmigo misma.

Decido que se me está haciendo tarde y que será mejor que acabe pronto con la biblioteca para así ocupar el lugar de Gaby en la cocina durante el servicio de cena. Además, aún tengo que asearme y prepararme para esta noche. Me gustaría pasar por la enfermería también, así que será mejor que sea rápida.

«Esta noche volverás a verlo», me digo, a lo que mi estómago se encoge. «¿Qué habrá dentro de la caja que me ha dado? Ni siquiera he tenido tiempo de abrirla».

Cuando llego a la biblioteca del Lord, esta está vacía; lo usual. Solo la utiliza él, aunque tampoco lo he visto nunca por aquí.

Me hago con el plumero, un paño limpio y un cubo que lleno con agua caliente y algo de jabón para aclarar los ventanales, que se han embarrado con las últimas lluvias. El inicio del invierno, aunque suave, nos recuerda de vez en cuando que está aquí.

Paso el plumero por los estantes y en lo alto de la madera, entre los libros. Muevo las sillas de sitio, los dos enormes sillones y la pequeña mesa de té, barriendo y recogiendo al mismo tiempo. Lo

cierto es que este lugar suele conservarse intacto, ya que no tiene apenas uso. Pero con lo que dijo el otro día el Lord…

Me detengo. Dejo el cepillo recostado contra la mesa y me acerco a las estanterías del fondo, donde sé que, rebuscando y apartando ciertos libros, encontraré los cuadernos de los que hablaba.

«Los cuadernos de su madre», pienso cuando los alcanzo y los acerco a mis ojos.

Son de cuero, marrones, y tienen un aspecto deteriorado. Ahora que me fijo, en la parte delantera hay grabado un emblema con las letras M. L. en mayúscula.

«Melissa Laughty».

La madre del Lord se llamaba así, o al menos ese era su apellido de soltera antes de desposarse con el señor Blackwood. ¿Cómo no había reparado en ello antes? Ahora veo los cuadernos de otra manera...

—¿Qué estás haciendo?

Reacciono como lo hacen los culpables, escondiendo los cuadernos a mi espalda y girándome hacia el lugar del que proviene la voz. Me siento empequeñecer cuando veo de quién se trata. No puedo tener tan mala suerte en la vida.

—Señor Grey. —Me tiembla la voz al pronunciarlo.

Es el mejor amigo del Lord, casi su hermano. Markov Grey.

Inclino la cabeza a modo de sumisión y rezo en mi fuero interno para que no siga avanzando hacia mí. Pero lo hace. Llega hasta donde estoy y me arrebata los cuadernos, estrujándolos en una de sus enormes manos. Los examina y, cuando los reconoce, los blande delante de mi cara.

—¿Qué significa esto? —reclama.

Se trata de un hombre muy grande, debe sacarle una cabeza al Lord con facilidad y además su cuerpo está mucho más desarrollado, ni siquiera los ropajes que lleva son capaces de disimularlo. Tiene el cabello negro, largo y ondulado, unos ojos profundos y muy oscuros, unas cejas rectas y unos labios finos que ahora mismo se aprietan con fuerza mientras sigue mirándome.

—¿Humana? No lo repetiré otra vez.

—Limpiaba, mi señor.

—No parecía eso cuando he entrado.

—Os prometo que…

—¿Sabes que mentir está castigado con la ejecución?

—S… —Me falla la voz.

De nuevo esa pregunta rondándome la mente. ¿Podrá leer mis pensamientos? ¿Sabrá ya que estoy mintiendo?

—Sí, mi señor, disculpadme. Solo sentí curiosidad de saber qué eran al encontrarlos tras el resto de libros.

—La curiosidad no tiene cabida para los de tu especie —escupe —. Será mejor que te largues si no quieres que avise a Donovan, Sangre Sucia. —Señala hacia el pasillo en un claro indicativo de que no me quiere cerca en este momento.

—No-no he acabado, mi señor —tartamudeo.

—Largo. —Su tono es duro, tanto o más que su mirada.

Recojo lo más rápido que puedo y dejo todo en su lugar antes de marcharme. ¿Cómo he podido ser tan necia de dejar que me pillaran husmeando donde no debía? Estaba tan concentrada que ni lo he escuchado llegar.

Salgo apurada por el pasillo, sin saber muy bien hacia dónde me dirijo, pero mis pies deciden por mí antes que mi mente: el jardín privado del señor. Ha sido una acción inconsciente y cuando me planto en él estoy tentada de salir corriendo de nuevo. Si me pillan aquí ahora, cuando ya he acabado mi labor en esta zona, me la voy a cargar.

Sin embargo, algo llama mi atención cuando estoy a punto de volver sobre mis pasos.

Es en lo que llevo pensando horas.

¿Horas? Quizá lleve pensándolo toda la vida sin darme cuenta.

Me acerco.

No puedo esperar más.

Si no lo hago me volveré loca.

Lanzo una rápida mirada hacia el balcón, pero este sigue cerrado y las cortinas cubren las cristaleras. Si el Lord está, debe estar durmiendo la mona o muy ocupado haciendo cualquier cosa privada en la que no desea tener testigos.

Trago saliva.

«No es de tu incumbencia si está viendo a otras mujeres. Tu único objetivo es conseguir su confianza para lograr escapar. Nada más».

Cuando al fin llego hasta la causa de mi nerviosismo, me arrodillo en la tierra y agarro el tallo, tirando de él para aproximarlo a mi nariz y olfatearlo.

Me sorprendo a mí misma con los ojos cerrados, disfrutando de su aroma embriagador.

No puede ser.

Esto no puede ser real.

¿Desde cuándo…?

Pero ahora estoy segura por completo. Si tenía dudas, estas se han despejado sin dejar opción.

Revivo el momento en el dormitorio, cuando subí a llevarle la bandeja y él se acercó. Su aliento en mi rostro… Y ese olor inconfundible a gardenias.

«Gardenias. Siempre han sido gardenias. Mi olor favorito del mundo».

Y esta afirmación es tan aplastante como devastadora.

# Capítulo 7

## *La caja*

—No puede ser. No puede ser…

Esta misma frase ha salido innumerables veces de mi boca desde entonces. Ahora estoy en mi dormitorio, dando vueltas como una posesa y llevándome las manos a la cabeza cada pocos segundos. Mi peinado se ha ido al traste, aunque tengo otras preocupaciones en mente ahora mismo.

—¿Cómo ha podido pasar? ¿Cuándo?

No puedo seguir engañándome más a mí misma. Esa *obsesión* que he tenido siempre por el olor a gardenias, sin duda está relacionada con la atracción que siento por él. Pero ¿por qué? ¿Cómo? ¿Cómo puedo ser tan lamentable?

—No puedo ir a verlo esta noche —musito—. Debo marcharme de aquí cuanto antes. Es absurdo. No puedo seguir con esto.

En realidad me estoy engañando, sé que lo estoy haciendo, porque siempre lo he sabido. Siempre he sabido que era tan estúpida como para estar enamorada del mismísimo Lord. Desde aquel día, desde ese primer día en que lo vi y era una pequeña criatura asustadiza que temía lo que pudiera pasarle. Había visto algo en aquellos ojos grises que me habían instado a confiar ciegamente en él, incluso sabiendo que tenía el poder para acabar conmigo. *De aplastarme*, como él había dicho hacía poco… Y aun así, yo era tan estúpida que seguía observándolo a lo lejos, prestando atención a cuantos chismorreos circulaban sobre él, conteniendo el aliento cuando pasaba a mi lado esperando que se dignara a reparar en mí. Llevaba oliendo aquellas flores que podaba, regaba, olía y acariciaba creyendo, estúpidamente, que de alguna manera me acercaba a él.

Las manos me tiemblan. Todo el cuerpo me tiembla en realidad.

—Céntrate, Cala —me digo—. No puedes dejarte llevar por los nervios, no solucionarás nada.

Escapar, ahora mismo, no es una opción. Durante el día el servicio está de aquí para allá con sus quehaceres y los guardias más atentos de lo habitual por el flujo continuo de gente. Durante la noche es distinto. Ahí está mi oportunidad.

—Pero hoy no puede ser.

Tengo que ser realista. Sería muy precipitado. Aún no he preparado una mochila con lo básico para sobrevivir unos días. Agua, algo de alimento, una muda para cambiarme… No, ahora no. Es un suicidio. Igual a cuando ideé el plan la primera noche en que me visitó el Lord. Tuve el impulso y lo seguí sin pensar en las consecuencias. ¿Y si me hubieran pillado en medio de la fuga? Sé cuál habría sido mi destino. No hace falta ser una eminencia para deducirlo.

Entonces una idea se manifiesta en mi mente.

«Tras el baile. El sábado por la noche, cuando todos estén reunidos. Puedo esconderme y hacerme pasar por una Sangre Pura y escapar».

Cuanto más lo pienso, más lógico lo veo.

Es un plan perfecto.

Además, como Gabrielle está enferma tengo asignada también la colada de mañana, por lo que podré robar sin ser vista ni levantar sospechas uno de los ropajes de los Sangre Pura.

Mis manos siguen temblando. Lo que estoy planeando no ayuda a mis nervios, sino que los empeora.

Si me pillaran con ropa robada, las consecuencias serían terribles. Un tique de embarque directo a la muerte. Una lenta y extremadamente dolorosa.

¿Qué tenía que hacer yo ahora? Paseo la mirada por el dormitorio esperando la solución a mi pregunta, hasta que mis ojos inciden sobre la misteriosa caja que reposa en el colchón.

Intrigada, me acerco hasta la cama para inspeccionarla. No sé qué es, no he tenido tiempo siquiera de detenerme a averiguarlo, pero temo lo que pueda encontrar.

Desato el lazo y tiro de la cinta, apartándola para poder quitar la tapa y ver el contenido. Mis ojos se abren de la impresión cuando la tela de un hermoso vestido negro queda a la vista. Lo saco y dejo que la falda caiga hasta el suelo, admirándolo. Es precioso. Con un escote en forma de uve y tirantes gruesos, la espalda al descubierto bajando insinuante hasta las caderas, y una capa vaporosa con brillantes colocada encima de la gruesa tela.

Me acerco al espejo cargando el vestido sobre mi cuerpo para hacerme una idea de cómo me quedaría puesto. Doy vueltas sobre mí misma con una sonrisa estúpida. Siempre había soñado con llevar algo así de bonito, lejos de este uniforme aburrido que me coloco cada día.

«Si ma me viera con él puesto…».

Pensar en mi madre me hace entristecer. Hace tantos años que no sé nada de ella. Ni de pa. Ni de mis hermanos. Casi doce años. No sé cómo estarán, o si seguirán vivos siquiera, y esa incógnita me atenaza el corazón.

«Pero sí hay una forma de saber de ellos», me sorprendo pensando de pronto.

El Lord puede saber cuanto quiera de quien quiera. Un chasquido de sus dedos y la información vuela hasta él a través de sus perros fieles, esos lameculos que se hacen llamar Umbras. Todos ellos son viles y celosos miembros del Concilio de las Sombras, el grandioso aquelarre fundado por el Rey de los Brujos y cuyo segundo al mando es el Lord.

Y si no, cualquier Rubralūna de su Aquelarre. Markov Grey y Samantha Perkinson son su segundo y tercer al mando. Tan odiosos y sedientos de sangre como él.

«Podría intentarlo. No me queda nada más que perder».

«Salvo la vida», me recuerda esa vocecilla insidiosa.

«En este mundo puedes seguir las reglas a rajatabla y que te la arrebaten igualmente. No es una opción para que decida quedarme con la duda».

Dejo el vestido de nuevo en su caja, intentando no estropearlo. No sé qué hora es, pero debería bajar a las cocinas para empezar los preparativos de la cena. Marga debe estar que trina por ver que no

he llegado aún. Así que me echo un último vistazo en el espejo, arreglo mi trenza con rapidez y salgo por la puerta hacia las cocinas.

Cuando llego, hay una sorpresa aguardándome. Mi cara choca contra el pecho de alguien.

—¡Disculpadme! —me lamento.

Con el impacto, he rebotado hacia atrás y unas fuertes manos me sujetan por los brazos impidiendo la caída. Me noto enrojecer al toparme con el rostro de Markov Grey y esos ojos oscuros que parecen querer taladrarme.

—Disculpadme, mi señor —repito, abochornada—. No he visto que…

—Te buscaba —interrumpe. No muestra ánimo en la forma en que lo dice.

Trago saliva. Que me busque es una mala señal. Mala, muy mala.

—¿Puedo saber para qué, Milord?

Por fin me suelta, haciéndolo con brusquedad, y reculo un par de pasos buscando poner toda la distancia posible entre nosotros. Agacho la mirada cuando nuestro mutuo escrutinio se alarga unos segundos interminables. Para él, que yo lo siga haciendo es una afrenta.

Noto sus ojos clavados en mi coronilla, con la misma intensidad que un hierro ardiendo. Si pudiera desintegrarme en este mismo momento lo haría sin dudar.

Da un paso al frente, acortando el espacio que nos mantiene separados y se yergue tan alto es buscando intimidarme.

—Donovan está advertido de tu gracia de antes —susurra con frialdad—. Y por extraño que pueda sonar, no parecía sorprendido. —Me agarra del mentón con fuerza y me hace levantarlo para que nuestras miradas se encuentren—. No sé qué tramas ni por qué no has sido castigada ya, pero te puedo asegurar que yo no soy tan dócil ni tan piadoso como él. De modo que será mejor que no vuelva a pillarte husmeando en ningún lugar indebido o será lo último que hagas, ¿queda claro? —Acerca su rostro al mío, furioso, al ver mi mutismo—. ¿Queda claro, Sangre Sucia?

Asiento como puedo (teniendo en cuenta que sigue sujetándome) y por fin me suelta, aunque lo hace apartando la

mano, como si acabara de pincharse.

Me mira extrañado, frunciendo el ceño. En su expresión hay una mezcla de sorpresa y confusión.

—Pórtate bien —espeta antes de perderse por el pasillo. No me pasa inadvertido que sacude la mano al aire, como quien se ha empapado y busca sacarse el agua de encima.

Raro.

Me quedo unos segundos observando cómo se aleja, con el corazón latiendo a mil por hora. ¿Por qué hoy todo el mundo me amenaza? ¿Qué he hecho? El Lord, Perkinson, Grey…

Y… ¿qué acaba de pasar? ¿A qué ha venido esa mirada?

Frotándome la mandíbula, que arde donde me ha sujetado, entro en las cocinas donde una alterada Marga me recibe a grito pelado para que empiece a pelar patatas.

Me pongo con la tarea y a los pocos segundos alguien se coloca a mi lado.

—Eh, ¿estás bien? —Es Nahira, que frunce el ceño.

—Estupendamente —le sonrío.

—¿Y eso? —señala mi mentón.

—Ni idea. —Me encojo de hombros.

Extrañamente, no añade nada más. Nos sumimos en un silencio comprensivo, mientras pelamos y cortamos patatas, cada una perdida en sus propios pensamientos.

Yo, por descontado, tengo claro qué petición quiero hacer al Lord esta noche, aunque me gane una nueva amenaza.

# Capítulo 8

## *Exigencias*

Ha llegado la hora.

Debo verlo.

No puedo retrasar más el momento.

Examino mi aspecto en el espejo y no puedo evitar ruborizarme al verme con el vestido puesto. Nunca me había visto así y, aunque me avergüence, creo que me queda bien. Revela más de lo que me gustaría, no estoy acostumbrada a mostrar tanta porción de piel. Aun así, el hecho de saber que solo soy un objeto para entretener al Lord consigue hacer que toda mi autoestima acabe por los suelos. Ni siquiera le atraigo. ¿Qué hay de malo en mí?

Me coloco de lado para observar la forma en que el vestido cae sobre mis caderas y mi trasero, siguiendo la forma redondeada de mis glúteos. La espalda, lisa, despejada, solo cubierta por la larga trenza de raíz que me he hecho. Sé que cuando las humanas son citadas por los Sangre Pura son obligadas a desatarse el cabello, pero no me atrevo a caminar por los pasillos con él suelto. No me sentiría cómoda. Ni siquiera sé cómo voy a hacer para ir así vestida.

Me doy ánimos y salgo con decisión por la puerta. Como vuelva a planteármelo no me atreveré a hacerlo.

Por suerte, los pasillos a estas horas suelen estar despejados. Hay guardias apostados cada ciertos metros vigilando, algunos rezagados que vuelven a sus dormitorios, algunos Sangre Sucia (sobre todo mujeres) yendo a la citación de sus señores…, pero nada más.

Trato de no mirar a los demás, así como no quiero que se fijen en mí. En estos momentos desearía desaparecer. O hacerme invisible.

Algunos guardias susurran, otros Sangre Pura se dan codazos señalándome. Escucho comentarios lascivos, otros jocosos. Cierro los ojos intentando fingir que no me percato de ello. Esta situación es denigrante.

Me estremezco cuando, al llamar a la puerta, esta se abre enseguida.

Como si me hubiera estado esperando.

Como si no pudiera aguardar a que llegara dicho momento.

Quizá, en mi fuero interno, desee que sea así, porque yo no he dejado de pensar en él ni un solo segundo.

«No seas absurda».

Y me olvido de todo lo demás, incluso el malestar desaparece.

El Lord mantiene la mano sobre la puerta, sosteniéndola para que pase. Porta una camisa cuyos botones están abiertos, dejando su esculpido torso al descubierto. Su cabello, completamente revuelto, le cae sobre los ojos. Lleva una botella con un sospechoso aspecto a licor que está medio vacía, lo que indica que ha estado bebiendo, quizá demasiado tiempo. O quizá no haya dejado de hacerlo desde que me marché horas atrás.

Cuando veo el modo en que recorre mi cuerpo, con esos ojos grises que se oscurecen por momentos, solo puedo tragar saliva.

Llevamos quién sabe cuánto rato así, observándonos en silencio, admirándonos, estudiándonos.

—¿No piensas pasar? —Su voz rompe el silencio, uno al que me había acomodado no queriendo que se interrumpiera. El tono no es hostil, aunque sí solícito. Sale como un gruñido, ronco, profundo, haciendo que mi corazón se salte un latido.

Armándome de valentía, me atrevo a entrar. Al volverme, compruebo que el Lord ha cerrado la puerta y da un largo trago a su bebida sin apartar los ojos de mí.

Solo hace eso, mirarme. Juraría que es lo único que hace cada vez que estoy ante él. Me mira. Nunca deja de hacerlo. Su pecho se mueve mientras respira, así como su nuez sube y baja con cada trago.

Entonces me apunta con la boquilla de la botella.

—Estás llamando demasiado la atención —dice. En sus labios suena a que me está recriminando por ello, lo que me indigna.

—No he sido yo la que ha decidido vestirse así, Milord —replico, hablando con una calma que no siento. Mi corazón bombea más fuerte, tanto que el pecho me duele al sentir los empujones.

Arroja la botella a un rincón, que se estrella con estrépito y acaba hecha añicos. Me sobresalto con el ruido, ahogando un chillido cuando lo veo avanzar hasta mí dando unas ágiles zancadas hasta alcanzarme. Me agarra por la trenza, tirando de ella hacia atrás para hacer que levante la cara hacia él. Pega su frente a la mía en un movimiento demasiado brusco.

—¿Cuándo aprenderás a mantener esa boca cerrada, Sangre Sucia? —gruñe contra mis labios, que en algún momento han acortado la distancia hasta encontrarse—. No quería que sucediera así —añade en un susurro. No sé si me lo dice a mí o solo habla en alto, pero en este instante en que sus ojos destilan tanta ira me olvido hasta de qué quería preguntar.

Y entonces, sin más, agarra mi cara con ambas manos y estampa sus labios contra los míos.

Tardo en reaccionar, tal vez porque esto es lo más inesperado que me ha pasado nunca. Lo que más deseaba y temía a un mismo tiempo.

Me dejo llevar. ¿Qué hay de malo en ello? Siempre he esperado que sucediera, por mucho que intentara engañarme. Además, no hay mucho más que hacer. Él es el Lord de esta Mansión y yo una simple Sangre Sucia. Puede tomarme y hacer conmigo cuanto desee.

Sus labios se mueven con ferocidad sobre los míos, invadiéndome, despertando unas sensaciones desconocidas en mi cuerpo. Gruñe mientras me besa, como si hubiera perdido por completo la razón. Ya no es dueño de lo que hace. Sus manos descontroladas me aprietan contra sí con posesividad mientras las mías cuelgan a ambos lados de mi cuerpo sin saber qué tengo que hacer con ellas.

El aroma embriagador a gardenias mezclado con el licor que destila su boca me envuelve por completo. Creo que voy a

desfallecer de un momento a otro si no se detiene ya.

Su roce es más perturbador de lo que había soñado. Dudo que un beso sepa así en boca de nadie más.

El Lord muerde mi labio inferior, a lo que dejo escapar un gemido de sorpresa. Abro los párpados encontrándome con su mirada penetrante, que me devora sin contemplaciones. Sus ojos brillan de excitación, con una oscuridad que nunca había observado en ellos.

—Vete.

Me quedo inmóvil.

¿Qué acaba de decir?

—¿Qué…?

—Que te marches. Ahora. ¡Desaparece de mi vista! —exclama mientras señala hacia la puerta.

Contengo las lágrimas que se ofuscan en salir. ¿Qué está pasando? ¿Qué he hecho?

Agarro el bajo de mi vestido y prácticamente corro hasta la puerta, deseosa por llegar a mi dormitorio y desaparecer. ¿Por qué, por qué hace esto?

Cuando estoy a punto de alcanzar el pomo de la puerta, llega hasta mí y me sujeta con fuerza por el brazo.

—Espera, aún no.

Me vuelvo hacia él. Ahora estoy furiosa.

Él se presiona el puño contra la frente, como si se hallara en medio de una encrucijada.

—Soltadme —le increpo—. No me volváis a poner una mano encima u os juro que no dudaré en colarme en vuestros aposentos mientras dormís y os mataré.

Su cara es un cuadro. Se queda una fracción de segundo asimilando mis palabras hasta que explota en una carcajada que me provoca escalofríos.

La intensidad de su agarre en mi brazo incrementa. Tira de mí hacia él y pega su rostro al mío.

—No deberías amenazar a la persona que te mantiene con vida, Sangre Sucia. Deberías estar ahora mismo arrodillada haciendo lo único para lo que sirven las de tu especie, darnos placer a los Sangre Pura. —Me zarandea una vez más y después me suelta con

brusquedad—. No puedes salir todavía. Si te ven salir ahora sabrán que no hemos hecho nada.

—No os sigo.

—Ni falta que te hace. Solo obedéceme y todo irá bien —replica con desdén.

Cojo el pomo, desoyendo su orden, y recibo un calambrazo por respuesta. Ha debido hechizar la puerta para que no pueda salir, siempre siento que va un paso por delante.

—Sois odioso —me atrevo a insultarlo cuando veo que se aleja de camino al armario de las bebidas.

Él no responde nada, pero sí me dedica una sonrisa de superioridad por encima del hombro.

—¿Vas a quedarte ahí plantada hasta que te marches?

—¿Acaso os importa?

—¿Tú qué crees? —responde con esa estúpida expresión de picardía que tanto me molesta.

Coge otra botella y esta vez saca dos vasos, llenándolos hasta arriba.

—¿Bebes?

—¿Estáis siendo amable conmigo, Milord?

Estoy cruzada de brazos frente a la puerta y no hago amago alguno por acercarme a donde está él.

—Sabes que jamás lo sería con alguien como tú.

—¿Os sentís culpable, tal vez?

—¿Debería hacerlo? —Enarca ambas cejas como respuesta.

Esta vez sí, me envalentono y camino hasta donde el Lord mantiene mi vaso en alto, aguardando a que lo coja. Lo tomo y miro su contenido. Nunca en mi vida he probado el alcohol y no sé si me gustará.

—¿Por qué? —pregunto con la mirada clavada en el líquido oscuro.

Siento que él me mira, aunque no contesta.

—¿Por qué me rechazáis? ¿Por qué hacéis esto? Podríais hacer lo que quisiérais conmigo y no podría deciros que no. ¿Por qué no me hacéis vuestra entonces, Milord?

Al fin me atrevo a mirarlo a los ojos, unos que me quitan el aliento cuando veo lo profundos y atormentados que se ven desde aquí, desde tan cerca. Los mismos ojos que me protegieron cuando llegué a la Mansión, los mismos que me observaron mientras me adaptaba a la vida aquí, los mismos que…

—Ya te lo he dicho, Sangre Sucia. No estoy interesado en ti —murmura, en el mismo tono frío que usa cuando se dirige a mí.

Sus palabras hacen daño. Consiguen hurgar en mi corazón y hacerme sentir de nuevo que no soy guapa. ¿Es por eso? No, no puede ser. Sé que soy hermosa a mi manera. He visto cómo otros hombres me miran. No es eso.

—Mentís.

El Lord, que se ha llevado el vaso a los labios y está dando un sorbo, abre los ojos con sorpresa.

—¿Te atreves a afrentarme? —Se inclina hacia mí de manera peligrosa—. Creo que no estás dándote cuenta de que estoy siendo demasiado indulgente contigo, Sangre Sucia. Tal vez necesites un correctivo.

Ese comentario trae a mi mente lo sucedido con Grey.

—El señor Grey opina que no estáis siendo lo suficientemente duro conmigo —dudo en si debería añadir lo que ha pasado entre nosotros, aunque decido guardármelo.

—Tiene razón.

Muevo mi vaso, observándolo de nuevo, aunque no las tengo todas conmigo. Finalmente desisto, dejando el vaso sobre la encimera de madera.

—¿Rechazas mi invitación? —Por su tono, diría que se ha ofendido.

—Nunca he bebido, Milord —trato de excusarme—, no sé si…

—Pruébalo. —Su voz no admite réplica.

Y es normal. No tengo nada que opinar. Mi opinión, en realidad, es irrelevante. He sido traída a este mundo para obedecer. Sin embargo, mi vena rebelde, esa que he de controlar a menudo para no acabar muerta, sale a relucir.

—Solo si me decís algo a cambio.

—¿Ahora exiges?

Le mantengo la mirada, que en este momento parece a punto de querer asesinarme.

—Es sobre mi familia —me atrevo a musitar en un hilo de voz.

Su expresión se relaja, como si quedara algo de humanidad en él.

—¿Qué quieres saber? —pregunta con cierta indiferencia.

—Cuanto sepáis. Si están vivos, si son libres, si se acuerdan de mí. —Esto último me hiere en lo más profundo.

Me observa en silencio.

—Bebe.

—Decidme que lo haréis.

Su rostro se endurece. Estoy arriesgándome demasiado, estoy jugando con su paciencia y sé que tiene un límite.

Hago lo más lamentable que podría hacer en la vida, pero es que ya no me queda nada que perder. Me arrodillo.

—Por favor, Milord. Solo deseo saber si mi familia está bien. Han pasado… —Trago saliva—. Llevo doce años sin saber nada de mis padres, de mis hermanos. Nunca recibí una carta de ellos, yo…

—Levántate —gruñe. Aparta la mirada de mí como si le asqueara —. Bebe —repite.

No sé si es un sí o un no, pero acabo haciendo lo que me dice. Tampoco tengo más opciones.

Tomo el vaso y le doy un corto trago, sintiendo el líquido caliente descender por mi garganta.

—Sabe horrible —me quejo.

Durante una fracción de segundo juraría que está a punto de sonreír, pero entonces se da la vuelta y camina hasta su cama. Lo veo quitarse los zapatos y tumbarse, colocándose las manos tras la cabeza.

—Puedes hacer lo que quieras. Menos ruido —añade en un gruñido. Va a reposar la cabeza en el almohadón cuando vuelve a erguirse y hay una pizca de socarronería brillando en la sonrisa que me lanza—. O bueno, pensándolo mejor, puedes ser tan ruidosa como gustes; quizá así sea más creíble lo que piensan que hacemos aquí dentro.

# Capítulo 9

## *Lo prohibido*

Se ha dormido.

De verdad que no me explico cómo puede estar ahí tan tranquilo, con la boca entreabierta y los párpados plegados. ¿Hasta cuándo voy a tener que aguantar esto? No solo me obliga a venir hasta aquí con un vestido estúpido, sino que me besa, se enfurece conmigo, me echa y después me retiene. ¿Y luego qué? ¡Se duerme!

Mi pierna tiembla acompasada al taconeo nervioso de mi zapato y el licor (que sabe a rayos) se sacude con violencia siguiendo el compás. No sé por qué he seguido bebiendo, pero aquí estoy. Tampoco tenía nada mejor que hacer, así que me he dado a la bebida. Siento la cabeza embotada y mi vista se apercibe extraña, formando figuras raras que cuando dirijo los ojos hacia ellas desaparecen sin dejar rastro.

Miro el vaso de manera acusatoria.

—Ya está bien de hacer el ridículo por hoy —murmuro, inclinándome hacia la mesa para dejar el vaso sin tener que levantarme. Tengo claro que como me ponga en pie voy a caerme, así que lo mejor será mantener el culo donde está, al menos el mayor tiempo posible.

Lanzo una ojeada hacia la cama en la que dormita el Lord. No creí que fuera a dormirse de verdad, pero la profunda respiración que llega hasta mí me confirma que es así.

Él durmiendo. Yo aquí. Vaya plan.

Suspiro con pesadez y dejo el peso de mi cabeza en la mano, entrecerrando los ojos.

¿Quién me iba a decir a mí que una cita con el Lord sería así de lamentable? ¿Desde cuándo un hombre dice que no a un revolcón teniendo a una mujer ofreciéndosele en bandeja? Hay algo que no

encaja. Los sentimientos y los Sangre Pura nunca van en la misma frase, a no ser que sea para recalcar que carecen de ellos.

Mi mente, quizá dejándose llevar por el cansancio, por la lástima que me doy a mí misma o por el alcohol que, he de admitir, he tomado más de la cuenta, empieza a vagar por recuerdos del pasado, unos que juré no desenterrar para evitar seguir sufriendo.

Vuelvo al día en que jugaba en el jardín de casa. Ma estaba dentro preparando la comida y mis hermanos corrían persiguiéndose mientras yo los observaba, arrodillada frente a un montón de hermosas flores. Minutos atrás había estado corriendo con ellos, pero aquellas flores habían llamado mi atención y había decidido apartarme para ir a olerlas, tocarlas e inspeccionarlas.

Y sin darme cuenta, *lo había hecho*.

Eso que ma y pa siempre me advertían que no hiciera.

Eso por lo que ma me había llegado a dejar sin cenar y pa me había abofeteado.

Había *cantado*.

Era muy pequeña entonces y no me había dado cuenta de que estaba haciéndolo hasta que el día se oscureció de pronto, como un mal presagio. Unas feas nubes grises se instalaron frente al sol, las flores que me rodeaban se sacudieron y sus tallos profirieron lamentos al entrechocar entre sí. Un aire gélido me hizo estremecer y me froté los brazos para entrar en calor, pero para cuando quise detener mis labios y tragarme las palabras que habían brotado de ellos, ya era tarde.

Había una sombra.

Vi primero un asomo de ella antes de alzar los ojos y comprobar, con horror, que no habían sido imaginaciones mías.

Chillé asustada y fui a levantarme, queriendo huir al interior de casa con ma y pa, pero aquel hombre de mirada maliciosa, uno de aquellos Umbras a los que tanto temíamos los Sangre Sucia, me aferró por el brazo hasta el punto de hacerme daño e impidió que pudiera escapar.

—Has sido una niñita muy mala —risoteó hablando muy cerca de mi cara. Su apestoso aliento me caló en las fosas nasales y tuve que

contener una arcada para no vomitar en ese preciso instante, de tan aterrorizada como estaba.

—Suélteme, ¡suélteme! —grité.

A todo esto llegó mi ma, alertada por los gritos de mis hermanos al ver aparecer a aquel monstruo.

—¿Qué está haciendo? ¡Por favor, se lo suplico! A mi pequeña no. Debe tratarse de un error, ella no…

El Umbra se volvió hacia ma, zarandeándome como si yo no fuera más que un objeto inútil y carente de voluntad.

—Pagarás las consecuencias por tu silencio, Sangre Sucia —advirtió, tenaz—. Es una de ellos y no has advertido al Concilio. No volverás a verla. —Sonrió enseñando todos los dientes, negros y torcidos—. Y tu traición será tu tumba.

—¡Noooo! —sollozó mi madre, arrojándose al suelo y bajando la cabeza en un acto de sumisión—. Por favor, se lo ruego. Deje a mi hija. Déjenos y no diré nada. Lléveme a mí. Se lo ruego. No puede llevarse a mi hija.

—¿A tu hija? —escupió el lacayo, mirándola con desagrado—. Me los llevaré a todos. A todos… —repitió mientras mi madre se deshacía en lágrimas y rogaba clemencia, abrazándose a mis hermanos.

Tras eso, lo siguiente que recuerdo fue un tirón brusco y una sensación de mareo, seguido de la aparición en la Mansión y una multitud que me observaba.

—A mis hermanos no… A mis hermanos no… Ma… Ma, perdóname. Lo siento… No quería cantar.

En algún punto entre el sueño y la consciencia, mis labios se abren y dejan salir las palabras que llevan años encerradas en mi interior. En mi corazón, en mi mente, selladas y protegidas. Esas que nunca he confesado ante nadie.

No puedo evitar sentirme culpable por lo que hice.

*Canté*. Cuando está prohibido. Cualquier tipo de Don lo está. Al menos, eso es lo que ma decía. Porque lo cierto es que no está prohibido, sino que es algo que los Sangre Pura buscan con devoción, atesorarlos todos. Ese es el motivo por el que los padres inculcan a sus hijos Sangre Sucia la necesidad de no aprender a

desarrollar su arte, a crecer sin saber leer, escribir, cantar, dibujar o bailar… porque todo eso es lo que ellos buscan para después fardar en sus fiestas privadas. Quieren tener los mejores bailarines y cantantes, los usan como moneda de cambio, los venden al mejor postor, los prostituyen para ganarse favores. Cuanto más desarrollado tienen su Don, más caché dan a sus dueños.

Y si yo ese día hubiera estado atenta y no me hubiera dejado llevar… Si no hubiera cantado, seguiría con mi familia.

En algún momento, mis ojos han debido de cerrarse definitivamente y juraría que alguien me toma en brazos. Sí, esto donde mi cabeza reposa parece un pecho, uno duro y fuerte. Aunque puede que solo se trate de un sueño…

Un movimiento, sonido de sábanas, el peso del colchón hundiéndose bajo mi cuerpo. Gardenias. Mmm… Ojalá no despertara nunca de este sueño.

No sé qué pasa a continuación, porque mi mente vuelve a hundirse en un mar de recuerdos confusos, de sensaciones extrañas, y navego en un campo de gardenias observada por unos profundos ojos grises que me siguen de cerca, como si temieran que acabara perdiéndome. Como si me protegieran.

—Lo siento…

# Capítulo 10

## *Jaquecas*

Lo primero que pienso al despertar es que me duele la cabeza. Mucho. Nunca en la vida me ha dolido así de fuerte y eso que soy una persona que sufre de jaquecas. Encima hay un molesto ruido que no para de repetirse y provoca que se haga aún más desagradable.

Intento abrir los ojos y tengo que llevarme rápidamente las manos a la cabeza porque esta me empieza a dar vueltas.

—Oh, mierda… —se me escapa.

Me echo hacia un lado y apenas soy capaz de arrastrarme lo suficiente para acabar vomitando en el suelo en lugar de hacerlo sobre la colcha. Las arcadas se suceden una tras otra y no me detengo hasta que mi estómago vacío se queja. Me arqueo cuando una nueva arcada me sacude y abro la boca por instinto, aunque no sale nada.

Estoy sudando y sin aliento. Me paso el antebrazo por la frente para secar las gotas de sudor y me aparto la trenza, que también ha sufrido parte del percance y se ha manchado.

—Qué desagradable —escucho decir desde algún rincón de la habitación.

Lo que me faltaba.

Con la poca dignidad que me queda, me yergo para encararlo.

Voy a decir algo, pero verlo ahí tan estirado y tan asqueado con la imagen, me enmudece. Más aún al caer en la cuenta de dónde estoy. ¡¿Sigo en su habitación?! Y esto que acabo de vomitar es el suelo al lado de su cama.

Me levanto, rápida, y al hacerlo me mareo. Me aferro al poste de la cama para estabilizarme y sin decir una sola palabra corro hacia la

puerta, pasando cerca de él. Ni siquiera pienso en pedirle permiso, ya habrá momento para disculpas.

De nuevo, impide que me marche. Su mano llega tan veloz a mí que dudo en qué momento se ha movido siquiera.

—¿Adónde vas? No te he dado permiso para marcharte aún. —Le encanta recordarme el poder que tiene sobre mí.

Deseo apartarme, dejar de sentir el calor que proyecta su mano sobre la parte desnuda de mi brazo. Sin embargo, tampoco quiero hacerle notar lo mucho que me perturba esta cercanía. Bastante ha tenido ya con el espectáculo de hace unos segundos.

Recordar el beso que me dio anoche el Lord no ayuda a mis sentidos aún embotados. Ni al dolor de cabeza. Ni al deseo que despierta en mí tenerlo tan cerca.

Debo detener esto.

Alzo la mirada para mantener la suya. Cobarde nunca, incauta si acaso.

—Gracias por dejarme dormir en vuestra cama, Milord.

Mi agradecimiento lo pilla desprevenido. Hace un gesto con la cara que parece que le acaben de asestar una patada en el estómago, su máscara de indiferencia se rompe en mil pedazos por una fracción de segundo, el tiempo que tarda en recomponerse y agravar su expresión.

—Vuelve esta noche.

Me deja ir. Era de esperar.

Sonrío en mi fuero interno, aunque mantengo mi expresión lo más hermética posible. Es una pequeña victoria que celebraré más tarde, cuando no me esté observando. Si es que deja de hacerlo en alguna ocasión…

—Aún no me habéis dicho para qué, señor Blackwood.

Sus ojos recorren mi cara en un rápido escrutinio, buscando algo. ¿Qué he dicho?

Enarca una ceja, aunque parece más un gesto inconsciente que una acción deliberada.

—¿Desde cuándo un lobo da explicaciones al cordero que está a punto de devorar? —y diciendo esto finalmente me suelta.

—¿Acaso sois vos un lobo? —No puedo evitar que haya cierto toque burlesco en mi pregunta, aunque lo arreglo poniendo mi sonrisa más inocente para que crea que ha sido todo cosa de su imaginación.

—Vuelve esta noche —dice sin más. La sonrisa maliciosa que me manda, sin embargo, haría empequeñecer y retroceder al más valiente de los corderos. El Lord no tiene nada que envidiar a un lobo, como estúpidamente se ha denominado.

El resto del día pasa sin pena ni gloria. No he podido concentrarme en nada porque el dolor incesante de cabeza me ha impedido incluso recordar mi nombre en según qué momentos. Nahira tampoco ha ayudado con su incesante parloteo. Ni Lady Perkinson, que ha aprovechado cada ocasión en que nuestros caminos se cruzaban para añadir tres o cuatro tareas más a la ya de por sí larga lista.

He lavado, tendido y doblado ropa, ayudado en las cocinas a Marga, esquivado a Lord Grey cuando me ha parecido que venía de frente con el ceño fruncido y he pasado por el cuarto de Gabrielle para toparme de nuevo con que su puerta estaba cerrada, lo que me hace creer con más convicción que ha de estar en la enfermería. El único momento de descanso ha sido cuando he terminado de revisar que el jardín privado del Lord estuviera en orden y me he dejado caer en una silla de su biblioteca antes de empezar a limpiar. Me temblaban las piernas debido al fuerte dolor de cabeza que, aunque había ido remitiendo a lo largo del día, seguía latente. Hacía años que no sufría una jaqueca así y estaba segura de que era por culpa del licor (malísimo) que había estado bebiendo la pasada noche.

Me ha parecido escuchar pasos y me he incorporado con celeridad para retomar la tarea. No he vuelto a detenerme hasta llegar a mi dormitorio horas después (una vez servidas las cenas) y encontrar, no sin cierta sorpresa, que habían dejado una caja sobre el colchón.

Para no perder el ritmo, me he concedido dos segundos en los que he inspirado profundamente, me he peinado con los dedos para quitarme de la cara los cabellos rebeldes que se han escapado de la trenza y he corrido a esconder bajo la cama mi pequeño tesoro:

ropa de una Sangre Pura, la que será mi camuflaje para poder escapar de esta maldita Mansión de una vez por todas.

El sábado.

Solo tengo que aguardar hasta el sábado por la noche, una vez acabe la fiesta.

Después, he comenzado a desnudarme. La ducha de agua fría ha durado un suspiro. He terminado de secarme mientras quitaba la tapa de la caja para ver el contenido.

Este vestido es azul, oscuro como las profundidades del océano y cubierto por pequeños diamantes que lo hacen parecer un cielo estrellado. Al igual que los dos anteriores, son muchas las partes de carne que quedarán expuestas, como si su verdadero objetivo no fuera el de vestir sino exhibir según qué partes de la portadora.

Trago saliva.

Un nuevo vestido, un nuevo reto.

Las manos me tiemblan al imaginarme recorriendo los pasillos con él puesto, aunque temo y deseo más el momento en que el Lord me vea llegar con él. Una estúpida incógnita danza en mi mente:

«¿Le gustará?».

Deshago mi trenza y la rehago con dedos hábiles. Estoy tan acostumbrada que resulta una acción rápida.

Me retuerzo los dedos a causa del nerviosismo mientras avanzo hacia los aposentos del Lord. Con cada paso que doy, mi aliento se torna más pesado, incluso violento por momentos.

Toco y abre. Mecánico, veloz. Como la otra vez. Como si llevara esperándome largos minutos apostado al otro lado de la puerta o incluso horas, aguardando impaciente a que llegara este momento.

«Qué imaginación tienes».

—Has tardado —gruñe.

# Capítulo 11

## *Control*

No respondo nada. Ahora mismo, con lo fuerte que me late el corazón y lo agitada que está mi respiración, que parece que acabe de llegar hasta aquí a la carrera, no me veo capaz de intentar replicar; seguro que haría el ridículo quedándome sin aliento u olvidando qué quería decir. Con esa mirada se hace imposible pensar con claridad.

Apenas se aparta para permitirme el paso. Si no fuera porque sé que le repugno, juraría que lo hace de manera deliberada para intentar un acercamiento. Lo escucho aspirar con fuerza cuando camino a su lado, lo cual se me hace extraño, y no tardo en concordar conmigo misma que solo me lo habré imaginado. ¿Para qué querría él olerme?

Este pensamiento me trae de nuevo a la memoria mi descubrimiento sobre las gardenias.

Y es que sí, lo es. No hay lugar a dudas, porque todo el cuarto del Lord está inundado de ese cítrico, floral, embriagador e hipnótico aroma a gardenias. A él.

Me descubro con los ojos cerrados, disfrutando del olor que se filtra por mis fosas nasales. De algún modo, el fuerte dolor de cabeza comienza a evaporarse, permaneciendo en un segundo plano, convertido en un simple pitido molesto y lejano, uno que puedo relegar a un rincón para concentrarme en el aquí y ahora; concentrarme en el Lord, que se ha detenido frente a mí y me observa tan pronto despego los párpados.

—¿Cansada? —Con esa sonrisa maliciosa sospecho que no me va a dejar dormitar precisamente.

—Cualquiera diría que os preocupa mi bienestar, Milord —tanteo la situación, entrelazando mis manos ante mi cuerpo en una pose

inconscientemente defensiva. Como si así él no pudiera llegar hasta mí…

Una de sus comisuras se estira aún más, lo que hace que su sonrisa se vea ladeada y más oscura. No, no augura nada bueno.

—Cualquiera que manifestase una majadería de tal calibre sería ejecutado al momento. Los Sangre Pura no tenemos sentimientos.

—Algo he escuchado al respecto —murmuro en un tono monótono, sin apartar los ojos de los suyos—. ¿Ni siquiera por los vuestros?

La pregunta le pilla por sorpresa. Veo cómo sus ojos se abren de par en par y acto seguido vuelve a controlar su expresión, retomando esa fachada de frialdad que le caracteriza.

—Por los nuestros menos aún.

No añade más. Por lo que percibo, el asunto le escama.

Gira sobre sus talones y se aleja hacia el armario de los licores, donde prepara sendas bebidas de espaldas a mí. Si no fuera porque sé que podría matarme con un chasquido de sus dedos o un aleteo de su varita, hasta me preocuparía que pudiera envenenarme.

—Milord… —susurro cuando lo veo llegar con uno de los brazos extendidos hacia mí, ofreciéndome uno de los vasos—. Preferiría —elijo muy bien las palabras que voy a pronunciar— no tomar hoy. No me sentó bien. De hecho, tengo un horrible dolor de cabeza —acabo confesando, esperando apelar a su humanidad que, aunque no guarde esperanzas, quizá siga almacenando en algún lugar oscuro de su podrido corazón.

Igual que hizo el día anterior, sigue con el brazo extendido, como si yo no hubiera abierto la boca.

No lo cojo.

Tampoco me achico ante el brote de ira que va en aumento en sus ojos. Le mantengo la mirada. ¿Qué es lo peor que puede hacerme, matarme? A estas alturas tengo pocas, por no decir nulas, opciones de salir con vida. Lord Grey y Lady Perkinson tienen una fijación inaudita hacia mi persona, de modo que si no acaba él conmigo, estoy segura de que uno de sus lameculos personales (o mejores amigos, como los llama él) acabará haciéndolo.

—Bebe. No me hagas destrozar tus frágiles huesecillos para hacerte entrar en razón, *pequeño pájaro*. —Su mandíbula se aprieta en actitud amenazante.

—Me gustaría ver cómo lo intentáis, *Milord*. —Exagero cuanto soy capaz su apelativo.

Tanta insistencia porque beba me hace desconfiar. Si no pretende acabar conmigo, ¿qué es lo que quiere, pues? No puede tratarse de mera cordialidad (ya que carece de ella) ni al hecho de que prefiera beber acompañado. Hay *algo más*. Tengo un pálpito al respecto.

—Bebe.

Hace un ademán con el brazo, un golpe seco que da al aire con el vaso, cuyo contenido se desborda mojando el suelo y parte de mi vestido. A él no le importa haberlo manchado y a mí menos. Total, solo es parte de la pantomima que ha montado para que piensen que nos acostamos y así poder restregarme cuánto asco le doy.

—No.

Acorta la distancia que nos separa, pegando su frente a la mía y mirándome con desdén. Habla contra mi boca, reavivando unos recuerdos y unas sensaciones que quisiera enterrar. ¿Cómo es capaz de hacerme sentir tanto con tan poco? Incluso en un momento así, en el que está furioso, solo deseo que se acerque más, que me toque más. Quiero que siga odiándome para así alargar este momento. ¿He perdido la cabeza del todo?

—Bebe, maldita sea, ¿o es que no eres capaz de acatar una orden sin que tenga que hacerte daño?

—Intentadlo —le reto.

Alzo la mirada hacia él, quien por una fracción de segundo desvía sus ojos a mis labios y después vuelve a clavarlos en los míos.

—Eres terca.

—Pero eso os gusta de mí, ¿verdad?

Suelta una carcajada.

—No hay nada en ti que me guste, Sangre Sucia.

—Por eso no podéis apartar vuestras manos de mí —sonrío.

No miento. Sus manos, en algún momento, han volado hasta mis caderas, atrayéndome hacia su duro cuerpo y haciendo desaparecer el más mínimo espacio entre nosotros.

—Igual que no podéis dejar de pensar en nuestro beso. No habéis dejado de recrearlo en vuestra mente. —Me juego todas a una.

Un brillo peligroso cruza su semblante.

He dicho algo indebido. Otra vez. Se me da bien hacerlo cuando estoy en su presencia.

—Si te refieres a la profunda sensación de asco que dejó en mí y ese sabor nauseabundo que no he podido quitarme de encima, sí, tienes razón, no he podido dejar de pensar en él.

Me suelta con gesto repugnado y se aleja en dirección a su mesita. Su ancha espalda se tensa cuando se inclina a coger un objeto que no llego a ver y después se vuelve hacia mí.

Su varita.

La sacude en el aire, apuntando en mi dirección.

—Tendré que hacerlo por las malas.

No sé qué dice, pronuncia una de esas palabras incomprensibles para los de mi condición, y de pronto me noto flotando en una nube. Estoy aquí y de algún modo no lo estoy. Todo se siente cómodo, suave, como si caminara sobre algodones.

Mantengo los ojos abiertos con sumo esfuerzo, ya que batallan por entrecerrarse. Los sonidos los percibo distintos, lejanos y con eco.

En uno de esos pesados parpadeos, descubro que el Lord está ante mí. No sé en qué momento se ha acercado tanto, pero tampoco puedo reaccionar para increparle o echarme hacia atrás.

—Siéntate —me ordena. Y yo solo obedezco—. Así me gusta. Buena chica —se jacta—. Abre la boca. —Mi boca se abre sin necesidad de que yo mande la señal a ninguna parte; tampoco tengo opción de mantenerla cerrada—. Traga —dice cuando echa parte del líquido en mi lengua. Lo noto bajar, ardiente, por mi garganta.

Hace un movimiento con la varita en el aire, como si cortara con un cuchillo en diagonal, y el abotargamiento se extingue.

Me llevo una mano a la garganta, horrorizada por lo que acabo de vivir. No son solo habladurías; los Sangre Pura pueden hacer lo que quieran con nosotros, no sé si leernos la mente porque aún no

lo he averiguado, pero sí pueden manejarnos como si fuéramos meros títeres.

—Os odio —escupo con rabia—. A vos y a todos los de vuestra calaña.

—Me alegra que así sea —se sonríe. Le encanta sentirse odiado, al parecer. Se recrea en la ira ajena—. Y ahora, si vas a dejar de comportarte como una chiquilla caprichosa, tengo información para ti.

Mi corazón da un vuelco y jadeo debido al dolor que este provoca en mi pecho.

—¿Información? —Me levanto de manera inmediata, acercándome a él, al tiempo que me presiono el pecho y lo masajeo, tratando de calmar el desbocado latir de mi corazón.

—Me pediste información sobre tu familia y yo te la he conseguido. La cuestión es… —Hace una pausa cargada de dramatismo, en la que aprovecha para mirarse las uñas con superioridad antes de devolver su mirada hacia mí y fijarse en lo que hago en mi pecho. Frunce el ceño— ¿qué voy a conseguir yo a cambio?

Las palabras brotan de mis labios sin necesidad de meditarlas o usar ningún encantamiento de control en mí:

—Lo que queráis.

La sonrisa que lanza no me engaña. Sabía de sobra lo que iba a contestar, *sabe* que no tengo más opción y que me tiene en sus manos. Una vez más. ¿Puedo negarme acaso a hacer lo que me pida? La respuesta es evidente.

—Empezamos a entendernos.

Ahora sí, deja su varita sobre la mesita, a la que lanzo una mirada de curiosidad. Son tantos los poderes que poseen los Sangre Pura que me aterran… Imagino que a cualquier Sangre Sucia le rondarán los mismos pensamientos. Nosotros tenemos prohibido tocarlas. Según aseguran, cuando un no poseedor de magia toca una varita, acaba maldiciéndose y maldiciendo a su dueño; el Impuro (o Sangre Sucia como prefieren llamarnos ellos) caería fulminado en el acto y el Sangre Pura, dueño de esta, sufriría una disminución de poder, ya que su magia se vería enturbiada. Solo el

dueño de la varita puede tomarla y usarla. Nadie más. Al menos, eso es lo que siempre me han contado.

—Decidme, ¿siguen vivos?

Doce años después, me sigo aferrando a la remota posibilidad de que así sea.

—Depende.

Su respuesta me genera confusión.

—¿De qué depende, Milord? —Lo miro con ojos expectantes.

—De lo que me cuentes.

—No os comprendo.

—Cuéntame tú. ¿Qué recuerdas de tu infancia?

La pregunta, desde luego, me pilla por sorpresa. ¿Qué puede interesarle a él mi niñez? ¿Es otro tipo de burla?

—Anoche te escuché hablar en sueños —prosigue, a lo que enrojezco—. Hablabas de ellos. Más bien gritabas.

Me alivia saber que no soñaba con él, como tantas otras noches. Habría conseguido que se burlara de mí aún más si me hubiera escuchado pronunciar su nombre dormida.

—No recuerdo nada. —Aparto la mirada.

Lo escucho dar un largo trago a su bebida, depositarla en un mueble y después caminar hasta mí.

—Has dicho que harías lo que fuera.

—Creí que querríais… —Las palabras mueren en mi boca.

—¿Qué? —Me coge de la barbilla con fuerza para obligarme a mirarlo—. ¿Tu cuerpo? Vamos, no me hagas reír.

Siento las lágrimas acumularse, pero las contengo lo mejor que puedo. Busca desestabilizarme y no va a conseguirlo. Lo que desearía es poder mantener presentes todos estos rechazos a los que me somete, estas vejaciones, para así dejar de pensar en él como lo hago y que no me domine el deseo, como me está sucediendo justo ahora. Algo en mi cabeza debe estar mal.

—Eso puedo tenerlo cuando quiera, no me es necesario *intercambiarlo* por una información que me ha costado conseguir. —Sus ojos desprenden desdén.

—También podéis obligarme a contaros lo que queráis.

—Tienes razón. —Se pasa un dedo por los labios, lo que me hace seguir el movimiento con los ojos—. Pero no sería tan divertido.

De un momento a otro, mi cabeza ha comenzado a sentirse más embotada, aunque es distinta a la sensación de antes, de cuando ha usado ese poder contra mí. Ahora es más bien anestesiante, como si hubiera tomado un relajante o un somnífero y este estuviera haciendo efecto.

—Estoy cansada.

Camino, casi sin ver, hasta el butacón en el que pasé horas la pasada noche. Jamás se me ocurriría meterme en su cama; si ayer dormí ahí es porque él lo quiso, pero hacerlo por mi propio pie sería una afrenta.

Me dejo caer pesadamente, apenas controlo mi cuerpo.

—Te dije que no te dejaría dormir.

—Solo necesito…

Apoyo la cabeza en una de mis manos, intentando mantenerla erguida. ¿Qué lleva ese licor que es capaz de tumbarme en cuestión de minutos?

No escucho el final de mi frase. No sé si he llegado a acabarla. Tampoco sé si él ha respondido algo, porque mis ojos se cierran con fuerza y siento que caigo hacia delante.

Debo haber estado a punto de golpearme o quizá lo haya hecho. Ahora mismo son demasiadas cosas las que no sé. Eso sí, estoy segura de que unos brazos me rodean y me cargan, como sucedió anoche, y me depositan en un colchón que reconozco.

Quiero hablar.

Quiero decir algo.

Lo intento.

Mis labios no se mueven.

Me arropan.

Juraría que me apartan el pelo de la cara y acarician mi mejilla, pero debe ser que estoy soñando ya y mezclo el sueño con la realidad.

Hago un último intento.

—Gracias.

# Capítulo 12

## *Bruma*

—Recuerdo un prado. —Es mi voz la que rompe el silencio, horas después.

Ni siquiera me muevo.

Percibo que está en la habitación, en algún punto, haciendo algo. Al escuchar mi voz se ha detenido.

Abro los ojos para espiarlo a través de mis pestañas. Está de espaldas a mí, pero no se vuelve. Aun así, sé que me escucha.

Yo estoy en su cama. Con el mismo vestido, con las sábanas hasta el cuello.

Tengo la sensación de haber dormido días enteros, aunque tengo la certeza de que solo han pasado horas.

Siento la lengua pastosa y los párpados pesados.

Pero hago el esfuerzo.

Necesito hacerlo.

—Recuerdo un prado. Y recuerdo una brisa cálida. Y el olor a flores. Oh, sí… El olor a flores lo inundaba todo. Ma siempre recogía flores conmigo. Las metíamos en un cestillo, las clasificábamos. Me enseñaba sus nombres, me ayudaba a tallarlas, a recortar sus hojas, a trasplantarlas. Recuerdo los lirios, las amapolas, los jazmines, las gardenias… —Hago una pausa—. Recuerdo a mis hermanos. Sus gritos y risas mientras jugaban y corrían. Recuerdo el calor del sol. Recuerdo acariciar con las yemas de mis dedos las puntas de la hierba que crecía desordenada. Recuerdo caminar descalza por la tierra húmeda. Y recuerdo…

Mi voz se detiene.

También lo hacen las palabras, que ya no se sienten tan seguras de salir.

Hay algo indebido.

Algo prohibido.

Que no se debe pronunciar.

El silencio se alarga demasiado.

Un recuerdo.

Uno que no debería estar ahí.

Calor.

Un cielo tempestuoso.

Y un rayo de luz en la inmensa oscuridad.

Y flores. Siempre flores.

Solo que esta vez, huelo jazmines.

—¿Sí? —El Lord, al igual que yo, se mantiene expectante.

Sigue de espaldas, aunque noto que sus hombros se hallan tensos.

Pero ya no se trata de mí.

Quizá nunca se haya tratado de mí.

—Lo he vuelto a olvidar —musito tras varios minutos de frustración, en los que he empezado a sudar debido al esfuerzo por querer concentrarme en esa bruma en que se ha convertido mi mente.

Acabo sentándome, arrastrando las posaderas para apoyar la espalda contra el cabecero. Me froto las sienes, tratando de paliar el molesto dolor que las atormenta.

—No lo entiendo.

El Lord se vuelve hacia mí. Tiene el rostro crispado y la frente arrugada; parece especialmente molesto, aunque no sé qué he dicho ahora para cabrearlo.

Me percato de que lleva un objeto en las manos, una especie de vasija metálica, que prontamente guarda para esconderla de mi vista al ver que le presto atención.

—El alcohol te sienta peor de lo que pensaba —gruñe al dirigirse a mí. Echa un rápido vistazo a su ventana, donde comienza a amanecer—. Vuelve a tu agujero de cloaca. Por hoy ya es suficiente.

# Capítulo 13

## *Malas noticias*

—¿Qué tal anoche, eh? Últimamente llevas unas ojeras que asustan. Se nota que lo estás pasando bien.

Lanzo una mirada de advertencia a Nahira quien, como es costumbre, tiene que hacerse notar y que todo el mundo sepa que ha llegado. No me importa cuando habla de sus temas, pero sobre mi vida, no. ¿Por qué tiene que ir aireando nada?

—Baja la voz —la regaño.

—Uy, alguien está de mal humor. Voy a pensar que el Lord no te da lo que necesitas —se carcajea, alejándose hacia el extremo opuesto de la cocina para ponerse a parlotear con otra de las criadas, Risué. Aunque trata de disimular, me doy cuenta de que me echa varias miradas entre frase y frase.

Si se ha molestado es cosa suya.

Me exaspera que siempre se crea con el derecho de clamar a los cuatro vientos mis asuntos, y eso que intento contarle lo mínimo posible porque es muy chismosa y le encanta hablar sobre la vida de los demás. En un sitio como este, lo cierto es que poco entretenimiento nos queda aparte de los asuntos de sábanas.

Cuando el Lord me ha invitado amablemente a marcharme, he vuelto a mi dormitorio para asearme con celeridad y ocupar mi puesto de trabajo que, un día más, incluye las tareas de Gabrielle.

Su desaparición empieza a preocuparme de verdad…

—Oye, Nahira —la llamo. Si alguien sabe algo, es ella; siempre se entera de todo—. ¿Tienes noticias de Gabrielle? Ayer pasé por su dormitorio y estaba cerrado, ¿crees que le ha pasado algo? Me dio la sensación de que Marga sabía más de lo que aparentaba, ¿a ti no?

A Nahira, que le puede más un cotilleo que cualquier resquemor, se le iluminan los ojos.

—¿No te has enterado? Juraría que te lo había dicho. Se ve que tiene a uno de esos Sangre Pura muy contentos. —Se le escapa una risotada al decirlo mientras se acerca, dándome un codazo en la cadera con visible mejor humor. Qué bruta es.

—No te sigo.

—Vamos, que están todo el día dale que te pego.

—Eso no puede ser verdad, Nahira —suspiro. Me contengo de ponerle los ojos en blanco por educación, aunque estoy a punto. ¿Se puede ser más infantil?

—Que sí, que las criadas los han escuchado día y noche e incluso se ha ordenado que no entren a limpiar hasta nueva orden. —Se tapa la boca con la mano cuando le sobreviene una estruendosa carcajada.

El resto del personal nos mira. Es normal, con una persona como Nahira en cocina, cuesta concentrarse en cualquier labor.

—No había escuchado nunca tal cosa —murmuro distraída, dejando el plato que llevo secando los diez últimos minutos para cambiarlo por uno nuevo—. ¿Y se puede saber qué Sangre Pura es?

—Uy, ¿a quién le ha picado el gusanillo de la curiosidad? —se burla, pellizcándome la nariz en un gesto que suele repetir a menudo—. Pues te lo podría decir, pero es un secreto. —Me guiña un ojo.

Me quedo boquiabierta. Creo que es la primera vez que me niega una respuesta, con lo que le gusta dárselas de saberlo todo y estar al tanto de cada mínimo pestañeo que sucede en la Mansión.

—¿Ni a tu amiga le vas a contar un chismorreo así de jugoso? —intento sonsacarle.

La expresión de Nahira sí que es un cuadro ahora mismo. Se ha quedado paralizada, como si le hubieran arrojado un hechizo de congelación.

—¿Amiga?

—Claro —asiento con ímpetu, sonriéndole de una forma que me resulta falsa porque sé el papel que estoy jugando ahora mismo—. Soy tu amiga, ¿no?

Nahira asiente, aunque lo hace muy despacio. Su mente parece estar intentando asimilar lo que he dicho, porque tarda en

reaccionar.

—Tengo que irme.

Sale de manera apresurada, sin echar un solo vistazo atrás. Algo de lo que he dicho ha generado una reacción imprevista en ella. ¿Tan importante es que seamos amigas? ¿Ha sido por eso?

Puede que Nahira tenga la respuesta a la misteriosa desaparición de Gabrielle, y sin embargo ha huido con ella.

¿Qué está pasando aquí?

Además, no dejo de darle vueltas al tema del licor. ¿Por qué tanta insistencia por parte del Lord en que lo tome? ¿Es para que me quede dormida y así no trate de sonsacarle? Quedó en contarme sobre mi familia y al final no supe de ellos, lo que me tiene un poco mosqueada.

Hoy no ha ordenado que le suba la comida, lo que en cierta parte me alivia y en cierta parte fastidia mi necesidad por saber más. O por saber, a secas.

Aun así, no verlo hasta esta noche ayudará a que prepare mejor mi estrategia.

Cuando he llegado a mi dormitorio esta madrugada, había una caja sobre mi colchón, aunque no me he parado a abrirla. Imagino que será un vestido, el que querrá que me ponga esta noche. ¿Qué pasaría si no lo hago, si desobedezco? ¿Puedo usar eso a mi favor de algún modo? Me da que no, solo lo enfurecería y ahora mismo el juego de ver quién puede más no me está saliendo como quiero. Voy a tener que probar a seguirle el juego y retomar mi plan de ser un *pequeño pájaro*. La cuestión es… ¿aguantaré? Hasta eso le molestó la última vez, aludiendo a que mi actuación resultaba poco creíble.

Pensar en él hace que evoque su aroma.

Su tacto.

Su peligrosa cercanía.

Ese aura oscura que lo envuelve.

Ese beso…

El plato que estoy manipulando resbala de entre mis dedos y cae al suelo haciéndose añicos.

—Perdón —me disculpo en un susurro.

Las miradas malhumoradas vuelan hacia mi persona, por lo que corro a recoger el estropicio y sigo desde donde me he quedado.

Será mejor que centre mi atención en lo que estoy haciendo y me olvide del Lord. Lo relacionado con él nunca trae nada bueno.

Al cabo de un rato nos llega ruido desde el exterior. No sabemos qué sucede, pero teniendo en cuenta el riguroso estado de silencio que los Sangre Pura tienen impuesto en la Mansión, sabemos que es una señal de peligro. No les gusta el ruido más que el que provocan ellos; nosotros debemos ser silenciosos, fingir que no estamos. Eso es lo que disfrutan, recordarnos lo insignificantes que somos.

La confusión se abre paso entre quienes estamos en la cocina y quienes han abandonado su labor con la colada, el huerto y cuantas otras tareas se realizan cerca. Las cabezas asoman desde todas partes, entre asustadas y nerviosas, sin saber bien qué debemos hacer.

—Venid todos al patio —grita alguien a lo lejos, desde los pasillos. Debe ser uno de los nuestros, porque su voz no rezuma asco, solo apremio—. Avisa en la cocina también, que no falte nadie, ¡corre!

Así, me veo siguiendo a la marabunta.

Los cuchicheos zumban a mi alrededor, a pesar de que siento la pesada mirada de la muerte sobre nuestras cabezas. ¿Qué pretenden? ¿Van a castigarnos?

Que nos reúnan nunca es bueno.

Nunca…

Palpo el miedo.

Los ojos llorosos, los dientes mordiendo el labio, los apretones de manos, las frentes sudorosas.

A todos nos une lo mismo: el miedo.

Ese que ellos han sembrado en nuestro interior como una semilla malévola, ese que acude al cabecero de nuestras camas cuando cerramos los ojos tras una jornada agotadora, ese que se ha vuelto nuestro enemigo, el motivo por el que traicionaríamos a quien tenemos cerca.

El patio, todo labrado en imponente piedra, con sus gruesas baldosas y varias columnas repartidas aquí y allá, nos recibe con una

imagen que me sobrecoge el corazón.

Sí, ha empezado.

Algo que temía y que, sin embargo, en el fondo ya sabía. Hacía demasiado tiempo que no había una y la paz no es bienvenida en un mundo dominado por el terror.

Una figura, sujeta por las muñecas de unas cuerdas que han atado a sendos postes.

Ella es la primera.

La primera de una nueva purga.

# Capítulo 14

## *La Purga*

—¡Gabrielle!

El grito sale antes de que sea consciente de que lo he proferido.

Entonces, cubro mi boca en un acto que es tan estúpido como innecesario.

Porque me han oído.

Y ahora mismo, en un momento tenso como el que estamos viviendo, en el que tienen a una de mis (digámosle) amigas o compañeras postrada ante ellos, el preocuparme por ella no me deja en buen lugar.

No, me deja en un lugar comprometido. Yo misma me acabo de posicionar.

En este mundo no existen las amistades, no existe el amor; de ningún tipo. Separan a los padres de los hijos, a las parejas que intentan amarse en secreto, a aquellos que tratan de encontrar una vida mejor alejada de esta locura.

Los Sangre Sucia no tenemos derecho a ser felices.

Los Sangre Pura…

Bueno, ellos tienen el derecho a hacer lo que les plazca y si no lo obtienen por las buenas, se encargan de conseguirlo por otros medios que incluyen la magia, el dolor, la extorsión y la sangre.

Flexiono un poco las rodillas y agacho la cabeza para perderme entre el gentío cuando vislumbro cómo Lady Perkinson lanza una mirada buscando el origen de dicha voz.

La mía.

Mi corazón late con fuerza provocando que sus latidos resuenen en mis oídos y se me acelere la respiración.

No es momento para actuar por instinto; si Gabrielle está ahí ya tiene un pie en la tumba y ponerme en evidencia no hará que la

salve. Tengo que pensar algo. Y rápido. Pero no entregarme en bandeja ahora mismo.

Tampoco sé por qué está atada y expuesta para que la veamos. ¿Qué ha hecho? ¿Por qué se supone que está siendo castigada?

Cuando me sitúo en un lugar seguro, desde una posición más alejada que aún me permite enterarme de lo que está sucediendo, me detengo. Lo hago quedando en la segunda fila, para ver sin ser vista.

Lady Perkinson, como si me sintiera de algún modo, recorre con sus ojos acerados a la multitud, buscando… ¿qué? ¿Me buscará a mí? Pensarlo me hace sobresaltarme. No, claro que no. Sería una absurdez.

Mi mirada vuela hacia Gabrielle, quien se encuentra de pie con los brazos extendidos hacia ambos postes, de los que está sujeta. Tiene la cabeza gacha, parece avergonzada. No dirige su vista hacia donde estamos ni tampoco intenta mirar a la Sangre Pura. El vestido marrón del uniforme le cae de manera irregular sobre el cuerpo y juraría que está roto en algunos puntos, como si hubieran tironeado de él. Además, su espalda está descubierta; le han roto el vestido por ahí, por lo que ella en realidad solo está esperando que la función empiece.

—Esta Sangre Sucia ha sido acusada de traición. —La voz de Perkinson acaba con los escasos murmullos que hay—. Nosotros os proveemos de un hogar, os damos cobijo, os damos alimento, os dejamos labrar nuestras tierras para que obtengáis sustento, os damos un lecho en el que dormir… —Hace una pausa, en la que su rostro se crispa—. Y así nos lo pagáis. Sois unos desagradecidos.

Perkinson lleva la mano al bolsillo de su túnica, de la que saca una varita y la agita hasta que de la punta de esta surge un látigo que azota el aire sin piedad.

El sobrecogimiento es colectivo.

Contengo el aliento.

Gabrielle, por contra, ni se inmuta.

—No me dejáis más remedio —dice en tono drástico.

Su actuación no engaña a nadie. Conocemos lo sádica que es, lo que le gusta recrearse en el dolor ajeno y castigarnos.

Por ello, cuando sacude su varita haciendo que el látigo ondee, mi pánico es real. Ha llegado a dejar tan malheridos a algunos de los nuestros que no hemos encontrado remedio que pudiera mantenerlos con vida. Un castigo de la Tercera Rubralūna suele acabar con un billete de ida al Más Allá.

El primer latigazo cae y un jadeo escapa de la boca de Gabrielle, quien aprieta los labios para mantener el dolor dentro.

A este le sigue un segundo.

Al tercero, la piel se abre y la cuerda se empapa de su sangre.

Cuando Perkinson echa el brazo atrás para lanzar un cuarto latigazo, la sangre de Gabrielle nos salpica.

Baja el brazo de nuevo.

Los jadeos se convierten en gritos desgarradores.

Tropieza con sus propios pies y cae de rodillas. Demasiado ha aguantado.

—Por favor… Os lo suplico…

Su voz emerge como un gimoteo, uno que me parte el alma.

—¿Cómo dices? No entiendo el idioma de los traidores. —Perkinson le hace pucheros.

Se yergue y vuelve a alzar el brazo, cuando una figura aparece en escena. Porta la máscara de oro y obsidiana puesta, por lo que no puedo más que hacer suposiciones. Sin embargo, los pasos seguros, la musculatura desarrollada y ese halo de seguridad que desprende, evidencian que se trata de Markov Grey.

Lord Grey interrumpe el latigazo. Toma a Perkinson por el codo y la acerca hacia sí, hablándole al oído. No sé qué dice, pero ella se pone lívida y parece tan furiosa que sus ojos podrían desintegrar a quien se pusiera ante ellos de un solo pestañeo.

Lady Perkinson se aleja un par de pasos. Todo en su postura refleja la ira que la embarga. Pienso que va a marcharse, cuando se detiene y estoy segura de que lo que se le acaba de ocurrir es aún peor, aunque no sé si eso puede ser posible.

Se gira con lentitud, saboreando su victoria, y entonces alza la voz para que todos los presentes la escuchemos a la perfección:

—¿Acabas tú por mí con el castigo de esta Sangre Sucia mientras atiendo el pequeño altercado que se ha originado en los baños? —La

sonrisa malévola que adorna sus labios es tan grande que apenas le cabe en la cara.

Está exultante, pletórica. Ahora mismo, cualquiera diría que ha logrado uno de sus mayores sueños, aunque no sé a qué se debe.

El puño de Grey se cierra en torno a su propia varita con demasiada fuerza, por lo que los nudillos se le blanquean con rapidez.

—Lárgate. —Su tono es frío, lo cual me sorprende. No imaginaba que entre los suyos se trataran así.

Perkinson le lanza una última mirada triunfal y después sale con paso elegante y veloz, regresando al interior de la Mansión.

Hay algo en todo esto que no encaja, aunque no adivino qué.

Grey mira con desánimo su mano, como si odiara lo que está a punto de hacer, pero, nuevamente, esto debe de tratarse de una percepción mía. ¿No quiere herir a uno de los nuestros? Ridículo.

Gabrielle gime desde el suelo, al que ha caído minutos atrás, y alza la mirada unos segundos. No dice nada. Solo tiembla. La imagen del Lord debe estar aterrorizándola. Si Perkinson es tachada de sádica, lo de Grey la hace parecer un corderito inocente y mimosón.

Gabrielle musita algo, aunque desde donde estoy no escucho qué.

Él hace un asentimiento seco.

Después agita su varita, recreando el movimiento que realizó Perkinson antes, y un látigo similar surge de esta. Azota a la chica sin miramientos.

Del primer golpe hace que la estabilidad de esta falle y se desmaye unos segundos. Su cabeza cae hacia adelante, igual que su cuerpo, y sus brazos se contorsionan de manera desagradable hacia atrás, tironeados por las cuerdas que la mantienen a los postes.

Al segundo latigazo, un alarido me atraviesa los tímpanos seguido de un lloro profundo y descorazonador.

Al tercero, vuelve a caer inconsciente.

Hay más, muchos. Tantos que la piedra bajo sus pies se cubre de sangre mientras la piel se le sigue abriendo.

Si sigue así la matará.

Doy un paso al frente, pero siento una mano retenerme impidiéndome avanzar.

Cuando me doy la vuelta ahí está. No puedo creerlo, pero es él. ¿Cuánto tiempo llevará ahí plantado, observando el macabro espectáculo que está aconteciendo a escasos metros?

El maldito Lord, como una sombra, sigiloso, imperceptible, sujeta mi brazo con fuerza.

—Soltadme —susurro con rabia.

¿Qué pretende? ¿Ni siquiera puedo elegir cuál quiero que sea mi destino? ¿No han decidido ya suficiente por mí?

—Te matarán. —Su agarre se hace más fuerte, sus dedos se me clavan en la piel y me hacen daño.

Tiro del brazo, intentando liberarme.

—Lo harán tarde o temprano.

—No acudas a la muerte cada vez que te llame, *Parnavis*.

No sé qué me ha llamado, pero me urge más el destino de Gabrielle que saber si me ha insultado en otro idioma.

—¿Eso es un consejo? —replico. A mi espalda, los latigazos siguen sucediéndose y cada uno de ellos hace que las lágrimas se me acumulen en los ojos—. Va a matarla.

—¿Tanto te preocupa esa Sangre Sucia?

—Ella no ha hecho nada.

—Nos ha traicionado.

—No lo creo.

—¿Pones en duda mis palabras? —asevera. A través de la máscara, puedo ver cómo sus ojos se estrechan.

Quienes hay alrededor han ido apartándose con lentitud, seguramente oliendo el peligro. Estoy jugándome mucho, como cada vez que se me ocurre poner a prueba la paciencia del Lord.

—¿Ponéis en duda vos las mías? —contesto tratando de sonar apacible. Alterarlo no hará que consiga nada—. La conozco. Es incapaz de hacer daño a una mosca.

—Eso creía de ti hasta que te vi abalanzarte sobre mí con una daga que ocultabas bajo tu camisón.

Enrojezco ante el comentario.

—Por favor. —No sé qué más decir.

Nos mantenemos las miradas. No puedo ver de su rostro más que sus ojos, por lo que no puedo descifrar su expresión. Aun así, sus ojos, esos ojos grises tormentosos, me están advirtiendo. No están contentos con lo que hace, pero igualmente me suelta. Lo hace con recelo, quizá hasta con rabia, pero acaba cediendo.

Entonces me doy la vuelta y corro hacia donde Lord Grey está levantando una vez más el brazo para arrojar un latigazo, quizá el definitivo, sobre una inconsciente Gabrielle.

—¡Deteneos! —exclamo mientras corro hacia él.

Él se gira, redirigiendo el látigo en el aire para que acompañe su movimiento.

Su brazo se dirige hacia donde estoy, pero se ha movido tan rápido que no he sido capaz de adelantarme ni encuentro forma de esquivarlo.

El ataque impacta en mi cara. Lo hace de manera dolorosa, penetrando la carne de mi pómulo y arrastrando quién sabe qué más.

A causa del golpe, salgo repelida hacia atrás y caigo, quedando tendida en el suelo. La caída también es dolorosa. Mis costillas y cabeza impactan contra el suelo de piedra y suelto todo el aire por la boca, quedándome sin aliento.

Todo me da vueltas.

Todo está negro.

Logro sentarme a duras penas y me llevo una mano a la cabeza intentando mitigar el dolor, pero este no cesa.

Tampoco la oscuridad.

Alguien se detiene a mi lado.

Estoy tan desorientada que no sé quién es.

Me pregunta si estoy bien.

—Yo… No veo nada.

# Capítulo 15

## *Ni por todo el oro del mundo*

Hay una conversación repitiéndose en mi cabeza.

No sé por qué se supone que es el momento adecuado para reproducirla, pero ahí está.

En bucle.

Con eco.

—Sueñan los pájaros enjaulados con ser libres. Sueñan los que creen estar libres con una libertad mayor. ¿No te das cuenta, pequeño pájaro, de que todos en este maldito mundo estamos enjaulados?

Mi voz resuena ahora, contestando a una pregunta pasada que seguramente no esperaba respuesta:

—No creo que los Sangre Pura gocen de la misma suerte que nosotros los Impuros, Milord.

Él prosigue, tajante:

—¿Y qué vas a saber tú, que solo eres un pájaro enjaulado desde que nació y no conoces nada del mundo que te rodea? Te crees en la posición de opinar y dar tu visión cuando no sabes nada. Hay alguno de esos pájaros libres que tanto envidias que darían cualquier cosa por estar en una bonita jaula como la tuya y dedicarse a recoger flores, cocinar pan o flirtear con chicos en la biblioteca.

«O flirtear con chicos en la biblioteca».

Un estallido. Como de luces. Más bien, de fogonazos hirientes en el rincón interno de mis párpados. Presiono estos con fuerza intentando mitigar el dolor, que por algo que escapa a mi entender, no es solo mental, sino que me hiere físicamente. ¿Desde cuándo pensar es doloroso?

Aparece en mi mente la biblioteca del Lord. O de la fallecida Lady Loughty, su madre.

Estoy a punto de cumplir quince años.

Estoy de puntillas, subida a uno de los estantes de la enorme librería, limpiando las repisas con ayuda del plumero y un trapo húmedo.

Alguien me pellizca el muslo, haciéndome gritar del susto, y suelto la única mano que me mantenía sujeta al mueble, cayendo hacia atrás.

Y hacia atrás.

Pero unas manos fuertes, acostumbradas al duro trabajo, me sostienen antes de que caiga.

Dejo salir el aire, aliviada, al saberme a salvo.

Y al descubrir quién es, le atizo con el plumero en la cabeza.

—Casi consigues que me dé un infarto.

Se trata de Harvey, el panadero encargado de traernos las bolsas con pan, dulces y otros productos que fabrican en la Mansión Trinket, aparte de abastecernos de grano como el trigo o la harina.

Harvey. Ese chico de cabello dorado, tirabuzones rebeldes y hoyuelos angelicales cuyas miradas me habían hecho suspirar en los últimos meses.

—Eso me lo he ganado —acepta—. Pero te he salvado a tiempo —me recuerda, con una gran sonrisa iluminándole el rostro.

—Anda, bájame. Solo faltaba que nos viera así alguien al entrar —le pido, removiéndome para que me deje.

Acaba haciéndolo, aunque me baja con lentitud. Parece encantarle tenerme tan cerca, y a mí nuestra proximidad me está poniendo de los nervios.

—Estás muy guapa —murmura, ayudándome a quitarme un mechón rebelde de la cara y colocándomelo tras la oreja.

—¿Lo dices por el plumero? —inquiero con guasa, agitándolo en el aire y provocando que un par de plumas se desprendan. Revolotean en el aire hasta caer al suelo.

—El plumero —concuerda. Su sonrisa se ensancha cuando me acaricia la mejilla y ve cómo me sonrojo—. El delantal. El uniforme. Tu boca —musita, dirigiendo sus ojos hacia ella.

Sin poder evitarlo, me los humedezco.

Nunca nadie me ha besado. Y estoy en esa edad que Marga dice que es la del pavo, en la que tengo las hormonas revueltas y la cabeza llena de pájaros. Como digo, eso es lo que dice Marga. Lo que sí sé es que hacía tiempo que nadie despertaba mi interés como Harvey.

En nuestro mundo está prohibido amar.

¿Pero y un beso…? ¿Quién sabría si él y yo…?

—¿Puedo? —A pesar de que la respuesta es obvia, él pregunta.

No sé muy bien qué decir, así que asiento.

Harvey me toma con delicadeza, empujando su boca contra la mía.

Nuestros labios se unen.

Los suyos son delicados, aunque llenos de torpeza. Imagino que igual que los míos…

Nuestro primer beso es caótico. Nuestros dientes chocan. Nuestras narices se estorban.

Se le escapa una risita nerviosa y yo me uno a él, incómoda y a la vez asombrada por lo que hemos hecho.

Nos separamos, mirándonos con expresión confusa, sin saber bien qué hacer a continuación.

—Perdón. Nunca antes había besado a nadie —se disculpa.

—Yo tampoco —susurro con voz queda, hueca, como de quien no está diciendo toda la verdad.

Harvey se frota las manos, estira su camisa. Me sale una carcajada al ver lo nervioso que está. Él tiene mi edad por lo que me dijo, quince, y me sorprende que esté tan perdido como yo.

—Voy a besarte otra vez —anuncia, creo que intentando darse ánimos para lo que está a punto de hacer.

—Vale —digo. Aunque hubiera preferido mantenerme callada, mi boca se ha movido sola.

El panadero se acerca.

Suelta un soplido, como si estuviera a punto de lanzarse a una piscina helada.

Toma mi cara.

Se acerca más…

Y una corriente de aire gélida lo arroja contra los estantes, haciendo que varios libros caigan de manera pesada sobre la cabeza de Harvey cuando resbala hasta el suelo.

—Lárgate de aquí ahora mismo. —Es un Lord Blackwood, tres años más joven, quien lo afrenta. Está más pálido de lo habitual.

Harvey se levanta a duras penas y sale despavorido por la puerta, lanzándome una última ojeada.

—¿Es a esto a lo que te dedicas cuando se supone que estás atendiendo tus labores?

No respondo. ¿Debería hacerlo?

Le mantengo la mirada. Una que deja claro el nivel de ira que siento hacia él. Y miedo, porque por mucho que trate de ocultarlo, también tengo miedo.

—Responde —ordena.

—Si me permitís, tengo que recoger el estropicio que habéis montado con vuestro repentino ataque de celos —digo de la manera más educada que puedo.

El Lord da un paso al frente, clavándome la punta de la nariz en el rostro al hablarme. Está furioso.

—No te pases de lista conmigo, Sangre Sucia. Y no olvides que yo jamás te tocaría, *ni por todo el oro del mundo*…

# Capítulo 16

## *¿Siempre eres tan testaruda?*

He debido de desmayarme.

Ni siquiera sé dónde estoy, porque cuando abro los ojos para intentar averiguarlo, compruebo que todo está negro.

Los recuerdos se agolpan en mi mente: Gabrielle, Lord Grey, mi insistencia por ayudar, Lord Blackwood deteniéndome, yo consiguiendo lo que quería. Y luego… el latigazo, directo a mi cara.

Me horrorizo.

El dolor sigue latente, aunque es muy sutil, como un pinchazo lejano. ¿Me he quedado ciega? Esa negrura… ¿Así veré a partir de ahora?

Estoy acostada, por lo que intento sentarme. Una mano aprieta mi estómago, obligándome a permanecer donde estoy.

—Suéltame —mascullo, revolviéndome y tratando de quitármela de encima.

—Te prefería incosciente.

Su voz.

Y ese olor inconfundible.

Es él.

¿Qué hace aquí?

—No te levantes —insiste.

—¿Por qué? ¿Por qué habría de haceros caso? —lo reto.

—Porque por no hacerlo mira cómo has acabado. Llevas un vendaje, deberías esperar aunque sea un par de minutos más.

Al escucharlo, subo la mano hasta mi cara, palpando mi rostro. Es cierto. Sentía esa parte dormida y ni siquiera había notado que llevaba algo puesto, pero es así; hay una tela a la altura de los ojos, una que cubre hasta la mitad de mi nariz.

—¿Me voy a quedar ciega?

Suelta una pequeña carcajada, lo que en parte me cabrea y en parte me relaja. Si se ríe es que no es malo, ¿no?

—Has estado a punto.

Se queda en silencio, por lo que lo imito.

Así, con los ojos cerrados, me es más fácil centrarme en el resto de sentidos. El olfato, por ejemplo. El aroma a gardenias asciende a través de mis fosas nasales y noto cómo este simple hecho logra relajarme. ¿Por qué tiene que oler tan bien?

—No debiste hacerlo.

—No debisteis impedírmelo —le contesto.

—¿Siempre eres tan testaruda? —asevera.

—Solo cuando intentan decirme qué hacer. Estoy un poco cansada de que lo hagan —replico—. He cumplido mi papel de sirvienta todos estos años sin rechistar, pero no consentiré que me digan también cómo debo morir.

Él guarda silencio.

Acabo de decir una soberana estupidez y lo sabe. Pues claro que lo deciden. En realidad, es otra de esas *normas*. Ni siquiera podemos suicidarnos o ayudar a otro a que lo consiga. Las ventanas están hechizadas para que la gente no pueda arrojarse por ellas, los cuchillos pierden el filo si intentas deslizarlos sobre tu propia piel y las puntas no se clavan en la carne. Si intentas ahorcarte acabas levitando, si tocas el fuego este se apaga. Toda la maldita Mansión está repleta de medidas de seguridad para que los infelices Sangre Sucia no podamos morir cuando nos dé la gana. Hasta en eso mandan ellos.

Nos castigan amputándonos dedos, manos e incluso brazos. Hasta se ríen de los *Mutus* (silenciados) o *deslenguados* como los llaman en forma de mofa. No sé qué mofa encontrarán al hecho de haberles arrancado la lengua para que no hablen más de la cuenta de lo que escuchan dentro de esta y el resto de Mansiones.

—Creo que ya está… —susurra.

Lo siento inclinarse hacia mí. Sé que lo hace porque capto el movimiento, así como el soplo de ese aroma que me atonta muy cerca. Su aliento se cuela en mis labios entreabiertos. Y lo peor viene después, cuando siento sus dedos en mi cara. Suaves, fríos.

Nunca creí que tan delicados. Se mueven hasta apartar la tela que cubre mis ojos y parpadeo ante el repentino fogonazo de luz. Al acostumbrarme, me topo con su rostro a escasos centímetros del mío. Algo en su expresión me dice que no le gusta lo que ve.

—Mierda.

Extiende los dedos, posándolos con delicadeza en mi pómulo y trazando un camino, acariciándolo.

—Eso tardará en desaparecer.

—¿A qué os referís?

Se mantiene frente a mí unos segundos más, como si dudara en apartarse. Yo estoy conteniendo la respiración, he olvidado cómo volver a tomar aire. Entonces se aparta, volviéndose para coger un objeto y, cuando sus dedos se alejan de mi cara, siento frío. Un frío que sus dedos gélidos no han ocasionado, sino todo lo contrario.

Me acerca un pequeño espejo de mano.

—Comprueba tú misma lo que has conseguido con tu estupidez. —No parece nada contento.

Al contemplarme en el espejo me topo con que en mi cara, justo en el pómulo donde segundos antes sus dedos me han acariciado, hay una cicatriz que antes no estaba.

El Lord golpea con el puño la mesita que hay próxima.

—No entiendo por qué os enfurece tanto —titubeo.

Clava su mirada acerada en mí. Al hacerlo, varios mechones de su rubio cabello le caen sobre la cara, dejando parte de esta en sombras.

—Harán preguntas.

—¿Quién?

Suelta una risa irónica.

—¿Tu cabeza descerebrada ha olvidado qué pasa mañana por la noche?

Contengo el aliento al percatarme de ello.

—La fiesta.

—Así es. —Asiente despacio, sin apartar los ojos de mí—. La fiesta a la que has sido invitada y a la que no puedes faltar —enfatiza.

Se levanta, alejándose. No sé por qué está tan furioso, pero camina clavando los talones de manera ruidosa y va de aquí para allá hecho un ciclón. Si llevara la acostumbrada capa que portan los Sangre Pura, esta iría revoloteando a su espalda seguro.

Coge un vaso de cristal del aparador, llenándolo de uno de los licores. Bebe. Lo deja golpeando con fuerza la base y agarra la botella para beber directamente de la boquilla.

De pronto, baja el brazo hasta la mitad y me observa con los ojos muy abiertos.

—No te muevas de aquí.

Hago el amago de levantarme, pero sigo débil y solo consigo marearme.

—¡Esperad! ¿Adónde vais, Milord?

Mi tono de súplica debe hacer mella en su frío corazón, puesto que se detiene y me mira ya con la mano sujetando el canto de la puerta.

—Puedes hacer lo que quieras, menos salir —repite—. Volveré enseguida —añade con cierta suavidad, lo cual me sorprende.

Y tras esto, sale dando un portazo a su espalda.

# Capítulo 17

## *Deslenguada*

Han pasado horas, pero el Lord aún no ha regresado. Quien sí ha venido, mandada por él, es Evadne. Según me ha dicho, tiene órdenes de bañarme y subirme una bandeja con la cena.

—No parecía muy contento —murmura mientras me aparta el cabello para enjabonarme la espalda.

—No es necesario que hagas esto —protesto en un susurro. Tengo la cara roja y las rodillas encogidas contra el pecho, avergonzada de que una de mis compañeras esté teniendo que degradarse conmigo de esa manera. ¿No soy acaso igual que ella?

—Ha sido un requerimiento expreso del Lord —insiste—. Además, para mí no es ningún problema. Prefiero bañarte a ti que a cualquiera de ellos… —Su voz se pierde en la lejanía, arrastrada por recuerdos—. Con las mujeres Sangre Pura bueno —Sube con la esponja hacia los hombros, frotando con fuerza—, pero con ellos no puedo, de verdad. No me acostumbro. Son asquerosos. —La palabra en sí me deja claro a qué tipo de *asquerosidades* se refiere—. Y no puedes negarte —añade con voz queda.

Me siento culpable por nunca haber tenido que experimentar algo así cuando mis compañeras han pasado por tantas situaciones horribles. A mí se me encomendó el cuidado de la biblioteca y el jardín privado del Lord, y mis tareas suelen reducirse a lavar la colada, tenderla y doblarla, barrer, fregar y ayudar en cocina. Nada de tener que vestir o desvestir a brujos pervertidos con la necesidad de robarnos la autoridad de nuestros propios cuerpos y deseos.

—Bueno, cuéntame. —La voz de Evadne interrumpe mis pensamientos. Parece tan deseosa de cambiar de tema como lo estoy yo—. ¿Estás nerviosa por mañana?

—¿Tú también irás?

—Esta vez no —suspira aliviada, lo que hace que la mire con preocupación—. Quiero decir —se corrige—, que estoy segura de que todo irá bien. No te preocupes —trata de relajarme, masajeándome los hombros—, verás que el Lord cuida de ti.

—¿Y por qué iba a hacer eso? —mascullo.

—Porque ahora mismo eres *suya*. ¿Qué? No me mires así —se defiende ante mi cara de incredulidad—. Casi mata a Lord Grey cuando te hirió con su látigo mágico. Tenías que haberlo visto, daba auténtico miedo. Además, no soy la única que lo piensa. Nahira…

—¿Nahira? —Enarco las cejas.

—Sí. Ella cree que el Lord está comportándose de una manera posesiva contigo. Nunca antes ha actuado así con ninguna de sus… ya sabes —dice incómoda—, de las que vienen a calentarle la cama.

—Nahira acabará convirtiéndose en una *deslenguada* si sigue portando chismorreos allá a donde va —musito preocupada.

Evadne esboza una pequeña sonrisa.

—Sí, es incorregible.

—No es divertido —suspiro—. A veces parece que olvida dónde estamos, o qué… —Hago una pausa para tomar aliento—. O qué significamos realmente, porque somos *nada*. Esa es la verdad. Podrían colgarla y azotarla como a Gabrielle. —Mi voz se quiebra—. ¿Cómo está? ¿Está…?

Suelta la esponja con celeridad, incorporándose y alejándose a por la primera toalla que encuentra, dejándomela sobre el reposabrazos de la bañera.

—Tengo que marcharme.

Me pongo en pie, ahora sí, sin vergüenza ninguna, alertada por el cambio brusco que se ha originado en su rostro.

—Evadne, ¿qué sucede? —trato de detenerla, pero ella sigue andando fingiendo no haberme escuchado hasta que finalmente la puerta del dormitorio del Lord se cierra.

El mal presentimiento que se ha asentado en mi pecho no hace más que engrosar. ¿Qué está sucediendo?

Estoy por salir cuando escucho que la puerta vuelve a abrirse en la habitación contigua y aprovecho para apoyarme en la pared y ayudarme a salir, sacudiendo los pies para escurrir el agua. No he

terminado de hacerlo cuando una figura mucho más grande que la de Evadne ocupa el hueco de entrada al baño. Contengo la respiración en la única acción estúpida y sin sentido que mi cerebro decide ejecutar.

El Lord está aquí.

Ante mí.

Con esa mirada fría y gris incapaz de apartarse de mi cuerpo.

Me observa con un ardor que echa por tierra todos los juramentos que ha hecho antes sobre que jamás me tocaría. Porque no es eso lo que dicen sus ojos. No. Dicen más bien todo lo contrario. Que quieren devorarme, cuanto menos.

Y mi cuerpo reacciona a esa devoción que destila su mirada al posarse en mí. Se me eriza el vello, se me endurecen los pezones. Mi respiración se acelera.

¿Cómo puede ser tan dolorosa la simple necesidad de que me bese?

No sé qué me ha hecho, porque desde el maldito beso que nos dimos el otro día no he conseguido quitarme la absurda idea de que ese momento se repita.

—¿Piensas dormir así esta noche?

El Lord corta el hielo con una de sus típicas frases y una sonrisa ladeada que provoca que mis piernas se queden flácidas y esté a punto de caerme. ¿Siempre ha sido así de guapo o es debido al golpe que me ha dado Lord Grey? No puedo estar pensando esto de un asesino, un villano y un…

El Lord avanza, acortando nuestra distancia y haciendo que mi corazón lata frenético. ¿Qué pretende? Sigo sin saber qué hacer. Ni siquiera se me ocurre una afrenta ingeniosa.

Coge la toalla que Evadne ha dejado minutos atrás y la despliega, cubriéndome con ella.

—Por mucho que creas que disfruto de las vistas, si enfermas, mañana habrá que dar demasiadas explicaciones —espeta, pasándola sobre mis hombros no sin antes echar una buena ojeada a mis pechos. Si no fuera porque este hombre tiene menos expresiones que una escultura, juraría que ha estado a punto de morderse el labio.

Hace el amago de volverse, pero entonces sus ojos vuelan hacia mi rostro, hacia el punto exacto en el que está mi cicatriz. Acerca su mano y desliza las yemas de sus dedos por mi piel, haciéndome estremecer.

—Vamos, tu cena se enfría —dice, y sin más, se marcha, dejándome completamente confundida.

# Capítulo 18

## *Tú lo mataste*

El Lord no cena conmigo, sino que se limita a observarme comer. Se mantiene de pie, pegado a la pared con los brazos cruzados y el semblante tan inexpresivo como es habitual.

Consigo sonsacarle, a duras penas, que Gabrielle está *bien*.

—¿La han llevado a la enfermería? ¿Vos podéis contarme qué ha sucedido? —titubeo.

—No.

Vaya.

Camina hasta su escritorio, como si mi pregunta lo hubiera agitado tanto que fuera incapaz de seguir en la misma posición más tiempo.

—Por favor, Milord. Estoy preocupada —me envalentono—. No es que seamos íntimas amigas, porque no puedo decir que nadie de esta Mansión lo sea, pero hasta donde sé, Gabrielle es una buena chica. No sé qué puede haber hecho para merecer tal castigo y…

—¿Cuestionas mi autoridad? —Se detiene a mirarme. Las cejas del Lord se alzan tanto que desaparecen tras su flequillo.

—No he querido decir eso —me apresuro a responder.

Él no responde.

Aprovecha el momento de silencio para apartar la silla, que le incomoda al paso, y sentarse directamente sobre el escritorio. Deja una pierna apoyada en el suelo mientras que la otra queda balanceándose en el aire.

«Es ahora o nunca», me digo.

Deposito la bandeja sobre el colchón y camino presurosa hasta donde él está.

Me acerco a él más de lo estrictamente permitido e incluso más de lo aceptable. Tomo sus manos entre las mías, esperando que en

cualquier momento me aparte de malas maneras o las quite evidenciando en su rostro la repulsión que siente hacia mí. No sucede ninguna de ambas.

—Solo decidme, ¿vais a…? —No puedo acabar la frase—. ¿Vais a mandarla matar?

«Si es que ha sobrevivido a semejante brutalidad…».

Su mandíbula se tensa, al igual que sus hombros, que han ido perdiendo la postura encorvada y quedando rectos a medida que hablaba.

Pero lo que responde no es lo que esperaba.

—Hagamos un trato.

Mi cara de sorpresa debe ser de su agrado, porque lo veo perder parte de la tensión y relajar las manos, que siguen sujetando las mías.

—Decidme —lo apremio.

—Tú te sientas ahí, donde estabas —Señala hacia la cama— y terminas tu cena. En silencio. Sin molestas preguntas. Y sobre todo, repito, *en un absoluto silencio*. ¿No tienes una lista infinita de absurdeces en las que pensar? Seguro que los Sangre Sucia siempre estáis tramando planes de fuga y asesinatos. —Gesticula de manera divertida, burlándose de mi infructuoso intento de huida la primera noche que me citó.

Aguardo un par de minutos, impaciente porque prosiga.

—¿Y?

—¿Y, qué? —cuestiona sin comprender.

—¿Cuál es la otra parte del trato? Si yo hago lo que me decís, ¿qué gano? ¿Qué me ofrecéis a cambio?

La sonrisa victoriosa que se le instala en el rostro evidencia que estaba esperando mi pregunta.

—Yo no te hago pasear desnuda para mí por el dormitorio ni reclamo la función principal por la que estás aquí, que es complacerme —añade al tiempo que se le oscurece la mirada.

—Pero, Milord —replico con cara inocente—, eso iría en contra de vuestros principios.

Enarca una de sus estilizadas cejas a modo de incógnita.

—Estaríais echando por tierra vuestra insistencia en que no retozaríais conmigo ni por todo el oro del mundo. Eso sin tener en cuenta, claro, que sería como admitir que os atraigo, cosa que no habéis hecho más que negar desde que tengo memoria.

Su mano escala con rapidez desde mis dedos hasta mi muñeca para aprisionarla. Tira de mí, haciendo que su rostro quede peligrosamente cerca del mío.

—Te crees muy ingeniosa, ¿no? —murmura. Habla tan bajo y tan despacio que tengo que concentrarme para no perderme a mitad de frase. Eso o que su aroma ha vuelto a embriagar mis sentidos y estoy obnubilada—. Vístete.

—¿Qué?

Ahora sí, me suelta, apartándome, y baja del escritorio encaminándose hacia uno de sus armarios.

—Ponte esto. —Me tira unas prendas de ropa que no atrapo al vuelo, sino que las dejo caer.

—No he terminado de cenar. —Me mantengo inmóvil.

—Comerás luego. —Se vuelve para enseñarme todos los dientes en una sonrisa sin rastro de humor—. Así me dejarás en paz de una vez —añade en un susurro, creyendo que no lo he escuchado.

—¿Y Harvey? —sigo, implacable.

No me pasa desapercibido el modo en que su mandíbula se tensa.

—¿Harvey?

—Sabéis de quién os hablo. El panadero. ¿También lo mandásteis matar? Vos y vuestra obsesión por asesinar a todo el mundo, especialmente cuando hacen algo contrario a lo que deseáis.

—No tenía ningún derecho a tocarte —masculla. Aunque habla con fingida calma, su tono es helado.

—Yo quería que lo hiciera.

—Tú no puedes querer nada que no te ordene yo.

—Eso no podrá impedir que desee experiencias o personas que se me niegan. Los sentimientos son ese tipo de elementos que escapan a vuestro control, Milord. Aún no hay magia capaz de dominarlos.

—¿Qué sabrás tú lo que puede conseguirse con magia…? —se jacta.

—De modo que admitís que matasteis a Harvey —replico, volviendo al tema que me interesa.

—Yo no he dicho tal cosa.

—¿Y Lord Grey? ¿Le celebraréis una fiesta también por haberme hecho esto? —Me señalo el ojo con furia—. ¿O por haber castigado a Gabrielle hasta llevarla prácticamente a la muerte?

El Lord muestra una sonrisa tirante.

—Markov hizo lo que tenía que hacer. Y no —me corta cuando ve que abro la boca para preguntar—, no es de tu incumbencia. Ahora, vístete —repite.

# Capítulo 19

## *Deseo*

—Yo he escuchado otra cosa —prosigo.

Él quiere que me calle, pero he descubierto que no hay cosa que me guste más que jugar con su paciencia.

El Lord enarca una ceja. Esa es su máxima muestra de curiosidad.

—Os enfrentásteis a Lord Grey. Estábais furioso por lo que me hizo.

—Lo que os gusta inventar a los vuestros… —masculla, sacudiendo la cabeza y poniéndose a hurgar en su armario.

La curiosidad puede conmigo y acabo agachándome a recoger las prendas que han caído al suelo, aunque me quedo helada al ver lo que son.

—No puedo ponerme esto —musito en un hilo de voz.

Las manos me tiemblan. Lo que porto me quema en los dedos.

Él, nuevamente, solo levanta una ceja. Es un gesto que hace demasiado a menudo cuando estoy en su presencia. ¿Lo hará también cuando no estoy o se reserva a mostrar su indignación solo conmigo?

—¿No puedes ponerte una túnica y una capa de brujo? —se burla.

—Puede que para vos solo sean ropas, como decís —me envalentono, mirando su nuca ya que sigue rebuscando en el armario y ni tan siquiera se molesta en devolverme la mirada—. Pero para mí no son simples ropas —prosigo, alzando una octava la voz—. Para mí, representan a aquellos que me mantienen cautiva en esta Mansión desde hace tantos años, los culpables de que incluso haya olvidado el rostro de mi familia; para mí, señalan a quienes asesinan

a mis semejantes sin compasión y a los que violan a las muchachas inocentes por puro divertimento; para mí…

En apenas dos zancadas, atraviesa el espacio que nos separa y me arranca de las manos las prendas.

—No te pongas nada entonces. Irás así —gruñe, señalando la toalla que rodea mi cuerpo y evidenciando mi desnudez bajo esta.

Se da la vuelta, caminando hacia la puerta y la abre prácticamente de un tirón. Ahora mismo, más que un Lord me parece un león enjaulado. ¿Qué he dicho para alterarlo tanto? ¿Acaso mentía, o es que le molesta que le escupan la verdad a la cara?

—Si vais a seguir comportándoos conmigo como una bestia, no iré a ninguna parte —le aviso, manteniendo los brazos a ambos lados del cuerpo a pesar de que lo que siento son unas irrefrenables ganas de abrazármelo cuando su mirada furiosa recae sobre mí.

Puede que acabe de pasar el límite. El de su paciencia o el de lo que puedo hacer para seguirme mantiendo con vida. Sé que ha mandado matar a otros por mucho menos. Y sin embargo, aquí sigo. Y me pregunto… ¿Por qué?

—Bestia.

Abre la boca para añadir algo, quizá una amenaza, una advertencia, ¿quién sabe? La realidad es que vuelve a cerrarla como si hubiera olvidado lo que quiere decir y solo me observa con una mezcla entre sorpresa y una fugaz muestra, muy breve, de ¿miedo? ¿Miedo a qué? ¿De qué? ¿A mí? Demasiadas preguntas y sé que él no será quien me ayude a encontrar las respuestas, al menos no ahora.

Por un motivo que escapa a mi entender, cierra la puerta, provocando que me ponga nerviosa.

«¿Y ahora qué pasa?».

Camina hacia mí sin variar su expresión. Tampoco habla ni hace nada más que seguir acercándose hasta que me es imposible recular más y mi trasero topa contra su escritorio. Sus grandes manos cogen mi rostro y me acercan a él para devorar mis labios en un beso que me deja sin aliento, sin fuerzas y a punto de desfallecer.

¿Por qué me besa? ¿Y por qué besa tan bien? ¿Por qué no puedo apartarlo y limitarme a odiarlo?

Mis piernas, como pasó cuando me besó por primera vez, tiemblan y temo caer de un momento a otro. Como si pudiera leerme el pensamiento (¡sigo aterrada ante la idea de que así sea!), rodea mi cuerpo con sus manos y me ayuda a sentarme en el escritorio. Masajea mis caderas, mis muslos, y coloca sus manos entre mis piernas para abrirlas y posicionarse entre ellas, haciendo que nuestros cuerpos queden más juntos y que empiece a tener serios problemas para seguir respirando con normalidad. Así como estoy, desnuda bajo la toalla, dudo que quede una parte de mi anatomía sin exponer. Por fortuna he cerrado los ojos y no sé qué estará viendo de mí. Casi lo prefiero así.

—¿Solo puedes estar callada cuando te beso? ¿Tanto te cuesta obedecerme si no te silencio así? No creo que me esté portando mal contigo —susurra entre beso y beso, mientras se aparta de mi boca para bajar posando sus labios en distintas zonas de mi cuello, tras la oreja, en mi mandíbula. Los desliza hasta la clavícula y sigue haciendo lo mismo, como si una vez que hubiera empezado fuera incapaz de detenerse. Sucede lo mismo con sus manos, que tan pronto han agarrado mis muslos se han empezado a mover sobre estos sin descanso, pellizcándolos y agarrándolos fuerte.

—Lo hacéis —digo en el mismo tono, intentando que mi voz no desfallezca debido al aluvión de sensaciones que el Lord está originando.

Una pequeña risa de mofa escapa de su boca.

—No sabes lo que es que me porte mal. —La frase, tal vez dicha como amenaza, me resulta demasiado sensual cuando la acompaña de una succión a la altura de mi garganta. Siento todo mi vello erizarse por respuesta y aprieto las piernas, que descansan a ambos lados de las suyas, cohibida por las palpitaciones y el calor que siento en mi zona más sensible.

—Hacedlo.

Hace justo lo contrario. Se detiene.

Soy incapaz de despegar los párpados, pero aun así siento su mirada incandescente sobre mi piel, como si fuera capaz de tornarse

corpórea.

Lo noto aproximar su rostro, su aliento me golpea la punta de la nariz y me muerdo el labio con fuerza mientras contengo las ganas de averiguar qué pretende.

—Si lo hiciera, no aguantarías ni un minuto en mis manos —asegura. Su voz es un arrullo que llega hasta lo más profundo de mí, lanzando descargas de placer a través de mi sistema nervioso solo con la idea de que cumpla su amenaza.

Mi pecho sube y baja con celeridad, por lo que tengo que entreabrir los labios y dejar de morderlos porque empiezo a marearme. Estoy hiperventilando por el ser más detestable del mundo y sigo sin saber en qué momento he podido caer en sus redes, las mismas que tejería la araña más despiadada, dispuesta a atrapar a su víctima antes de comérsela.

—Me deseas. —No lo pregunta, lo afirma con rotundidad. Con una certeza que es aplastante y que provoca que mis ojos se abran con asombro. Se acerca, si es posible, más, dejando su nariz pegada a la mía y sus labios hablando contra los míos cuando susurra—: Niégalo.

Su mano, que en algún momento se ha detenido sobre mi pierna, asciende de manera peligrosa de camino a lo poco que la toalla sigue ocultando.

El cabello húmedo me atempera, agradezco las puntuales gotas que resbalan por mis hombros y se deslizan hacia abajo. Si tuviera que seguir sufriendo en soledad las oleadas infernales de calor que el Lord provoca en mí, moriría por combustión espontánea.

A él también parecen atraerle las gotas rebeldes de mi cabello, puesto que lo observo siguiéndolas con los ojos y jugueteando con uno de los mechones de mi cara. Lo echa hacia atrás, a la espalda, y recorre con las yemas de los dedos mi pómulo, con lo que su piel áspera me eriza y estremece aún más. Parece como si estuviera intentando memorizar cada uno de mis rasgos. Qué cosa tan absurda, ¿no?

Trago saliva. Tengo tanta en la boca que voy a ahogarme. ¿Qué me ha hecho el Lord para estar así? Nunca había perdido de tal manera el control sobre mi cuerpo. Ni mi afilada lengua.

—Lo niego —contesto con esfuerzo. Aun así, no hago ademán de detener el avance de sus dedos, cada vez más próximos a mi zona privada, esa a la que nadie ha tenido acceso antes.

—No es eso lo que dice tu cuerpo —murmura muy pagado de sí mismo al ver cada mínimo vello erizado por su contacto. Sus ojos se abren entonces con sorpresa cuando acaba rozándome ahí abajo y una sonrisa aviesa le cubre el rostro—. Ni esto… Estás muy mojada.

Tiemblo cuando lo siento rozarme, apenas una caricia, suficiente para que el calor esté a punto de hacerme perder la cabeza y tenga que luchar con firmeza para no arrojarme sobre el Lord y arrastrarlo al lecho yo misma. Eso sería admitir que estoy en sus manos en todos los aspectos y ya tiene suficiente poder sobre mí como para otorgarle un poco más. Si desea yacer conmigo, me entregaré como han de hacer las de mi condición, pero no porque sea una acción voluntaria.

—Es por el agua —musito.

Se echa hacia atrás para tener una visión completa de mi rostro y enarca una ceja.

—El agua… —repite con sorna—. Hace una hora que saliste de la bañera, no puedes seguir mojada por eso. —Se acerca hasta mi oído y susurra—: Tendrás que inventar una excusa mejor si quieres que crea que no estás deseando que vuelva a tocarte. Puedo hacerlo. Solo tienes que pedirlo. —Acerca de nuevo su mano, que en algún momento había movido hacia el muslo, y la deja a la altura de la ingle. Sin avanzar, sin retroceder—. Vamos, *Parnavis* —No sé qué significa. Es la segunda vez que se lo escucho decir y, aun así, lo pronuncia con tanta dulzura que consigue hacerme estremecer—, dilo, pídeme que lo haga… Sabes que me deseas.

La puerta del Lord se abre, dejando paso a Lord Grey quien, aunque entra anunciando algo que no llego a escuchar porque mis sentidos se hallan embotados, se detiene con el rostro desencajado a medio camino, en mitad del dormitorio.

El Lord me da la espalda para cubrirme con su cuerpo, encarando a su amigo el Sangre Pura, el mismo que ha azotado a Gabrielle hasta hacerla perder el conocimiento y el mismo que me ha marcado

el pómulo con su varita, quizá con una cicatriz que me quede de por vida.

Aprovecho el momento de confusión para cerrar las piernas y cubrirme lo mejor que puedo con la toalla, agachando la cabeza con vergüenza. ¿Qué pensará Lord Grey de lo que acaba de ver? Mi cuerpo expuesto con la toalla abierta, sobre el escritorio, con la mano del Lord entre mis piernas.

Si tiene algo que comentar, desde luego hace un alarde de contención porque en ese momento lo único que dice es:

—Te necesitamos abajo.

—Ahora —responde con un monosílabo el Lord, en un claro indicativo de que se marche sin esperarlo.

Aguarda hasta que este cierra la puerta tras de sí y se vuelve. No ha dejado de cubrirme con su propio cuerpo ni un segundo, dotándome de privacidad durante la intervención del Sangre Pura.

—Vístete, cena y duerme —dice sin más, caminando hacia la salida.

Su frialdad, como si no hubiéramos estado compartiendo más que besos segundos atrás, me deja helada.

«¿Qué esperabas, unas palabras amorosas de despedida?».

—¿Hoy no me hacéis beber? —ingenio para retrasarlo. ¿Se marcha así? ¿No piensa decirme nada?

—Hoy no será necesario.

—¿No vendréis a dormir esta noche? —me atrevo a preguntar.

—No.

El sonido de la puerta cuando se cierra es más amable que su tono iracundo.

# Capítulo 20

## *Afrenta*

La pasada noche, aunque creí que me costaría dormirme, caí rendida en cuanto me permití cerrar los ojos. Ayudó el hecho de estar sufriendo un agotamiento sin precedentes y unas jaquecas horribles que hicieron que mi visión se nublara.

Alguien (imagino que Evadne) había dejado para mí un camisón. Así que me vestí con él, dejando mi larga cabellera suelta, me metí en la cama y me dormí.

Cuando despierto, me recojo un improvisado moño y regreso veloz a mi dormitorio.

Me pongo el acostumbrado vestido marrón, suelto mi cabello para peinarlo con paciencia y volver a recogerlo y me apresuro a salir, dirigiéndome hacia las cocinas. Imagino que tendré que ocupar el hueco que Gabrielle ha dejado... Dónde se encuentra ahora mismo es un misterio, aunque tengo intención de interrogar a Nahira, que es de las pocas que no se abstiene de chismorrear por miedo a represalias. Lo que, por otro lado, es peligroso y roza lo suicida.

—Tú. —Una voz interrumpe mis pensamientos y la mecánica de mis piernas, que se detienen de golpe—. ¿Dónde te crees que vas?

No me hace falta girarme para saber que Lady Perkinson se halla a mi espalda.

—Buenos días, mi señora —la saludo de manera educada, inclinando la cabeza en su dirección cuando me giro hacia ella—. Bajaba a las cocinas, ya que he supuesto...

—¿Te han engendrado para suponer? —interrumpe con hastío. Las aletas de su nariz se abren como si el aire que entrara por los orificios no fuera suficiente—. Debías estar en el patio hace una

hora. Yo misma mandé que te avisase esa estúpida Sangre Sucia, la que te tenía que bañar.

Habla de Evadne, claro, aunque eso no pasó en ningún momento. Mi cara de sorpresa debe pillarla desprevenida, puesto que se interrumpe a medio hablar y cambia el tono de voz.

—¿No te avisó?

A los Sangre Pura les encanta ponernos en encrucijadas. Te dan el arma con el que culpar a otro o culparte y te lo colocan en la mano para que tú arremetas el golpe final. Les encanta hacer eso.

—Sí —titubeo.

*Plaff*.

La bofetada que me asesta me dobla la cara con fuerza, provocándome un ligero mareo y haciendo que las jaquecas que habían desaparecido durante el sueño reaparezcan con ferocidad.

—No te atrevas a mentirme, asquerosa Sangre Sucia. —Da un paso hacia mí y clava sus uñas en mi antebrazo para obligarme a mirarla—. Mírate, no eres más que una chiquilla sin gracia, desnutrida e insignificante. ¿Crees que a alguien le importaría que te arrojara al Foso de los Moradores ahora mismo? —Achica los ojos cuando me atrevo a alzar los míos, que están repletos de lágrimas, solo que estas son de ira, causadas por la humillación y la sed de venganza—. No me mires así. ¿Qué piensas, que puedes contra mí? Me gustaría ver cómo lo intentas.

Lady Perkinson me ha golpeado en infinidad de ocasiones, tantas que he perdido la cuenta. Los Sangre Pura son así, se creen con la potestad de agredirnos de todas las maneras imaginables sabiéndose intocables.

La mujer que tengo ante mí, sonriendo de manera arrogante, abre los ojos en un gesto de dolor y aparta su mano rápidamente como si mi piel le quemara.

—¿Qué mierda ha sido…?

No llega a terminar la frase.

Sus ojos se mueven desde la palma de su mano hasta mí.

Entonces, su expresión se torna calculadora, como si acabara de completar una teoría juntando varios pensamientos aislados.

No me gusta nada la sonrisa que va asomando lentamente.

Para ser sinceros, no me gusta nada de ella. Está tramando algo que puede llegar a ser destructivo. Y, por lo que intuyo, en ese maquiavélico plan estoy incluida.

—Vuelve a tus tareas —ordena, largándose con un paso que se me antoja demasiado tranquilo, como si el descubrimiento que acabara de hacer fuera tan trascendental que todos sus problemas se hubieran desvanecido. Pero la cuestión es ¿qué ha descubierto?

Alzo mi mano y observo mis dedos. Un fogonazo me trae a la mente el recuerdo de Lord Grey con una reacción similar ¿Por qué todos actúan como si los hubiera electrocutado? Esa mirada de sorpresa, de angustia, incluso una pizca de pavor. ¿Acaso quemo a la gente? ¿Es eso? ¿Tengo algún tipo de habilidad? No es posible. Los Sangre Sucia no…

—¿Qué haces ahí parada? ¿No tienes nada que limpiar? —me increpa uno de los guardias, que se acerca por el mismo pasillo por el que acaba de perderse Lady Perkinson.

Me apresuro a salir de su vista.

Qué irónico que los guardias nos traten de esa manera, igual que a escoria, cuando ellos no son tan distintos de nosotros… Los Sangre Turbia, los llaman. Mestizos. Aquellos nacidos de un Sangre Pura y un Sangre Sucia. O más bien engendrados, ya que su gestación no tiene otro fin que el de engrosar las filas de los Sangre Pura, a quienes juran fidelidad y servidumbre. Como si se tratara de un gran honor servir a aquellos que nos someten y aniquilan.

Mientras camino, vuelvo a alzar mi mano y la miro.

¿Qué está pasando? O más bien… ¿Qué me está pasando?

# Capítulo 21

## *La noche de la fiesta*

Las de mi condición han estado aquí, arreglándome. Me han bañado, frotando con fuerza la esponja contra mi piel, en un arrebato de querer sacar la mugre que nos define tal vez. Me han arrancado los pelos de todo el cuerpo, como si eso me hiciera ascender en el eslabón de los indeseables hacia un puesto a medio camino entre un Sangre Sucia y un Sangre Turbia. Es lo que piensan de nosotros siempre, que somos sucios, que no nos lavamos, que no sabemos hacer más que obedecer y servirlos. Me han perfumado, maquillado y ahora mismo están arreglándome el cabello que, contrario a lo que podáis pensar, hoy luce suelto. Después de todo, nuestra función en este tipo de fiestas es la de *distraer* a los Sangre Pura. Hipnotizarlos con nuestra belleza, nuestras curvas, nuestras simpatías, para que así decidan a cuál de nosotros violar cuando el alcohol haya hecho mella en ellos.

—Estás preciosa. Qué suerte tienes de poder ir al baile —murmura una de las chicas, suspirando. Es bastante joven, juraría que no pasa de los trece años. Tiene unos bonitos ojos grises y el cabello de un color pajizo recogido en lo alto, formando un apretado moño. Me pregunto qué tipo de suerte cree que tengo, porque le cambiaría mi lugar a cualquiera de ellas si me lo pidieran. Y si tuviera elección sobre ello.

—¿Suerte? —inquiero, arrugando la frente.

La niña asiente haciendo un coqueto mohín con los labios.

—Eres la elegida, todo el mundo lo sabe.

—No te sigo.

—Por el Lord, claro, ¿de quién iba a hablar si no? —suelta una risilla y se toca el cabello con nerviosismo—. Estáis en boca de todos. Vimos cómo intentaba deternerte en el patio, durante la

Purga. Nunca habíamos visto al Lord hacer algo así antes, por nadie. Debe estar muy enamorado de ti si…

—Marwe, trabaja en silencio —la interrumpe Leka, frunciendo el ceño y mirándola con antipatía. Leka siempre ha sido gruñona, desde que la conozco. Ha tenido varios encontronazos con Marga, algunos de ellos muy fuertes.

La tal Marwe hace lo que ordena la mayor y ambas tironean de mis cabellos mientras forman pequeñas trenzas en algunos de los mechones y dejan otros sueltos. Están colocando florecillas en dichos mechones, con lo que aumenta la sensación de sentirme hermosa y al mismo tiempo fuera de lugar. El vestido que llevo, elegante y pomposo, hace que me cueste mantenerme sentada. No estoy acostumbrada a este despliegue, teniendo en cuenta que siempre llevo el mismo uniforme marrón.

Medito sobre lo que ha mencionado la joven. ¿Enamorado? ¿El Lord? ¿De mí? Ja. Vaya chiste más divertido.

Rememoro lo vivido la noche pasada, la forma en que me miró cuando me vio desnuda fuera de la bañera. Cómo me cubrió con la toalla, cómo pareció que con sus mismos ojos me abrazara para taparme. Sus labios sobre los míos después, en el dormitorio. Sus manos incapaces de detenerse sobre mi piel… Más besos. Y ese momento en el que había accedido a lo más íntimo de mí, ese lugar privado y que había provocado que toda yo ardiera ansiando más.

En algún momento he enrojecido y ahora me siento incómoda con las criadas tan cerca. Trato de borrar mis pensamientos, alejarlos al menos. No es momento para pensar chorradas, tengo claro que el Lord nunca se enamoraría de mí. ¿Un Sangre Pura como él, enamorado de una Sangre Sucia como yo? Ni las leyendas se atrevieron a tanto.

—Fuera.

Trato de mantener mi expresión facial lo más inexpresiva posible. ¿Podrá escuchar el latido de mi corazón desde la puerta? Espero que no. ¿En qué momento ha llegado el Lord hasta ahí? ¿Y justo cuando mi cara está tan roja que se camufla con el tono del vestido?

Está imponente con los ropajes de brujo que porta esta noche, una túnica y una capa negra con toques dorados y el cabello rubio

cayéndole por la cara, resaltando sus ojos grises.

Marwe y Leka se apresuran a salir, dejando todo tal como está, incluso mi cabello a medio terminar.

El Lord aguarda hasta que salen y después empuja la puerta, esperando a que esta se cierre por sí sola por inercia.

Se queda plantado en el mismo punto, mirándome de espaldas como estoy a través del espejo que tengo ante mí.

—Estás…

¿Qué? ¿Por qué no acaba la frase? ¿Estoy qué?

Avanza hacia mí con pasos firmes y seguros. No parece contento, aunque no sé por qué. ¿Habré hecho algo que lo haya molestado? Otra vez, quiero decir.

Se detiene a mi espalda y por un momento parece dudar, pero entonces extiende su brazo para agarrar una de las pequeñas flores blancas y la coloca en mi cabello, continuando la tarea que las criadas han dejado a medias.

—Esta noche verás y oirás cosas para las que no estás preparada. No te separes de mí. No hables con nadie. No los mires. Mantente pegada a mí, ¿me has oído? Da igual lo que me veas decir, da igual lo que me veas hacer: no te alejes. Si te sientes muy incómoda, solo aparta la mirada y finge estar aburrida. Y, sobre todo, no llames la atención.

—Lo sé, me han advertido.

Sus manos se detienen sobre mi pelo.

—¿Quién? —me interroga mirándome con intensidad a través del espejo.

«Nahira».

—¿Es relevante, Milord? —murmuro con cuidado. Sé lo que me juego. Sé lo que nos jugamos todos.

No contesta. En lugar de eso, sigue moviendo sus dedos con habilidad por mi cabeza. Nunca habría pensado que un hombre tan grande y tosco como él pudiera llegar a ser tan delicado. Ni que supiera hacer nada en el pelo de una mujer.

—Te he traído algo —dice cuando acaba, llevándose una mano al bolsillo de su túnica y extrayendo un colgante. Me lo pasa alrededor

del cuello y lo cierra. Después, saca su varita e invoca una máscara, que vuela hasta mis manos—. Hagas lo que hagas, no te la quites.

La examino. Es pequeña, lo suficiente para cubrir mis ojos y parte del puente de la nariz. Roja y dorada, como los colores de mi vestido.

—¿Cómo sabíais de qué color iría?

La pregunta le debe pillar por sorpresa, porque tarda unos segundos en recomponerse y contestar:

—Yo lo sé todo.

Dudo por un instante en si preguntarle las incógnitas que danzan en mi mente. Lo sucedido con Perkinson y con Grey, la posibilidad de que tenga algún tipo de poder a pesar de ser una Sangre Sucia, el rostro de Lady Perkinson al tocarme y el posible peligro que puede significar. ¿Es viable que alguien de mi condición posea magia? ¿Por qué me cuesta tanto formular la pregunta?

En lugar de eso, bajo mi mirada hasta el colgante que pende de mi cuello y lo estudio con atención. Se trata de una cinta de terciopelo negra con un pequeño broche de oro en forma de lágrima en el centro.

—Es precioso —digo alzando los ojos hacia él—. Gracias.

Se aleja en dirección a la salida.

—Nos esperan.

# Capítulo 22

## *Dekel*

El Lord me había advertido, pero no, no estaba preparada para lo que he encontrado al llegar al salón de baile. El despliegue de riqueza y poderío es lo primero que me impacta, pero lo que me abofetea la cara es la cruda realidad, el motivo por el que los míos están aquí: su entretenimiento, su diversión, incluso su ego me atrevería a añadir. Los de mi condición desfilan por la estancia, cada cual ataviado de manera más ostentosa y provocativa, denigrante según mis parámetros. Algunos se han unido en pequeños grupos y bailan de manera sensual para los purasangre; los hay que están dando de beber o comer a los que parecen sus dueños; otros se magrean delante de todos sin ningún tipo de pudor; unos pocos permanecen en un segundo plano, relegados en un rincón mirando todo con aire ausente, como si se preguntaran por el motivo de su existencia. Me siento más en concordancia con estos últimos, queriendo saber si mi destino ha sido estipulado por algún dios caprichoso y aburrido o si esto es todo lo que se espera de mí.

Hay un pequeño escenario iluminado con algún tipo de encantamiento. También han debido usar magia para hacer que las voces y los acordes de los instrumentos que tocan se estén escuchando por varios puntos de la sala.

La luz es tenue. Más que en una sala me siento caminando en un pasillo de sombras, con algunos puntos iluminados aquí y allá, donde las mesas de cristal, los caros divanes y las alfombras de pelo repletas de almohadas no significan más que un punto perdido en la penumbra reinante. Hay fogonazos de luz cada ciertos segundos, provocados por hechizos saliendo de las varitas de los Sangre Pura, quienes intentan alardear de sus dotes. Las usan para desnudar a sus mascotas, para llamar la atención de los camareros cargados de

bebidas alcohólicas, drogas y tentempiés de dudosa composición. Las pastillas elaboradas a partir de plantas mágicas y los cigarros aderezados pasan de mano en mano como si se tratara de unas migas de pan dadas a un hambriento.

Entre todo el caos y el sinfín de rostros vueltos a tareas más interesantes que en percatarse de mi aparición en la fiesta junto al hombre más importante de la Mansión, alguien llama mi atención. Está cerca del escenario, trazando líneas e impregnando de colores un tapiz en el que imagino que está plasmando a alguien, quizá a la pareja que está perdida la una en manos de la otra a pocos metros de él. No parece interesarle lo que hay alrededor, incluso ha perdido la concentración en lo que hacía y me mira fijamente (o al menos eso creo que hace a través de su propia máscara), llevado por la curiosidad como lo he hecho yo. Desde donde estoy no puedo atinar a ver el color de su cabello, uno que confundiría sin duda a causa del continuo parpadeo que ejercen las luces y que comienza a causarme un molesto y repetitivo pinchazo en las sienes. ¿Quién es?

La mano del Lord me empuja por la zona baja de la espalda, devolviéndome al presente.

—Camina —susurra en un tono helado. Su mirada está fija al frente, aunque no me cabe duda de que ha reparado en el chico que me miraba y por un momento me pregunto si su frialdad se deberá a ello.

Sigo la dirección de sus ojos para acabar con los míos puestos en una de las mesas del fondo, en la que hay un variopinto grupo de personas de las distintas sangres, de la Pura, la Turbia y la Sucia.

Su leve empujón activa mis piernas, que echan a andar sin preguntarme siquiera, siguiéndolo unos centímetros por detrás y con la cabeza gacha, intentando evitar ver los actos más morbosos y fuera de lugar posibles. No estoy cómoda. De hecho, no puedo entender cómo alguien como Nahira puede sentirse a sus anchas en un sitio así; ella o cualquiera. ¿Qué nivel de perversión hay que sobrepasar para dejarse llevar aquí?

Alcanzamos la mesa por la que el Lord ha mostrado tanto interés y me permito observar a los presentes, mirándolos a través de los orificios de mi máscara.

Cuantos hay, igual que quienes nos rodean, portan una máscara. Distintos colores, distintas formas, distintos abalorios, pero todos la llevan. Todos menos él, el hombre que no me quita ojo de encima y que trae un difuso recuerdo que no acabo de dar forma en mi mente.

—Mi regalo —se sonríe en cuanto nuestras miradas conectan.

No soy capaz de leer lo que le parece al Lord dicha afirmación, puesto que sigo a su espalda y no hace amago de volverse hacia mí.

Ahora que presto atención a la escena, me arrepiento de haber dejado de mirar la espalda del Lord. El hombre que me ha denominado como su regalo se halla sentado con la espalda recostada en el amplio sofá que ocupa. A su lado, una Sangre Sucia tiene metida la mano en sus pantalones y lo masturba mientras otra chica masajea los hombros de su amo.

Mi visión sufre una sacudida, advirtiéndome de que estoy a punto de vomitar o de desmayarme. ¿Qué estoy haciendo aquí?

Miro alrededor, deseosa por esconderme bajo alguna mesa y desaparecer.

No quiero estar.

No quiero que me obliguen a tocar a ese hombre ni a cualquier otro.

Ahora mismo, ni siquiera siento deseo hacia Lord Blackwood. ¿Son este tipo de cosas las que él viene a hacer? ¿Acaso espera por mi parte una acción similar?

—Mírala, con esa cara de rata asustadiza —se carcajea, a lo que un corillo lo secunda—. Siéntate a mi lado.

He cerrado los ojos con fuerza hace unos segundos, cuando la chica le ha sacado el miembro de los pantalones para escupirle encima y seguir a lo suyo.

Esto es asqueroso.

Repulsivo.

Vomitivo.

No puedo seguir.

Y… no puede estar dirigiéndose a mí.

No.

No.

No puedo.

Quiero irme.

Necesito salir.

Mis pies empiezan a retroceder sin necesidad de que los guíe. Mi urgencia es tal que no medito lo que estoy haciendo hasta que me veo casi a la altura de la puerta por la que minutos atrás he entrado con el Lord.

Alguien me aferra con fuerza del antebrazo y un jadeo asustado escapa de mi boca.

—Por favor —ruego. Creo que es la primera vez en toda mi vida que suplico de verdad por algo que no quiero hacer. No es que no quiera, es que no puedo, no soy capaz. El rostro con el que me topo resulta ser el del Lord, el mismo que me ha traído aquí—. Dejadme marchar. Yo… —Estoy a punto de romper a llorar. Siento las lágrimas calientes acumulándose en mis ojos y mantenerse a raya por mera convicción.

El Lord tira de mi brazo y me acerca a su rostro.

—Confía en mí —habla muy bajo, tanto que sé que solo puedo escucharlo yo—. Haz lo que te diga. Escucha lo que tenga que decirte. Mírale a los ojos para evitar mirar nada de lo que pase alrededor. Solo mírale y te dejará en paz, hazme caso. Te está probando. No puede saber que no… Que eres… —duda.

Entonces lo entiendo.

Este lamentable espectáculo. Todo a mi alrededor. Ese hombre, ahí, de esa manera, como si…

—Se supone que ya has visto todo esto —resume—. Es lo que pasa aquí. Y ahí —señala hacia la puerta, tras la que se encuentran los pasillos y los dormitorios.

—No sabe que soy virgen —musito, llevándome una mano a la boca.

—Nadie puede saberlo —gruñe. Sus dedos me aprietan tan fuerte que me hacen daño—. Quédate cerca de mí si quieres. Pero no huyas de nuevo o no habrá excusa creíble que se trague Mosley.

Trago saliva con esfuerzo. Sigo sin verme capaz.

—¿Por qué?

El Lord parece meditar su respuesta, quizá preguntándose qué estoy cuestionando realmente.

—Él pidió de manera expresa que estuvieras presente.

Su respuesta solo hace que mi aprensión aumente.

—¿Por qué? —repito.

Su mandíbula se tensa, igual que lo hacen sus dedos en torno a mi brazo. Se acerca unos centímetros a mí, dejando su rostro muy cerca del mío.

—No lo sé. —Y parece decir la verdad—. Solo sé que no hay un motivo razonable para impedirte que vengas, así que ven conmigo.

Se gira para regresar, pero lo detengo, tocando su espalda para que me escuche.

—¿Pidió también que vinierais conmigo?

Se para, dándome la espalda aún. Solo veo su nuca y cómo por esta baja una gota de sudor.

—No.

—¿Y por qué me acompañáis entonces?

No hay respuesta.

—¿Milord? —insisto—. ¿Y cómo sabéis que soy…? —Bajo la voz al percatarme del rápido giro que hace, advirtiéndome con la mirada—. Ya sabéis.

—Te he dicho que yo lo sé todo. Andando.

# Capítulo 23

## *El regalo*

—Pero mirad a quién tenemos aquí… ¡La rata huidiza!

No reacciono al ataque. Ni siquiera lo tomo como tal. ¿Rata? Me han llamado cosas peores. Tendrá que trabajárselo más si quiere herir mis sentimientos.

—Dekel —lo saluda en un tono formal el Lord, plantado tan alto es frente a él, que sigue tirado hacia atrás mientras la chica lo toca como si no hubiera nadie más con ellos.

—Esto es vida, joder, Donovan. ¿Y esta muchacha es la que te estás follando ahora? No te entiendo, muchacho. Al parecer, te tomaste en serio lo de tu regalo.

Los fogonazos dentro de la sala se me hacen imposibles de soportar y, entre estos, vislumbro retazos de una vida que se me antoja desconocida, tan lejana y distante que…

Un claro.

Hierba.

Flores.

Risas de niños.

Una suave brisa soplando y revolviéndome algunos cabellos que mi madre había recogido esa misma mañana en una trenza.

Una voz dulce cantando.

Cantando…

Mi voz.

Una sombra.

Ese rostro.

Frío.

Sucio.

Sus dientes ennegrecidos.

Y esa sonrisa.

—Vos —susurro, llevándome una mano a la boca.

El Sangre Pura suelta una carcajada que hace retumbar su pecho al mismo tiempo que doy un paso hacia atrás por puro instinto. El brazo del Lord, que en algún momento se ha apostado a mi espalda, me impide seguir retrocediendo, cosa que agradezco. Tengo que fingir una fortaleza de la que carezco, ya me lo ha advertido. No puede ver que me ha afectado recordarle. ¿Por qué apenas recuerdo nada de mi pasado?

—Me adulas, querida. Pero te equivocas. Sé en quién piensas y no soy yo. —Saca la mano de la chica de sus ropajes y tira su brazo como si se tratara de un objeto—. Largo —dice únicamente, a lo que cuantos hay a su alrededor desaparecen dispersándose por la sala—. Siéntate a mi lado.

Doy un paso al frente, segura de que es lo que tengo que hacer, obedecer, a lo que el Lord intercede:

—Se sentará conmigo.

Su voz es firme, seca, tan directa como lo son sus ojos grises, advirtiendo sin necesidad de más palabras al indeseable que hay ante nosotros. Este plega los párpados, desconcertado por la negativa, aunque, si lo ha tomado como una afrenta, disimula muy bien sonriendo con amplitud y dándose una palmada en la pierna.

—Mi gran amigo Donovan, tú y tu profundo sentido del humor, ¿qué haríamos sin él? —De pronto sus ojos se clavan en mi cuello, deduzco que en el colgante que pende de él y la cinta de terciopelo que el mismo Lord ha colocado alrededor. O quizá un poco más hacia el lado, donde estoy segura de que sigue quedando una marca difusa de lo que fue el chupetón que dejó días atrás—. Oh, ya veo… —Su sonrisa maliciosa se incrementa—. ¿No le has contado a la Sangre Sucia por qué está en esta Mansión?

El Lord se sienta en uno de los sillones frente al Sangre Pura y me invita a colocarme a su lado con un simple gesto. A veces no hacen falta palabras entre nosotros, esta semana me he hartado a analizar sus gestos y expresiones (las pocas que tiene) y he ido aprendiendo de cada una de ellas.

—Tampoco hay mucho que contar —repone fríamente el Lord.

Lord Mosley responde con otra carcajada, aunque esta no le llega a los ojos. No me gusta este hombre. No me gustan sus gestos, no me gusta su falsa alegría, su forma de mirarme… Tampoco cómo lo mira a él. Hay algo turbio en esos ojos oscuros que me provoca una sensación de vértigo, como si temiera caer por un precipicio si me acerco demasiado.

—Quítate la máscara —me ordena.

En un acto reflejo, miro al Lord, esperando que me diga qué tengo que hacer. Él está tenso, con la espalda demasiado recta y la mirada clavada en Lord Mosley.

—Haz lo que dice —asiente por lo bajo. No está contento.

Quito la máscara con cuidado de no estropear el peinado que me han hecho. Y cuando Lord Mosley repasa con atención la fracción de mi cara que quedaba oculta a él, me siento más expuesta que nunca. Desnuda.

—Curiosa cicatriz… —musita con lentitud, reparando en ella—. Solo un hechizo lacerante, un látigo mágico, dejaría una huella así.

Me aterra lo acertadas que son sus palabras. ¿Cualquiera de ellos puede deducir de ese modo las marcas que deja la magia?

—Quien te trajo aquí fue mi hermano Dagan, mi mano derecha —explica orgulloso. Tampoco sé muy bien por qué me lo cuenta, así que solo asiento, aliviada porque haya cambiado de tema—. Tu querido Lord había sido ascendido de rango y queríamos hacerle un regalo que nunca olvidara. Al parecer mi hermano tuvo buen ojo eligiéndolo. —Esboza la misma sonrisa perturbadora que su consanguíneo y se queda así, sin decir nada, tal vez esperando a que yo rompa el silencio que se ha instaurado. Me mira con expresión calculadora. Esperando… ¿qué?

—¿Toman algo? —Uno de los camareros hace acto de presencia, en un momento de lo más oportuno.

Lord Mosley le sonríe de manera desagradable, pero aun así lo apura a acercarse, a lo que este se inclina para acercarle la bandeja. Examina el contenido y acaba cogiendo una copa con un líquido que parece espeso y nauseabundo y una de las bolsas que sé que contienen estupefacientes con efectos secundarios de lo más diversos. Entre ellos, la muerte. Me pregunto por qué a los Sangre

Pura les gusta tanto bailar sobre la delgada cuerda que los mantiene a flote entre la vida y la muerte. ¿Tan a salvo se creen de ella?

Tampoco sé mucho acerca de la jerarquía de los Sangre Pura, así que no he entendido muy bien a qué se refería con lo de que el Lord había sido ascendido. ¿Ascendido a qué? ¿Y por qué? ¿Se referirá a cuando fue bautizado con el sobrenombre de Asesino Supremo? Un escalofrío me recorre al pensar de qué cifra estamos hablando para que fuera apodado como tal. ¿Qué será *supremo* para unos asesinos por excelencia como lo son ellos?

Lord Mosley, si pretendía charlar de algún tema con nosotros, parece haberse desentendido por completo. Chasquea los dedos, a lo que la chica de antes, la que lo manoseaba, regresa correteando de una manera que se me hace vergonzosa. Está orgullosa de que la haya hecho venir, y así se lo demuestra al lanzarse de rodillas al suelo y comenzar a besarle las piernas sobre la tela de la ropa.

—Mi señor, os he añorado tanto. Disculpad si antes no os he ofrecido cuanto merecíais. Lo haré mejor la próxima vez, lo prometo. Estoy aquí para vos, para hacer lo que deseéis, mi amo.

Lord Mosley se señala la entrepierna y gruñe:

—Haz lo que tienes que hacer y deja de hablar.

Abre la bolsita en la que van varias plantas molidas y prensadas para ser tomadas de una vez y se echa un par a la boca, tragándolas y haciendo que se marquen bajando por su garganta.

Veo el cambio operar en sus ojos en cuestión de segundos. Estos, ya de por sí oscuros, se ensombrecen aún más. Sus pupilas se dilatan al máximo y la esclerótica se le enrojece. Una sonrisa perversa se le extiende por el rostro al tiempo que la chica entre sus rodillas saca su miembro. Se lo mete en la boca mientras Lord Mosley me observa con una expresión obscena y sedienta, como si imaginara que soy yo quien está haciéndole esas cosas innombrables.

Cierro los ojos con fuerza. He visto demasiado. Soñaré con esto durante días, quizá semanas.

—Te dejo disfrutar de la fiesta —se despide en ese instante el Lord, poniéndose en pie y dispuesto a marcharse.

—¿Ahora? Joder, os marcháis en la mejor parte —se burla.

Por un momento, dudo cuál debe ser mi papel. ¿Permanecer aquí o seguirlo? Intuyo, por la seguridad con la que se marcha, que me está abandonando a mi suerte, pero luego recuerdo que me ha advertido sobre el indeseable que hay apostado a escasos metros y me apresuro en ir tras él, despidiéndome con una reverencia de cabeza y musitando un:

—Con permiso, Milord. Ha sido un placer.

Es lo que se espera de mí. Que sea reservada, escueta, sumisa y complaciente. Hoy seré todo lo que quieran que sea mientras no tenga que hacer el papel de fulana o cualquier otro de los que he visto en el corto período que he pasado aquí dentro.

Acelero el paso, con la máscara molestándome en las manos. Decido ponérmela para así dejarlas libres. Es un pensamiento absurdo tal vez, pero cubrirme parte de la cara me hace sentir protegida y tener las manos vacías me hace creer que podré defenderme de lo que venga.

El Lord avanza por el pasillo, pasando entre los diversos y variopintos grupos sin detenerse a prestarles un mínimo de atención. Teniendo en cuenta la cantidad de mujeres semidesnudas que hay, me sorprende que sus ojos no vuelen hacia ninguna de ellas. ¿Tan acostumbrado está a verlas? Ni siquiera yo puedo evitar lanzar una ojeada, sorprendida con la naturalidad con que visten solo su piel.

—Milord —lo llamo, apresurándome por alcanzarlo—. Milord —repito en pos de que parece no escucharme.

Este se detiene de manera abrupta cuando rozo su espalda.

—¿Quieres dejar de hacer eso? —gruñe volviéndose hacia mí.

—¿Hacer qué? —pregunto sin comprender.

—Tocarme. No lo hagas —me advierte, inclinándose para amedrentarme.

—¿O qué? —lo reto—. No tengo nada que perder, ¿con qué pensáis amenazarme esta vez?

—Te ofreceré a Dekel —masculla, dando una cabezada en la dirección por la que acabamos de venir.

—No seríais capaz —replico—. Lo odiáis.

—Por eso —masculla, apartándose un poco—. Para que te aguante él si tiene cojones —lo escucho murmurar mientras se aleja.

Después vuelve a elevar el tono—. Vamos, hay alguien a quien quiero presentarte.

Disimulo una sonrisa lo mejor que sé. Su pequeña broma me ha pillado desprevenida, puesto que hasta su humor se me antoja tan huraño como es él.

Lo sigo con los ánimos renovados, intentando apartar el regusto amargo que ha dejado el encuentro con Lord Mosley. Espero no volver a cruzarme con él en mucho tiempo.

# Capítulo 24

## *Reencuentro*

El Lord me guía hasta una antesala apartada, lejos del bullicio, el ruido, las risas confidentes y los desagradables jadeos de los que busco alejarme de manera desesperada.

Creo que va a abrir la puerta y entrar, pero me equivoco. Lo cierto es que a veces sigue pillándome desprevenida por dónde va a salir o qué va a hacer. Se detiene en la entrada y se gira de manera tan brusca que me sobresalta.

—¿Qué ocurre?

Está indeciso. Nervioso me atrevería a decir.

—Hay… Bueno, hay algo… Quiero decir —se corrige, parece molestarle su error—, hay alguien a quien quiero que veas.

—Eso ya lo habéis dicho, Milord —murmuro con suavidad, alzando la barbilla para verlo mejor.

Ahora mismo, con el juego de sombras que se proyecta desde la sala que hemos dejado atrás, está guapísimo. Las luces inciden en sus hermosos ojos a través de la máscara, bailotean sobre los mechones rubios de su cabello y su piel pálida, dotándolo de un aura sobrenatural que lo hace parecer un dios andando en tierras mortales.

Carraspeo cuando me doy cuenta de que me he quedado observándolo durante largos segundos y aparto la mirada, cohibida con mis propios pensamientos. ¿Qué tiene el Lord para lograr abotargar así mi mente?

Pasa su mano ante su rostro y la máscara desaparece, haciendo que tenga que enfrentarme a su cara al completo. Lo siento expuesto. Por un momento solo puedo quedarme de nuevo mirándolo, preguntándome qué es lo que pretende y por qué le

cuesta tanto. Por algo inexplicable, noto un nudo en el estómago que no se alivia, una de esas malas sensaciones que tengo a veces.

Da un paso hacia mí y alza la mano, dudando, o pidiendo permiso tal vez. Finalmente, repite el movimiento y siento cómo mi máscara se evapora y deja sin cubrir la parte de mi cara que antes ocupaba.

Nuestras miradas conectan. Ahora sin nada que las separe o las oculte. Sin barreras, sin molestas personas cerca que puedan advertir el modo en que lo hacen. Porque no sé qué sentirá por mí el Lord ni tampoco soy capaz de poner en palabras lo que siento yo por él, pero si de una cosa estoy segura es de que este tipo de miradas están prohibidas, ya que el anhelo que rezuman, o tal vez algo parecido al amor o a un tonto encaprichamiento, harían correr los rumores más de lo que lo hizo el gesto del Lord durante la Purga. Este dato reaviva mis miedos. Los de mi condición hablan, creen cosas que no son. ¿Qué pasaría si esto llegara a oídos de los Sangre Pura? De algún enfermo como Lord Mosley o… El Rey de los Brujos. No quiero ni pensar en la posibilidad.

—Espero que puedas perdonarme por lo que estoy a punto de hacer.

Un susurro.

Tan bajo que no estoy segura de si he escuchado bien o solo han sido imaginaciones mías.

Su voz ha sido un filo helado llegando hasta mi corazón.

¿Qué está a punto de hacer?

Los nervios reaparecen y mil y una posibilidades danzan en mi cabeza. ¿Va a entregarme? ¿Soy la siguiente en esta Purga maldita a la que somos lanzados cada cierto tiempo los Sangre Sucia? ¿Me va a ofrecer como regalo a otro de los suyos?

Todos estos pensamientos se ven interrumpidos cuando el Lord se abalanza sobre mis labios como lo hace quien acaba de encontrar agua después de vagar sin rumbo durante días en un desierto. Su boca se mueve con fervor, sus manos sostienen mi cara y su lengua se introduce con furia a través de mis labios. Ahoga un jadeo cuando ambas se encuentran. Un gemido sale de mí, incapaz de

contenerme, cuando me aprisiona contra la pared y siento cada parte de su cuerpo amoldándose al mío.

Y así, tan pronto como ha iniciado nuestro beso, se aparta. Con brusquedad, casi con violencia. Se marcha sin decir nada, con esa velocidad y silencio que lo caracteriza, haciendo que su capa y sus cabellos ondeen a su paso.

Sigo inmóvil. Sin aliento. Aún asimilando su beso. Rozo mis labios pasando las yemas sobre ellos, saboreándolo, deseando que hubiera permanecido ahí unos instantes más.

*Porque hace tiempo que vivo para estos instantes robados.*

Para sus besos.

Para él.

Aguardando las migajas que va dejando a su paso como si se tratara de un recipiente que está lleno del líquido más vital por el cual siento necesidad y este arrojara de manera caprichosa algunas de sus gotas, aunque siempre en el momento más inesperado.

¿Y qué ha querido decir con esa frase? ¿Que lo perdone por qué? ¿Por lo que estoy a punto de encontrar al otro lado? ¿Por el beso que había planeado darme?

Me pellizco el corazón, hasta donde ha subido el molesto nudo que había en el estómago. Tal vez trate de advertirme. Tal vez trate de avisarme de que me estoy acostumbrando a algo que no debe ser, a un imposible, a la mano que pondrá la soga en mi cuello, o a la que agitará la varita que azotará mi cuerpo como le sucedió a Gabrielle. Tal vez trate de advertirme de que la cuenta atrás ha iniciado y yo no me he dado cuenta de que tengo que correr en dirección contraria porque estoy yendo directa a las fauces de la bestia, acostumbrándome a sus zarpazos y rogando por seguir siendo su presa favorita. Tal vez esté tratando de advertirme de un sinfín de cosas que podrían ser o no ser ciertas, pero, por ahora, seguiré jugando con el fuego que se genera cada vez que estoy cerca del Lord. Seré cuidadosa. O todo lo que pueda serlo siempre que mi cuerpo deje de actuar por su cuenta.

Tomo el pomo de la puerta mientras en mi mente una voz insistente me chilla que deje de hacerme la idiota y haga caso a mis instintos. Que me vaya. Que retome mi plan de fuga. Que lo asesine.

Lo que sea, pero que haga justo lo contrario a lo que estoy haciendo.

Todas estas teorías derrotistas se vienen abajo cuando, al arrastrar la puerta por el suelo, me topo con las dos personas que me aguardan al otro lado.

Me quedo sin habla. ¿Qué decir cuando sientes y tienes tantos pensamientos al mismo tiempo que eres incapaz de ordenarlos y dejarlos salir de uno en uno para entenderlos?

Hay una mujer y un hombre. Ella es alta, muy hermosa, con una belleza que intimida y que sería capaz de iluminar la estancia en la que esté. Tiene el cabello recogido en un apretado moño y varios mechones rebeldes se le desperdigan por la cara, enmarcando unos preciosos ojos marrones almendrados y unos labios delgados y rosados que se convierten en una fina línea cuando repara en mí.

—¿Es ella? —pregunta la mujer sin molestarse siquiera en hablarme a mí.

Miro hacia el chico, al que se ha dirigido. Él es más alto, le saca casi una cabeza y, aunque me parece muy atractivo también, lo que más llama mi atención no es eso, sino…

—Eres el que estaba en la sala —lo recuerdo. Estoy segura de que es él, aunque ahora ya no porta la máscara—. Pintabas.

No puedo creer la casualidad. ¿Qué hace él aquí?

Deja salir una risa baja y asiente.

—No pierdes detalle. —Tiene una voz muy dulce. Ronroneante, de esas que acarician al hablar. Sus ojos se achican cuando me mira con renovado interés y me sonríe—. Nunca lo hacías —añade en un susurro.

Mi corazón se salta un latido. O puede que dos.

Lo he sabido desde el mismo momento en que he entrado en la estancia. *Los he reconocido*, a pesar de llevar años sin verlos, incluso aunque mi mente se hubiera obcecado en borrar los pocos recuerdos que guardaba sobre ellos.

Las lágrimas comienzan a caer por mis mejillas. Caen tan rápidas que ni siquiera se detienen en la mandíbula, sino que bajan hasta que empapan el suelo y mis ropas. Intento secarlas, pero no soy tan veloz como ellas, ya que no dejan de brotar.

—¿Christoph? —Mi voz se rompe.

# Capítulo 25

## *La máscara cae*

No sé en qué momento he salido corriendo hacia él ni el instante en que sus brazos me han estrechado tan fuerte que parecían estar a punto de romperme las costillas. Solo sé que, de algún modo, he llegado hasta aquí, hasta su pecho, hasta él, y ahora no veo el motivo por el que habría de separarme.

—Mi pequeña Elowen, mi hermanita… —susurra él contra mi pelo.

Elowen… Ese nombre. Mío, de mi pasado. Mi verdadero nombre, arrancado de cuajo igual que fui arrancada de mi familia.

Sé que está llorando porque me está calando. Sus manos se aferran con fuerza alrededor de mi cuerpo como si temiera que de un momento a otro fuera a desaparecer. Pero no voy a hacerlo. Lo que me da miedo es que él lo haga. Llevo tantos años esperando este momento sin saberlo... Y ahora está aquí, en la Mansión. No puedo creerlo.

—Christoph, ¿pero cómo…? ¿Qué haces aquí? Y…

Me giro hacia mi hermana (a duras penas, teniendo en cuenta el abrazo de oso que me está dando) para toparme con que sigue plantada, impasible, junto a la misma mesa en la que estaba cuando llegué. Se mira las uñas con aburrimiento. Al parecer, esto no va con ella.

—Ahora soy Carel —me explica de manera paciente, apartándose y tendiéndome una mano esperando a que se la estreche. Me recuerda a cuando éramos pequeños y jugábamos a que éramos mayores. No recuerdo mucho, pero al menos la sensación de felicidad me embarga por completo los pocos segundos que rescato dicha vivencia pasada.

—Cala —contesto yo, cogiendo su mano. Miro de reojo a mi hermana, quien no muestra el más mínimo interés por participar en la conversación, por lo que desisto. Bastantes Sangre Pura orgullosos tengo que aguantar para tener que soportar sus humos también—. ¿Es la primera vez que venís a la Mansión Blackwood?

Mi hermano me limpia las lágrimas de la cara y guarda silencio.

—Estás preciosa —dice mientras me observa—. No puedo creer que estés tan mayor.

Sin poder evitarlo, me arrojo hacia él, envolviéndolo con mis brazos.

—Yo tampoco puedo creer que estés aquí.

Pasamos un rato hablando y riendo. Mi hermano me narra historietas de cuando éramos niños, muchas de las que he olvidado, así que me veo asintiendo y escuchando embelesada lo que tiene que decir.

—Hemos estado aquí muchas veces —contesta al fin, después de haber divagado sobre las aventuras que corríamos sin que lo interrumpiera—. Lo que no sabíamos era que tú estabas con Lord Blackwood. —Arruga el gesto al decirlo.

—¿No te gusta?

—¿A quién sí?

Decido guardar silencio. ¿Cómo decirle que no es tan malo como aparenta?

—Todos esos Sangre Pura parecen copias los unos de los otros —masculla entre dientes, lanzando una ojeada alrededor para asegurarse de que no nos escuchan.

—Él me ha traído hasta vosotros —acabo admitiendo.

Carel suelta un exabrupto.

—¿Después de qué, de secuestrarte? ¿Pegarte? ¿Violarte?

—Él no ha hecho nada de eso —susurro.

—Eso no hay quien se lo trague, hermanita —dice, dándome una palmada en el hombro—. Ni siquiera yo que estoy con una de las Sangre Pura más "suaves" me he librado de ello.

—¿En qué Mansión estás? —me intereso, aprovechando el cambio en la conversación para alejar al Lord de mis pensamientos.

—La de Lady Trinket.

Sacudo la cabeza.

—No sé quién es. He escuchado su nombre alguna vez, pero no la he visto en persona —admito, viniéndome a la memoria Harvey, el panadero, quien trabajaba allí también.

—No has estado en muchas fiestas, ¿verdad? —Carel enarca una ceja en mi dirección, interrogante.

—Esta es la pri… —me detengo antes de terminar la frase. El Lord no quería que nadie supiera dicho dato, así como no quería que aireara el tema de mi virginidad—. No, no en muchas —acabo diciendo.

No es que desconfíe de mi hermano, es que nunca sabemos cuándo podemos estar siendo escuchados. O vistos.

—¿Y ma y pa? ¿Sabéis algo de ellos?

—¡Venga, no me jodas! —la exclamación de mi hermana me pilla por sorpresa. Sale disparada de donde está y se acerca a grandes zancadas hasta mí, acorralándome y clavando una de sus largas uñas en mi pecho—. ¿Cómo crees que van a estar, inmundicia con patas? ¡Muertos!

Carel, que se ha quedado tan impactado como yo y permanecía inmóvil, reacciona acercándose hasta nosotras y atrapa a mi hermana desde la espalda, alejándola de mí. Que la aparte no evita que escuche cómo me sigue atacando, hablando cada vez más alto.

—¡Tú los asesinaste, maldita sea! ¿O es que no lo recuerdas? Teníamos tres normas en casa. ¡Tres putas normas! —Llegados a este punto, parece que le vaya a reventar una vena del cuello de tan alto está gritando—. Y rompiste una de ellas. ¿No podías meterte la lengua en el culo en vez de ponerte a cantar? ¿Tan difícil era? ¡Tú los mataste! —remata—. ¡A ma y pa! ¡¡¡Tú los mataste, imbécil!!!

***

Aún escucho en la lejanía los gritos de mi hermana mientras deambulo con aire perdido por los pasillos de la Mansión. Se supone que estoy volviendo a mi dormitorio, aunque lo cierto es que creo que llevo horas vagando sin rumbo, tratando de asimilar todavía sus palabras. Me han herido. Mucho. Pero no dejan de ser ciertas. Si mis padres murieron ese día o alguno de los posteriores, no hay otra

culpable que yo. ¿Por qué esperaba que estuvieran vivos, después de todo? ¿En qué mente infantil e inocente cabría la posibilidad de que así fuera? En un mundo como el mío no hay lugar para la esperanza. Tampoco para la vida.

Sigo escuchando los gritos de mi hermana en mi cabeza a pesar de que hace mucho que dejó de hacerlo.

Pero su voz se repite. En un ciclo infinitamente hiriente. Tal vez nunca se vaya. Tal vez nunca se apague. Y quizá sea mejor así. Necesito su voz para que me recuerde lo que hice. *Lo que les hice*.

¿Cómo me ha llamado? Ah, sí, inmundicia. El término es acertado, desde luego. Ahora mismo me siento así. Basura. Escoria. Qué pena que no pueda compartirlo con nadie, porque ni siquiera tengo eso que llaman amigos.

Mis pies cambian de rumbo. No soy consciente de hacia dónde estoy yendo hasta que ya es demasiado tarde. Tampoco controlo mis manos temblorosas cuando estas impelen sin más la puerta del Lord.

¿Qué quiero? No lo sé. ¿Darle las gracias por haberme reunido con mis hermanos aunque dicho encuentro haya acabado de la peor manera posible? ¿Buscar enfadarlo de nuevo para que me bese? ¿Interrogarlo por los motivos de haberme llevado a la fiesta? Como digo, no lo sé. ¿Cómo escuchar mis propios pensamientos cuando los chillidos de placer me pitan en los oídos y soy testigo de la forma en que el Lord empuja sus caderas contra Lady Perkinson de forma furiosa una y otra vez? Si hubiera prestado atención a mi entorno, puede que los hubiera escuchado. Los gemidos de Perkinson, los rugidos del Lord, las patas del escritorio siendo arrastradas varios centímetros con cada embestida, el crujir de la madera bajo los potentes brazos del Lord asiéndose a esta para poder penetrar mejor a la Sangre Pura… Pero tal vez era necesario que lo viera. Ahora mismo ya no creo en las casualidades. El destino quería que estuviera aquí y ahora, así como me ha arrojado al encontronazo con mi hermana.

Estoy tan impactada por lo que estoy viendo que no soy capaz de moverme. Mi boca está entreabierta, mis manos tiemblan en el aire después de haber abierto la dichosa puerta. Aunque hay algo más,

algo húmedo que no sé qué es. En mi cara. O bajando por ella. No lo sé.

En ese momento, el Lord alza la mirada y sus ojos se clavan en los míos. La ira brilla en sus pupilas. Sus cabellos siguen moviéndose al son de sus caderas. No se interrumpe aunque me ve. Solo parece fastidiarle mi presencia, como cuando tiendo las sábanas en el porche y un molesto gato viene a juguetear con ellas y me hace tardar más de la cuenta porque las deja hechas un gurruño.

—¡¡¡Lárgate!!! —su grito atronador me hiela la sangre. Nunca, en todos los años que lo conozco, lo había visto tan furioso.

Salgo huyendo del dormitorio. No puedo asegurar si he cerrado la puerta o solo he corrido sin más.

Ahora soy consciente de eso que notaba húmedo. Son mis ojos. Mis lágrimas más bien. ¿Por qué narices soy tan estúpida como para ponerme a llorar por verlo beneficiándose a otra? ¿Cuándo dejaré de ser tan ridícula? ¿Qué creía, que me iba a estar esperando?

La máscara ha caído. La ha llevado muy bien puesta todo este tiempo y había logrado convencerme de que no era como los demás, pero la verdad ha acabado saliendo a la luz.

Al fin he conocido al verdadero. Al denominado Asesino Supremo, la mano derecha del Rey de los Brujos, el Líder de los Rubralūna.

Cuando llego a mi cuarto, me arranco el estúpido vestido rojo que llevo, segura de que fue él mismo quien lo eligió. Tiro el vestido, los zapatos, los pendientes, hasta el collar que me ha dado antes. Lo odio todo. ¿Cómo ha sido capaz?

«¿Capaz de qué, Cala? ¿Qué ha hecho que esté mal?», me recrimina otra voz. «Él no es nada tuyo. Ni tú serás jamás algo suyo que no sea de usar y tirar. No olvides quién eres. *Qué eres*».

Una Sangre Sucia.

Tratar de entenderlo por lógica no ayuda.

El pecho me duele. Justo donde está el corazón.

He visto cosas horribles en mi vida, pero ninguna de ellas había dolido tanto como esta.

¿Me estoy convirtiendo en uno de ellos, en alguien tan superficial como un Sangre Pura? Acabo de reencontrarme con mi familia, de

saber que mi hermana me odia y mis padres están muertos y, aun así, solo me preocupa que él estuviera tirándose a Lady Perkinson.

Me meto en la bañera y me echo por encima el cubo de agua fría que hay en el suelo. Está helada, pero el frío me ayuda a serenarme. Me caen tantas lágrimas que no sé si en algún momento piensan dejar de salir.

Salgo después de un rato, abrazándome el cuerpo y con los estertores típicos de cuando has estado largo rato llorando. Hipidos patéticos incluidos. Me seco la poca agua que queda en mi cuerpo y me pongo el triste camisón del pijama que tenemos las criadas, uno tan humilde como nuestro uniforme.

Y así, con el pelo mojado, el corazón hecho trizas y la cabeza llena de voces y ruidos que me hacen seguir soltando lágrimas compadeciéndome por lo estúpida que soy, en algún momento de la madrugada acabo quedándome dormida.

# Capítulo 26

## *Huida*

Aún hay lágrimas en mis ojos cuando, unas horas después, decido dejar de lamentarme por mi mala fortuna.

Me ha parecido escuchar pisadas al otro lado de la puerta, pero como esta no ha llegado a abrirse, he deducido que lo había imaginado. ¿Quién esperaba que fuera, el Lord viniendo a disculparse? ¿O a darme una explicación que no hay?

He sido una idiota.

Pero ya basta de autocompadecerme.

Ya está bien de dejar que todo el mundo actúe a mi alrededor sin tener en cuenta qué opino o cómo me siento.

Ha llegado el momento. Si me quedaba alguna pequeña duda, si la forma de actuar del Lord conmigo los últimos días me había hecho replantearme quién es o cómo es, toda esa ilusión se ha esfumado de un plumazo.

No es quien creía. Es *quien siempre he creído*.

Camino descalza por el suelo, que está frío; pero no me importa, porque me ayuda a serenarme, a aferrarme al presente, a salir de los recuerdos.

Me coloco a cuatro patas para sacar de debajo de la cama la ropa robada de Sangre Pura.

Tengo que huir.

Tengo que huir de toda esta locura.

Llegaré hasta mis hermanos, los sacaré de sus Mansiones. O me iré sola. Aún no he pensado qué hacer. Solo quiero marcharme, cuanto más lejos mejor.

Me cambio la ropa en silencio. Me siento sucia cuando, al mirarme al espejo, veo una imagen de algo que no soy, de alguien que jamás seré. Estas ropas significan tantas cosas malas para mí…

Deshago cada una de las pequeñas trenzas que porta mi cabello y suelto los mechones pasando los dedos. Las lágrimas vuelven a salir cuando recuerdo cómo Lord Blackwood colocó algunas de estas flores, casi con… Casi con…

«Para», me freno.

Observo mi rostro en el espejo. Se ve triste. *Se me ve triste*. Con una pena profunda y los ojos sin rastro de ilusión. Debe ser así como se ve una cara cuando se le rompe el corazón.

«No eres más que un pequeño pájaro, hermoso y frágil. Un solo movimiento de mis dedos y podría aplastarte. Te tengo en mis manos. Siempre te he tenido. ¿Cuándo vas a darte cuenta?». Su voz vuela a mi mente.

Qué tonta he sido.

Mi mirada se desvía hacia el pómulo, justo bajo el ojo, ahí donde aún queda rastro de la cicatriz, como un mensaje que no quiere ser olvidado.

«Esto es todo lo que conseguiré aquí: dolor, sangre, muerte».

Recojo mi cabello en un bajo moño, dejando algunos mechones sueltos. Me coloco la capucha de la capa, haciendo que mi rostro quede semicubierto. Tras esto, saco el hatillo con los pocos alimentos que he conseguido sustraer de las cocinas y lo escondo bajo la capa también.

—Ha llegado el momento —me digo.

Lanzo una última ojeada al cuarto, el que ha sido mi hogar desde que llegué a esta Mansión.

Sea como sea, será la última vez que lo vea: si logro escapar, no regresaré; si me pillan, me matarán y tampoco regresaré.

Avanzo hasta la puerta, deteniéndome un momento para insuflarme ánimos antes de sostener el pomo. ¿Debería avisar a Nahira? ¿O a Marga? ¿Y si las pongo en peligro por hablar con ellas? ¿Y si nos descubren? No, lo mejor será ir sola. Ya lo había decidido así semanas atrás.

Tomo el pomo.

Y giro…

Y no sucede nada.

No lo puedo creer.

Vuelvo a intentarlo, pero la puerta no se mueve.

—Esto no me puede estar pasando a mí —murmuro.

Recuerdo las pisadas al otro lado de la puerta y conecto ambas circunstancias. Está claro, alguien ha sellado la salida para que no pueda huir. Me han encerrado. Una vez más, me demuestran que no puedo actuar por propia voluntad, que no tengo derecho a hacer nada en mi vida si no es con permiso.

Vuelvo, arrastrando los pies, hasta mi cama.

Ni siquiera me molesto en quitarme la ropa.

Me hago un ovillo.

Y me duermo con renovadas lágrimas en los ojos.

Qué ser tan lamentable me siento ahora mismo.

# Capítulo 27

## *Sin voluntad*

Estoy abajo, en el área del servicio. Marga me ha sacado de la cocina tras verme el rostro. Ha preguntado que si estaba bien, aunque cuando le he asentido sin más, sin responder, no ha insistido. En lugar de eso, me ha llevado a otra sala, en la que doblamos las sábanas, las toallas y la ropa de los Sangre Pura. En eso estoy ahora, doblando. Concentrada en hacerlo perfecto para mitigar los recuerdos que asolan mi mente. Y las voces, sobre todo las voces. Y las miradas de odio.

Que esté haciéndolo lo mejor que sé para evadirme del entorno y de mi propio interior, no evita que escuche los cuchicheos de quienes me rodean. No les presto atención, puesto que lo normal es que hablen de temas sexuales y a mí estos me hacen revolver el estómago, sobre todo porque temo escuchar quién fue el fichaje de anoche del Lord.

«Aunque esa información la tengo yo en primicia», pienso con amargura.

Pero hay dos palabras que me hacen levantar los ojos de la prenda que tengo en las manos y abrirlos como platos.

No puedo haber escuchado bien.

—¿Qué? —pregunto, dirigiéndome hacia las criadas.

Estas repiten lo que hablaban, sin alzar la voz. Es común que los cotilleos pasen entre nosotros con miedo, sobre todo porque nunca se sabe quién puede haber a la escucha y por ese temor que nos infundieron al asegurarnos que los Sangre Pura son capaces de leer nuestros pensamientos.

No doy crédito.

Y aun así, me lo creo. Debe ser cierto.

—Lo ha hecho —me horrorizo, llevándome una mano a la boca y provocando que la prenda quede en el suelo hecha un ovillo.

Salgo de la sala a paso veloz. Mis compañeras ni siquiera tratan de deternerme. ¿Para qué? Ya lo he dicho, aquí no tenemos amigos. ¿Quién querría impedir que cometiera una locura? Además, tampoco saben lo que pretendo.

—Cala. —La voz de Marga me hace detenerme a mitad de la escalera. Me giro para mirarla, con la incógnita danzando en el rostro—. ¿Qué ocurre, a dónde vas tan acelerada? —Por su expresión, parece que le preocupa lo que pueda hacer. ¿Ella sí lo haría, sería capaz de defenderme si estuviera en el mismo patíbulo en el que colgaron a Gabrielle días atrás?

—Vuelvo enseguida —musito sin dar más explicaciones, reanudando la marcha y perdiéndome lo más rápido que sé por los pasillos, rogando que no me siga.

Abro la puerta del Lord con tanto ímpetu que esta rebota contra la pared de atrás.

—¡Vos! —lo enfrento, avanzando hasta él, que está en pie en mitad de la estancia, como si…

—Te esperaba. —La sonrisa burlona que se le extiende en la cara solo incrementa la ira que amenaza con engullirme.

—¡¿Cómo habéis podido?!

—Si no es mucha molestia, cierra la…

—¡La habéis matado! —casi chillo, metiendo la mano bajo mi vestido para sacar la daga que llevo atada al muslo y avanzar hacia él con el claro objetivo de herirlo.

—Ya empieza otra vez —musita con tono aburrido el Lord, al tiempo que pone los ojos en blanco y sacude los dedos en dirección hacia la puerta para que esta se cierre mágicamente—. Buenas vistas, por cierto.

Chillo fuera de control, abalanzándome sobre él y consiguiendo que me atrape sosteniéndome por la cintura, dé varios pasos hacia atrás y se deje caer en el colchón conmigo encima.

—Buenos días, pequeño pájaro entrometido y ruidoso, ¿qué pretendías hacer con esto exactamente? —Sostiene mi daga, que en algún momento me ha arrebatado, y la hace girar entre sus dedos

con suma habilidad. La acaba arrojando a un rincón, sin dejar de sonreír de una manera que me resulta odiosa.

De esta guisa, con los brazos atrapados y todo el cuerpo inmovilizado, hago lo único que se me ocurre.

—No has querido hacer eso —gruñe. Ha cerrado los ojos cuando le he escupido y aún tarda un rato más en pasarse la manga por los párpados y quitar la saliva antes de abrirlos.

—Sí he querido. Y lo volveré a hacer —lo enfrento—. Soltadme y dejadme que os dé lo que merecéis.

Su mirada se oscurece. Ya casi no soy capaz de distinguir su iris de la pupila.

—¿Será tan placentero como imagino?

—No puedo creer que sigáis con ganas de jactaros de mí. ¿Acaso no me habéis humillado ya lo suficiente? —suelto, incapaz de contenerme. Forcejeo buscando liberarme, pero solo logro sacarle una sonrisilla condescendiente al Lord—. Soltadme.

—¿O qué?

—Os arrepentiréis.

—¿Como la primera noche, te refieres? ¿O como tu intento de asesinato actual?

—Dicen que a la tercera va la vencida —replico.

Sé que me dejo llevar por mis instintos y eso me hace débil más veces de las que quisiera. ¿Qué puedo hacer? Soy impulsiva. Cuando se me mete algo en la cabeza no puedo parar hasta llevarlo a cabo. Pero la próxima vez lo planificaré mejor. Seré paciente. Cruel. Meticulosa. Como ellos. Como él.

—Eres un chiste, Sangre Sucia —espeta, impeliéndome para que me levante sin importarle que esté a punto de caerme—. ¿Para qué has venido? Di la verdad.

Se levanta y se acerca a mí de manera tan peligrosa que me hace retroceder. Vuelvo a quedar acorralada contra la pared, entre esta y él. Solo que su cuerpo, ahora mismo, me provoca lo opuesto al deseo.

—No os acerquéis a mí —advierto, empujándolo por el pecho.

No se aparta. Para mi indignación, no consigo moverlo ni un mísero milímetro. Deja escapar un asomo de sonrisa que borra con

celeridad.

—Te recuerdo que no hay nada que puedas decir para evitar que haga lo que me plazca contigo. —En su voz no hay simpatía ni rastro de humor. Acerca tanto su cara a la mía que por un momento creo que va a besarme—. Sabes que te hubiera gustado estar sobre ese escritorio anoche y que te follara como hacía con Samantha.

Revivirlo solo hace que sea peor. El dolor en el pecho y la ira que ha despertado en mi estómago se tornan insoportables.

—No sé qué pretendíais citándome a pasar la noche con vos —comienzo a hablar de manera apresurada, puesto que quiero decirle cuanto he guardado y sé que quizá no tenga una oportunidad tan buena como esta—. Me hicisteis venir todos y cada uno de los días siguientes, hasta la fiesta que celebrasteis. Se supone que Lord Mosley quería conocerme. Bien, ya lo he conocido. El placer fue suyo, porque desde luego mío no. Es tan despreciable como vos y cada uno de los de vuestra condición, mi odiado Lord.

Su expresión se crispa al escucharme hablar.

—Estás siendo muy osada.

—Y voy a serlo más —le aseguro—. ¿Con qué pensáis amenazarme esta vez?

—Estoy siendo benevolente contigo, ¿o es que no eres capaz de verlo, asquerosa Sangre Sucia? —me advierte en tono helado. Se acerca tanto que nuestras narices chocan y su aliento cala entre mis labios abiertos. No retrocedo. No aparto la mirada. Se la aguanto. Sé que es algo que detesta de mí.

—¿Benevolente? —me jacto—. Lo seríais si me asesinarais de una vez. ¿Para qué me queréis? ¿Por qué os divierte tanto tenerme pululando a vuestro alrededor? ¿Acaso vuestra vida es tan triste y vacía que necesitáis joder a otros para sentiros lleno?

—Cuidado con tus palabras… —Su mandíbula se tensa y advierto sus venas en el antebrazo que coloca al lado de mi cabeza, cercándome, aprisionándome con su cuerpo para que sepa que no hay escapatoria.

—Os pedí saber de mi familia… —prosigo.

—Y te la traje a tu lado —me interrumpe, achicando los ojos.

—Se os olvidó comentar que mis padres habían muerto, asesinados por vuestras propias manos.

Sacude la cabeza.

—¿Quién te ha contado eso?

—¿Importa? —Enarco las cejas—. Así que lo admitís. Solo sois eso, un vil asesino. Vuestras manos están manchadas de sangre.

Su mano se mueve hasta mi cuello y me sujeta con fuerza. Aprieta tanto que me impide seguir hablando y jadeo debido a la impresión.

—He dicho que cuidado con lo que dices. ¿No te han educado para que estés callada y no hables de lo que no sabes? Tendré que enseñarte modales, al parecer. —Su voz es una velada amenaza. Se me hiela la sangre al imaginar qué técnicas tiene pensado emplear —. Yo no maté a tus padres.

Intento responder, pero el agarre asfixiante me lo impide. Siento mis ojos arder y llenarse de lágrimas a causa de la falta de oxígeno. Afloja su mano, como si se hubiera dado cuenta de que me estaba hiriendo y no pretendiera hacerlo. Curioso cuando su gesto evidenciaba todo lo contrario.

—No hables de lo que no sabes.

—Sois amigo de Lord Mosley —afirmo.

—¿Amigo? —se ríe—. En mi mundo no hay de eso.

«En el mío tampoco», estoy a punto de decirle, lo que sería un error, porque sería como admitir que tenemos algo en común o como si su bando y el mío pudieran llegar de algún modo a tener similitudes.

—Entonces él los mató —continúo.

El Lord solo me mira.

—¿Es cierto o no? ¿Fue él?

Vuelve a reírse. De mí, claro.

—No vas a sacarme la información, Sangre Sucia. Si la quieres tendrás que ser más… *convincente*. Seguro que puedes ser más exhaustiva si te lo propones. —Alza una de las cejas y deja que una sonrisa ladeada se le forme en el rostro.

—Jamás —afirmo.

—Eso es mucho tiempo… —observa.

—Antes muerta que hacer nada con vos.

—Puedo obligarte.

—.... De manera voluntaria —acabo mi frase.

—Eres muy ocurrente.

—Solo cuando estoy con vos.

—¿Saco lo mejor de ti? Vaya, no me esperaba un cumplido así.

—Sacáis lo peor —lo contrarío. Al cambiar el peso de una pierna a la otra, mi cuerpo roza el suyo—. ¿Por qué me citasteis con mis hermanos?

—Tú me lo pediste. —El Lord, que no ha perdido detalle a nuestro acercamiento, me lanza una mirada de arriba abajo hasta hacer que nuestras miradas incidan la una en la otra—. ¿Buscando restregarte contra mí sin que resulte evidente?

—Yo no os pedí ver a mis hermanos —sigo a lo mío.

—Un «gracias» habría bastado.

—Mi hermana me odia —suelto al fin. No sé por qué lo hago, pero necesitaba decirlo.

—Oh, ¿no estarás a punto de ponerte a llorar? —Hace pucheros hablándome con voz infantil.

—Preferiría no haber sabido nada de ellos —afirmo, mirándolo con contundencia.

El Lord agita la mano para quitarle hierro al asunto y se aleja de camino al armario de las bebidas.

—La vida es cruel, Sangre Sucia. El mundo lo es. O evolucionas para adaptarte a él o te devorará. Deja de lloriquear. —Se acerca a mí trayéndome un vaso—. Bebe.

—No.

—¿Vas a hacer que te obligue una vez más? Empiezo a cansarme de este juego.

—Bebed vos.

—Si quisiera acabar contigo, lo habría hecho ya, ¿no te parece?

—Si queréis que beba, exijo saber qué contiene esa bebida y por qué tenéis tanto interés en que la tome.

—¿Has dicho que *exiges*? Debo haber escuchado mal.

Convierto mis labios en una fina línea cuando acerca el recipiente a mi boca.

—Te obligaré a beber.

—Intentadlo.

—Será un placer, uno de los pocos que me puedo permitir contigo —replica.

Pensaba que iba a intentar sujetarme a la fuerza, pero no, es más listo que eso. Agita los dedos haciendo que su varita vuele hasta ellos y entonces murmura unas palabras ininteligibles para mí.

—Y ahora, abre la boca.

Me veo abriéndola para él, igual que sucedió días atrás. Se acerca y echa una considerable cantidad de líquido en su interior.

—Traga.

Unas lágrimas de pánico escapan de mis lacrimales cuando, como la anterior vez, intento resistirme y siento que mi voluntad ha huido. Pueden hacer que hagamos lo que les da la gana. ¿Cómo somos tan poca cosa? Tan…

—¿Asustada, Sangre Sucia? Es una pequeña habilidad que me ha permitido acabar con ciertas riñas banales y sin fuste. ¿Para qué perder mi tiempo cuando puedo conseguir que hagan exactamente lo que yo quiero?

—De modo que es cierto —susurro. Sigo aterrada por mi descubrimiento—. Pensé que fue un truco o que había imaginado que me controlábais. Pero no. Nos controláis. Podéis manejarnos a vuestro antojo.

Esboza una sonrisa ladina.

—Hacéis lo que nos place sin necesidad de hechizaros. Así de simples sois, esa es la verdad.

# Capítulo 28

## *Parnavis*

—¿Asustada?

—No.

—Mientes.

—Más quisierais.

El Lord deja el vaso sobre el escritorio y cuando mis ojos vuelan hasta dicho mueble no puedo evitar evocar lo sucedido sobre él la pasada noche. Los cabellos húmedos del Lord azotando su frente al mismo ritmo con el que él chocaba contra Lady Perkinson no es nada agradable de revivir.

Suelta una risotada cuando cierro los párpados con fuerza.

—¿Disfrutando de lo que viste mientras espiabas?

—No lo hacía. Hubiera preferido arrancarme los ojos antes de haberlo presenciado.

El Lord da un paso al frente, acortando la distancia que nos separa. Se inclina para acercar su rostro al mío y habla muy despacio haciendo que su aliento me golpee:

—Hubieras podido ser tú.

—Y sin embargo, no lo fui.

—¿Celosa?

Me muerdo la lengua. ¿Por qué a veces soy tan idiota?

—Solo asqueada.

—Pásate la lengua por los labios —dice de repente. ¿Le ha dado un pronto o qué?

Entonces, horrorizada, veo cómo mi lengua hace exactamente lo que dice. Es cierto, olvidaba que puede controlar mi voluntad.

—Ahora di «Oh, mi adorado y deseado Lord, os ruego que me hagáis vuestra».

—Oh, mi adorado y deseado Lord, os ruego que me hagáis vuestra —repito con voz de autómata—. Yo jamás diría una absurdez

como esa —protesto.

Aunque me haga la ofendida, me gusta este juego que ha iniciado y que está despertando una parte primitiva de mí que desconocía.

—Y sin embargo, la has dicho —replica, imitándome con voz burlona.

—Porque me habéis obligado.

—¿Tan segura estás de ello? Yo creo que tus labios se han movido por inercia, soltando lo que llevan tanto tiempo anhelando confesar.

—¿Nunca os han dicho que sois un presuntuoso?

—Me han dicho muchas cosas.

—¿Entre ellas? —Alzo las cejas.

—Tus inocentes oídos sangrarían si escucharas la más suave de todas —se burla, al tiempo que me guiña un ojo y camina hasta sentarse en el borde del escritorio. Cruza los brazos sobre el pecho, con lo que sus ropajes se tensan en torno a sus músculos y me hacen dirigir la mirada de manera involuntaria hasta ellos—. Últimamente tengo la sensación de que pasas mucho tiempo mirándome.

—Estudio a mi enemigo.

Eso le hace estrechar los ojos y mirarme de un modo distinto, con un gesto entre divertido y asombrado.

—Algún día te darás cuenta de que no lo soy.

—Por desgracia, actuáis como si lo fuérais.

—No sabes lo que dices, *Parnavis*.

Chisto, molesta.

—¿Me vais a decir qué significa de una vez o tendré que seguir haciendo elucubraciones?

—¿Qué crees tú que significa? —Le divierte mi ignorancia, o saber que me saca de mis casillas con una simple palabra como esa.

—Nada bueno viniendo de vos.

—¿Quieres que te lo muestre?

—¿El qué? —desconfío, arrugando el ceño.

Saca la varita del interior de su bolsillo y la agita en el aire, formando lo que parece un pequeño torbellino. Murmura una única

palabra:

—*Parnavis*.

Al instante, de la punta de su varita emerge un hermoso pajarillo hecho de luz que revolotea por la estancia, iluminando todo a su paso.

—Es precioso —susurro ilusionada.

A los Sangre Sucia apenas se nos concede la posibilidad de ver magia si no es para castigarnos, corregirnos o humillarnos con ella.

—En realidad, es inútil. No sirve para nada. Solo es eso, hermoso. Llama la atención por donde pasa, te embauca con su belleza, pero es incapaz de atacar o defenderse. No tiene ninguna utilidad. —Hace un movimiento brusco en el aire con su varita y el pájaro se extingue convirtiéndose en volutas de luz, cayendo en una especie de cascada de purpurina.

—Quizá no sienta la necesidad de hacerlo —espeto.

—¿Te has sentido indignada por mi comentario? —se regodea—. ¿Todo cuanto diga crees que va con segundas hacia ti?

—¿No iba acaso? Tengo la sensación de que estáis obsesionado con relacionarlo todo conmigo, mirad vos por dónde.

—No me hagas reír.

—Yo sí puedo atacar —prosigo—. También sé defenderme.

—Sí, lo haces de maravilla… —ironiza.

—Enseñadme entonces, seguro que podéis hacerme una experta.

—No hablas en serio.

—Sí lo hago.

—¿Has perdido el juicio? ¿Qué quieres, que me tilden de traidor?

—¿Lo haríais? —me sorprendo.

Silencio.

—Pues claro que no.

¿En serio no estaría por la labor de entrenarme? No lo he visto tan convencido.

—No sabía que la magia pudiera crear algo tan hermoso —confieso de manera distraída.

Al ver que no contesta, giro el cuello hacia donde está él, quien no ha quitado los ojos de mí. Sacude la cabeza y deja con lentitud su varita sobre el escritorio.

—La magia en sí es hermosa. Puede obrar proezas, al igual que puede ser destructiva —responde—. Todo depende de para qué se use y quién sostenga el mango de la varita.

Había esperado una mala contestación por su parte, no unas palabras tan sabias.

—¿Quién sois vos y qué habéis hecho con el Lord de esta Mansión?

Mi comentario le debe resultar divertido, puesto que esboza una sonrisa ladeada para mí.

—¿Bromeando con el enemigo?

—Podría llegar a acostumbrarme a fingir que no lo somos —le sigo el juego.

—Pero estarías cometiendo un error —cuando habla, baja tanto el tono que me pregunto si no está hablando dentro de mi cabeza. Algo ha variado en su voz. Ahora es profunda, susurrante y fría, y por algo que no logro comprender, me provoca un escalofrío—. Quiero que te desnudes para mí.

Un jadeo ahogado escapa de mi boca. Esperaba cualquier cosa de él menos esa.

—¿Qué?

—Ya me has oído. Además, en la orden va implícito el que lo disfrutes. —Entonces dice las palabras mágicas, las reformula como la orden que es en lugar de dejarlo caer como un mero capricho—: *Desnúdate para mí*.

En el mismo momento en que las ha dejado salir, he sabido que estaba perdida. No hay nada que pueda hacer. Oh, sí, lo olvidaba, qué tonta… Tengo la opción de obedecer.

Mis manos se mueven por sí solas hasta los bajos de mi vestido y lo deslizan hacia arriba hasta sacarlo por completo y acabar tirándolo al suelo. La mirada del Lord sigue todos y cada uno de mis movimientos sin perder detalle, lo que hace que mi corazón lata más rápido. De ser yo la que actuara por voluntad propia, seguro que habría trabado el cuello del vestido en mi cabeza.

—¿No tienes por costumbre usar ropa interior? —se relame.

—Os recuerdo que he estado enferma, drogada con una bebida de dudoso origen que me habéis hecho beber, trabajando y en una

horrible fiesta que prefiero ni mencionar. A nosotros nadie nos limpia nuestra ropa interior, así que no —mascullo destilando desdén por los cuatro costados, en una actitud agresiva que trata de eclipsar la vergüenza que siento por estar plantada ante él completamente desnuda mientras me observa lamiéndose los labios—, no llevo ropa interior y no porque me apetezca. Si no tuviéramos dos simples mudas para toda la semana no tendría que…

—¿Nunca te han dicho que hablas demasiado?

—Suelo ser silenciosa.

—¿De verdad? —Ladea la cabeza con diversión y enrojezco tan rápido como soy consciente de lo que implican sus palabras.

—No me refería a…

—Sé a lo que te referías —me interrumpe.

—Y vos, ¿tenéis por costumbre molestar a jóvenes inocentes?

—Me gusta jugar con lo que me voy a comer.

Su afirmación me hace atragantarme con mi propia saliva. Toso para intentar que se note lo menos posible e intento a toda costa evitar esos ojos incandescentes que se avivan mientras me observan.

Entonces, hace un gesto con los dedos, llamándome.

—Ven.

Cuando estoy a su alcance, se sienta ocupando por completo el escritorio y abre las piernas dejando que me acomode entre ellas. Sus fuertes muslos me aprietan los costados y su rostro está tan cerca que siento que voy a desfallecer de un momento a otro. Quita la goma que sujeta mi cabello y comienza a deshacer la trenza, dejando que el pelo campe a sus anchas. Toma uno de los mechones y se lo lleva a la nariz, aspirándolo con deleite. Después, se muerde el labio inferior. Juraría que sus pupilas se han maximizado, se ven igual que las de los Sangre Pura después de inhalar esas sustancias blancas que los enloquecen y los hacen realizar actos innombrables.

—Te ves mejor así.

—¿Me piropeáis? No sé si sentirme halagada o vomitaros el suelo del dormitorio, Milord.

Enrosca mi cabello en torno a su puño, que en algún momento ha cerrado, y tira para aproximarme a él.

—Insisto, ¿nunca sabes cuándo es mejor que te quedes callada?

—Llevo guardando silencio años, tenéis que comprender que a veces sienta la necesidad de sacar a relucir mi vena rebelde, especialmente cuando estoy con vos.

—Me sorprende lo ingeniosas que pueden llegar a ser tus respuestas, ¿te las preparas por las noches para soltarlas a bocajarro cuando me ves?

—Se me ocurren al momento, cuando veo la cara de cretino que tenéis.

—Estás más irascible de lo habitual —Lleva su mano hasta mi pecho, pasando la palma por mi pezón y haciendo que un ramalazo de placer esté a punto de hacerme gemir—, ¿será a causa de lo excitada que estás? Yo podría poner remedio a eso.

Carraspeo cuando soy consciente de que he perdido el dominio de mi voz. Este hombre me arrebata la poca cordura que me queda, si es que aún la tengo.

—Tal vez vuestras frases de ligoteo barato os surtan efecto con Lady Perkinson o cualquiera de esas féminas que tanto os apasiona coleccionar bajo vuestras sábanas, Milord, pero lo cierto es que solo quiero regresar a mis tareas.

—¿Y para qué habías venido? Vamos, Sangre Sucia, no puedes quitarte de la mente lo que sucedió anoche con mi Tercera, acabas de mencionarla otra vez. ¿Tan celosa estás que no eres capaz de aceptarlo? ¿No querrás que te pida perdón?

—He venido porque he escuchado rumores, y lo cierto es que pretendía mataros —escupo sin molestarme en mentir. Poco a poco, mi mente va saliendo de la bruma que la ha atrapado y voy recordando el verdadero motivo.

—¿Qué clase de rumores?

Su mano sigue acariciando mi pecho, aunque de pronto se detiene. Frunce el ceño.

—¿Habéis arrojado a Gabrielle al Foso de los Moradores? —pregunto de manera directa.

—Sí. —Su frialdad al contestar me paraliza. ¿En serio lo dice como si tal cosa?

—Sois un monstruo.

—No seré yo quien te saque de tu error. Tal vez deberías callarte antes de decir algo de lo que puedas arrepentirte…

—Y ya no es solo que me asquee el que os creáis con derecho a hacer y deshacer a vuestro antojo sin tener en cuenta lo que podamos pensar o sentir los demás, es que me repugna que me hagáis esto. —Señalo mi cuerpo desnudo.

—Es lo que hay. Soy el Lord —dice con aburrimiento mientras vira los ojos—. Hago lo que me da la gana, ¿recuerdas?

—Os odio.

# Capítulo 29

## *El diario de Lady Loughty*

Crecí escuchando historias acerca de los Moradores. Lo cierto es que tienen muchos nombres, tales como *Newari*, Caminantes, Merodeadores o Podridos, pero en lo único en que concuerdan todas las versiones es en que son personas que murieron y que de algún modo *volvieron a la vida*. Solo he estado una vez delante de un Morador y el impacto al verlo fue tan fuerte que me oriné encima. Tampoco me culpo, era una niña pequeña que había pasado su infancia rodeada de campos verdes y flores y en dicho mundo los monstruos no tenían cabida. Fue llegar al mundo de los Sangre Pura y todo comenzó a tornarse más y más oscuro…

Si Gabrielle ha sido arrojada al Foso, qué decir que no volverá a salir de él con vida. Es imposible. El Foso es un enorme agujero de cientos de metros de profundidad cavado en la tierra. Si no te rompes la crisma con la caída cuando te arrojan, los Moradores se encargan de rematarte. Porque no sé si lo he dicho, pero comen carne. No solo humana, sino la que se les ponga por delante.

La cuestión que me inquieta es ¿la han lanzado ahí, tal como se rumorea? Tengo el presentimiento de que no es así, aunque no sabría decir por qué. Y el Lord no es que sea de gran ayuda… Encima lo he cabreado. La gelidez con que me ha cerrado la puerta en la cara cuando me ha invitado *amablemente* a salir ha sido bastante reveladora al respecto. Estos Lords se molestan por cualquier cosa.

Ahora estoy en la biblioteca. Ya he acabado de arreglar el jardín privado del Lord y he venido a ocuparme de esto. Tengo mil y una preguntas bullendo en mi interior, para lo que me gustaría no ser una negada en la lectura y saber leer rápido. Si así fuera, podría sacar cualquiera de estos libros y buscar la información que quiero,

pero incluso leer cada uno de los títulos me llevaría minutos, unos minutos valiosísimos en los que no sé si arriesgarme a perder el tiempo.

Sacudo el plumero con brío y echo una ojeada sobre mi hombro, hacia el vacío pasillo que hay a mi espalda. No se escucha a nadie. Podría…

Antes de acabar de formular la frase en mi mente ya he estirado los dedos y empezado a apartar los libros que hay en la parte de fuera. En realidad, no tengo que leer ningún título. Sé lo que busco. Sé dónde puedo encontrar respuestas: en los cuadernos de la madre del Lord. Ahora que sé que son de ella, los textos cobran un nuevo sentido y pienso extraer de ellos cuanta información me sea posible.

Cuando al fin saco uno de los diarios, el único del que he leído algo en realidad, un sobre cae al suelo de entre las páginas. Me agacho a recogerlo y leo la carta manuscrita:

*Sangro y tú sigues hurgando en la herida.*

*Porque eres alguien que disfruta viendo cómo mueren ante sus ojos, sin hacer nada, deleitándose en el perfecto error que sus acciones han creado.*

*Eres tú quien con tus palabras oprime mi cuello, el que hace que el oxígeno no llegue.*

*Me asfixias.*

*¿Por qué tratas de matarme?*

*¿O por qué por el contrario no lo haces ya?*

*Acaba con esto.*

*Déjame libre.*

*Déjame elevar las alas y volar*…

Ahora lo recuerdo. La supuesta canción. ¿Por qué la memoricé como tal? No era una canción, sino una carta. ¿Tal vez de despedida? Observo con atención el sobre. No aparece nada, ni quién es el propietario ni a quién va dirigida, tampoco hay firma abajo ni saludo. ¿Sería una carta que no quería enviar, tal vez solo usar como desahogo? Por lo que me contó Nahira, los Sangre Pura a veces hacen eso, escriben para anotar sus pensamientos y así

sentirse más livianos. Me pregunto si será como cuando yo canto a escondidas por temor a que me descubran. Lo cierto es que cuando lo hago siempre siento paz, mi mente se descarga de derroteros y suple los malos pensamientos por unos armónicos.

¿Y a quién se referiría? ¿A Lord Blackwood padre? ¿Es así como la trataba? No me extraña nada sabiendo lo poco que sé de él, y qué decir del hijo…

Unos pasos acercándose me alertan y guardo con celeridad el cuaderno en el bolsillo de mi delantal, reorganizando el resto y cogiendo el plumero para pasarlo por las estanterías.

Los pasos se detienen a la altura de la puerta, apenas un par de segundos, y después reanudan su marcha hasta perderse. Mi corazón bombea fuerte. Si me pillan, con suerte tal vez solo me corten una mano. Lo más seguro es que fuera uno de los guardias, cerciorándose de que cumplía mi tarea, ya que enseguida lo escucho alejarse. Respiro aliviada cuando me percato de que ya no se oye nada y acabo de limpiar con rapidez para poder volver a mi dormitorio.

Los dedos me queman cuando saco el diario. No en el sentido literal porque esté hechizado ni nada de eso, sino que me arden ante la tensión por saber qué encontraré, qué otros datos que antaño pasé por alto redescubriré ahora.

Lo empiezo desde el inicio, observando que la fecha está datada de años atrás, unos veinte.

*Estoy enferma.*

*Tal vez mi enfermedad haya sido el motivo por el que me haya decidido a comenzar a escribir estas palabras. No sé si me queda mucho tiempo o si viviré para llegar a saber lo que es un mundo alejado de tanto dolor y destrucción.*

*El mundo se ha tornado oscuro. La violencia ocupa la razón de las mentes, el pánico se palpa en cada miserable criatura no nacida con la dichosa "Sangre Pura" que tanto ensalzan los seguidores del Rey de los Brujos, y mientras tanto… Mientras tanto las gentes mueren. De hambre, de frío. O a sus manos.*

*¿Y yo qué? Yo soy una Sangre Pura más. Y aquí estoy. Postrada en esta maldita cama, como hace tantos años…*

*No lo entiendo. No sé qué ha podido pasarme. Todo iba bien, todo apuntaba a que tendría una mejoría. Los horribles procesos a los que he tenido que enfrentarme, esos rituales de drenaje y purificación tan dolorosos que aún sufro en pesadillas cuando cierro los ojos… no han servido.*

*Y ahora yo me pregunto: ¿ahora qué? ¿Qué me queda? Un cuerpo maltrecho, una esperanza casi perdida por vivir un año más, un mes más, una semana más…*

*Pero mientras, el caos alrededor sigue. Lo que es peor, crece. ¿Hasta qué punto puede llegar la locura para hacer que miles de adeptos la sigan sin cuestionarse dónde está el límite entre el bien y el mal?*

*Mis…*

Alzo la mirada y veo que ha anochecido. Debo llevar horas leyendo, es lo que tiene no saber casi hacerlo y tener que ir sumando letras a las letras y sílabas a las sílabas, que se hace eterno.

Cierro el diario y lo escondo en mi armario. Seguiré cuando haya terminado mis labores.

***

He podido leer un poco más, sin nada digno de mención.

Por lo que he averiguado, Lady Blackwood (O Lady Laughty como ella insistía en llamarse, conservando su apellido de soltera), tenía una rara enfermedad en la sangre, una que solo afecta a los que poseen el Don de la magia. Incurable. Tratable solo con métodos dolorosos y que aun así no aseguraban una mejoría notable.

He avanzado algunas páginas, leyendo solo por encima, puesto que no sé de cuánto tiempo dispongo sin que me descubran y cada segundo que pasa el diario en mi habitación es peligroso. Así pues, reanudo la lectura en una página datada de varios años después, donde el curso de sus notas ha cambiado.

*Él sigue insistiendo. No sé qué quiere de mí, no sé qué más puede querer, si se lo he dado todo… ¿Cuándo me dejará? ¿Por qué esa obsesión insana conmigo? ¿Qué quiere?*

*No puedo más… Tengo que acabar esta locura.*

*Mi pequeño me necesita y yo ya no sé qué excusas inventar para que mi marido no descubra adónde voy cuando me marcho de la Mansión. ¿Qué pasará si descubre la verdad? No puede enfrentarse a él, no ganaría. Mi esposo está muerto si lo descubre. ¿Qué podría hacer él contra Marrox? Nada, esa es la respuesta.*

«Marrox», releo. ¿Quién es Marrox?

¿La madre del Lord tuvo un lío con otro Sangre Pura, uno muy poderoso? Los secretos de la familia Blackwood se vuelven más interesantes por momentos.

Mi intención es seguir leyendo, pero un familiar revuelo me hace desviar los ojos hacia la ventana anteponiéndome a lo que va a pasar a continuación.

Van a ejecutar a otro de los nuestros. Un traidor, dirán.

# Capítulo 30

## *Traidores*

No hay solo uno. Cuento, desde aquí, al menos cuatro.

El patio está a rebosar, como lo está siempre que nos hacen acudir para que seamos testigos de su dominio, del control que tienen sobre nosotros.

Ahí están varios de los nuestros después de todo. Atados, malheridos, siendo humillados.

¿Quién osaría interceder, sabiendo que lo único que conseguirá es ponerse la soga sobre su propio cuello? Nadie lo hará, es una lección que quedó aprendida de la última puesta en escena que llevaron a cabo, cuando Lord Grey dejó una huella tangible en mi piel, justo sobre el pómulo. Y nadie se interpuso. Ni por Gabrielle ni por mí.

Me llevo una mano hacia la cicatriz, ya casi imperceptible, y la acaricio mientras sigo avanzando hasta ocupar mi lugar. Tenemos prohibido no aparecer; *tenemos que ver lo que pueden hacernos* de no cumplir con lo que se espera de nosotros.

«Sí que lo hizo alguien», me recuerda una vocecilla. «El Lord trató de detenerte, aunque tú desoíste su advertencia».

—Este despojo humano ha sido atrapado comiendo a hurtadillas en el almacén. —Lady Perkinson señala con su varita a uno de los hombres.

No sé su nombre, aunque alguna vez que he tratado con él me ha parecido bastante amable, teniendo en cuenta lo poco que nos relacionamos los de mi condición. Está tan delgado que la piel se le pega al hueso y sus ojos parecen más grandes de lo habitual.

—Y estos —señala a otros dos que hay con él— lo sabían y no avisaron. Y luego está ese —dirige su varita hacia el último y pone una sonrisa aviesa que los hace encoger—, quien sí avisó. Pero ya

era tarde. Debió haberlo hecho antes. ¿Verdad que te arrepientes de tu imprudencia, Sangre Sucia? —Inclina la cabeza en su dirección mientras enarca las cejas.

—Sí, mi señora. Lo lamento. No volverá a suceder, lo prometo —solloza. Se me rompe el corazón cuando soy consciente de que no es más que un crío. Tal vez haya cumplido los once con suerte.

—Claro que no volverá a suceder, querido. No dejaré que haya ocasión —le asegura, moviendo la cabeza con aire juguetón. Entonces, mueve su varita y susurra unas palabras mágicas, a lo que el chico se lleva las manos al cuello como si alguien estuviera apretándole justo ahí—. ¿Ves? Es lo que les pasa a los traidores. Y no dudo que en un par de años más habrías sido un joven con el que habría valido la pena pasar una noche, pero… —suspira con dramatismo—. No puedo dejar pasar algo así. El resto se sublevaría. ¿Lo entiendes, verdad? —pregunta, caminando hasta él y acercando su rostro—. No te preocupes por la falta de oxígeno, en unos minutos estarás revolcándote por el suelo y perderás la conciencia. No dolerá. Al menos —añade ensanchando su sonrisa—, no mucho.

El rostro del muchacho va variando de tonalidad. En cuestión de segundos pasa de un color pálido a uno violáceo y todo bajo la sonrisa de suficiencia de la Sangre Pura.

—¿Por quién debería seguir? ¿El cerdo que se ha comido las últimas raciones de pan de la semana —El hombre se encoge en su sitio. Tiene la cabeza gacha, seguramente quiera evitar mirar hacia el chico que está retorciéndose mientras se ahoga—, la furcia que ha guardado silencio para protegerlo —La mujer que hay a unos pasos de él aumenta sus sollozos, retorciéndose las manos de nerviosismo — o… —Gira de manera teatral hacia el último de ellos y clava sus ojos en él. No sabría decir la mirada que le profesa, pero debe ser terrorífica, aunque no veo titubear al sirviente— tú?

—No me dais miedo.

Lady Perkinson palidece, sin duda tan impactada como el resto del público ante sus palabras. Después suelta una risa siniestra que haría temblar al más intrépido.

—No sabes lo que dices —le asegura—. ¿Te crees muy valiente por enfrentarte a mí?

—¿Os creéis valiente vos, que poseéis un arma y nos tenéis a nosotros con las manos vacías?

Un murmullo de sorpresa recorre el lugar en el que estamos los asistentes convocados, obligados a mirar. ¿Qué está pasando? ¿Desde cuándo hay alguien que se resiste a lo inevitable? ¿Cuándo…?

La Sangre Pura mueve su varita, pero no lo hace en dirección al que la ha afrentado como todos esperábamos, sino hacia la mujer sollozante. Por un momento deja de llorar y lanza un gemido atroz, dejándonos desconcertados. Sus ojos se abren de manera desorbitada, y la boca pronuncia una "o" muda tan grande que parece imposible que la mandíbula no se le haya descolgado.

Entonces lo vemos.

O más bien, lo escuchamos.

Un sonido horripilante de huesos quebrándose. Uno. Y otro. Y luego otro. Primero no sabemos de dónde sale, pero entonces vemos cómo su torso se va estrechando y no queda duda de que lo que se le están partiendo son las costillas, de una manera lenta y dolorosa. Al parecer, el dolor es tan intenso que la mujer ha perdido hasta la capacidad de sufrir en alto. Una, dos… Cuento seis. A la séptima, la mujer cae agonizante al suelo, retorciéndose a escasos metros de donde está el joven.

El hombre que ha sido acusado de robar el pan se arroja al suelo y toma las manos de la mujer, lo que le pone en un aprieto mayor porque indica que guardan algún tipo de relación. Y las relaciones, en este mundo, están tajantemente prohibidas.

—Oh, pero míralos qué tiernos… ¿No la amarías, por casualidad? Todo este batiburrillo me huele a chamusquina, a… —Hace una pausa para buscar la palabra correcta— complot. ¿No estaríais por casualidad tramando vuestra huida? Porque es justo lo que parece. No os habéis comido los alimentos; los habéis escondido para llevároslos.

Por un momento, dejo de respirar. No sé ellos, pero yo sí tengo una pequeña mochilita en mi dormitorio, un trapo envuelto con algo de comida dentro con el que pensaba huir tras la fiesta. Si lo encuentran, me harán lo mismo.

—Y hay más —prosigue—. También ha desaparecido un conjunto de ropa… de mujer.

Mi corazón se acelera. Lo han descubierto. ¿Cómo es posible? ¿Y cómo es que no me han atrapado a mí en lugar de a ellos?

Todo lo que les está pasando es culpa mía.

—Dejadla. Dejadla, os lo ruego —clama el hombre, arrodillado frente a la mujer que hace escasos segundos que ha dejado de moverse, seguramente porque ya esté muerta.

—¿Llegas un poco tarde, no crees? —Hace un puchero y después camina hasta donde está, clavando la punta de su varita en la barriga de la mujer mientras esboza un gesto de repugnancia—. Está tiesa. Casi voy a llorar. —Se limpia una lágrima ficticia y se contonea hasta donde está el que ha replicado.

El hombre que queda a su espalda, el que estaba junto a la mujer, se levanta lleno de furia y corre hacia ella, dispuesto a agredirla.

La exclamación de asombro muere en mis labios cuando veo cómo Lady Perkinson se gira, a una velocidad asombrosa, y lo intercepta paralizándolo con un conjuro. Lo alza, a lo que el hombre sacude de manera ridícula los pies en el aire mientras abre los ojos con pavor.

El otro hombre no pierde la oportunidad y también trata de atacarla. Pero la Sangre Pura, rápida como el rayo, dirige su mano hacia él y, aun en la distancia, logra inmovilizarlo. Curva los dedos de tal manera que parecen garras. Este se lleva las manos al cuello igual que hizo el primero, como si se asfixiara. Pero entonces, empiezan a salirle unos chorros de sangre negruzca por los orificios de la nariz y al poco se le desborda por las cuencas de los ojos.

—Está reventándolo por dentro —susurra alguien cerca de mí, en un tono que evidencia el horror que lo embarga.

—Estoy destrozando tus miserables órganos, estúpido Sangre Sucia. ¿Creías que podrías de verdad tener la oportunidad de enfrentarte a mí? ¿A cualquiera de nosotros…? —Se detiene solo para soltar una carcajada macabra, en la que sus hombros se sacuden y se permite el lujo de echar la cabeza hacia atrás para disfrutar la sensación de victoria. Lo hace flotar hasta ella, hasta que

queda tan cerca que la sangre de su víctima le chorrea la cara y ella se estremece de placer—. Ilusos. No sois más que objetos en nuestras manos. ¿Cuándo os daréis cuenta de que no sois nada? Habéis nacido para servirnos, para besar el suelo que pisamos. Cuanto antes lo aceptéis, antes viviréis en paz.

Cierra los ojos, completamente extasiada por la sensación de notar la textura pegajosa de la sangre salpicándole la cara.

—Ah… —se relame—. Morirás pronto, qué lástima.

Detiene el hechizo que lo mantenía a flote y el hombre cae al suelo. La sangre sigue brotando sin compasión, ahora también lo hace por su boca y oídos.

He de apartar la mirada, puesto que no sé cuánto tiempo más aguantaré sin desmayarme. A pesar de haber presenciado decenas de castigos, no termino de acostumbrarme. O tal vez se deba a que hoy la Tercera del Lord está siendo especialmente sádica. O a que me siento culpable de sus destinos.

—Y tú —Se vuelve hacia el último hombre—, no creas que me he olvidado de ti. ¿Nunca te enseñaron que está mal comer a escondidas? Me has robado. —Con la mano libre, dibuja una línea en el aire, a lo que un corte profundo aparece en su estómago, quien chilla como lo hacen los cochinillos cuando están siendo arrastrados al cuarto de despiece—. Así se te quitarán las ganas de comer —dice con tono sádico.

El corte finaliza al otro lado de su torso, lo recorre de lado a lado. Los intestinos asoman y se le desbordan, colgándole de la herida. Varios de los que hay a mi alrededor vomitan, otros tantos se desmayan. Si no lo he hecho ya ha sido por mera convicción de que lo que estoy presenciando no es real.

«No es real, no es real, no es real, no es real…».

Lady Perkinson se mantiene impasible. No se mueve de donde está hasta que el hombre acaba quedándose paralizado en el suelo, con la mirada perdida y un charco extendiéndose a su alrededor. Asiste al espectáculo como si se hubiera representado la mayor obra de teatro conocida hasta la fecha, con los ojos brillantes de emoción. La palestra está llena de sangre, mires donde mires. Y la Sangre Pura se alza en medio de ella con un halo de grandeza entre tanta

muerte y destrucción. Es terrible. Muy poderosa. Su maldad no conoce lugar. Y lo peor de todo es que no se le ha movido un solo cabello del sitio mientras asesinaba a cuatro de los nuestros.

Solo entonces, cuando se da por satisfecha, se vuelve hacia el público. Juraría que sus ojos inciden en los míos cuando dice:

—Que esto sea una advertencia para todos los que osáis pensar siquiera que podéis enfrentaros a nosotros. Este es el destino que os espera si tratáis de escapar, de sublevaros o de intentar tramar algo a nuestras espaldas… Los que seáis un poco avispados sabréis que no han sido acusados por robar solo pan, sino por traición. Así que pensad bien con quién habláis y en quién confiáis.

Lo ha vuelto a hacer, a sembrar la duda. Los del público se miran los unos a los otros. ¿Eran rebeldes y confiaron en alguno de los que estamos aquí ahora asistiendo al macabro espectáculo? ¿Los delataron y por eso han acabado así? ¿O se tratará solo de una treta de la Sangre Pura para que la desconfianza vuele como la pólvora entre los sirvientes? ¿Habrá sido todo por mi culpa realmente, por lo que *yo* robé?

Ellos usan eso. El miedo. Hacia los nuestros. Hacia uno mismo y sus pensamientos.

—Ya podéis volver a vuestras inútiles tareas.

# Capítulo 31

## *Ira*

Estoy en mi dormitorio. Ya es entrada la noche. Los estragos de lo vivido horas atrás, ante el cruento espectáculo y el despliegue de maldad de Lady Perkinson, siguen muy recientes. Se repiten en mi cabeza y soy incapaz de apartarlos. Veo a esas pobres personas asfixiándose, siendo estallados desde dentro, saliéndoseles las tripas… No sé hasta cuándo se mantendrá esta situación, en la que la única salida que tenemos es morir. ¿Hasta dónde llega la moral de esos que se hacen llamar Sangre Pura? ¿Dónde están sus límites? ¿Por qué nadie los frena? La ira dominándome se manifiesta convirtiéndose en un extraño temblor que hace que tenga que sostenerme al colchón de la cama. De algún modo, siento que estoy a punto de desvanecerme de tan furiosa como estoy.

He intentado seguir con mis tareas. He bajado a las cocinas para ayudar a una silenciosa Marga, he asentido a los comentarios de Nahira, que no se me hacían tan divertidos como de costumbre… Pero entonces ha llegado ella.

Cierro los ojos con fuerza.

Es todo tan injusto. Tan injusto…

Me aprieto el pecho con fuerza, intentando mitigar el dolor profundo y lacerante que se ha apoderado de él.

No puedo evitar recordar su rostro, lo que le han hecho. Y todo ha sido culpa mía.

El recuerdo vuela a mi cabeza.

«Debías estar en el patio hace una hora. Yo misma mandé que te avisase esa estúpida Sangre Sucia, la que te tenía que bañar».

Nahira me lo ha contado cuando la chica se ha marchado, cabizbaja, a llevar una de las bandejas que le habían ordenado repartir.

—Al parecer le dijo que ya que no usaba la lengua cuando se le pedía, que para qué la necesitaba. Se la dio de comer a los cerdos de la cuadra.

—¿Fue…? —No hizo falta terminar mi pregunta, Nahira me entendió.

—Sí, ha sido Lady Perkinson.

La Sangre Pura no solo había tenido tiempo para castigar y asesinar a cuatro supuestos rebeldes. También lo había tenido para arrancarle la lengua a Evadne por no haberme avisado de que estuviera en el patio cuando ella ordenó. Ahora se ha convertido en otra *Mutus*, una de esas personas sin voz que va de aquí para allá como alma en pena.

El estruendo de la puerta al abrirse me saca del trance en el que he caído, arrastrada por la culpa y los recuerdos.

No lo puedo creer. Es él. En mi dormitorio.

Está tan pálido que parece que haya visto un fantasma y lleva un par de vasos, aunque no sé qué pretende.

—¿Qué haces? —gruñe. Mira hacia atrás, hacia el pasillo, cerciorándose de no sé qué, y después cierra de manera apresurada y se acerca a mí con celeridad, entregándome el recipiente que porta—. Bebe, rápido.

—Dejadme en paz. No estoy de humor para vuestras absurdeces —trato de resistirme, sosteniéndome la cabeza con fuerza para evitar que así explote.

—He dicho que bebas.

—Vos no mandáis sobre mí.

—Oh, se te olvida que sí lo hago.

—Intentadlo.

—Estás llamando mucho la atención. Te descubrirán —asevera—. Para. —Coloca una mano sobre la mía, haciendo que esta deje de temblar.

Entonces soy consciente de algo más. No temblaba yo. Ni mi mano. Estaba temblando el suelo. Las paredes. La Mansión entera en realidad. Los vidrios dejan de sonar, aunque solo soy consciente del ruido ahora que han parado.

—Han estado a punto de estallar —murmura el Lord, mirando en la misma dirección que lo hago yo—. Bebe. No podré ayudarte si no lo haces.

—¿Me vais a decir…?

—Bebe —insiste, poniéndome el borde justo sobre el labio inferior.

Hago lo que me pide. ¿Qué otra opción me queda? ¿Acabo de hacer que toda la Mansión temblara? ¿He sido yo?

Cuando acabo la bebida, veo que él también ha apurado la suya. Sigue estando tan mala como la recordaba.

—¿Qué ha sido eso?

—Un terremoto —le resta importancia el Lord, quitándome el vaso y dejando ambos sobre la mesita—. Ahora, ven aquí.

Agarra mi rostro con ambas manos y estampa su boca contra la mía, dejándome sin aliento.

—¿Pero cómo os atrevéis…? —me indigno.

Quiero golpearlo, pero es inútil. Mis brazos caen sin fuerzas a ambos lados de mi cuerpo, laxos.

Sus besos son anestesiantes.

Todos los problemas que pululaban por mi mente se evaporan en lo mismo que dura un suspiro.

Su lengua está caliente, así como sus labios. Pero no sus manos, que siempre parecen estar frías. Ni su aliento. Sin embargo, todo lo que siento helado de él a mí me hace arder hasta querer consumirme.

Apenas han pasado un par de minutos cuando me siento abotargada y el ritmo de nuestros besos decrece hasta extinguirse.

El Lord me recuesta sobre la almohada. Mis ojos apenas tienen fuerzas para mantenerse abiertos. ¿En qué momento una se queda dormida cuando está morreándose con uno de los hombres más apuestos del mundo?

—Duerme, ya la has liado bastante.

# Capítulo 32

## *Túneles*

Cuando despierto, noto la presencia de alguien más en mi dormitorio. Por un momento me aterra la idea de pensar que sea el Lord, que se ha quedado mientras dormía, pero entonces una vocecilla conocida me habla:

—Ya era hora de que despertaras.

Tardo un poco en acostumbrarme a la penumbra del cuarto, pero no me hace falta verla para saber quién es.

—Nahira.

—La misma —asiente, dejando lo que está haciendo y acercándose a mí—. Debiste darte un buen golpe.

—¿Cómo dices?

Señala mi pierna, que está cubierta por vendajes.

—La caída. ¿No lo recuerdas? Ay, mi madre, a ver si te diste tan fuerte en la cabeza que has perdido la memoria.

Me llevo la mano a la sien, frotándomela sin comprender nada.

—Yo no me he caído.

—No es eso lo que dice el Lord.

Enarco las cejas.

El Lord, ese es el último recuerdo que tengo. De él, apareciendo de la nada en mi puerta, haciéndome beber ese líquido repugnante y después volviendo a… A… Me acaricio los labios con parsimonia. De alguna forma, sigo sintiendo su sabor al recordarlo.

—Tengo especial curiosidad por saber qué es lo que dice el Lord —murmuro entre dientes.

—Durante la noche hubo un terremoto y caíste por las escaleras. Después me ordenó que te cuidara y que no me moviera de tu lado hasta que despertaras.

—¿Eso hizo? —la interrogo. ¿Por qué habrá contado una milonga semejante?—. ¿Y quién me encontró tirada, él?

Nahira contrae el rostro.

—No lo sé, no lo pregunté. ¿Acaso crees que es mentira?

«Sé que es mentira», estoy tentada de soltar.

—Claro que no. ¿Y esto? —pregunto sorprendida cuando, al sentir una presión en el cuello toco con los dedos y descubro que llevo un colgante. Además lo conozco, es el mismo que el Lord me entregó la velada del baile.

—Tu collar —responde, serena. Luego agria el gesto—. ¿Por? Oye, estás muy rarita desde que te has despertado. Más de lo normal me refiero.

Tal vez el Lord me lo colocara antes de marcharse, pero ¿por qué haría eso? ¿Qué tiene de especial el dichoso collar?

—Gracias por el cumplido —mascullo—. ¿Y ahora dónde vas? ¿No te habrás ofendido? —inquiero a la espalda de mi compañera.

—Voy a avisar al Lord.

—¿Para? Déjalo donde está, no quiero que venga.

—Me ordenó que lo avisara tan pronto te despertaras y llevamos un rato de cháchara.

—No me chivaré —le aseguro, sonriéndole con picardía.

—No pienso jugármela. Bastante sangre vi la pasada tarde con el espectáculo de Lady Perkinson.

—Fue horrible —concuerdo.

Nahira asiente en silencio, parada como está cerca de la salida.

—Ese hombre tiene cara de que te mira y te destruye —prosigue. Hace un pausa—. O te embaraza.

No puedo evitar soltar una carcajada.

—Qué bruta eres, Nahira.

—¿Es bueno? —Menea las cejas de manera insinuante—. Ya sabes, en la cama.

—¿No tenías unas órdenes que cumplir?

—Qué golosa, lo quieres todo para ti. Eso no se hace entre amigas —es lo último que dice antes de marcharse.

«Entre amigas». ¿Es eso lo que somos? Desconocía que las tuviera. Sí tengo cierta confianza con ella, aunque no puedo contarle

ningún secreto porque tiene la lengua muy suelta. También siento aprecio por Gabrielle (o sentía, sigo sin tenerlo claro). Y por Marga. Pero ¿amigas? ¿Se puede soñar con tener algo así en un lugar inhóspito como este?

El Lord interrumpe mis pensamientos. Aparece de su habitual manera repentina y apenas me lanza una mirada.

—Vístete —gruñe.

—Buenos días para vos también.

—Vuelvo en cinco minutos, no me hagas esperar —es su respuesta, seguida de un portazo.

«Derrocha simpatía allá por donde va», pienso irónica.

—¿Y ahora adónde narices querrá que vaya? —me sorprendo preguntándome a mí misma en alto.

Me siento un pato mareado caminando con la pierna vendada que, por cierto, no me duele lo más mínimo. ¿Por qué me da que no tengo nada en la pierna?

Cinco minutos después, tal y como ha dicho, regresa.

—¿Sigues así? —se ofusca, pasándose la mano por la cara en un gesto de impaciencia. Después se revuelve el cabello y lo echa hacia atrás.

—Solo me falta peinarme —me quejo desde mi posición, sentada frente a la cómoda donde tengo el espejo.

El Lord atraviesa la habitación en un par de largas zancadas y me arrebata el cepillo.

—Trae.

—Desconocía que os gustara tanto peinar mujeres. ¿No tendréis complejo de peluquero o estilista y acabasteis siendo Lord por obligación?

Me fulmina a través del reflejo, pero no replica. Sus cejas se juntan cuando arruga la frente.

Al acabar, se vuelve sin decir nada y se acerca a mi armario. Cuando lo veo abrirlo y sacar el cuaderno de su madre, se me encoge el estómago.

—Me lo quedo. Nos hará falta. —Lo sacude ante mis narices.

¿Nada de amenazas de muerte ni castigos?

—Sígueme. E intenta no hablar. Si puedes —añade en un susurro obstinado.

Me guía a través de los pasillos, llevándome por un recorrido que conozco a la perfección. Voy lenta, es lo que tiene llevar una pierna escayolada.

—¿Qué hacemos en la biblioteca?

El Lord me lanza una mirada entre fastidiada y misteriosa y sigue avanzando. Me deja pasar y cierra a mi espalda, acercándose a la misma estantería de la que extraje el diario de Lady Loughty. Aparta varios de los libros hacia un lado y coloca su palma sobre una de las baldosas de la pared. Presiona y, al hacerlo, esta se hunde. Tan pronto sucede, suena un sonido de engranaje y varias ruedas pesadas se activan, moviendo unas correas que no están a la vista. La pared que hay tras la estantería se mueve hacia un lado, dejando ver un agujero lo suficientemente grande para albergar un cuerpo humano.

El Lord se mantiene expectante, observándome. Tiene el ceño fruncido cuando me giro a observarlo, sorprendida.

—¿Eso ha estado aquí todo el tiempo? —musito aún sin creerme lo que estoy viendo.

—Con lo que te gusta husmear donde no debes, era cuestión de tiempo que lo encontraras por ti misma.

Pasa al interior, convencido de que voy a seguirlo. Una vez dentro, la pared de baldosas vuelve a su posición original, sellándose con un sonido hueco que hace eco en el silencio sepulcral que hay a este lado.

El Lord susurra algo y varias luces se extienden a lo largo del pasillo en el que estamos. Desde aquí no puedo apreciar mucho más, solo que está oscuro, hace frío y huele a humedad y abandono.

—Ten. —Tiene una capa en la mano y sonríe con suficiencia—. ¿O prefieres pasar frío antes que colocarte las ropas de un asesino?

Se la quito con hastío, sin quitarle los ojos de encima, retándolo.

—Soy cívica y me reafirmo en mis creencias, pero tampoco soy estúpida ni me toméis por tal. A esta temperatura moriría de frío en cuestión de minutos.

—Chica lista —murmura mientras echa a andar.

—¿Siempre sois tan desagradable? —replico a su espalda, haciendo lo imposible por colocarme la prenda con celeridad para no quedarme atrás.

—Caminas despacio. Me exasperas. Es culpa tuya que sea así de *desagradable*.

—¡¿Yo a vos?! —me indigno, alcanzándolo a la pata coja.

—Eso no te hará falta ahora —masculla, agitando la varita en mi dirección y haciendo que los vendajes desaparezcan. ¡Lo sabía!—. Deberías guardar silencio —Se lleva un dedo a los labios—, ¿no querrás disturbar el sueño de los muertos, verdad?

Detengo mis pasos, incapaz de avanzar uno más.

—¿No te habré asustado? —se jacta, volviéndose hacia donde estoy.

—No me gustan los muertos.

—¿Crees que a alguien sí? —masculla en tono aburrido—. Era una broma, venga, no tenemos todo el día.

—Estáis de un bromista últimamente… —murmuro entre dientes.

—Pero por si acaso, no roces las paredes.

Las palabras son las exactas para que acelere el paso y me pegue a su espalda, sin interés ninguno por saber qué se esconde tras esos muros negruzcos que se extienden hasta donde llega la vista.

Lo que me parecen un par de horas después, el Lord se detiene ante una callejón sin salida.

—Es aquí.

Coloca su mano y a su contacto esta reacciona igual que la anterior, hundiéndose y apartándose. Al quitarse la pared, lo que se muestra al otro lado es una escalera ascendente labrada en piedra y cubierta de moho. Nos lleva al exterior, a un hermoso prado en el que, al parecer, no hay nada. Frío, eso sí.

—¿Adónde me habéis traído?

—Bienvenida al lugar de tu muerte. —Se mantiene callado, aunque da un par de pasos en mi dirección y me apunta con la varita. Acto seguido, suelta una carcajada—. Tendrías que haberte visto la cara, te has puesto blanca.

—Qué ocurrente estáis hoy.

—No me tomaría tantas molestias para matar a alguien —me asegura—. En el Foso lo pasarías mejor.

—Ya, claro —mascullo mientras lo sigo, aún no tengo muy claro hacia dónde.

Se interna en la espesura, recorriendo un camino que parece conocer de memoria, aunque yo no sé si es que ha memorizado las cortezas de los árboles o qué, puesto que lo veo todo igual.

A lo lejos, metros después, comienzo a ver lo que parece la estructura de una cabaña. Hay una chimenea en lo alto, aunque está apagada, y los ventanales con las cortinas echadas impiden adivinar si hay alguien en el interior.

Las dudas cada vez son mayores. ¿Quién vive ahí?

El Lord se acerca a la puerta de entrada, tras subir un par de peldaños de madera, y toca con los nudillos para hacerse anunciar. Me lanza una mirada indescifrable por encima del hombro y devuelve su rostro al frente.

Cuando abren, una mujer escuálida de ojos cansados aparece en mi campo de visión. Tiene el ceño fruncido y la boca entreabierta en una expresión entre confusa y sorprendida.

—Donovan —dice al verlo primero a él—. ¿Qué…? —Entonces repara en mí y la frase muere en sus labios. Su expresión cambia. Sus ojos se maximizan, se lleva una mano a la boca y solo puedo escuchar que susurra—: ¿Es ella? ¿Es ella de verdad, Donovan?

# Capítulo 33

## *El pasado vuelve*

Estoy aquí, sentada en una silla de madera frente a una mesa ovalada cubierta por un mantel de encaje que algún día fue blanco y ahora se muestra amarillento. Me fijo en los dibujos que hay tejidos en él, los puntos y figuras geométricas. Es más fácil prestar atención a esto que asimilar todavía lo que acaban de decir.

—¿No…? —La voz de la mujer llega hasta mí—. ¿No dices nada, hija?

«Hija».

Es demasiado para asimilar.

Primero mis hermanos y ahora ellos.

¿Todo este tiempo he tenido familia y he crecido apartada, sin saber que existía la posibilidad de reencontranos?

El Lord no está. Se ha ido y me ha dejado aquí sola, frente a estos dos extraños que dicen ser mis padres. Ella es baja, le saco una cabeza con facilidad. Tiene los pómulos marcados y la piel se le pega al hueso, como si llevara comiendo poco mucho tiempo. A él, en contra, se le ve musculado. Tiene un rostro severo y redondeado, que cuando me mira se suaviza. Lleva una frondosa barba y se pellizca la barbilla mientras me observa, nervioso quizá ante mi mutismo.

—Creí que estábais muertos —digo al fin. Tampoco sé qué añadir. Eso resume lo que pienso.

—Lo sé, hija, y lo siento. Era lo mejor para ti —se apresura en responder mi supuesta madre, rodeando la mesa y acercándose para cogerme una de las manos abrigándola entre las suyas. Me mantengo estática, a pesar de que me incomoda su proximidad. No estoy acostumbrada a que me toquen y no me gusta—. Donovan nos dijo que…

—¿Qué tiene que ver él en todo esto? —la interrumpo.

«¿Y por qué lo llamas así, con esa familiaridad?», pienso, aunque no me atrevo a preguntar tanto. No dejan de ser dos extraños y sigo sin fiarme de ellos. ¿Y si todo esto es una trampa, una broma de mal gusto perpetrada por alguno de los Sangre Pura?

—Pues él… —empieza a decir ella.

—No —ataja el hombre, haciendo un gesto en el aire llamando su atención. La mujer lo mira, a lo que él achica los ojos—. Eso no importa ahora —aclara.

Me pongo en pie, soltando nuestras manos.

—Es suficiente. Deseo irme.

Como si hubiera estado esperando a que dijera algo así, el Lord aparece por la puerta. No se me escapa su mirada acusatoria.

—¿Quieres sentarte y escucharlos? —me regaña mientras entra —. No he visto a nadie más cabeza hueca que tú en la vida.

—¿Cómo me habéis llamado? —me indigno.

Coloca su mano en mi hombro y me empuja para obligarme a sentarme donde estaba.

—Calla y escucha. No me he arriesgado a traerte hasta aquí para que ahora te largues sin escuchar lo que tienen que decir —gruñe.

Lo fulmino con la mirada cuando aparta la silla contigua y se coloca a mi lado. ¿Ni con mis *padres* puedo decidir si quiero quedarme o irme?

Cuando miro a la mujer, esta sonríe de manera discreta por algo que no pillo, aunque sé que está relacionado con el Lord y conmigo. ¿Se estará imaginando lo que no es?

—Todo lo que hemos hecho ha sido para protegerte, hija. Bueno —rectifica—, a ti y a tus hermanos, claro. Mis pequeños —sonríe con dulzura—. Agnes, Christoph y Elowen.

—Ya no se llaman así. Ni yo. —Mi voz sale seca.

Estoy siendo más terca que de costumbre, y el motivo es que hay un sentimiento en mi interior que se rebela contra ella, contra esa falsa ilusión de que mis padres estén vivos. El mundo es un lugar oscuro y esa esperanza no tiene cabida.

—Para mí siempre seréis Agnes, Christoph y Elowen —se reafirma. Ni siquiera me habla mal, a pesar de que me lo merezco,

sino que lo dice con paciencia.

—¿Cómo pretendíais protegernos? ¿Olvidándoos de nosotros?

El Lord me aprieta el muslo bajo el mantel. ¡¿Cuándo ha movido su mano hasta ahí?! Quiere que me calle, lo pillo, pero no puedo evitar soltar ácido por la boca. ¿Han estado vivos todos estos años y nunca han encontrado el momento para hacérmelo saber?

Y lo peor es que él estaba al tanto.

«Me ha mentido».

—Te hemos salvado la vida, Elowen.

—Para la vida que me ha tocado vivir, hubiera preferido estar muerta —escupo.

A mi mente vuelan los castigos de Lady Perkinson, los insultos de los demás Sangre Pura, las humillaciones, las burlas. El miedo a que me hicieran retozar con ellos como les pasaba al resto de mis compañeras, el sueño de poder escapar de los muros de la Mansión Blackwood y huir sin mirar atrás.

He crecido sola, desconfiando de cuanto y cuantos me rodeaban. Mis únicos objetivos han sido el de atender a los purasangre y limpiar lo que se me ordenaba. ¿Qué vida es esa? Siempre he querido leer y me lo han prohibido. Y bailar, y cantar. Conocer qué se esconde al otro lado de los muros. Y lo más lejos que he estado jamás es en este momento.

Mi madre busca el rostro del Lord, con la incomprensión reflejada en su expresión.

—Nos prometiste cuidarla.

—Y eso he hecho —murmura él.

Cuando lo miro aparta los ojos, incapaz de devolverme la mirada.

—¿Lo decís en serio?

—No puedo hacer milagros —espeta con frialdad—. El mundo se rige por unas normas y si tú estás obcecada en quebrantarlas, yo no puedo hacer mi trabajo.

«Trabajo». Eso soy para él.

Hurga en su bolsillo y deja el diario de su madre sobre la mesa, así como el resto de cuadernos que ha debido de coger de la biblioteca y que también pertenecen a Lady Loughty.

—Muy gracioso, pero no sé leer —le recuerdo sarcástica.

—Ambos sabemos que sí sabes, lo que no entiendo todavía es cuándo has aprendido.

Me limito a sonreírle mientras lo miro con fijeza. Sé que le molesta que no le conteste, así que no pienso abrir la boca.

—Chica mala —me riñe, hablando con un tono ronco y profundo que hace que se me encoja el estómago. ¿Y esa forma de hablarme tan *sexy* de dónde ha salido?

La señora carraspea, recordándonos que no estamos solos. Por la manera en que se miran ella y el hombre, detecto que hemos generado cierta incomodidad.

—Los vi —digo antes de que el Lord empiece a decir lo que sea que quiere decir sobre los cuadernos.

—¿A quién? —inquiere la mujer, notando la intensidad de mi mirada.

—Ella me odia. Me culpa de vuestra muerte.

—Eres la primera aparte de Donovan en saber que estamos vivos. Bueno, él y esa mujer que… —Se interrumpe ante el gesto del Lord.

—¿Mujer? —Enarco las cejas al preguntar. ¿A qué viene tanto misterio?

—Estamos aquí para hablar de otro tema —gruñe el Lord.

—Sorprendedme —mascullo.

—De ti.

—Oh, ¿hoy no vamos a hablar también de vos? Creía que era vuestro tema favorito.

Me lanza una sonrisa oscura de esas que hacen que mi corazón se acelere. Estoy jugando con fuego y lo sé, pero últimamente me apetece quemarme.

—¿Insinúas que soy un egocéntrico?

—Jamás osaría afirmar una cosa así, *Milord* —pronuncio con deliberada calma, atenta a la forma en que sus ojos no pierden detalle a cómo se mueven mis labios ante cada palabra—. Solo digo que resultáis un poco ególatra, elitista y superficial. Espero que no os ofendáis —añado, parpadeando unas cuantas veces seguidas en actitud inocente.

Un apretón a la altura del muslo me recuerda que su mano sigue ahí. Soy incapaz de actuar con normalidad y doy un brinco en el sitio, jadeando debido a la sorpresa.

—¿Todo bien? —pregunta extrañada la mujer.

—Sí —aseguro, tomando la mano del Lord para quitármela de encima y empujándolo.

«Como no se quite le doy un manotazo».

Por fortuna, no es necesario llegar a ese extremo, ya que se aparta, eso sí, no sin antes darme otro apretón.

Si son realmente mis padres, ¿qué estarán pensando de mí? ¿O de nosotros? Debemos parecerle un par de tortolitos enamorados e inmaduros. Qué vergüenza.

Pero hay otra pregunta que me inquieta más. ¿Son realmente mis padres? Examino sus rostros en busca de la respuesta. Por mucho que de algún modo siento esa sensación familiar de haberlos visto antes, de tener un lazo de afecto hacia ellos, no veo ningún rasgo de mi cara reflejado en ellos. ¿Será que cuando era pequeña no me fijaba tanto en esas cosas? O es porque me apartaron de ellos siendo una niña y tal vez mis pensamientos solo estén rebelándose ante la idea de que estén aquí ahora.

—¿Sigues con nosotros? —se mofa el Lord, atrayendo mi atención cuando chasquea los dedos ante mi cara.

El hombre no ha abierto la boca en todo el rato. ¿Por qué? Al menos ella ha dado muestras de alegría al recibirnos. ¿Qué le pasa? ¿No quiere que estemos aquí?

—¿Vais a contarme ya qué ocurre?

El Lord suspira, en un gesto que se me hace demasiado humano. Por un momento, al fijarme en él, puedo ver su cansancio. Parece que ha envejecido años en lo que dura un parpadeo. Entonces alza la mirada, volviendo a colocarse la máscara de indiferencia que lo caracteriza y sonriendo como si no hubiera nada en el mundo capaz de quitarle el sueño por las noches.

—Hablemos de tu Don.

# Capítulo 34

## *Dones Prohibidos*

—Mi… ¿Don?

—Sabes de lo que hablo.

Lo estudio en silencio.

—Mi voz —afirmo.

—¿Qué crees que puede tener de peculiar tu voz? —Alza una de sus cejas con evidente humor.

—Sé cantar. Y eso está mal —me apresuro en responder. Es una contestación que he aprendido a añadir con rapidez siempre que surge el tema, para que nadie sospeche que es algo que disfrute hacer o que me enorgullezca. ¿Cómo hacerlo cuando fue lo que me llevó hasta la Mansión Blackwood? Y a mis hermanos a destinos más horribles quizá.

El Lord se echa hacia adelante, empezando a deslizar las páginas de uno de los cuadernos, despertando mi curiosidad.

—Cantas mal, eso te lo confirmo —murmura con aire ausente.

—No es cierto —me indigno.

Él me lanza una ojeada por encima de su brazo y sigue pasando hojas hasta que se detiene en la que buscaba.

—Lee aquí, Sangre Sucia.

Ni siquiera la forma en que lo dice me parece ofensiva. Aun así, arrugo la frente antes de inclinarme hacia donde está él y centrarme en los símbolos que hay en el papel. Siempre es costoso empezar a reconocer las letras que hay y darles un significado uniéndolas a las otras.

El Lord aspira cuando mi cabeza queda a la altura de su nariz, aunque finjo no darme cuenta.

También sé que no pierde detalle a mis labios cuando estos empiezan a moverse al leer.

—Los Dones Mortales —leo en alto, tras un rato de concentración. Alzo los ojos buscando los suyos con sorpresa—. ¿Esto qué es?

—¿Me devuelves mi brazo? —pregunta con un toque arrogante.

Hasta que no lo ha dicho no he sido consciente de que me he apoyado sobre él para ver los cuadernos. Me aparto con celeridad, sonrojándome. Ni que yo quisiera tocar su brazo, a ver si se piensa que he cumplido una de mis fantasías.

—Mi madre era una mujer muy inteligente.

—Espero que no tanto como vos… —mascullo por lo bajini, irónica.

—Mucho más. Es de las mujeres más inteligentes que he conocido jamás —aclara. Entonces clava su mirada en mí, achicando los ojos y estudiándome con interés. Me pregunto qué estará pensando—. Pasó su vida estudiando, le encantaba formarse y aprender, da igual de qué rama hablemos. Era aficionada a la historia, a la herbología, a la magia antigua…

Asiento en silencio, escuchándolo. Nunca me había hablado de su madre. De hecho, apenas sé nada de ella salvo los rumores que corren por la Mansión y lo poco que he averiguado en su diario.

—Ella hablaba de unos Dones Mortales, también denominados como Dones Malditos, ¿imaginas por qué?

Estudio su rostro, concentrada, meditando sobre la situación. ¿Por qué me ha traído aquí y por qué me habla de esto? Paseo la mirada por la pareja, que asiste en silencio a las palabras del Lord. ¿Por qué confían tanto en él?

—¿Hablamos de los mismos Dones Prohibidos? —inquiero.

El Lord esboza una sonrisa ladeada, asintiendo un par de veces antes de borrarla, como si le molestara haberla mostrado.

—Vas bien encaminada.

—Entonces yo tengo uno de esos Dones Mortales —prosigo.

—¿Por qué crees que están prohibidos los Dones, hija? —interrumpe la mujer—. ¿Nunca te ha parecido extraño ese afán por coleccionarlos?

El Lord alza una mano, pidiéndole silencio.

—Cuenta, ¿qué sabes de los Dones? —me interroga.

Cierro los ojos intentando concentrarme. Con su intensa mirada puesta sobre mí, me cuesta pensar.

—Cualquier tipo de Don está prohibido. Se entiende por Don cualquier habilidad relacionada con la creatividad: el canto, la danza, la pintura, la expresión oral u escrita, la invención, la imaginación en sí… Usar el Don es significado de ser apartado de tu familia y llevado a servir a uno de los Sangre Pura.

—¿Y por qué crees que pasa eso? —indaga el Lord.

—Pues no lo sé —bufo—. ¿Porque sois crueles y no os importa el daño que causéis? ¿Porque no dudáis en romper familias y sacar el máximo provecho posible a la situación? ¿Porque no os sirve tener todo el lujo que podáis soñar sino que también tenéis que humillar a aquellos que son distintos?

—Te creía más lista —se burla—. Estás tan cegada por tu odio que eres incapaz de ver más allá. —Estira su dedo índice hacia mí y me da un toque justo en la frente, clavándolo con cierta fuerza—. Usa esto. Sabes hacerlo mejor. Y deja de pensar con esto. —Ahora clava su dedo en mi pecho, negando.

Me quedo en silencio. Tengo el ceño fruncido y la boca entreabierta mientras lo observo. Está muy cerca y desde aquí puedo apreciar cada una de las líneas que conforman su rostro. Es hermoso. Y huele tan bien…

Convierto mis labios en una sutil línea, con el fin de disimular los pensamientos que pasan por mi mente cada vez que lo tengo cerca.

Desvío la vista hacia el cuaderno que se encuentra abierto en la mesa sin necesidad de sujección; es viejo y ha perdido la rigidez, por lo que las páginas caen por su propio peso hacia los lados.

—¿Qué significa esto? —señalo un punto.

El Lord, que se había quedado mirándome, se centra en lo que le digo.

—Son símbolos mágicos, no puedes entenderlos porque no has sido iniciada.

—Deduzco que no me lo vais a decir… —murmuro entre dientes.

—Deduces bien.

—¿Y qué tienen que ver ellos en todo esto? —inquiero alzando una ceja en dirección a las figuras silenciosas que nos observan.

—En realidad, todo. —El Lord se echa hacia delante para acercarse más a mí, bajando la voz al hablar—. Formaron parte de una de las organizaciones rebeldes más grandes que atentaban contra el mandato del Rey de los Brujos, lucharon contra los Umbras, asesinaron a destacados miembros de la élite de los Sangre Pura y lo más importante —Se aproxima hasta que nuestras caras quedan tan cerca que siento su aliento sobre el mío—, te criaron a ti.

# Capítulo 35

## *Rebeldes*

El silencio en la cabaña lo inunda todo mientras cada uno está inmerso en sus propios pensamientos. El Lord únicamente me mira, aunque lo hace de manera calculadora, como si esperara el momento preciso en que mi mente haga *clic* y sea capaz de decir algo sensato. La señora también me observa, nerviosa, con una sonrisa tirante y retorciéndose los dedos. Luego está el hombre, a quien no parece interesarle mi presencia, y me pregunto si en algún momento le ha alegrado que esté aquí. Muestra la misma indiferencia que yo. Será cosa de familia…

—Me estáis diciendo que mis padres son rebeldes. —Es la primera vez que admito en alto que sean ellos.

—No solo eso —interviene la mujer, asintiendo—. Tu padre es uno de los cofundadores de la Espiral.

Su afirmación hace que mis ideas se disparen. ¿Cofundador? ¿Eso no nos pone a mis hermanos, mi madre y a mí en una posición peligrosa?

Recreo el momento en que aquel Umbra apareció, el hermano de Lord Mosley. Veo las flores, mis pequeños dedos aferrándolas. Recuerdo el olor. Mi voz suena de fondo cuando, sin querer, me dejé llevar por el momento y canté…

—No fui yo… —susurro, llevándome una mano a la boca, con la mirada en un punto fijo, pero sin ver—. Nos buscaban, por eso llegaron tan rápido.

—Esa es mi Sangre Sucia —me alaba el Lord.

No doy crédito. ¿*Su* qué? ¿Me ha hecho un cumplido festejando mi sagacidad y en la misma frase ha dicho que soy suya mientras también ha aprovechado para insultarme?

—Os equivocáis si pensáis que os pertenezco —espeto con dureza.

La imagen de Lady Perkinson siendo embestida por él vuelve a pasearse por mi cabeza. Es un momento que, por mucho que lo intente, no deja de aparecer. Y odio el pinchazo molesto que se produce en mi corazón cada vez que lo hace. Y lo odio a él por ser el causante.

—Me hace gracia que pienses lo contrario —se relame.

Siempre me ha sorprendido la falta de tacto de los Sangre Pura. Actúan como si solo existieran ellos o como si solo importaran sus necesidades o ideales, pero hoy está siendo especialmente vulgar, y más tratándose de que lo hace en presencia de mis padres. Me pregunto qué mosca le ha picado. ¿Intenta dejarme en evidencia delante de ellos?

—¿Siempre estáis así? —suspira mi madre—. No sabemos quién, pero sí, llegamos a la misma conclusión que tú —indica—. El ratio de *escucha* de los Umbras para localizar los Dones es alto, pero no tan elevado. Tenía que estar cerca, por eso su magia te detectó. Así que sabía por dónde tenía que empezar a buscar.

—¿Y en todos estos años no habéis averiguado…?

Sacude la cabeza en una negativa.

—Tu padre y yo hemos estado aquí desde entonces. Creímos que la mejor opción para que vosotros sobreviviérais era quedarnos aquí y fingir que habíamos muerto. Eso os daría una posibilidad de salir adelante —musitó.

—¿No se os ocurrió venir a buscarnos? —espeto, apretando la mandíbula.

—Creímos que…

—Creísteis mal —la interrumpo—. Hubiera preferido mil veces crecer en esta cabaña minúscula con vosotros que vivir en la Mansión pasando miedo todos y cada uno de mis días. ¿Y mis hermanos? ¿Cómo creéis que están ellos?

—Pues… —La cara de la mujer es un cuadro, ha perdido varios tonos de color de un plumazo—. No lo sé. Donovan apenas puede conseguir información de ellos, pero hasta donde sabemos, están bien.

—Bien —me jacto. Suelto una risa sarcástica cargada de veneno —. Define "bien".

—Cala… —murmura el Lord, clavándome un dedo en el muslo para llamar mi atención.

—¡Y tú sabías que estaban aquí y no me habías dicho nada!

Del enfado, he olvidado incluso hablarle con el debido respeto. Él también lo nota: se queda con la boca abierta unos segundos y después frunce el ceño.

—Era arriesgado.

—¿Arriesgado para quién? —me indigno—. ¿Para vos?

—Y en consecuencia, para ti. Si me pasa algo a mí, estás muerta.

—Oh, ¿no lo estoy ya? —replico de manera irónica—. ¿Cuántas veces creéis que me han amenazado de muerte en la Mansión? Vuestra querida Lady Perkinson, sin ir más lejos.

El Lord se pone lívido.

—No me digáis que desconocíais dicho dato —mascullo, rodando los ojos—. Tendréis que teatralizar para otro. Sé lo *íntimos amigos* que sois, seguro que os contáis todo después de retozar en el lecho.

—Estás hablando de más, Sangre Sucia —me advierte. No parece nada divertido, lo que a mí me hace alegrarme.

Donde las dan, las toman.

—Tu situación es delicada. La de muchos de tu condición lo es. Y te estás yendo por la tangente —prosigue el Lord—. No he venido hasta aquí para hablar de con quién me acuesto —matiza—, así que compórtate como una adulta.

—¿Vos alguna vez lo hacéis? —replico, enarcando las cejas y clavando mis ojos en los suyos.

—Tu Don está despertando. Por eso estamos aquí. No podré contenerlo mucho más.

—Mi Don, mi Don… —me exaspero—. ¡¿Qué Don?!

—Este. —Sin previo aviso, acerca la punta de su dedo hasta mi brazo y me lo clava con fuerza.

Una corriente me recorre todo el cuerpo, distinta a las que he sentido otras veces cuando él me toca. No es algo romántico ni sexual, es más bien elemental, como si la fuerza de una tormenta

hubiera despertado en mi interior y se retorciera, queriendo desatarse y escapar por las yemas de mis dedos.

La corriente es tan fuerte que me arranca un chillido. Cierro los puños, tratando de mantenerla dentro.

Y así, tan rápido como se ha desatado, se detiene cuando el Lord deja de tocarme.

—¿Qué habéis hecho? —lo increpo, acariciándome las manos y apretando los dientes para que mi voz no delate el dolor que siento.

El Lord coge una de mis manos de malos modos, apartándola de la otra. La examina y estira mis dedos, recorriéndolos con los suyos mientras los observa.

—Yo no he hecho nada —asegura—. Has sido tú.

La forma en que me toca me pone nerviosa. ¿Sentirá lo fuerte que late mi corazón cuando me coge así? Como si… Como si… Como si le preocupara mi bienestar. ¿Y si escucha los latidos? O mi respiración acelerarse. No sé qué es más vergonzoso, la verdad.

Quito mi mano de un tirón, devolviéndola a mi regazo.

—Vos me habéis clavado el dedo.

—Me has pillado —masculla. Mira por la ventana y después hacia mis padres—. Se está haciendo tarde, no nos queda casi tiempo.

—Decidme —llamo su atención. Ahora que ha empezado a hablar, no quiero que pare, esto es importante para mí—, ¿qué habéis querido decir con lo de que no podréis contenerlo mucho más?

El Lord, por toda respuesta, abre otro de los cuadernos de su madre, avanzándolo hasta una parte concreta y lo mueve hasta mí.

—A ver si te suena —dice, clavándole el dedo a la página.

—Es el recipiente —musito—. Es el mismo recipiente del que vos… —no puedo acabar la frase. Mi mente está funcionando ahora mismo a mil por hora, porque sé que lo he visto, aunque no sepa decir dónde.

—No es un recipiente cualquiera —explica—. Es un cáliz. Dos, en realidad. Kárxion y Luznahr, los Thørm Kavai o Los Cálices del Despojo.

# Capítulo 36

## *Protección*

Presto atención a los garabatos. Hay dos cálices, muy similares, dibujados a mano. Uno que parece más oscuro, con trazos de lápiz sombreándolo; el otro, más sutil, con un halo de inocencia me atrevería a decir.

—Reliquias de familia —le resta importancia—. Heredadas durante siglos por los descendientes de la Casa Drakheil.

—No siempre se veían así —musito con detenimiento, haciendo un esfuerzo por recordarlos.

El Lord hace un movimiento con sus dedos sobre el cuaderno y este cambia de aspecto. Ya no es un cuaderno antiguo, sino uno aparentemente nuevo, en el que no hay nada escrito.

—Ocultasteis su aspecto real —comprendo.

—Magia —suelta él como si se tratara de un chiste—. Solo una vez fui tan descuidado como para olvidar modificarlos.

—La noche del terremoto —acierto.

—Y aun así, has sabido relacionarlos —asiente.

—¿Qué tienen de especial estos artefactos? —pregunto con curiosidad.

Vuelve a mover la mano, a lo que el cuaderno retorna a su aspecto habitual. Posa su dedo sobre el primero, el que parece más delicado.

—Luznahr: la Vasija del Sacrificio, el que entrega.

—¿El que entrega qué…?

—Kárxion: la Vasija del Fin, el que roba.

De tanto pensar, me está empezando a doler la cabeza.

—Esperad —pido un momento.

—Sabes para qué son —murmura.

—¿Me habéis…? —Hago una pausa—. ¿Me habéis estado robando mi Don o algo así?

—Algo así —repite mis últimas palabras, cabeceando sin terminar de confirmarlo.

—¿Qué tienen escrito? —pregunto, echándome hacia delante para poder mirarlos más de cerca.

—Son Runas del Primer Juramento —contesta el Lord—. Un lenguaje de la magia muy antiguo.

—Y significa… —lo animo.

—Esta es la Copa del Usurpador —señala hacia el cáliz oscuro—. Kárxion. Pero hay más. —Señala otro dibujo, más pequeño, justo en la esquina de la página—. Esto es lo que pone en su interior: *Nazh ak'reth zulmarin daéth* —lee. Después, traduce—: No puedes tomar sin dejar algo atrás.

—Una advertencia —comprendo, llevándome los dedos a los labios y acariciándolos casi sin darme cuenta.

—Luznahr —señala su compañera—. La Copa del Sacrificio, también llamado "el vaso del mártir". —Posa su dedo en el dibujo de la cara interna del cáliz—. *Vareth na'zuhl, irekh flamaar ven'ar*. Te daré mi muerte, para que crezca tu poder.

Un escalofrío me recorre de arriba abajo.

—¿Pretendíais matarme? —pregunto con voz queda.

—Es obvio que no, solo drenarte.

Vuelve a mi mente la pregunta que rondó por ella días atrás. ¿Entonces es cierto que los Sangre Sucia podemos tener poderes?

—Estos cálices te han mantenido oculta los últimos días. El sello de protección que mi madre puso en ti está empezando a quebrarse. No aguantará mucho más.

—¡¿Cómo decís?!

—Te he dicho que mi madre era una mujer muy inteligente —explica empezando a perder la paciencia. Lanza una mirada preocupada al exterior—. Tenemos que marcharnos ya.

—No podéis dejarme así. ¿Vuestra madre puso un sello en mí? Yo no la recuerdo.

—Eso es bueno.

—¡¿Por qué debería de ser bueno?! —me indigno.

—Porque mientras los recuerdos estén bloqueados, significa que aún tienes una oportunidad para que no te pillen. Seguiré contándotelo en la Mansión. Ahora tenemos que regresar antes de que nos descubran.

Mi madre asiente, nerviosa. Rodea la mesa para acercarse a él y le coloca una mano en la mejilla, hablándole con un profundo cariño.

—¿Volveréis antes, Donovan? Me has hecho muy feliz trayendo a mi pequeña. Ojalá las cosas fueran más fáciles y pudiera tener aquí a mis tres hijos hoy, pero sé que haces todo lo que está en tu mano, y por eso siempre te estaré agradecida. Cuida de mi Elowen, Donovan, ¿lo harás?

—Sabes que siempre lo hago —le asegura, posando su mano sobre la de ella.

A mi madre se le caen un par de lágrimas indiscretas.

—Tres días —le dice el Lord—. En tres días volveremos. ¿Tenéis todo preparado?

—¿Preparado para qué? —pregunto, inquieta.

Ellos hacen como que no me han escuchado.

—¿Crees que podréis salir? Es muy arriesgado, Donovan. Tengo miedo de que os descubran. ¿Por qué no mañana?

—Imposible —niega—. Sigo sin noticias de Markov y no puedo marcharme hasta estar seguro de que están a salvo.

—¿A salvo, quién? —me impaciento, cruzando los brazos sobre el pecho. Pero siguen sin hacerme caso.

—Tres días. Si a la tercera noche no estamos aquí, marchaos. Sabéis cómo llegar. Nos encontraremos allí.

—Lo haremos juntos, Donovan, no quieran los dioses que pase nada antes de tiempo —dice entristecida, acariciándole la cara con una mirada llena de amor. Se acerca entonces a mí—. Hija, si quieres vernos antes, díselo a Donovan. Él te traerá. Confía en él —añade en un susurro cuando me abraza—. Las cosas no siempre son lo que parecen. Y él es un buen muchacho que te cuidará aunque le cueste la vida. ¿Lo harás, hija? —Se aparta para mirarme y las lágrimas siguen resbalándole por las mejillas, provocando que mis ojos se empañen—. Estás preciosa. Y ese carácter… —Se lleva una mano a la frente mientras ríe—. Que los dioses te lo conserven.

—Tenemos que irnos —insiste el Lord, carraspeando.

—Volveré —es lo único que se me ocurre decirle a mi madre. Sigo cohibida y no me sale expresar mis sentimientos. Aún estoy aceptando que mis progenitores están vivos y que, bueno, ese señor que me mira impasible es mi padre.

Él no hace absolutamente nada, ni siquiera nos mira cuando caminamos hasta la puerta y mi madre nos abraza de nuevo, primero al Lord y luego a mí.

—Llevad mucho cuidado —es lo último que dice.

Se queda en los peldaños de la entrada, viéndonos alejarnos y despidiéndonos con la mano. Sé que sigue llorando. Yo también lo hago, aunque intento que no se me note. Este reencuentro me ha removido muchos sentimientos, y en mi cabeza se han formado estúpidas ideas de que quizá algún día pueda celebrar con ellos una velada agradable, cenar juntos o, quién sabe, hasta salir a pasear por el hermoso bosque que rodea su cabaña. Puede que hasta convenza al Lord para venir a vivir aquí con ellos y me deje abandonar la Mansión… Son tantas las posibilidades que un chute de optimismo me hace soltar una carcajada, pero al mismo tiempo provoca un aluvión de lágrimas.

—¿Estás riendo o llorando? —pregunta confundido el Lord, deteniéndose y haciendo que me pare con él.

—Ambas cosas —confieso—. ¿Qué pasa en tres días?

—Que vendremos a verlos —resume. Luego, tensa la mandíbula. Suele hacer ese gesto cuando no quiere que pregunte más.

—¿Nos vamos a alguna parte? —insisto.

Él me lanza una mirada contrariada.

—Puede.

Ahora mismo, con el sol poniéndose en el horizonte, los agradables sonidos de los animales a nuestro alrededor, la suave brisa soplando sobre nuestros rostros y lo inesperado de la noticia de saber que mis padres están vivos, una locura toma forma en mi cabeza.

No sé si puedo estar enamorada del Lord.

Tampoco sé si él me ama.

Incluso, me resulta un poco patético ponerle una definición tan insulsa cuando me ha demostrado que sus acciones van mucho más allá.

La imagen de Lady Perkinson disfrutando de los envites del Lord se esfuma. ¿Acaso importa? Ahora mismo, me estoy replanteando muchas de las cosas que sé sobre él. De todo lo que ha hecho por cuidar de mí. ¿Hasta dónde habrá sido capaz de llegar?

Si no le importara, si no me cuidara, no me habría traído hasta aquí.

Es decir… lleva cuidando de mis padres desde hace doce años. ¿No es eso prueba suficiente de que le importo? ¿Qué otras cosas habrá hecho para protegerme?

—¿Qué piensas? —susurra.

Susurra porque me he acercado tanto a él que no necesita alzar más la voz. Ahora mismo, estoy justo frente a él, más bien por debajo, ya que el Lord es alto y me saca una cabeza, así que tengo que mirar hacia arriba para que nuestros ojos se encuentren.

Los rayos del sol danzan sobre sus cabellos dorados, dotándolos de magia. Sus ojos grises ya no se ven tan atormentados, sino que resplandecen.

Observo su piel pálida, las profundas ojeras, la forma de su mandíbula, fuerte. Esos labios que saben tan bien, jugosos y apetitosos.

—¿Cuánto tiempo pensábais mantenerme engañada? —respondo de igual modo.

Su cara de sorpresa me hace sonreír.

Él también lo hace.

Acerca sus dedos para limpiar mis lágrimas y aprieta las cejas, borrando su sonrisa.

—Tenemos que irnos —insiste.

—Lo sé —murmuro, sin apartar los ojos de sus labios.

Me apoyo sobre sus hombros y deslizo mis manos hasta su cuello, atrayéndolo hacia mí para unir nuestras bocas.

Esta vez, es un beso suave. Dulce. Lento.

Sus manos viajan hasta mis caderas y me aprietan contra su cuerpo mientras nuestras bocas se acarician.

La conocida llama en mi vientre se despierta y calienta todo mi cuerpo, incendiándolo y haciendo que necesite más de él.

*De él lo necesito todo*.

—Gracias —musito.

Entonces sí, sigo andando y lo dejo plantado, con la misma incomprensión que siento yo.

¿Qué estamos haciendo?

# Capítulo 37

## *Emboscada*

No he avanzado ni cinco pasos cuando una explosión me hace tambalearme y estoy a punto de caer.

Me quedo en pie, con los brazos extendidos a ambos lados, tratando de asimilar qué ha ocurrido. Los oídos me pitan con fuerza y me siento desorientada, por lo que tardo unos segundos en mirar alrededor buscando al Lord. Para cuando lo hago, lo veo acercándose a toda velocidad y gritando algo, algo que no llego a escuchar.

Otra explosión.

Esta vez la he visto. Ha surcado el cielo como un cometa, dejando un reguero rojizo e impactando a unos metros.

El suelo vuelve a tambalearse, y cuando el Lord finalmente llega hasta donde estoy, se abalanza sobre mí y me tira a la tierra, cubriéndome con su cuerpo.

—¿Qué ocurre? —logro balbucir.

Otro estallido, parece que más cerca.

—Levanta —me urge, poniéndose en pie y tirando de mi mano para que lo siga—. Nos han encontrado.

«Nos han encontrado». ¿Quién?

El Lord consigue hacer que lo siga, internándose en el bosque y corriendo a través de los árboles.

Tardo unos segundos en procesar la información. Entonces caigo en algo.

—¡Mis padres! —exclamo, asustada.

Me suelto de su mano, deteniéndome en seco. Estamos yendo en dirección contraria, pero las explosiones provienen de donde nosotros venimos. ¡Los están atacando a ellos!

—No, Cala, maldita sea, tengo que ponerte a salvo —alza la voz, llamándome cuando ve que salgo corriendo sin esperarlo.

Un latigazo de dolor recorre mi espina dorsal y me quedo inmóvil. Conozco la sensación: está usando su magia para paralizarme, para hacer que lo obedezca.

—Serías solo un estorbo —gruñe—. Está bien, hagamos un trato. Tú te quedas aquí sin moverte y yo iré a por ellos. ¿Entendido?

Como si me diera opción a hacer algo más.

—Su… su… —intento responder, pero me ha bloqueado hasta el habla. Quiero decirle que me suelte, que me deje ir con él. Da igual que sea una inútil, lucharé para defender a los míos aunque caiga en el intento.

—Así me gusta.

Me apunta con su varita y me desplaza, haciéndome levitar hasta unos arbustos. Me esconde entre ellos. Se inclina para asegurarse de que quede fuera de la vista. Después, me guiña el ojo y se va.

A mi alrededor, las explosiones se siguen sucediendo. Los animales han dejado de hacer sus sonidos característicos e incluso la suave brisa que soplaba se ha tornado hosca y densa.

Mi corazón late a mil por hora. Estoy nerviosa por lo que pueda pasarle a mis padres y ahora también al Lord. Y muy cabreada. Me ha dejado aquí, sin poder decidir si quiero ponerme en peligro igual que él.

«Serías solo un estorbo». ¿Qué se ha creído?

Un miedo irracional a perderlos, no estoy segura de si a él o a mis progenitores, me deja sin aliento. ¿Y si este fuera el momento en que lo pierdo todo? Nunca he tenido nada en la vida, nada. Pero hace un instante, la esperanza me había hecho pensar que un futuro mejor era posible.

No puedo quedarme aquí. No puedo quedarme sin hacer nada.

Se escuchan voces. Y pasos. Varios fogonazos de luces de distintos colores se deslizan entre los troncos de los árboles y algunos incluso atraviesan los arbustos en los que me encuentro.

No puede ser casualidad.

Magia. ¿A discreción? Me buscan, pero no saben el lugar exacto en el que me oculto.

—Vamos, traidor, sal a jugar con nosotros.

Abro los ojos con sorpresa al reconocer esa voz.

«Mira cómo llora la niñita. ¿No quieres que el futuro Lord folle contigo, engendro? Porque muchas se ofrecerían a ocupar tu lugar».

«Has sido una niñita muy mala».

Unas lágrimas silenciosas y calientes escapan de mis lacrimales.

Un miedo infantil y que creía olvidado hace que mi cuerpo se tense, impidiéndome hasta respirar.

—Esta pequeña Sangre Sucia es para ti —le había dicho él con orgullo, la misma persona que se está aproximando en este momento hasta mí—. Una jovencita para ti, Donovan. Para que puedas hacerte un hombre de verdad.

Miré aterrada alrededor, pero nadie se movió. Nadie intercedió. Nadie se apiadó.

—Mira cómo llora la niñita —se carcajeó, haciendo que las risas generales aumentaran—. ¿No quieres que el futuro Lord folle contigo, engendro? Porque muchas se ofrecerían a ocupar tu lugar.

Entonces él había intervenido y…

—Ya basta. Espero que sea una de tus pesadas bromas, Sangre Turbia. A tu hermano no le gustará enterarse que intentas reírte de mí. ¿Una niña? —El entonces pequeño Donovan Blackwood, con tan solo once años, chasqueó la lengua con fastidio—. Quítala de mi vista, no la quiero ni ver.

—Se trata de un regalo que mi propio hermano, el gran Dekel Mosley, Tercero al mando del Thêl Umbras, Líder de Aethernox y Señor de la ancestral casa Erenhol.

—Sí, sí —lo corta, sacudiendo la mano para que deje de hablar. Tiene un codo apoyado en el reposabrazos y la barbilla clavada en la palma de su mano, como si la cabeza le pesara horrores como para mantenerla erguida—. Me aburres, perro de Dekel.

—¡Donovan! —se escandaliza la que parece ser una de las criadas. En ese momento no lo sabía, pero se trataba de Marga, quien años después entraría a formar parte del personal de cocina y ascendería a jefa de esta.

—¿Puedes ir a lavarla? Huelo lo sucia que está desde aquí —se quejó, manoteando ante sus narices para escenificar sus palabras.

Y en ese momento rompí a llorar más fuerte. Había malinterpretado su mirada. No le había llamado la atención, solo le asqueaba.

—Soltad —le recriminó Marga al Sangre Turbia, atizándole con un abanico en la mano para que dejara de sujetarme—. Acompáñame, niña —dijo sin más, volviéndose y esperando a que la siguiera.

Esa había sido mi llegada a la Mansión Blackwood. Esas habían sido las primeras palabras que el Lord había dirigido hacia mí.

Y esa voz que se aproxima, ha formado parte de mis pesadillas durante años.

Las sombras se alargan entre los árboles, tornándose amenazantes, advirtiéndome de lo que está por venir. Ya no solo siento el miedo en mi piel; lo palpo en el aire. Como un aroma denso, una mezcla a sangre seca, azufre y cenizas. Huele a magia, de la oscura, de la destructiva, de la que siempre usan los purasangre para hacer daño.

El arrullo de la hierba al ser pisada me pone sobre alerta, pero ya es demasiado tarde para intentar nada. Si pudiera, gritaría. O quizá no. Quizá solo me quedaría igual de inmóvil, paralizada por el miedo.

Una figura de rostro sucio y mirada aviesa se halla encorvada sobre mí, su cenicienta cara permanece inmóvil a escasos centímetros de la mía.

Sé, antes de verlo, quién es.

—Volvemos a encontrarnos, niñita. —El aliento fétido me golpea la cara y provoca que una arcada me encoja el estómago. Sé que no es solo su hedor, sino esos ojos que rezuman lujuria y obscenidad cuando se posan en mí.

Su mirada me recorre. La situación le divierte.

—Mira por dónde, te han entregado en bandeja para mí. Qué consideración por parte del traidor… —observa al darse cuenta de mi inmovilidad.

Me aferra por la pechera y me arrastra fuera de los arbustos, ocasionando que me arañe la espalda con las ramas caídas y algunas piedras puntiagudas. Un pequeño gemido escapa de mi boca, es cuanto puedo pronunciar.

—¿No te habrás hecho daño, niñita? —pregunta en son de burla al darse cuenta de mis lágrimas—. Tranquila, esto terminará rápido. Solo tenemos que esperar a que el traidor venga a por ti y acabar con él; después, te entregaré a mi hermano. Con suerte, seré el primero en probarte… Pediré que seas mi recompensa por cumplir mi trabajo —se relame. Pero no se detiene ahí, sino que me sujeta por el cuello y me zarandea hasta conseguir ponerme en pie—. Llevo preguntándome años cómo será lo que escondes bajo esos ropajes… Seguro que es suculento. —Se muerde el labio.

A su alrededor, las figuras ataviadas con túnicas sueltan una carcajada. No me había dado cuenta, pero hay unas cuantas. Tres, cuatro… Cuento seis. Y seguro que habrá más por las inmediaciones, ocultas, esperando el regreso del Lord.

«No vengáis. No volváis aquí, es una trampa», pienso. Ojalá tuviera la capacidad de comunicarme con él de esta manera, o que los cotilleos resultaran ciertos y los Sangre Pura pudieran leer los pensamientos.

—Solo hay una forma de averiguarlo —murmura, bajando de manera considerable el tono de voz.

No reacciono. No habría podido ni aun teniendo libre capacidad de movimiento.

El brujo desliza su mano libre por mi cuerpo, recorriéndolo desde la parte del omóplato, donde se encontraba, hasta llegar a mi cadera.

Cierro los ojos, en una acción inservible que solo busca perder mi mente en lugares lejanos. Deseo dejar de sentir cómo esos repugnantes dedos me rozan.

Cuando está a punto de subirme el vestido o meter la mano por debajo, no sé muy bien cuál era su intención, un estruendo corta la súbita quietud que había invadido la noche.

Un fogonazo de luz, un silbido, y después un estallido que nos hace volar por los aires.

Caigo rodando por el suelo, aunque no sé si por el golpe, la conmoción, o porque me han liberado de la paralización. Puedo mover las manos y las coloco justo a tiempo en el suelo para evitar reventarme la barbilla.

Mi captor ha caído varios metros más allá, bocabajo. Cuando se da la vuelta, se pone en pie con dificultad. Se agarra el brazo, del que no deja de salir sangre.

—Hijo de puta —clama a la nada, mirando hacia la espesura.

Estoy a punto de desmayarme al comprobar que le falta una mano, justo con la que ha estado tocándome.

Las figuras del claro, que se habían dispersado con el estruendo, se reagrupan. Miran en todas direcciones, varita en mano, y susurran palabras sin sentido para mí, invocando un tipo de magia.

—¡Da la cara, Donovan! Tu putita no es un requisito para volver a la Mansión. Solo han pedido tu cabeza. Si quieres jugar al escondite, tú mismo, pero si no salen inmediatamente, la fulminaré antes de que seas capaz de atacarnos de nuevo.

Un relámpago ilumina el cielo. Luego otro. Y al segundo siguiente, varios más.

El brujo recula, como si buscara defenderse de la tormenta que está por desatarse en el cielo. Pero antes de ser siquiera capaz de volverse e intentar venir hacia mí, uno de los haces de luz lo atraviesa, chamuscándolo y haciéndolo caer hincando las rodillas en el suelo. Su mirada se queda fija en mí antes de perderse por completo. Después, cae hacia delante, golpeándose con fuerza el cráneo.

En el claro, las figuras lanzan magia a diestro y siniestro.

Corro a refugiarme, buscando cobijo entre los árboles y mirando hacia el campo de batalla para no perder detalle.

Ojalá pudiera hacer más, pero en este mundo no soy nada ni nadie. Intervenir sería ponerme en peligro de manera estúpida.

«Serías solo un estorbo», había dicho el Lord. Y es cierto, por mucho que me moleste admitirlo.

Varios destellos más, brotando del mismo cielo, descienden de manera amenazante sobre el terreno hasta encontrar a su víctima. Uno a uno, los encapuchados caen, aniquilados.

Si esperaba una batalla mucho más espléndida, quedo decepcionada al ver lo rápido que acaba todo.

He perdido la cuenta de cuántas figuras han llegado, porque a las siete iniciales se han sumado más, pero todas están muertas.

Así que, cuando veo la cabellera rubia del Lord asomarse entre la arboleda, solo puedo pensar, con una mezcla de asombro y orgullo, que es tan poderoso como cuchichean sobre él… o incluso más.

Pero ese sentimiento pronto se ve nublado al ver que el temido Asesino Supremo está cubierto de sangre.

Y todo apunta a que es suya.

# Capítulo 38

## *No correspondida*

—¡Estáis sangrando! —me horrorizo, corriendo en su dirección. Él avanza del mismo modo hacia mí, pero me sujeta las manos cuando ve que intento tocarle.

—No hay tiempo para eso, vamos —me frena—. Tenemos que volver a la Mansión.

—Pero…

—¡No hay tiempo! —espeta, echando a andar hacia donde está la entrada al pasadizo. Se sujeta las costillas y temo que sea ahí donde le han herido. A su paso va dejando un reguero de sangre, aunque disimula el dolor con entereza. Se detiene al ver que no lo sigo y se da la vuelta, mirándome con el ceño fruncido—. Cala.

Solo dice eso.

Pero no es la forma en que lo dice; incluso paso por alto el hecho de que no me ha insultado, sino que me ha llamado por mi nombre.

*Es el cómo lo dice*.

Porque me hace ser consciente de mí. De lo que estoy haciendo sin darme cuenta. Llorar, maldita sea. Estoy llorando.

Se acerca con pasos rudos hasta mí y cuando creo que va a arrastrarme a la fuerza hacia el pasadizo, hace lo más impensable. Alza la mano y me seca con delicadeza la cara, con una suavidad que desconocía que tuviera.

Su rostro está tan cerca del mío que de nuevo puedo ver esas arrugas juguetonas que le salen en las comisuras de los ojos. Y su mirada… Tan turbia, tan tempestuosa como siempre.

—Lo siento. —Es todo lo que dice. Pero lo entiendo. Tampoco hay mucho que decir. El Lord no es una persona que se extienda.

Por si no lo habéis entendido, resumo:

Mis padres han muerto.

Él no ha podido hacer nada por evitarlo.

Toca volver a la vida real.

Y estamos en problemas.

—Ha sido mi culpa. No teníamos que haber venido —musito, agachando la cabeza.

—No ha sido culpa tuya —gruñe, tomando mi barbilla con dureza y obligándome a alzar el rostro para mirarle—. Nada de esto lo es.

Asiento. ¿Me queda otra cosa por hacer? Creo que sigo llorando, aunque ni siquiera soy consciente de ello. Solo me dejo guiar, siguiéndolo a través de la espesura y trotando hacia la entrada oculta del pasadizo.

La vuelta se me hace más corta que la ida, lo que solo consigue duplicar la sensación de angustia al ver que ya estamos otra vez en la biblioteca. ¿No puedo tener ni un momento tranquilo para compadecerme de mis desgracias?

—¿Cala?

¡No puede ser!

Es Nahira quien, con plumero y escoba en mano, se encuentra en la biblioteca limpiando.

—¿Qué hacíais tú y el Lord en…? —Tiene los ojos abiertos como platos, mirando fijamente el pasadizo que se aprecia a nuestra espalda.

El Lord se mueve con agilidad, apartándome de la entrada para que esta se cierre y después dirigiéndose de manera fría a Nahira.

—No has visto nada —espeta con terquedad—. Una sola palabra sobre lo que has visto y no vivirás para acabar la frase. ¿Entendido?

—S-Sí —gimotea, asintiendo con cierto nerviosismo. Sus dedos se aferran al mango de la escoba, imprimiendo tal fuerza que sus nudillos comienzan a blanquear.

—¿Por qué estás aquí? —prosigue él, dando un paso amenazante hacia Nahira y haciendo que los mechones rubios del flequillo se le desparramen por la cara; esta retrocede—. No tienes permiso para limpiar la biblioteca de mi madre; esa es tarea de la Sangre Sucia de tu amiga.

—Me han ordenado que viniera —responde a duras penas. No hay ni rastro del arrojo y la gallardía que suelen caracterizarla.

Nunca la había visto tan asustada… ¿Por qué tiene tanto miedo del Lord? Hasta donde sé, no es tan peligroso como aparenta.

—¿Quién? —demanda en un gruñido. Apenas le veo la cara, pero podría jurar que tiene la mandíbula apretada—. ¡¿Quién?! —casi grita, acompañando su orden con un puñetazo en la pared que hay detrás de Nahira, contra la que la ha acorralado.

—Milord —lo llamo con suavidad, acercándome hasta donde están y tocándole el hombro, en un arrebato entre la sensatez y la locura. Sé que me estoy jugando mucho, en realidad no lo conozco de nada, pero también estoy segura de que no me hará daño. *No a mí*.

Cuando nota mi contacto, la musculatura de su espalda se relaja. Así lo hacen también sus hombros. Incluso la tensión en su mandíbula desaparece. Su pecho se hincha, como si estuviera dando una gran bocanada de aire, o como si hubiera estado todo ese tiempo conteniendo la respiración sin darse cuenta.

—Ahora no —masculla. Aunque suena frío, habla con cierta delicadeza. No lo llamaría así, más bien "suena menos hosco de lo habitual".

Pero consigo mi propósito: que deje en paz a Nahira.

Se vuelve hacia mí y frunce el ceño, en una expresión que no logro descifrar. ¿Está enfadado conmigo?

—Ve a tu dormitorio —dice en un susurro, por lo que tengo que esforzarme en leerle los labios— y no salgas bajo ningún concepto. Iré a buscarte cuando no haya peligro. No confíes en nadie y, sobre todo, no hables con nadie.

Tras decir esto, mientras me aprieta el brazo con cierta fuerza, se marcha a buen paso, dejándonos a Nahira y a mí solas en la biblioteca. Ambas estamos tan confundidas…

—¿Qué os traéis entre manos el Lord y tú? —pregunta en cuanto lo pierde de vista. Hay algo en su expresión y en su voz que no me gusta.

—¿Qué haces tú aquí? —contraataco, invadida por la desconfianza.

—Cumplir órdenes. ¿Y tú? —Baja la vista a mi pierna—. ¿Y la escayola?

Se me queda la boca abierta a medio vocalizar una respuesta que no llega.

Mierda. Mierda, mierda.

—Ya no me duele.

—Qué rápido te has curado.

—Parece cosa de magia —intento bromear.

Nahira enarca una ceja, escéptica.

—Deberías tener cuidado —masculla y, aunque creo que va a continuar, acaba volviéndose hacia la estantería más cercana y empieza a pasarle el plumero—. No es de confianza. Suele traicionar a los suyos. ¿Cómo crees que ha llegado hasta donde está? Pisando a otros. A cuantos haga falta.

Miro hacia el pasillo, cerciorándome de que no hay nadie, y me acerco a Nahira.

—¿Qué sabes tú que no sepa yo?

—Cosas… Cuando te invitan a fiestas privadas y a los aposentos de los más influyentes, te acabas enterando de muchas cosas. Secretos que dejan de ser tan secretos.

—No te sigo, Nahira.

—¿Qué te traes con el Lord, Cala? —pregunta de manera tajante, dando un golpe con el plumero en la estantería antes de clavarme su mirada.

—¿Qué te importa? —es cuanto me sale responder.

—¿No te habrás enamorado de él, verdad? ¿No habrás sido tan tonta de caer rendida a sus encantos? —continúa. Deja el plumero sobre el estante y se encara a mí, acortando la distancia que nos separa—. Porque entonces solo resultarías ser tan tonta como me habían advertido desde el principio. Pero yo creí en ti. En nosotras. En lo nuestro.

—¿En lo nuestro? —repito sin dar crédito. Mi cerebro ha dejado de regir y ahora mismo está en pausa—. Creo que no te sigo.

—¿Ah, no? Yo creo que sí lo haces, Cala. Solo que eres tan cobarde y miserable, o quizá tan asquerosamente buena, que no quieres herir mis sentimientos. ¿Hasta cuándo crees que podré aguantar este dolor que llevo en el pecho? —Nahira se ha acercado tanto que ahora soy yo la que está acorralada contra la pared, con

ella justo enfrente, negándome cualquier vía de escape. Se palpa el pecho, dándose dos sonoros golpes—. Aquí, Cala. Me duele aquí. Cada vez que te veo. Cada vez que no puedo besarte. Cada vez que no puedo tocarte. Cada vez que te imagino follándote a ese traidor del Lord, pudiendo ser yo la que te acaricie la piel y bese cada centímetro de tu cuerpo.

—No… —No me salen las palabras.

Siempre he sentido que atraía a Nahira, pero no podía imaginar esto. ¿Amor? ¿Ella, hacia mí?

—No lo aguanto más. No sé qué hacer. No sé cómo hacerte ver que estoy aquí. Que te deseo, cada maldito día, cada maldita noche. Todo lo que hago lo hago por ti, y aun así eres incapaz de darte cuenta de que siempre estoy a tu lado, protegiéndote. Amándote en secreto.

—Nahira, no…

—No, Cala. Ya no puedo más —me interrumpe. Coloca ambas manos a los lados de mi cara, sobre las mejillas, y me obliga a mirarla—. Quiero que me escuches. Te amo, Cala. Te he amado cada puto día desde que nos conocimos, mientras tú solo babeabas y suspirabas por el Lord. Me he cansado de jugar. Ya no lo soporto más.

Y dicho esto, me atrae, juntando nuestras bocas.

Y me besa. Con urgencia, con dolor. Con la desesperación latente y el miedo a no sentirse correspondida.

Pero es que no es correspondida…

Trato de apartarla, pero imprime más fuerza en el beso, en una boca que no le responde, en una pasión que no es mutua. Y al notarlo, igual que yo siento cómo su dolor aumenta, varias lágrimas le caen por las mejillas cuando se aparta.

—Tenía que intentarlo —musita.

—Lo siento, Nahira. Yo…

—No digas nada. Casi es mejor así, lo hace más fácil —responde con una triste sonrisa—. Además, ya es tarde —dice, alejándose hacia la salida, de espaldas a la puerta—. Recuerda que todo lo que hago, lo hago por ti —es su despedida.

# Capítulo 39

## *Una nueva invitación*

Estoy en mi habitación, como el Lord me ha ordenado, sentada en mi cama, desoyendo la larga lista de tareas que tengo pendientes.

Todo parece normal, pero tengo la sensación de que el peligro acecha. Y lo peor es no saber de dónde proviene la amenaza. Aunque la noto cerca, demasiado cerca, y eso solo consigue inquietarme. Angustiarme. Tanto que siento cómo tiemblo. O tal vez todo está temblando, no lo sé.

También, de algún modo, no estoy del todo tranquila. Hay algo distinto en mi habitación, no sabría decir qué. Como si alguien hubiera entrado durante mi ausencia, hubiera revuelto todo y después lo hubiera vuelto a colocar en su sitio.

La puerta se abre, en una acción que ya resulta habitual.

Y es él.

*Siempre es él*.

También sé lo que hará.

—Bebe.

El maldito líquido, el maldito cáliz. Luznahr, la Copa del Sacrifio. Y ese sabor horrendo.

—¿Qué contiene? —Al ver que me mira sin comprender, añado—: El cáliz. ¿Qué es este líquido?

—Una pócima secreta —dice. Juraría que lo dice en broma, pero está tan serio que no sé qué pensar—. Secretos de familia, ya sabes. —Se encoge de hombros.

Esta vez no me besa, aunque sí me sujeta las manos durante largos minutos.

Y todo, poco a poco, deja de temblar.

Yo sigo sin entender nada.

—Tengo sueño —susurro. Los ojos se me cierran por momentos, pero el agarre del Lord sobre mis manos se hace más intenso. Tira de mí hacia él, impidiendo que me recueste como tenía intención de hacer.

—Lo sé, pero no puedes dormir. Ahora no. —Algo en su voz suena tenso—. Tienes que vestirte —me urge—. Te he traído ropa —agrega, soltándome para coger la caja que ha dejado en la entrada al llegar.

Me llevo una mano a la cabeza, a la sien, que sigue palpitando. Poco a poco, el dolor va remitiendo.

—No me encuentro bien.

—Lo estarás. ¿Llevas el colgante? —pregunta. Me da la espalda, mientras hace no sé qué sobre mi escritorio.

¿El colgante?

Asiento, llevándome de manera inconsciente la mano hasta el cuello.

—¿Por qué?

—Sácalo.

—No si no me decís para qué.

—Sácalo o lo sacaré yo… —replica con una voz entre inquietante y ronca, con un deje oscuro que me eriza todo el vello.

Lo saco con celeridad. No estoy para calentamientos absurdos en este momento.

—Ven aquí… —murmura, acercándose. Coge el colgante, lo abre, e introduce lo que parecen varios pétalos machacados en él.

No puedo evitar aspirar el aroma.

—Huele a…

—Gardenias —acaba por mí la frase y clava su mirada en la mía, achicando los ojos con curiosidad—. ¿Lo recuerdas?

—Nunca me he quitado ese olor de la cabeza —confieso.

Sus ojos se abren con sorpresa, para después tornar su rostro inexpresivo.

—Tenemos que irnos. Cámbiate ya o nos meteremos en problemas —insiste, tirándome la caja sobre el colchón.

—¿Adónde vamos?

—Dekel nos ha invitado a su Mansión.

Se me corta la respiración.

—¡¿Qué?! —consigo gemir.

El Lord se vuelve hacia mí, seguramente preguntándose si me he cortado con la caja al abrirla. Al ver que estoy bien, anuncia:

—No podemos negarnos. Ha sido bastante claro al señalar que debíamos asistir los dos.

—Es una trampa —murmuro.

—Sí.

—¿Y aun así pensáis ir? Estáis tan loco como creía.

El Lord avanza hasta la cama e hinca una rodilla en el colchón, precipitándose sobre mí sin llegar a tocarme.

—¿Nos queda alguna opción, oh, sabia Sangre Sucia que cree que sabe más que yo de este mundo de dominación y supremacía?

Trago saliva con esfuerzo. Está demasiado cerca y me cuesta respirar con normalidad. Y pensar.

—Solo digo —trato de defender mi postura— que si Lord Mosley nos ha invitado a su Mansión es porque está detrás de los ataques. Fue su hermano el que vino a por nosotros en el bosque.

—No me digas…

—Y —prosigo, irguiendo la espalda para no sentirme acobardada por su estatura. Nuestras barbillas quedan a un palmo— no me cabe la menor duda de que ha contactado con vos para averiguar si seguís con vida. Si seguís vivo, es porque su hermano no. Sabrá que lo matasteis o que lo tenéis retenido en algún lugar.

—Muy hábil.

—Si vais a su hogar, acabará con vos —insisto, cabeceando.

—Y contigo, no lo olvides. Si tienes suerte —apunta, haciendo un movimiento con la mano para restarle importancia.

—Nunca he tenido de eso.

—Una desgracia —suspira de manera dramática.

—Os burláis de mí.

—¿Estoy siendo demasiado evidente? —Gira el cuello hacia mí, arrugando la frente al mirarme, aunque su actitud chulesca se difumina una milésima de segundo, lo suficiente para ser testigo de cómo un ramalazo de dolor atraviesa su expresión.

—No iré —afirmo—. ¿Os pasa algo?

—¿Te crees en posición de elegir? —sigue él como si nada, apartándose y poniéndose en pie.

Recuerdo entonces la sangre en el bosque. *Su sangre*. ¿Cómo lo había olvidado?

—Estáis herido.

—¿O acaso olvidas que no eres más que un frágil, hermoso e indefenso pajarillo?

—Dejad de llamarme así —me envaro, cruzando los brazos sobre el pecho. El abotargamiento ya es casi nulo. El Lord tiene la habilidad de conseguir que mi cansancio se convierta en enfado en apenas minutos—. Y dejad de moveros —me quejo, cuando, al acercarme, me aparta las manos para que ni siquiera pueda rozarlo.

—Deja tú de intentar tocarme.

—¿Ahora os da miedo? Cuando sois vos el que acortáis distancias no os veo tan asustado.

—No estoy asustado. En cambio, tú sí deberías estarlo, pequeño pájaro. Y antes de que digas nada, seguiré llamándotelo mientras sigas actuando como tal —se niega, señalándome con un dedo nada amistoso.

—No pienso acompañaros —repito. Aunque aprovecho para alzar las manos y agarrarlo por la pechera—. Y ahora, dejadme que…

—¿Y qué harás cuando me plante en la Mansión y vengan a buscarte aquí? Sola, sin protección…

—Como he estado siempre, querréis decir —murmuro, abriendo los botones de su camisa a la fuerza.

El Lord cabecea, sonriendo para sí.

—Qué ciega estás, *Parnavis*.

—No tanto como vos, al parecer… ¿Pensábais ir así a la Mansión? ¿Con estas heridas? —suelto un silbido de asombro al ver la sangre. Hay mucha, más de la que esperaba.

—Cicatrizarán en cuestión de horas.

—Si vais a meterme en una Mansión infestada de maníacos, borrachos, drogadictos y depravados, lo mínimo es que estéis en plenas facultades para poder defendernos.

—Ya decía yo que estabas siendo demasiado amable… —masculla entre dientes.

—En vista de que no puedo hacer magia y vos poseéis una varita, no creo que sea tan descabellado lo que digo —prosigo, arrastrándolo conmigo hacia la tina y obligándolo a sentarse en la única silla que hay en mi dormitorio, una básica, vieja e incómoda—. No os mováis.

Saco la pequeña bolsita de primeros auxilios que guardo bajo la cama, en la que tengo varias vendas, un líquido desinfectante y un pequeño frasco de cristal con brebaje cicatrizante.

Los ojos del Lord me miran con sospecha.

—¿De dónde has sacado eso?

—No puedo decíroslo.

—No puedes tener eso.

—¿Pensáis delatarme ante el Lord de esta Mansión? —me exaspero, poniendo ambas manos sobre la cadera en un gesto de indignación—. ¿O creéis que podéis mantener vuestra boca cerrada los escasos minutos que me llevará limpiar y desinfectar vuestras heridas de guerra?

Su mirada se ensombrece, aunque no me da la sensación de que esté enfadado.

—Así me gusta —asiento, fingiendo una entereza que no tengo e intentando que no note cómo me tiemblan las manos cuando le tiendo el frasco—. Bebeos esto.

—Pero no tienes más —observa, mirando el interior de la bolsita vacía mientras lo coge, aunque deja la mano en el mismo lugar, sin llevársela a la boca.

—A vos os hace más falta que a mí ahora mismo —replico, obligándolo a beber—. Y ahora estaos quieto.

Tras varios minutos en silencio, en los que solo nos acompaña el sonido de nuestras respiraciones y el roce sobre sus costillas y uno de los brazos, me aparto, satisfecha con mi trabajo.

—Ya podéis vestiros.

Suelta una bocanada de aire por los labios entreabiertos, me mira largamente y después dice:

—¿Sabes qué? No voy a obligarte a nada. Ya me he cansado de tu actitud enfadica, rebelde e inmadura.

¿Qué me acaba de decir?

—¿No querréis decir «gracias»?

—¿No quieres venir? No vengas —espeta, levantándose de la silla y caminando en dirección a la puerta—. En cinco minutos me voy. Con o sin ti. Ya sabes dónde están mis aposentos.

# Capítulo 40

## *Un error que puede costarte la vida*

Por supuesto, no ha cumplido su amenaza.

Yo me he quedado donde estaba, acostada en la cama, lamentándome por mi mala fortuna. Debatiendo si debía o no ir, o, en caso de que vinieran a buscarme, idear un plan de fuga.

Pero el Lord no es un tipo al que le guste que le lleven la contraria. Y, al parecer, le gusta aún menos que lo haga yo.

Así que ha aparecido pisando fuerte (juro que he temido por los tablones de madera del suelo), me ha agarrado por los hombros y me ha dicho con una calma que no se reflejaba en su rostro:

—O te cambias de ropa ahora mismo, o cuando te quite ese vestido vas a lamentar no haberlo hecho tú.

—¿Vais a golpearme? —me he envalentonado.

—Sabes que no —ha respondido con una sonrisa socarrona—. A menos que me lo pidas.

—No estoy para vuestras bromas sexuales de mal gusto.

—¿Quién ha dicho que sea una broma?

—Os odio.

—Genial. Pero hazlo mientras te cambias.

Y ahora aquí estoy. Sí. Habéis acertado. Con el Lord. El maldito Lord. Montada a caballo y yendo hacia una emboscada en toda regla.

Hasta donde sé, los Sangre Pura tienen sus medios de transporte, mucho más rápidos y estilizados, pero intentan usarlos lo menos posible en nuestra presencia. Lo que también usan mucho son criaturas voladoras para moverse por los cielos.

—¿No tenéis un dragón o algo así? —Como no contesta, prosigo —: Para llegar antes.

—Intento retrasar el encontronazo lo máximo posible —resume de manera escueta.

—¿Por vuestras heridas? —pregunto sin comprender.

—O para pasar el mayor tiempo posible cerca de ti —murmura pegándose a mi oreja.

Consigue que se me acelere el corazón, aunque hago lo posible por disimular que me ha cohibido.

—Olvida lo que viste —prosigue el Lord, todavía muy cerca, aunque ahora no sé de qué habla.

Tenerlo a mi espalda, con sus fuertes muslos apretando los míos y sus brazos rodeando mi cuerpo para tomar las riendas, me resulta excitante a la vez que incómodo.

—Lo que sucede en mi Mansión es… *moderado*. En la Mansión Mosley no se andan con medias tintas. Dekel siente una profunda animadversión hacia los Sangre Sucia y disfruta demostrándolo al mundo.

—¿Moderado lo que sucede en vuestras fiestas, Milord?

—No deberías llamarme así en estos momentos —gruñe, aproximando más sus labios a mi oído—. Estás demasiado cerca y hueles demasiado bien.

—¿El poder os excita? —prosigo. Me la estoy jugando, pero ahora mismo, dirigiéndome a una muerte casi segura, ¿qué puedo perder, la poca dignidad que me queda?

—Más bien tú.

—Me he dado cuenta de la extraña predilección que sentís hacia mí. Debe de tratarse de un escarnio para vos.

—Tú solo fuiste un error —concede.

—Un error que puede costaros la vida —replico.

—Uno de los grandes, ya ves.

—Y aun así aquí seguís, arriesgándoos.

—A veces merece la pena arriesgarse, incluso sin saber si lo que estás haciendo es suicida —confiesa.

Al hablar, se ha acercado tanto a mí que su aliento me acaricia el cuello. Cierro los ojos para regodearme con su contacto.

—Lo es —trato de salir del trance al que me ha llevado con su proximidad—. Y cuando os descubran, os repudiarán por traidor.

—¿Como ya ha pasado…? —se burla—. Los maté a todos, ¿recuerdas? No quedó nadie… ¿O acaso vas a denunciarme tú?

—Tal vez lo haga. Sería una buena venganza por todo lo que me habéis hecho.

—¿*Todo lo que te he hecho*? —Enarca las cejas—. Sorpréndeme.

Evito su pregunta, cambiando de tema.

—Además, no acabasteis con todos. Debe haber más aliados, por ahí, en las sombras.

El Lord guarda silencio, solo se escuchan los pasos del corcel al clavarse en la dura piedra. A veces pisamos algún charco, de las últimas aunque suaves nevadas. En la Demarca Drakheil, en la que se encuentra la Mansión Blackwood, no suele nevar casi y cuando lo hace la nieve se deshace a las pocas horas.

Una fuerte brisa me hace encogerme sobre mí misma y el Lord me atrae más contra su cuerpo, recolocando la capa que nos cubre.

—Una noche fría —dice sin más.

—¿No me creéis?

—¿Sobre qué?

—Sobre lo de los aliados.

—Sí.

—¿Sí, qué?

El Lord suspira. No es muy hablador que digamos.

—Claro que hay otros, pero sin saber quiénes son, vamos a ciegas.

*Vamos.* ¿Estamos juntos en esto?

—Eso es lo que podríamos haber averiguado si nos hubiéramos quedado en la Mansión. Pero claro, mejor venir a la de Lord Mosley y averiguar por qué intenta matarnos.

El Lord se ríe, o al menos su pecho se sacude como si lo hubiera intentado.

—Y dadme espacio, lleváis todo el camino clavándome la varita en las posaderas.

Esta vez sí le cuesta más contenerse. Aunque, en lugar de reírse, solo pasa su mano por mi cintura, acariciándome, y sube tocándome el pecho hasta sujetarme la barbilla. Me hace girar el cuello hacia él, acercando mi cara a su boca, y deja sus labios justo sobre mi oído:

—*Eso* no es mi varita, pequeño pájaro.

Un calor repentino me enciende, hasta tal punto que me noto jadear y sudar.

Sé que no es momento para pensar estas cosas, pero ¿y si no hay ningún otro momento?

Nuestra conversación debe interrumpirse porque a lo lejos vemos aparecer la entrada de la Mansión Mosley. Cuando quedamos a sus puertas, el caballo se detiene, cumpliendo una orden no verbalizada.

—Ahora mantén la calma —murmura el Lord, todavía sujetándome. Habla con la voz ronca y mi piel se eriza. Ojalá estuviéramos en otro lugar, en su dormitorio, por ejemplo—. Escuches lo que escuches y veas lo que veas, no creas nada. Y lo más importante: no te apartes de mi lado.

# Capítulo 41

## *La Mansión Mosley*

Uno de los guardias hace un asentimiento mudo y las grandes puertas de entrada a la Mansión se abren, dejándonos ante un jardín ostentoso y un camino de arena y piedra que conduce a la puerta principal.

Ese tonto deseo visceral que ha embotado mi organismo se esfuma a la misma velocidad con la que llegan a mí una infinidad de percepciones: olores, ruidos e imágenes de los invitados que hay en el jardín, que provocan una sensación similar al vértigo, sobre todo al ser consciente de que voy a entrar dentro de la Mansión y que ahí será cien veces peor.

El Lord capta mi estado. Antes de descender de la montura, me habla rápidamente:

—Todo va a salir bien.

«No es verdad», pienso. Y eso hace que mi corazón se encoja un poco más.

Otros dos guardias, indudables Sangre Turbia, aguardan, impasibles. A la señal del Lord, uno de ellos toma las riendas del caballo y se aleja llevándolo a los establos. El otro solo nos mira, con el rostro semicubierto y una expresión ladina en los labios.

En algún momento, Lord Blackwood ha echado a andar y se ha alejado de mí varios metros, internándose en el recibidor de la Mansión.

Pero estoy demasiado concentrada en lo que llega hasta mí ahora que la puerta principal se ha abierto: esa oscuridad que cala los huesos y quema la piel, como una ponzoña venenosa; el frío helador que desprende el suelo sin motivo aparente; la melodía hipnótica y caótica que se extiende por cada pasillo, con un ritmo lento, repetitivo, y una tonalidad sensual que me genera inquietud y,

de algún modo, excita, lo que solo consigue hacerme sentir aún más incómoda y avergonzada. Y también está el olor: a hierba quemada, a plantas, a sustancias prohibidas, a alcohol, a…

Me encojo sobre mí al ser consciente de lo que voy a presenciar.

Estoy paralizada, aún en la entrada.

En algún momento me he abrazado el cuerpo, y solo deseo echar a correr en el sentido contrario.

El recuerdo de la escena en la fiesta del Lord vuela a mi mente, de aquella mujer entre las piernas de Lord Mosley.

Y de algún modo, a pesar de no haber vivido nunca nada así, de no haber tenido relaciones con nadie, hay algo en el aroma que flota por toda la mansión que me hace pensar en ese momento.

—Camina más rápido —espeta con frialdad el Lord, parándose al notar mi ausencia a su espalda.

Al principio me sorprende su tono hosco, pero enseguida recuerdo dónde nos encontramos. Y aunque ante mis ojos solo hay un guardia observando, estamos entrando en la morada de uno de los hombres más poderosos que existen, y aquí hasta las paredes tienen oídos.

Saco fuerzas aún no sé de dónde y lo sigo. A su espalda, dejando unos pasos, ocupando mi lugar de humana repudiada por los de su estirpe y agachando la cabeza al andar, para reforzar esa imagen de sumisión que tanto les gusta. De pajarillo indefenso.

La música, los ruidos, los olores, las risas, van en aumento a medida que nos acercamos, haciendo que los latidos de mi corazón también incrementen el ritmo. Porque sé, o al menos imagino, lo que voy a presenciar, y mi cuerpo se tensa de forma anticipada. El cuello está rígido y mis dedos se crispan en un rictus que no puedo controlar. Aun así, trato de que mi rostro permanezca lo más imperturbable posible, reflejando una serenidad que no me acompaña por dentro.

Hay un gran arco al traspasar el vestíbulo principal, una especie de lona o cortina que debe estar imbuida con algún conjuro para que los sonidos queden *moderados*. Tan pronto el Lord hace un gesto con la mano —sin siquiera rozarla— y la tela se aparta, el sonido estalla.

No sé cuántas personas habrá aquí dentro, pero son más de las que he visto juntas en toda mi vida. Dudo que ni siquiera seamos tantos cuando organizan las sanguinarias Purgas en el patio.

Y lo peor de todo no es la cantidad de gente, sino la forma en la que estas se encuentran.

Danzando de manera desinhibida. Paseando desnudos. Frotándose unos con otros. Comiendo sobre el cuerpo de sus acompañantes.

Hay Sangre Sucia practicándoles sexo oral a Sangre Pura, mientras estos, a su misma vez, conversan con otros a saber de qué.

Otros de mi linaje están siendo golpeados con palos repletos de pinchos, siendo torturados sin rastro de piedad. Los Sangre Sucia que los hieren se ríen a carcajadas, les divierte verlos llorar y doblarse del sufrimiento, perdiendo la poca dignidad que les queda.

Algunos están siendo usados de mesa, apostados a cuatro patas mientras les hacen sostener enormes bandejas de plata con comida en sus espaldas.

Otros, visiblemente drogados o alcoholizados, intentan mantenerse en pie mientras se quitan la ropa ante abucheos y silbidos.

Hay una especie de anfiteatro, una zona habilitada para la lucha que está repleta de espectadores. Las monedas de oro van de aquí para allá, apostando por quién morirá antes. Algunos incluso se atreven a arrojárselas a los luchadores, sin preocuparse por el hecho de que pueden herirlos.

Me llaman la atención las varitas de los brujos que hay aquí, que me parecen tan raras… Demasiado blancas. Entonces, cuando paso cerca de un grupo de ellos y me apuntan "de broma" después de silbarme, comprendo lo que veo: no son varitas normales, están cubiertas de dientes y huesos humanos.

Pero hay más. Ahora que presto atención a mi alrededor, queriendo alejarme del espectáculo que están desarrollando los presentes, me fijo en que los tapices y varias alfombras están hechas de piel. Incluso, hay cuerpos colgados en las paredes, anclados con clavos en sus dedos y pies. Muchos de ellos han

muerto, seguramente de dolor; pero hay otros que siguen vivos, agonizando.

Esta gente no es normal. Está enferma. O loca. O ambas.

Pero lo peor es ver que aquí, en este horrible lugar, hay de los míos de todas las edades posibles. Jóvenes, adultos, ancianos… incluso niños.

Estoy tan asqueada, tan nerviosa, tan furiosa… No puedo ni pensar con claridad. Los sentimientos se me entremezclan, así como los pensamientos.

—Cala.

Una palabra. Solo una. Un nombre. El mío.

Alzo los ojos.

Y lo veo.

Está mirándome.

«¿Qué ocurre?», preguntan de algún modo sus ojos, que alcanzo a ver a través de la máscara que en algún momento se ha colocado, como muchos de los suyos.

Quiero hablar, pero no puedo.

El horror me supera.

El asco.

Siento náuseas.

Estoy muy mareada.

Creí que podría controlar esta situación, pero lo cierto es que es más de lo que podía imaginar.

El olor a cuerpos sudorosos, las risas, los gemidos, los jadeos, las conversaciones, la música. Pero, sobre todo, el olor. Ese maldito olor.

¿Hasta qué punto puede llegar una mente enferma para organizar algo así, para disfrutar de esto? ¿En qué momento nadie se presta a asistir, a participar, a…?

El Lord sigue ante mí, mirándome fijamente. Sin moverse, sin hablar. Sin prestar atención a nadie ni nada más. Solo tiene ojos para mí y adivino que está preocupado, a pesar de que su mirada destila una frialdad inusitada.

—Voy a…

No me da tiempo a terminar la frase.

Me inclino hacia adelante y mi estómago se vacía a sus pies.

# Capítulo 42

## *Ese momento de paz antes de la muerte*

Los oídos me pitan, aún veo borroso y se me saltan algunas lágrimas. Me paso la mano por la frente sudorosa, limpiándola, y después hago lo mismo con la boca, incorporándome lentamente.

—¿Has acabado? —pregunta con frialdad.

Le he vomitado los zapatos.

Le he vomitado los malditos zapatos al Lord.

Y han pasado más cosas, aunque tardo un rato en ser consciente de ello; el suficiente para que unas pisadas sonoras y profundas lleguen hasta mí, justo antes de que me aferren con fuerza por el cabello y me obliguen a enderezarme del todo.

—¿Te diviertes jodiéndonos la fiesta, puta Sucia de mierda?

Tardo unos segundos en poder reconstruir el rostro del ser nauseabundo que hay ante mí. No sé quién es. Creo que no lo he visto en mi vida. Aun así, su odio es tan profundo que se torna casi palpable. ¿Cómo alguien puede llegar a odiar a otro por un motivo tan accidentado como un vómito?

Ahora que he sido capaz de enfocar mi visión, también despierta mi sentido del oído. Y de la consciencia, de algún modo. Aunque la fiesta sigue, son muchos los ojos que miran en nuestra dirección y los dedos que nos señalan.

—Tienes las manos sobre algo que me pertenece, Rudagar —pronuncia el Lord de un modo tortuosamente lento y perturbador.

Como si mi ropa quemara, sus dedos se apartan de mí a la misma velocidad con la que han volado hasta ella.

—Cuida que tu putita no nos joda la fiesta a los demás, entonces —gruñe el brujo. A pesar de hablar con bravuconería, se encoge ligeramente sobre sí mismo. Tal es el poder y la fama que envuelven a la mano derecha del Rey de los Brujos.

El Lord se toma su tiempo para contestar. Primero solo lo observa, con esa mirada afilada, oscura y fría como el mismo hielo, clavando sus ojos grisáceos en los verdáceos de su oponente. Después, cierra los párpados, apenas un segundo, rompiendo todo contacto visual. Como si la situación tan solo le resultara aburrida. El tal Rudagar exhala el aire que estaba reteniendo, en un soplido ruidoso y que lo hace quedar en evidencia. Entonces el Lord vuelve a mirarlo y, al hacerlo, juraría que ha crecido dos palmos, los mismos que el otro ha encogido. Da un paso hacia él —hacia donde estoy yo, en realidad— y el Sangre Pura retrocede a su vez, quedando a mi espalda, como si pretendiera usarme de escudo.

—¿Insinúas que no sé cuidar de mis posesiones? ¿Pones en duda, acaso, el control que tengo sobre los integrantes de mi Mansión? Tal vez creas, en tu mente embotada por sustancias de dudosa procedencia y por el influjo de varios de esos fluidos que llevas encima —señala varios puntos en su escasa ropa, apenas una camisa semiabierta y unos pantalones sin abrochar—, que tú serías un mejor Líder.

»Hasta donde sé, nuestro Rey te negó tu propia Mansión y te destituyó de tu puesto como Vigía Jefe. Tal vez —repite el Lord, dejando que una sonrisa pausada se le extienda por el rostro, haciendo que todos sus dientes queden a la vista—, en lugar de estar ahora mismo aquí, ante mí, hablando de un tema que no te pertañe, deberías meditar en cuáles son tus opciones para mantenerte lejos de mis dominios y contactos. Porque puede que acabes de añadir tu nombre a mi extensa lista de víctimas.

»Ahora, yo que tú, disfrutaría de esta velada. Nunca se sabe cuándo puede ser la última —deja caer con acidez.

Dicho esto, clava su mirada en mí y espeta:

—Vamos. Ya me habéis hecho perder demasiado tiempo.

Saca su varita al mismo tiempo que echa a andar, sacudiéndola y haciendo que el vómito de sus zapatos se evapore en una ráfaga de aire controlado. Después dirige el aire hacia mí, haciéndolo pasar por mi rostro y manos, limpiándome también de la suciedad, no así del mal sabor de boca que se me ha quedado.

Me acerco a donde está, no queriendo quedarme atrás, rodeada de ojos que me miran con una mezcla de lujuria, sadismo y repulsión.

Mientras avanzo por la enorme sala, que bien podría ser un salón de baile que han decidido usar para otros fines más dantescos, siguen llegando a mí imágenes, sonidos y aromas que me hacen encoger las tripas.

Veo una figura arrodillada bajo el vestido de una Sangre Pura, puedo imaginar haciendo qué. Una pareja de hombres que se divierte maltratando a un joven con su magia, provocándole auténticos chillidos de dolor; mientras, el uno mete la mano en los pantalones del otro, masturbándose, riéndose y disfrutando del pánico que provocan. Hay una mujer danzando sobre varios cuerpos chamuscados. Está cubierta de sangre también, sus pies bailan sobre brasas ardiendo y ella solo danza, mientras la amenazan con múltiples varitas para que no se detenga.

Fijo los ojos al frente. En el Lord. Justo en su espalda. Pongo tal atención que el resto de la sala desaparece. Me concentro en lo ancha que es, en cómo se mueve, en los movimientos tan masculinos, fieros y seguros. En la forma en que se le marcan los omóplatos, las costillas, y en lo tersos que se ven sus hombros.

Tal vez porque sé que cada vez estoy más dentro de la boca del lobo y, aunque por una parte quiero pensar que estoy a salvo con el Lord, permito que mi mente vuele. A otro lugar. A otro momento. Uno de los pocos felices que he vivido en mi vida…

Estoy en el bosque.

Y todo está tan vivo.

Los gorjeos de los pájaros.

La brisa en la cara.

Y ese aroma.

A gardenias. Siempre a gardenias.

Está tan cerca de mí.

Y, aún en mi mente, abro los ojos y lo veo.

Tan hermoso que daña la vista.

Tan hipnótico que se me atraganta la respiración.

Y sus labios. Aún puedo paladear su sabor en mi boca.

Un beso por el que perdería la cabeza… si es que no lo he hecho ya.

Ojalá poder volver a ese momento, en el bosque, con él, con la idea de que mis padres estaban vivos, con la idea de que… podía volver a comenzar.

¿Qué estúpido, no?

Algo impacta en mi cara o, más bien, mi cara impacta contra algo. Me acabo de estampar contra la espalda del Lord.

La calma me abandona al volver a ser consciente de dónde estoy. Me había sumido por completo en el recuerdo, en ese momento de paz antes de la muerte. Como si hubiera aceptado mi destino y solo quisiera irme de este mundo con un bonito pensamiento en mente. Qué trágica puedo ser a veces.

—¿A qué juegas? —masculla, irritado, a la vez que se gira hacia mí.

—Solo me he tropezado —espeto, tratando de que no perciba lo avergonzada que estoy al ver la dureza con la que me mira.

—Andabas con los ojos cerrados —prosigue. Enarca ambas cejas en una muda incógnita.

—No es cierto. —¿Lo he hecho?

El Lord alza un dedo y se lo lleva a los labios en un gesto de silencio. Luego, señala hacia la puerta que hay ante él.

—Vamos a entrar al reservado de Dekel. Ahora sí, necesito que mantengas los ojos bien abiertos.

Por toda respuesta, los achico, mostrándole así que, aunque su comentario trata de ser divertido (a mi costa, para variar), no le pillo la gracia. Menos en este momento.

Entonces, hace lo más imprevisible. Achica también sus ojos, imitándome, y tras esbozar una pequeña sonrisa ladeada, susurra:

—No lo olvides. Veas lo que veas y oigas lo que oigas, no lo creas. Y lo más importante —repite lo que dijo horas atrás—: no te apartes de mi lado.

# Capítulo 43

## *Oscuridad*

Tengo que prepararme mentalmente para lo que encuentro a continuación.

Desagradable es una palabra que se me antoja banal. Se queda corta. Lo que hay al otro lado, en realidad, es peor que lo que he estado viendo por los pasillos: descontrol. Esa es la palabra. Descontrol en cualquiera de sus ramificaciones.

El reservado de Dekel es más que una bifurcación de lo que hemos dejado atrás.

Aquí, la oscuridad campa a sus anchas.

Hay serpientes reptando por los suelos, enroscándose en los tobillos de quienes están a punto de ser devorados, de una u otra manera… El aire está saturado de incienso, uno negro, espeso, con sabor a óxido. Las columnas se aprecian de una viscosidad que me revuelve el estómago y, cuando avanzamos cerca de una de ellas, no me queda ninguna duda de que hay una especie de piel, indudablemente humana, pegada a ella. Penden de las paredes candelabros formados por huesos; algunos de ellos aún conservan retazos de sangre. La cera de las velas es negra y, cuando cae al suelo, chorrea formando un charco de lo que parece sangre coagulada. En los cuadros se ven imágenes congeladas en el tiempo de escenas de tortura, orgías o pactos con criaturas del Vacío.

Aparto los ojos con rapidez cuando siento que una de esas pinturas me mira directamente a mí.

Corre un rumor en la Mansión Blackwood, no sé qué tan cierto será… Pero dicen que este tipo de cuadros están malditos y que conservan el horror de esas criaturas del Abismo. El miedo tiene un olor especial, y si te quedas mirando uno de estos y lo sientes, despiertas parte de la conciencia que guardan. Si lo miras, estás

perdido. Una vez tus ojos conectan con los de la criatura representada, empezarás a verla en tus sueños. Sentirás que te siguen allá adonde vayas. Y no te dejará en paz hasta que le entregues algo a cambio. ¿El qué? Lo desconozco. No quise saber más. Solo me aseguré de agachar la mirada cada vez que pasaba cerca de ellos.

¿Será real? ¿Acaba de mirarme ese cuadro de verdad? ¿O es pura sugestión? Estoy tan nerviosa ahora mismo que no sé qué pensar.

El Lord sigue avanzando, y yo con él.

En realidad, apenas hemos andado unos pasos, pero siento como si lleváramos aquí dentro horas.

La sala privada de Lord Mosley no debe ser tan grande, no obstante, hay *algo* en su atmósfera que la hace más amplia, más profunda, como si al cruzar el umbral hubiéramos viajado a otro lugar. Uno más espeluznante si cabe.

Y luego están… No puedo creerlo. ¿Cómo no había reparado antes en ello? En ellos…

Jaulas. Muchas jaulas. Las había visto al entrar, pero no me había fijado en lo que contenían.

Tengo que hacer un esfuerzo hercúleo por controlar el jadeo que quiere escapar de mis labios. El lamento. Las ganas de llorar.

Porque hay niños. O lo que queda de ellos. Se asoman con sus pequeños y escuálidos rostros, muchos de ellos deformados por maldiciones. ¿Cómo han podido hacerlo? ¿Cómo han sido capaces de hacerles algo así a unas criaturas tan pequeñas e inocentes?

Algo se rebela en mi interior.

Quiero quemar esta maldita Mansión.

Quiero quemarlo todo.

Entonces, un roce.

No sé muy bien de dónde proviene, pero siento una calma instantánea.

En algún momento, he vuelto a cerrar los ojos. Es una acción que no controlo, automática, que hago cada vez que me siento en peligro. Como cuando eres pequeño y piensas que por cerrar los ojos el monstruo no sabrá dónde te escondes.

Los abro, sabiendo que antes o después tendré que enfrentarme a lo que hay aquí. Y que mis sentimientos no tienen cabida ahora mismo. Porque, ¿qué podría hacer una simple Sangre Sucia como yo contra toda una horda de brujos asesinos?

Y al hacerlo, soy consciente de que, de algún modo, se ha hecho el silencio. La quietud. No sé en qué momento hemos llegado hasta donde está Lord Mosley, pero ahora mismo estamos plantados ante él, y todos nos observan.

Y el roce… Observo con disimulo por encima del hombro, donde siento al Lord pegado a mí. ¿Me ha tocado la mano porque ha notado mi agitación? No podría jurarlo, ya que tiene la vista al frente con el rostro inexpresivo, ahora que se ha quitado la máscara.

Sigo el curso de su mirada  y me topo con los ojos oscuros de Lord Mosley, clavados en mí. Esos ojos que prometen dolor y gritan miedo, en un rostro que podría haber definido como hermoso si no rezumara maldad por los cuatro costados.

—Bienvenida, Velanith.

# Capítulo 44

## *Serpientes y mariposas*

El Lord de esta Mansión, Dekel Mosley, se halla acomodado en una estructura flotante de mariposas negras. En cuanto las veo, detecto que hay algo anormal en ellas. Despiden destellos oscuros, formando una aureola oscura alrededor del brujo. Están entrelazadas entre sí, generando un respaldo orgánico y cambiante que lo mantiene elevado, sin tocar el suelo.

Se ve como un dios, o imagino que eso es lo que pretende aparentar: esa superioridad, ese poder. El efecto es hipnótico, ya que parece estar todo el rato en movimiento.

Se reiteran en mi mente sus palabras de saludo.

«Velanith», repito para mí. No cabe duda de que se refería a mí, puesto que no ha dirigido una sola mirada hacia el Lord, quien sigue estático a mi espalda. ¿Pero qué narices ha querido decir?

Siento una opresión en el pecho. Aunque tampoco sé debido a qué. Estoy deseando poder desandar mis pasos e irme, pero para ello, tengo que fingir mejor que nunca una sumisión que no se corresponde a la rabia que arde en mi interior.

Tal vez, si pudiera quedarme con Lord Mosley a solas… Tal vez, solo tal vez…

«¿Para hacer qué, exactamente? Has tenido muchas oportunidades de acabar con Blackwood y aquí sigue», me replica una vocecilla odiosa.

«Porque nunca he ido en serio con él», me sorprendo respondiendo.

¿Será verdad? ¿Nunca he pretendido asesinarlo?

—Curiosas palabras para recibir a una Sangre Sucia que te repugna, Dekel —las palabras del Lord interrumpen el hilo de mis pensamientos.

Me giraría hacia él para ver qué cara pone, o intentar adivinar cuáles son sus intenciones, puesto que su voz, monótona, fría hasta cierto punto e inquietantemente calmada, no da pie a saber por dónde va a salir.

—Yo no usaría exactamente la palabra *repugnar* para definir lo que me provoca, amigo Donovan —dice él por toda respuesta y, por si queda la menor duda a lo que insinúa, se reclina hacia delante en su trono de oscuridad, intensificando la mirada que mantiene sobre mí.

Un escalofrío me recorre todo el cuerpo al darme cuenta de que ese acto no es una simple acción. Es un desafío. Para el Lord. Para mí. ¿Quién sabe?

Lord Mosley está jugando. Y si lo que pretende es ponerme nerviosa, lo está consiguiendo con creces. Tampoco ayuda mucho este ambiente incómodo, en el que me siento alerta y las ganas de huir crecen por momentos.

El brujo, como si de pronto recordara que no estamos solos, vuelve a recostarse, desviando un momento su atención hacia los alrededores. Hace un movimiento difuso con la mano, un gesto que interpreto como una concesión para que continúen con su fiesta. Los ojos de los invitados empiezan a despegarse de nosotros y vuelven a lo suyo: a sus bebidas, a sus conversaciones, a sus abusos, a sus drogas; a sus excesos, en resumidas cuentas.

Se acomoda, con una calma que solo consigue alterarme aún más, y después se peina el ondulado cabello moreno hacia atrás, ayudándose de los largos y blanquecinos dedos.

Lo he dicho con anterioridad y lo repito ahora: Lord Mosley sería hermoso si su mera presencia no provocara en mí un miedo y repulsión visceral. No tiene nada que ver con su aspecto, sino con el aura que rezuma, con esa perversidad que arrojan sus oscuros ojos y esa forma de observar a cada persona, como si le perteneciera. Es nauseabundo. Como él.

Un movimiento serpenteante capta mi atención, así como la de Lord Mosley. La pequeña criatura repta por el suelo, avanzando hacia mi pie derecho y enroscándose alrededor de mi tobillo. Contengo la respiración al notar la frialdad de su tacto. Ahora mismo

tengo miedo, aunque no pienso demostrarlo. La criatura irradia un tipo de energía antinatural que me hace saber que no es una simple serpiente, sino que está dotada de alguna cualidad mágica, lo cual me lleva a pensar que no conllevará nada bueno.

Cuando vuelvo a mirar al brujo apostado en su trono, este me mira con una mezcla de curiosidad y expectación. Está esperando a que algo pase. ¿Pero el qué?

Una sonrisa asoma a su rostro al saberse observado.

—Donovan, tengo algo para ti —anuncia en viva voz, a pesar de que no lo mira en ningún momento a él. Yo, capaz de palpar el tacto del peligro en cada uno de sus rasgos, no me amilano y mantengo el contacto visual, aunque una vocecilla me urge a agachar la cabeza. Y huir. Sobre todo, huir—. Te espera en la habitación contigua.

Mi corazón se detiene al escuchar sus palabras.

«¡No!», quiero gimotear. «Va a separarnos».

Venir aquí ha sido un error. ¿Qué hará conmigo si el Lord se marcha? Sus ojos no dejan mucho lugar a la imaginación, y un escalofrío me recorre el cuerpo, desde las manos hasta los hombros, al recrear en mi mente las cosas que podría hacerme.

Porque por mucho que haya intentado convencerme, *no tengo nada que hacer contra él*.

—Seguro que ese *algo* puede esperar. Primero me gustaría saber para qué nos has hecho venir —replica en el mismo tono estático y desapasionado. A pesar de ello, noto una breve vibración, quizá una ínfima nota de preocupación, como si se viera maniatado y no pudiera seguir eludiendo lo que Lord Mosley quiere que haga: marcharse, dejarnos a solas.

El brujo se permite reír de manera relajada, consiguiendo que su risa cause el efecto contrario en mí.

—¿No puede alguien invitar a su amigo de manera desinteresada para que disfrute de una buena fiesta? Como en los viejos tiempos… Un regalo para el favorito del Rey. —Lord Mosley se reclina, ahora sí, centrando toda su atención en él. Apoya los antebrazos en los reposamanos, entrelaza sus dedos sobre el regazo y pregunta con una tranquilidad deliberada—: ¿O acaso debería haber algún otro motivo por el que os haya hecho llamar?

La serpiente, retorcida sobre mi piel, sigue su escalada. Ya ha pasado la altura de la rodilla y está empezando a invadir mi muslo. Sube, sutil, zigzagueante, silenciosa y dejando su rastro viscoso. Aun así, nadie hace amago por quitármela de encima y yo sigo sin tenerlas todas conmigo de si debería o no apartarla. ¿Y si se trata de una prueba? ¿Qué debería hacer?

Tengo el presentimiento de que algo está a punto de pasar. O quizá ya esté pasando. Solo me inquieta el hecho de no saber qué es, o de dónde proviene la amenaza. Hay una oscuridad, un peligro cerniéndose sobre nosotros.

Y yo, ¿qué se supone que tengo que hacer en todo esto? ¿Cuál es mi función? ¿Qué papel he de desempeñar?

Una gota de sudor frío me resbala por la sien y entreabro los labios al acusar la falta de aire. Debo haber contenido la respiración de manera inconsciente, concentrada como estoy en hallar el origen del mal que acecha.

Entonces, un gemido. No uno de esos sexualizados, no una explosión de placer que escapa de la boca. Uno muy distinto. De angustia. De pánico.

Mis ojos se mueven a suma velocidad, escrutando entre las sombras de la sala, buscando la procedencia.

Hay un brujo riendo de manera perversa frente a una de las jaulas colgantes. Y ahora, por más que haya querido fingir que no veía lo que había dentro de ellas, no puedo seguir haciéndolo.

Ha abierto la puerta y mete sus dedos, como garras, dentro, hurgando para atrapar las piernas escuálidas de una niña mientras le sonríe con esos dientes sucios y asquerosos.

Me sobreviene una arcada al imaginar lo que ese cerdo puede pretender hacer con la pequeña.

Y en lo que tardo en reponerme y comprender que en este lugar infesto, lo que ronda mi mente es lo *normal*, el brujo ya la ha alcanzado y la arrastra por los barrotes del suelo de la jaula, sacándola fuera mientras la niña gimotea y llora, a pesar de que nadie acudirá a sus llantos.

O nadie iba a hacerlo.

Suéltala.

# Capítulo 45

## *Morir no es una opción*

No he levantado la voz.

Ha sido apenas una orden clara, bien modulada. Pero cuantos hay en la sala se detienen, sorprendidos al ver dónde estoy. El mismo brujo parece no dar crédito al ver que estoy apostada a su lado, sin haberse percatado de cuándo he llegado hasta ahí. Quizá solo se deba a que nadie esperaba que una situación como esta pudiera darse.

Solo dos pares de ojos, silenciosos, han seguido mis pasos. Y ahora ambos me observan, expectantes. Ni Lord Blackwood ni Lord Mosley tienen la menor intención de detenerme, cada uno por sus propios motivos.

—¿Qué has dicho?

No sé si las neuronas no le funcionan correctamente o sigue en estado de *shock* al ver que alguien de mi calaña osa enfrentársele.

La niña, de quien apenas asoman los piececillos fuera de la jaula, se retuerce hasta lograr soltarse y corre a cobijarse, hecha un ovillo, en el fondo opuesto. Su carne, o la poca carne que tiene pegada al hueso, se incrusta en los barrotes, como si quisiera fundirse con ellos, cruzarlos y desaparecer.

Por suerte para ella, ahora toda la atención del viejo baboso ha recaído en mí. Sus ojos, inyectados en sangre, han doblado su tamaño; los tiene tan abiertos que, de un momento a otro, podrían saltarle de las cuencas y ni se enteraría.

En otras circunstancias, puede que hasta me diera pena.

«Solo es un señor anciano», pensaría. Pero este me causa cualquier cosa menos compasión. Ganas de matarlo, por ejemplo. Las mismas que él parece tener de acabar conmigo.

Es enjuto, grotesco y con una inquina que se le huele a kilómetros. Aparte del olor a sudor y la cantidad de alcohol que debe llevar en su organismo y que le exhuda por la piel.

—Tal vez deberías enfrentarte a alguien de tu tamaño —replico.

El gesto del brujo me provocaría una carcajada de no estar jugándome la vida. Pestañea mientras intenta mantener los ojos abiertos para seguir aniquilándome con ellos, lo que provoca que acabe bizqueando y pareciendo más patético que amenazador.

A todo esto, la serpiente sigue retorciéndose bajo mi vestido. Se ha acomodado en torno al muslo y abraza mi pierna como si se tratara de una segunda piel. Extrañamente, está en calma. A la espera. Pero, de algún modo, ya no me causa temor. Solo intriga.

No puedo seguir pensando en ello ahora mismo, ya que frente a mí hay un Sangre Pura que parece a punto de arrojarse sobre mí para estrangularme con sus propias manos, sin hacer siquiera uso de la magia.

El viejo brujo deja de hacerme "gracia" cuando veo que saca su varita.

—¿Te atreves a hablarme de esa manera, asquerosa Sangre Sucia? ¡Te mataría ahora mismo! —brama mientras me apunta. Habla con tanta furia que varios chispazos salivales se le salen por la boca, provocándome una nueva oleada de asco—. Lo haría, pero se me ocurren unas cuantas formas en las que mis amigos pueden hacértelo pasar aún peor. ¿No es así, compañeros? —inquiere, echando una ojeada hacia su espalda.

Varios Sangre Pura, que ya estaban acercándose para disfrutar del espectáculo que estamos brindando, asienten con grotescas sonrisas.

Vale, ya no le encuentro pero que ninguna gracia al viejo. A pesar de que siempre se me ha dado bien meterme en problemas, esta vez la he pifiado pero bien.

Busco con la mirada al Lord, quien se halla apostado a un metro escaso del trono de Lord Mosley. Ambos me miran: el Lord con ese rostro inexpresivo que habitúa a mostrar; Lord Mosley, con diversión. Está tirado en su trono, disfrutando. Solo le faltan un par de siervos abanicándolo y alimetándolo mientras asiste al espectáculo.

Tengo que pensar algo. Rápido.

Si el brujo me lanza algún conjuro desde donde está, uno de esos para inmovilizarme, estoy perdida. No tengo ahora mismo nada con lo que escudarme y, en caso de que pueda sortear el primer encantamiento paralizador, dudo poder esquivarlo una segunda vez antes de ponerme a salvo.

¿Qué hago, me oculto tras una columna? Hay decenas de Sangre Pura aquí dentro. Es cuestión de segundos que ellos también saquen sus varitas y decidan unirse a la caza.

No. Tengo que pensar en alguna otra manera. Una mejor.

La serpiente, que había permanecido en un extraño dormitar alrededor de mi muslo, comienza a moverse. Sigue subiendo por mi cuerpo, aunque lo hace de tal manera que más bien parece una caricia. Pasa por mi piel con cuidado, cautelosa, lenta, delicada.

Mientras, los Sangre Pura continúan aproximándose.

—Retira tus palabras —ordena el brujo. Su varita sigue apuntándome, pero hace algo más: se acerca. Avanza hacia mí hasta que nuestros pies quedan separados por apenas un palmo y su varita se mantiene, amenazante, suspendida en el aire, apuntando directa al punto exacto entre mis ojos.

Es una afrenta.

Podría tomármelo como una confirmación de lo que está por pasar: van a matarme. Van a matarme, y de la peor manera. Me harán sufrir.

Pero no me lo tomo así, sino como un reto.

Si voy a morir, no pienso hacerlo dándoles lo que quieren: mi miedo.

No hay rastro de temor en mis ojos cuando alzo la barbilla con seguridad y respondo.

—No.

Un cuchicheo recorre la sala.

Ya nadie hace nada que no esté relacionado con observarnos y escucharnos.

«Están flipando», diría Nahira.

Imagino los pensamientos que rondarán sus cabezas:

«Qué Sangre Sucia más estúpida…».

«Buscando así su propia muerte…».

«Hay que darle una lección».

Pero cuando te arrebatan la libertad, cuando te privan de decisión, cualquier momento como este estalla en milésimas de segundo. Y luchas por demostrar que no vas a seguir jugando a su juego más tiempo. Al menos, no siguiendo sus normas.

—¡Te arrepentirás de tus palabras! —escupe.

El primer fogonazo de magia sale disparado de la punta de su varita.

Uno.

Me agacho para esquivarlo, salto hacia un lado y ruedo por el suelo, tal como había recreado en mi mente.

Y, tal y como imaginé, descarto la idea de echar a correr hacia las columnas.

Varios brujos ya buscan sus varitas, y algunos se han quedado paralizados al ver lo rápido que me he movido para impedir que el conjuro me alcanzara.

Quizá no sepa luchar cuerpo a cuerpo, pero huir se me da de lujo.

La serpiente sigue ascendiendo.

El anciano brujo se recompone de su estupefación al ver que sigo ilesa.

Me pongo en pie.

Él mueve su brazo en el aire, buscándome con su varita.

La coreografía es perfecta.

La serpiente llega hasta mi hombro justo cuando yo estiro el brazo hacia adelante.

El brujo se detiene al encararme con su arma mágica.

Yo hago lo mismo al colocarme y fijar mi objetivo.

Un segundo fogonazo es expulsado de su varita.

Al mismo tiempo que la serpiente se arroja, baja a suma velocidad por mi brazo y salta desde mis dedos extendidos.

La serpiente y la magia están a punto de estrellarse, pero la serpiente ha saltado más arriba, así que no se encuentran.

El salto le permite alcanzar el cuello del brujo en cuestión de segundos, aferrándose a él e hincando sus incisivos.

—¡Hija de puta! —grita él.

La magia está a punto de alcanzarme, pero una corriente gélida, como una pared, hace un barrido y provoca que esta se desvíe hacia otro punto. Impacta en uno de los Sangre Pura más adelantados. Este se retuerce de dolor en el suelo, mientras uno de sus brazos se desintegra como si le hubiera caído ácido encima.

Mientras, el brujo anciano trata de defenderse de la serpiente. Su varita ha caído al suelo, y mi mente, aunque difusa y alterada, me insta a correr hacia ella. Antes de que ponga mis pensamientos en orden, mi cuerpo ya ha emprendido una carrera hacia la varita, acuciado por la adrenalina.

Varios proyectiles mágicos caen a mi alrededor, disparados desde distintas varitas y puntos de la sala mientras corro.

Cuando estoy a punto de alcanzarla, una energía me empuja con fuerza, lanzándome contra una de las paredes. Acuso la falta de aire en los pulmones y, al rebotar y caer al suelo, me aferro las costillas, tratando así de mitigar el dolor.

—Ya es suficiente —clama Lord Mosley.

No me había dado cuenta de la cantidad de ruido que se había apoderado de la sala: gritos, maldiciones, chillidos de dolor, el miedo de los niños que ocupan las jaulas flotantes…

Y tan pronto como él habla, todo queda en silencio.

Escucho un par de pasos, lentos y cadenciosos. Cuando levanto la vista —sin soltar todavía mis costillas doloridas y en una posición vergonzosa en el suelo, igual que un cánido—, me encuentro con el rostro de Lord Mosley muy cerca del mío.

Lo peor de todo es que está visiblemente excitado. Y eso solo puede traerme problemas.

# Capítulo 46

## *El peligro acecha*

—Fuera —dice únicamente.
Por un momento pienso que se dirige a mí, pero esa ilusión se evapora al ver cómo el resto de gente empieza a caminar en dirección a la salida.
Mi corazón se acelera, augurando que algo aún peor está por pasar.

—Tú también, Donovan.

Desde mi posición en el suelo, en una postura humillante y que solo enaltece la superioridad de Lord Mosley, me atrevo a dirigir una mirada hacia Lord Blackwood.

Sigue apostado en el mismo lugar. Estático. Igual que sigo sin poder descifrar sus emociones, amparado como se halla tras esa máscara de indiferencia que lo caracteriza.

Además de eso, sigo intentando comprender qué ha pasado. ¿Cómo he logrado que la serpiente hiciera exactamente lo que yo quería? No solo eso. Es que estoy segura de que no le he ordenado nada. Ha sido más bien como si se hubiera fusionado de algún modo con mis sentimientos, con mis necesidades, y ella sola hubiera tomado la decisión de cometer su fatal acto. Prueba de ello es el cuerpo inerte del anciano brujo en el suelo…

«Veneno. Todas estas serpientes portan un veneno mortal», comprende mi mente aún embotada, observando la cantidad de serpientes que moran a sus anchas por las baldosas de piedra de la sala.

De la serpiente que me ha ayudado no hay ni rastro. Imagino que alguno de los Sangre Pura se habrá hecho cargo de ella, o tal vez esté por el suelo también, al acecho.

¿Y qué hay de la racha de aire que ha redirigido la magia, protegiéndome? ¿Quién me salvó? ¿El Lord? ¿Cuál de ellos?

—¿Acaso pretendes deshacerte de mí, querido amigo? —pregunta con frialdad el Lord, devolviéndome al presente.

Lord Mosley se vuelve hacia él, provocando que varios mechones de cabello moreno ondeen en el aire al hacerlo.

—Oh, mi viejo y querido amigo Donovan. —Se incorpora, alejándose de mi lado, y se coloca en pie. Después, abre sus manos con amplitud, en actitud bonachona.

No acierto a saber cuál de los dos es más cínico.

—He de tratar ciertos *asuntos* en privado con tu Sangre Sucia —prosigue él, con una gran sonrisa en el rostro que en nada concuerda con la velada amenaza que tiñe sus ojos oscuros.

Y desconozco si lo hace de manera inconsciente o no, pero lo cierto es que da un nuevo paso hacia mí. Está tan cerca que sus caderas quedan a la altura de mi cabeza y sentirlo tan cerca me provoca un escalofrío desagradable, una sensación de frigidez, como si pudiera anticiparme a lo que podría sucederme en esta posición.

Haciendo un esfuerzo por no lanzarle una dentellada al gemelo y salir corriendo, subo una rodilla y coloco el pie en el suelo, poniendo mi mano sobre el muslo para hacer fuerza y a duras penas ponerme en pie. El batacazo ha sido importante.

—Tal como dices, se trata de *mi* Sangre Sucia —responde de manera gélida, recalcando el posesivo. A pesar de ello, su semblante sigue sin sufrir la más mínima variación—. Si pretendes follártela, antes tendrás que pedirme permiso. Y ya sabes que nunca me ha gustado compartir mis juguetes, ni siquiera cuando éramos pequeños.

Que hablen así de mí, como si no estuviera presente o no tuviera el más mínimo derecho a opinar sobre lo que quiero o no hacer, me recuerda en qué posición estoy. En la de que, si a *mi Lord* se le antoja, habré de dejarme avasallar por el perverso Lord de la Mansión Mosley. En la de que, en el mundo de los Sangre Pura, no soy más que carnada. Un cuerpo. Disfrute. Una posesión. Una moneda de cambio.

Lord Mosley abre la boca para replicar, aunque en ese momento un sonido de tacones lo interrumpe.

—Tu prometida no podía esperar más, amigo Donovan —se regodea Mosley.

A mí se me para el corazón.

¿Prometida?

Los tres nos volvemos hacia la figura que avanza con una seguridad arrolladora hasta donde estamos nosotros.

—Me he cansado, Dekel. ¿No decías que ibas a mandar a Donovan conmigo? Mmm… Mira quién está aquí. Pero si es la putita patética de la Mansión.

No doy crédito. Si me pincharan ahora mismo, ni sangraría.

Se trata de Lady Perkinson.

Y no viene sola.

Nahira está con ella.

# Capítulo 47

## *Lo siento*

—¿Nahira? —Es lo único que soy capaz de pronunciar. Es más un balbuceo incomprensible que una cuestión como tal.
Sigo completamente bloqueada por las palabras de Lord Mosley. ¿Lady Perkinson es la prometida del Lord? Ahora, la imagen que vi en su dormitorio, de ellos… Bueno, manteniendo relaciones, cobra sentido.

Pero entonces… ¿Yo qué? ¿Qué soy yo? ¿Qué significo? ¿Le he importado en algún momento? ¿Ha estado jugando conmigo?

«Por fin empiezas a comprender… Que tú solo eres un ser insignificante y minúsculo en un mundo de gigantes. No le importas a nadie. Nunca lo has hecho. El Lord solo ha jugado contigo, se ha divertido. Se casará con ella y se olvidará de ti».
Nahira, al contrario, no parece nada sorprendida de encontrarme aquí. Lo que solo refuerza mis sospechas cuando esquiva mi mirada y se queda con los ojos clavados en las puntas de sus pies.
La Sangre Pura mantiene su varita fuera, de la que sale una especie de hilo purpúreo, cargado de magia, que llega directamente a las muñecas retenidas de mi compañera. Así la ha traído hasta nosotros. Y, aparte de eso, su rostro está magullado, puedo verlo incluso ahora que no me mantiene la mirada. Lleva algunos cortes en la cara, el cabello revuelto y desordenado al que le faltan algunos mechones y tiene un feo tajo a la altura del antebrazo, por no hablar de las ropas destrozadas.
¿Qué está pasando?
Las serpientes que hay dispersas por la sala, como si notaran que el ambiente se ha enrarecido o el nivel de peligro aumenta, viran su serpenteo por el suelo. Empiezan a congregarse a nuestro alrededor, cercándonos, formando un óvalo irregular. No se detienen, sino que

oscilan entre las columnas, entre nuestros zapatos, aunque no parecen llamar la atención de nadie más que la mía.

—Oh… ¿Sorprendida, Sangre Sucia? ¿Al fin te das cuenta de que no eres tan lista como te crees? —Hace pucheros Lady Perkinson. Se vuelve a mirar a Nahira, procurándole un doloroso codazo a la altura de las costillas—. Cuenta a Dekel lo que sabes. Se alegrará de escucharlo. Puede que hasta te deje salir con vida esta noche de aquí.

Trago saliva con esfuerzo. ¿Acaba de amenazar de muerte a Nahira? Y… ¿qué es lo que va a contar?

—Habla —gruñe Lady Perkinson. Corta el hechizo aprisionador solo para lanzar unos chispazos hacia el cuerpo de Nahira, quien chilla de dolor mientras se encoge—. He pillado a esta zorra intentando escapar de la Mansión —anuncia, volviéndose hacia ambos Lords. Le arroja varios chispazos más, esbozando una sonrisa sádica—. Estaba muy preocupada por tu putita —añade agriando el rostro al dirigirse al Lord.

Lord Blackwood no dice nada. Observa con la misma indiferencia que es habitual en él.

—Me he dado cuenta de que tenía las uñas llenas de mierda —explica—. Tierra. Así que ha sido cuestión de indagar… y unir sucesos —se regodea. Está pletórica, orgullosa de sus deducciones —. Me ha llevado hasta uno de los jardines, donde la muy asquerosa había escondido… —Hace una pausa teatral— esto.

Un aleteo de su varita y un saco sucio que había a sus pies vuela por la sala hasta caer frente al trono de Mosley.

—La ropa desaparecida y la comida robada de las cocinas —murmura antes de que nadie tenga ocasión de acercarse a comprobar de qué se trata—. Viste cómo castigaba a aquellos pobres e inocentes Sangre Sucia y no hiciste lo más mínimo por impedirlo —me ataca, girándose hacia mí y dramatizando sus gestos —. No eres tan compasiva como quieres hacer creer. Eres egoísta. Prefieres salvar tu culo y que otros mueran por ti.

Sus palabras duelen. Duelen porque son verdad.

—No solo eso. Esta zorra —le atiza una patada a Nahira, empujándola— ha querido jugar conmigo, pensando que era más

lista que yo… —Se relame los labios, observándola, tan minúscula, tan indefensa—. Lo hemos pasado bien, ¿verdad, zorra?

Nahira no reacciona.

Yo estoy perpleja. ¿Ha estado acostándose con Lady Perkinson? ¿Por qué?

—Pero no te has dado cuenta de con quién jugabas. Siempre he ido un paso por delante de ti. Me ha contado cosas…, pequeños secretos.

Se me encoge el estómago al escucharla.

—Como que era la primera vez que la Sangre Sucia iba a una fiesta. ¿Qué extraño, no crees, Dekel?

Lord Mosley asiente, despacio. Me mira con ojos calculadores.

—Muy extraño —concuerda.

—O… que no ha habido hombre que la haya desvirgado aún.

—No me digas —se relame el Lord.

—Sin embargo, a mí Donovan me aseguró que sí lo había hecho. Tal y como tenía encomendado… Una de las órdenes de nuestro Rey. Y ha mentido al respecto. Me pregunto por qué. —Lady Perkinson se vuelve a encararlo—. ¿Por qué te jugarías el cuello, Dony? ¿No será para proteger a tu putita, verdad? Sabes que tenemos prohibido enamorarnos de nuestras mascotas —le recuerda, haciendo de nuevo ese estúpido puchero infantil.

Nahira, a su espalda, tiembla.

—Y me contó algo más. —Alza la voz al decir esto. Se vuelve a los presentes en la sala, clavando sus ojos en mí—. Me habló de unos pasadizos… En la biblioteca de su madre. He mandado investigarlos y ¿adivinas qué, querido Dekel?

—Llevan hasta la cabaña —acierta el Lord.

—Hasta la misma desde la que nos llegó la señal… Y a la que fue tu hermano. ¿Ha regresado?

—No lo ha hecho.

—¿Y bien? ¿A qué esperas? Te he traído lo que querías —espeta la mujer, mirando de manera agresiva a Lord Mosley. Hay algo más en sus ojos, un sentimiento que se desparrama con fiereza: celos—. Está claro que Donovan es un traidor, ha infringido las normas del

Rey y además, ha asesinado a tu hermano. Ahora haz lo que te pedí; acaba con ella.

Me envaro al escuchar sus palabras que, por otra parte, ya esperaba.

—Has estado enamorada de él todo este tiempo. Pero él nunca te ha amado —comprendo, llevándome una mano a los labios al darme cuenta de que lo he pronunciado en alto y no con la cortesía estipulada con la que alguien de mi condición debe dirigirse a alguien de la suya.

Acabo de decir una estupidez.

—¡¿Te atreves a dirigirme la palabra?! —chilla furiosa.

Empuja a Nahira, como si le molestara su mera presencia o cercanía, y mueve su varita en mi dirección.

Una maldición brota, similar a un proyectil, con el mismo sonido seco que hace un arma al dispararse. Antes de que logre dirigirlo, un hechizo punzante alcanza la mano de Lady Perkinson y le hace soltar la varita. La maldición sale disparada hacia el techo, provocando un feo sonido de piedra resquebrajándose y una lluvia de arenilla seguida de algunos trozos de mármol partido.

Mira, enfadada y asombrada, buscando al culpable. Al darse cuenta de quién la ha desarmado, estrecha los ojos.

—Tú. —Aprieta los dientes al dirigirse al Lord—. ¿Me atacas para defenderla?

—Es mía —dice únicamente.

—Soy tu prometida —grazna, sacudiendo con ira los puños al aire. Si el Lord estuviera de por medio, lo golpearía sin dudarlo—. ¡Y tu Tercera!

—Tendrás que pedirme permiso para matarla. Como te digo, es de mi posesión. Y tú, *solo* eres mi tercera al mando. No puedes tomar ninguna decisión sin que sea aceptada por mí antes.

—Eres un cabrón. Un mentiroso —grita—. Te he protegido de Dekel todo este tiempo, ¡de Marrox! Y así me lo pagas.

El Lord, por primera vez desde que hemos entrado al privado de Lord Mosley, rompe su máscara inexpresiva para esbozar lo que es un asomo de sonrisa.

—¿De Dekel dices? —inquiere, arrugando la frente al enarcar ambas cejas al tiempo que se gira hacia él.

Lord Mosley suelta una risotada. Tan oscura, malévola y amenazante como es él.

—No irás a creer lo que dice, ¿no, amigo? —se jacta.

Doy un paso atrás, poniendo distancia entre nosotros. Y luego, otro más. Me muevo despacio, no queriendo llamar su atención ni provocar que la situación se precipite. El peligro es inminente y puede venir de cualquier dirección. Así que hago lo que mejor se me da, prepararme para lo que esté por pasar.

—¿Tú también te la has estado follando? —dice por respuesta.

—¿Celoso? —interviene Lady Perkinson, hinchando el pecho con orgullo.

—No podría importarme menos a quién te tires, Tercera —niega Lord Blackwood, meneando la cabeza con cierta guasa.

Y aunque ambos Lords están demasiado ocupados midiéndose mutuamente, sin prestar atención a nada más, Lady Perkinson y su ojeriza conmigo le hacen percatarse de mis intenciones cuando cada vez estoy más alejada de escena.

Da un chillido, más parecido a un berrido, y se abalanza a recoger su varita.

El Lord, en un movimiento increíblemente veloz, logra desarmarla nuevamente, enviando su varita a la otra punta de la sala.

Su acción, sin embargo, activa también a Lord Mosley, quien aprovecha el momento para arrojar un hechizo del color del fuego contra él.

Aquí, la situación se precipita.

Lord Blackwood esquiva el ataque rodando por el suelo, pero deja de prestar atención a Lady Perkinson, quien aprovecha su distracción para emprender una furiosa carrera hasta donde estoy.

Trastabillo con mis propios pies y estoy a punto de caer. A duras penas consigo estabilizarme. Echo a correr, queriendo poner toda la distancia posible entre esa enferma mental y yo.

Mientras corro hacia varias mesas largas buscando refugio, los haces de luz de distintos colores cruzan la sala, en la rápida y mortífera batalla que están llevando a cabo ambos Lords.

Consigo alcanzar una de las mesas y, en lugar de rodearla, salto sobre ella para ganar tiempo. No he bajado aún para volver al suelo, cuando una mano se aferra a mi tobillo con un agarre ineludible.

Lady Perkinson tira de mi pierna hacia sí, haciéndome caer de cabeza al suelo y provocando que me golpee de manera violenta en numerosas partes.

Se sube a la mesa y prácticamente se arroja sobre mí, chillando histérica y lanzando mil improperios.

—Te voy a matar, Sangre Sucia. Voy a hacer lo que debería haber hecho hace mucho tiempo y no me dejaron. No mereces vivir. No mereces respirar nuestro mismo aire —grita una frase tras otra sin apenas pararse a respirar mientras sus dedos lanzan arañazos contra mis antebrazos, con los que a duras penas he conseguido cubrirme la cara para protegerme—. Eres una miserable, no tienes derecho a todo lo que Dony hace por ti. Nos ha puesto en peligro a todos. A todos. ¡Por ti! Maldita seas, Sangre Sucia inmunda. ¡Ahh!

El último chillido se transforma de ira a dolor.

Me atrevo a apartar ligeramente los brazos cuando siento que el peso de su cuerpo desaparece de encima mío. Alguien la ha quitado o se ha visto obligada a hacerlo.

Al mirar, me encuentro con que Nahira, a pesar de presentar el mismo aspecto que si un mamut descomunal la hubiera arroyado, está golpeando a la Sangre Pura con todas las fuerzas que le quedan.

—Jamás… Oses… Volver… A… Ponerle… Una… —dice entre golpe y golpe que le asesta en la cabeza a Lady Perkinson— Mano… Encima… A… Mi… ¡Amiga! —esta última palabra la acompaña de una ristra de golpes furiosos. Y así, puñetazo tras puñetazo, logra romperle la nariz.

Unos segundos después, su cabeza cae hacia un lado, inconsciente.

Nahira permanece aún unos minutos encima, con el pecho acelerado, igual que su respiración. Se mira los nudillos ensangrentados, como si regresara de un trance y se horrorizara al comprobar lo que ha hecho.

Después, se pone en pie a duras penas y camina hasta mí, ayudándome a levantarme. Abre los brazos para recibirme y me aovillo contra su pecho.

—Lo siento —es todo lo que puedo decir—. Ha sido mi culpa. No quería que tú…

—No iba a dejar que te hiciera daño —me corta. Hace un sonido de dolor cuando la abrazo con más fuerza.

—Lo siento —repito, apartándome para no seguir hiriéndola.

Nahira sonríe con tristeza.

—Estoy bien —me asegura—. Solo preocúpate por ver cómo salimos de…

No acaba la frase.

No le da tiempo.

Lady Perkinson, sigilosa como una sombra, se ha arrojado sobre ella y ambas ruedan por el suelo.

No se había desmayado, solo fingía. Y nosotras nos hemos distraído de manera absurda en una situación en la que teníamos que estar alerta y con todos los sentidos puestos en el peligro.

Pero no hay tiempo para lamentaciones. Hay que actuar.

Corro hacia donde están, o al menos tengo la intención.

Porque antes de que siquiera pueda soñar con poder separarlas, las manos de la Sangre Pura se colocan sobre las sienes de Nahira y giran su cabeza de manera violenta.

Se escucha un «*crac*».

Y después nada.

# Capítulo 48

## *Perder el control*

El mundo, extrañamente, parece ralentizarse.

Primero es el sonido. Se apaga. Dejan de escucharse los gritos y los golpes, ni siquiera soy capaz de decir si los Lords siguen arrojándose su magia para intentar acabar el uno con el otro.

Solo hay un zumbido. Sordo. Constante. Como si acabara de hundir la cabeza bajo el agua.

Es la misma sensación. De frío, de negrura. De ese tacto gélido que lo envuelve todo.

Después, pierdo el sentido de la visión. Queda difusa, quebrada, irreal. Como si mis ojos se negaran a enfocar lo que tengo delante. Como si, de ese modo, aún pudiera convencerme de que lo que estoy viendo no es cierto, de que ese cuerpo inerte no es el de Nahira. De que sus ojos, abiertos de muerte, volverán a cerrarse para pestañear. Y me sonreirá y dirá que no pasa nada.

Tiene que haber un error.

Mi pecho sube y baja con fuerza. El aire no alcanza. No llena mis pulmones.

Esto es lo único de lo que soy consciente ahora mismo.

De mi respiración acelerada.

De un gemido de dolor que escapa de mis propios labios.

De unas lágrimas ardientes que resbalan por mis mejillas, aunque yo no les haya dado permiso para hacerlo.

Gritaría su nombre, ordenándole que se levante y siga luchando, pero mi garganta está seca.

Doy un paso atrás.

Luego adelante.

¿Qué estoy haciendo?

«No iba a dejar que te hiciera daño», había dicho.

Y por evitar que me lo hicieran a mí, ella ha… Ella ha…

Ese sentimiento de desazón muy pronto se transforma en otra cosa.

En rabia.

En sed de sangre.

Mis sentidos dejan de vagar a la deriva.

Los sonidos se intensifican, resuenan tan alto que me ensordecen.

La visión se fija, pero lejos de ver la amplitud de la sala o cualquier otro detalle, lo único que veo es a ella.

*Ella*.

Nunca he deseado algo de manera tan violenta como ansío ahora su dolor.

Quiero que sufra.

Quiero que muera.

Apenas soy consciente de que hay una vibración. Está en el suelo. Pero de algún modo es como si reptara hasta mí. Como si quisiera fusionarse conmigo.

Y solo dejo que sea.

Permito que ese poder llegue a mí.

Y lo controle todo.

O más bien se descontrole.

Se transforma en un estallido. De ira. O de poder.

He cerrado los ojos porque su intensidad me ha taladrado las sienes hasta tal punto que he tenido que concentrarme para que el dolor no me hiciera desmayarme. Sé que he estado a punto de colapsar. Pero aquí estoy. Y cuando abro los ojos de nuevo y los vuelvo a clavar en Lady Perkinson, su rostro rezuma puro pánico.

En otras circunstancias, quizá hasta me conmovería.

Pero ahora mismo estoy lejos de tener un ápice de consideración por ella; pienso ofrecerle la misma que ella ha tenido con mi compañera.

Varios siseos impacientes atraen mi atención y cuando bajo los ojos me doy cuenta de que hay cientos de serpientes a mis pies. A la espera.

—Hora de cenar —musito.

Ellas entienden, sin necesidad de más palabras.

La Sangre Pura también lo entiende.

Echa a correr, tropezándose con los bajos de la túnica, y aunque su principal intención parece ser la de alcanzar su varita, pronto la descarta y huye en dirección a la puerta.

Sus dedos se aferran al picaporte. Y tan pronto lo hace, la primera serpiente la alcanza, clavándole los puntiagudos dientes en el dorso de su mano.

Lady Perkinson chilla. Suelta el picaporte, tratando de desasirse del agarre de la serpiente, pero ello solo provoca que las que le siguen salten también, clavándose en distintos puntos de su cuerpo: en los gemelos, en las pantorillas, en los antebrazos, en los bíceps. Las que van llegando reptan sobre las otras para llegar más arriba. Una le muerde la carne de la cadera, mientras una segunda se adhiere a su abdomen.

La Sangre Pura resbala y cae al suelo. Se golpea la cabeza con fuerza y pierde por un momento la consciencia, apenas un par de segundos, los suficientes para que el resto de reptiles lleguen a alcanzarla. Los mordicos ahora van dirigidos al pómulo, al labio inferior, al cuello, uno le alcanza el ojo izquierdo.

La agonía de la Sangre Pura es máxima y dura largos minutos. Sus chillidos inundan la sala, donde el resto parece haber perdido importancia y tanto yo como ambos Lords tan solo observamos su lenta y dolorosa muerte.

Un rato después, las serpientes se retiran.

Y entonces, un dolor agudo me atraviesa las costillas.

# Capítulo 49

## *Marcas en la piel*

Mis piernas se flexionan y caigo de rodillas hacia delante.

—Detente —escucho la voz del Lord.

A duras penas logro observar qué sucede. Lord Mosley me apunta, mientras un chorro ambarino cruza la sala desde su varita hasta mí.

El Lord le arroja algún tipo de hechizo y Mosley sale despedido hacia atrás. Choca contra una de las columnas, pero se levanta con una agilidad asombrosa, como si no hubiera sido más que un golpe tonto.

Trato de recuperar el ritmo normal de la respiración, ahora que siento que el dolor merma.

Lord Blackwood llega hasta mí, con la velocidad y el silencio que lo caracterizan.

—¿Estás bien? —pregunta con seriedad, inclinándose hacia mí para tenderme una mano.

Tengo el tiempo justo para percatarme de que Lord Mosley está haciendo algo a su espalda. Pronuncia unas palabras ininteligibles y, acto seguido, varias mariposas oscuras, las mismas que he visto en su trono, acortan la distancia que las separan del Lord y se incrustan en su espalda.

Yo he gritado, pero mi advertencia ha quedado congelada en el aire.

Él ahoga un grito.

Se queda lívido.

Cae hacia delante, frente a mí, y no se golpea la cara porque coloca las manos delante justo a tiempo.

Queda de rodillas, con las manos temblorosas manteniendo a raya el suelo.

Su cuerpo convulsiona de manera violenta.

Abre mucho los ojos, como si el dolor le impidiera seguir respirando.

Y ahora yo sí que chillo.

Porque leo la muerte en sus ojos.

Una lenta y dolorosa, como quizá la haya experimentado Lady Perkinson. Pero ella la merecía.

—¡Para ya! —rujo tan fuerte que casi me desgañito, mirando con ira a Lord Mosley, que solo sonríe como un niño pequeño al que acaban de concederle un festín de suculentos dulces.

El dolor que sentía es apenas un eco molesto, unas cosquillas punzantes que olvido con facilidad cuando la adrenalina me trepa el cuerpo como si se tratara de un ser vivo.

Me pongo en pie, y aunque las rodillas me tiemblan de manera vergonzosa, consigo dar dos pasos hasta Lord Mosley.

Al tercero, me congela con su magia.

—¿De verdad creíais que iba a ponértelo tan fácil, pequeña y frágil Velanith?

El Lord también me llamaba así, pequeña y frágil. ¿Por qué todos están obsesionados con recordármelo?

Igual que sucedió en el bosque, no solo estoy privada de movimiento, también de habla.

Lord Mosley se acerca a donde estamos, sonriendo con regocijo al ver el sufrimiento en las facciones de Lord Blackwood.

Se vuelve hacia mí.

—Las Aethemoras son unas criaturas fascinantes, ¿no crees? —suspira con fingida dulzura—. Fieles hasta su muerte, solo obedecen a su dueño. Y terribles armas en las manos equivocadas —añade con una petulante sonrisa—. Por suerte, las mías no lo son —dice esto y después rompe a reír.

«No necesita público, él solo se basta y se sobra», pienso indignada. «Qué persona más molesta».

Aunque también retengo la palabra que ha dicho, una desconocida para mí.

«Aethemora».

—Están sellando su poder, bloqueando cada uno de sus puntos de energía. No podrá volver a usar su magia. Jamás. En el caso de que sobreviva al bloqueo —sonríe, orgulloso—. Pero ya basta de jugar. —Se pone repentinamente serio, recordándome que solo es un lobo con piel de cordero—. Quítate esa ropa. Oh. No puedes, lo olvidaba. Déjame hacerlo por ti. Aunque no quisiera que te acabaras acostumbrando… —sonríe de manera oscura.

Chasquea los dedos, a lo que me siento levitar en el aire. Un par de sacudidas de sus manos y mi ropa se esfuma, dejándome con tan solo la ropa interior.

Enrojezco de manera violenta al ver cómo me observa.

—No estás mal, Sangre Sucia. Aunque ahora mismo lo que me intriga más es otro asunto.

Lord Blackwood ahoga un segundo grito y sus codos se doblan, incapaces de seguir soportando su peso. Suda a chorros, y todo ese sudor cae al suelo, resbalándole por la frente.

No aguantará mucho más. Tengo que ayudarle, pero ¿cómo?

—No te preocupes por él, tenemos cosas más importantes que tratar ahora. Después de todo, es solo un sucio y cobarde traidor… —sonríe al percatarse de mi agitación—. ¿Creías que no lo sabía? Habéis matado a mi hermano. Pero no te preocupes, ya pagarás por ello más tarde. —Acorta la distancia que nos separa para darme un par de cachetadas en el culo—. Ahora, vamos a ver qué esconde esa piel…

Mi primer pensamiento es que va a arrancarme la piel, a despegarla de la carne. Mientras atravesaba su Mansión he visto tal cantidad de atrocidades…

Si es lo que pretende, no podré hacer nada por evitarlo. No ahora, paralizada como estoy.

—Media vuelta —ordena. Mi cuerpo gira en el aire, dándole la espalda—. Buena chica.

Recita unas palabras, imagino que en el lenguaje de la magia del que habla siempre el Lord, porque no entiendo nada. Y un segundo después, mi piel empieza a arder. Pero no a arder como si tuviera calor, sino como si me acabara de colocarle brasas encima.

No puedo chillar, no puedo quejarme, pero mi cuerpo reacciona queriendo hacerlo y acabo mareándome del esfuerzo.

Quiero que deje de doler.

Si va a matarme, que lo haga ya.

¡Que lo haga ya!

Trato de soltarme de su agarre mágico, pero es imposible. No siento nada. Ni mi cuerpo ni nada. Solo dolor. Mucho dolor.

—Y ahí están… —susurra Lord Mosley. Me recorre un estremecimiento cuando lo siento posar las yemas de los dedos sobre mi espalda. La recorre, pasando por mis hombros, dibujando figuras sobre la piel. Como símbolos—. Hermosos… —Hace una nueva pausa, sin dejar de tocarme—. Sabía que eras una de ellas, una Descendiente del Velo. *La pequeña viva entre los muertos*…

Sus silencios me están poniendo tan nerviosa que por momentos olvido el horrible dolor que me provoca la quemazón.

—Ocultaron tus marcas para protegerte. Pero no hay nada que pueda ocultarse a ojos de los Descendientes de la Casa Erenhol. Nuestra Herencia de Sangre, nuestra maldición como muchos la llaman, nos permite ver secretos que para otros pasan desapercibidos.

Chasquea los dedos y caigo a plomo al suelo. Tardo unos segundos en comprender que ha roto el hechizo, el de inmovilización y el que me hería.

Varias mariposas se desprenden de mi piel, revoloteando por la sala. Solo que no son negras, sino de un dorado ambarino. Lejos de estar compuestas de oscuridad, se ven repletas de luz.

Lord Mosley las sigue con la mirada, sin poder disimular su curiosidad.

—Dicen que la sangre de Anekhri no solo te revitaliza, sino que te otorga poderes inimaginables —murmura hablando para sí.

«Anekhri», ¿eso qué idioma es?

—Como vivir eternamente —acaba la frase, clavando sus ojos oscuros en los míos cuando consigo levantarme.

—Si te entrego al Rey de los Brujos, él y su Legado vivirán eternamente. Y yo me granjearé su favor para siempre, además de ocupar el lugar que ese traidor mantenía como su mano derecha.

Seré el Segundo del Thêl Umbras, el Aquelarre más poderoso jamás conocido —anuncia—. Y tú, me servirás de diversión hasta que el momento del sacrificio llegue —añade con una sonrisa maligna.

El Lord avanza hasta mí y me sujeta por el cuello, alzándome un palmo del suelo para colocarme a su altura.

—Me pregunto cómo será el sexo con una criatura de sangre tan antigua como la tuya. Además, por lo que decía Samantha, sigues siendo virgen, ¿verdad?

Al ver la palidez de mi rostro, no son necesarias mentiras para tratar de ocultarlo.

—Esto mejora por momentos —se relame, arrojándome al suelo y obligándome a tumbarme.

Empiezo a lanzar patadas y puñetazos, gritando que se aparte.

—Me gusta que saques esa furia, eso me excita más —se regodea, luchando contra mí para inmovilizarme.

Me atiza un puñetazo que hace que la sala entera empiece a dar vueltas.

Al segundo intento por liberarme, tiro un cabezazo hacia su nariz para partírsela pero él acaba rompiéndome la mía.

La sangre sale a borbotones. Me mancha los ojos y al moverme me cae dentro de la boca.

Estoy muy mareada.

En un momento consigue sujetar mis piernas con sus rodillas y mis manos con una de las suyas. Levanta mis brazos sobre mi cabeza y con una agilidad pasmosa consigue sacarse el miembro de los pantalones, a lo que cierro los ojos con vergüenza y temor, mientras todo sigue dando vueltas.

—Por favor. Por favor, no lo hagas… —suplico, agotando la poca dignidad que aún conservo. Ya que fuerzas no me quedan.

—Llegamos a la parte más divertida —se jacta—. En la que tú ruegas y yo disfruto enormemente de lo que se siente al meterte la polla en ese coño apretado mientras intentas evitarlo. Y hay más —prosigue. Se reclina para pasar su lengua por mi rostro, lamiendo la sangre y provocando que me estremezca—. No seré prudente. No llevaré cuidado. Recordarás tu primera vez hasta el día en el que

mueras. Aunque, pensándolo bien, quizá no quede demasiado tiempo…

# Capítulo 50

## *Un daño irreparable*

Lo siento hurgar entre mis piernas. Muy brusco. Sin ningún tipo de pudor ni cuidado. Lo hace por encima de la muda, como si pretendiera adivinar qué encontrará bajo la ropa.

—Esto va a ser divertido —se relame.

—Ya lo creo que sí, hijo de puta.

Escucho la voz del Lord justo antes de que el hombre que hay encima de mí me llene de un líquido pegajoso y después se aparte entre gritos de dolor y maldiciones.

Abro los ojos. En algún momento los he cerrado. Siempre lo hago.

Lord Mosley tiene una varita clavada en el ojo, tan profunda que se lo ha destrozado por completo.

Aun con el mareo de los golpes recibidos y toda la sangre que he perdido, mis ansias por hacer justicia y escapar son más fuertes.

Consigo ponerme en pie.

Corro hacia él.

Con los puños por delante.

Sin vacilación.

Sin miedo.

Estoy medio desnuda porque iba a hacer cosas innombrables con mi cuerpo.

Y ya son muchas mujeres a las que les ha hecho lo mismo.

Y niñas. Y niños.

Cada vez que lo recuerdo se me revuelve el estómago.

No va a seguir haciendo daño.

Ese daño irreparable.

Como el que ha estado a punto de hacerme a mí.

Mientras corro, aparecen varias mariposas negras revoloteando a mi alrededor. Y al fijarme en ellas, acuden muchas más.

Mosley me mira con el único ojo que le queda.

Ya no hay diversión en su rostro.

Ni una pizca de esperanza.

—Es imposible… —murmura mientras ve cómo las mariposas negras, esas a las que él ha llamado Aethemora, se congregan a mi alrededor, a mi espalda, como un oscuro manto protector dispuesto a cualquier cosa por defenderme.

Ni siquiera me molesto en llegar hasta él primero. Dejo que ellas tomen la delantera.

—¡Atacad! —grito, señalándolo con el dedo para que se arrojen contra él.

Lord Mosley trata de cubrirse. Pero es absurdo. Las mariposas se le lanzan para atravesarlo, filtrándose en su cuerpo.

Él se retuerce, pálido de muerte, sin apartar su ahora único ojo de mí.

—Te he subestimado —masculla con las pocas fuerzas que le quedan, mientras me acerco, despacio, acortando los pocos pasos que nos separan.

Me detengo al llegar a su altura.

Ha caído al suelo y está arrodillado.

—Sí, lo has hecho. Todos lo hacen —asiento.

Un golpe seco a mi espalda me indica que Lord Blackwood ha perdido el conocimiento.

—No sobrevivirá. Solo yo puedo salvarlo —dice tratando de sonreír.

Lo miro unos segundos, barajando si lo que dice es verdad o solo una treta por intentar que lo mantenga con vida.

—Buen intento —murmuro, encogiéndome de hombros.

Después, le propino un codazo en la sien y dejo que se quede tirado en el suelo.

Corro hasta Lord Blackwood y con las pocas fuerzas que aún me quedan lo obligo a darse la vuelta.

—Sigues vivo —respiro aliviada.

—Ese tono de extrañeza —intenta bromear—, como si te sorprendiera que aún no esté muerto.

—Tienes suerte de que yo esté aquí —replico, ayudándolo a levantarse y haciendo que me pase el brazo sobre los hombros—. Tenemos que irnos. Dudo que tengamos mucho tiempo.

—Por el trono. —Se detiene en seco y niega, no dejándome avanzar hacia la puerta.

—¿Qué?

—Detrás del trono, hay un pasadizo que lleva a los túneles. Nadie nos verá salir al exterior. Solos los Lords sabemos de su existencia —dice de carrerilla, dando una larga bocanada de aire después—. No quiero asustarte, pero deberías dejarme aquí.

Enarco las cejas.

—¿Haciéndote el héroe en un momento como este? Típico de Lords —reniego, avanzando hacia donde está el trono.

Cuando al fin alcanzamos los túneles, lo obligo a sentarse en el suelo.

Él exhala debido al esfuerzo.

—¿Adónde vas? —me retiene, sosteniéndome por la muñeca en un movimiento increíblemente veloz teniendo en cuenta su debilidad.

—Tengo que hacer una última cosa antes de irnos —le explico.

—No tardarán en llegar.

—No tardaré —le replico con aspereza—. Si llegan y no he vuelto, marchaos sin mí.

—¿Intentando hacerte la heroína?

—Ya era hora de que una Sangre Sucia se encargara de salvar el mundo y pusiera a los vuestros en el lugar que os corresponde —le sonrío.

Él me sonríe de vuelta, haciendo un gesto de dolor. Está muy mal. No puedo perder más tiempo.

Corro lo más rápido que puedo, alcanzando la jaula que hay más próxima a mí. Tiro de la puertecilla.

—Vamos, eres libre. Corre hasta donde está el trono, escaparéis por ahí.

El niño, delgado en extremo y con unos ojos saltones y asustados, me mira sin comprender.

—¿Por qué? ¿Por qué haces esto?

Su rostro sucio y temeroso me conmueve. Le diría muchas cosas, como que me hubiera gustado salvar a alguien que ya no está, o que me hubiera gustado impedir las muertes de aquellos a los que Lady Perkinson mató por mi culpa. Incluso le abrazaría y lo estrecharía contra mi pecho, arrullándolo y diciéndole que lo peor ya ha pasado.

Pero no es el momento.

—¡Corre! No tenemos tiempo.

Así, uno a uno, saco a todos los pequeños.

Me permito un último momento, arriesgándome a que me pillen por mi insensatez, pero necesito hacerlo. Me acerco a Nahira. Su rostro está paralizado en una expresión de eterna sorpresa. Qué forma tan absurda de morir, tan imprevista. ¿Cómo no he podido evitar que…?

Las lágrimas vuelven a derramarse. Empapan la sangre seca de mi nariz y bajan juntas, manchándome más el pecho y el viejo sostén que llevo.

Me pongo de rodillas, acercándome *a mi amiga* para cerrarle los ojos y después dejar un suave beso sobre su frente.

Ella me amaba. Me ha estado protegiendo todo este tiempo. Y yo aun así dudaba de ella.

—Lo siento, Nahira —digo una última vez.

Después, corro hacia los pasadizos.

La falsa pared se cierra a mi espalda, dejándome frente a casi una veintena de ojos.

Nueve.

Había nueve pequeños, indefensos e inocentes criaturas atrapadas en las jaulas de esos salvajes. Lo que habrán tenido que ver, lo que habrán tenido que vivir… No puedo ni pararme a pensarlo.

—¿Milord? —pregunto, mirándolo—. ¿Por dónde tienen que ir? Ellos correrán más rápido que nosotros.

—Colocad vuestra mano sobre la pared y no la despeguéis en ningún momento. Girad siempre a la derecha. Derecha, ¿me habéis entendido? —Espera hasta que los niños asienten—. Llegaréis directos a una cabaña, cerca de la Fosa del Silencio. Allí nadie os buscará, de momento. Permaneced un máximo de tres días y después marchaos. Será uno de los lugares que registren.

Se lleva un dedo a los labios, pidiendo silencio.

Hay gente entrando a la sala del trono y los gritos de alerta se multiplican con celeridad.

—¡Buscadlos! ¡No pueden andar lejos!

Pronto dan el aviso de lo sucedido. De los muertos que encuentran. De nuestra desaparición. De las jaulas vacías. De su Lord malherido e inconsciente.

—Marchaos —susurra el Lord hacia los niños—. Siempre derecha.

Ellos asienten y se marchan entre sollozos. Algunos se vuelven a mirarnos, no muy seguros de si lo que están haciendo está bien.

—Sujeta esto —dice de pronto el Lord, sacando un objeto de su bolsillo.

—¿Una piedra? —pregunto con curiosidad, también en cuchicheos para que no nos descubran al otro lado.

—Un Lazo de Retorno. Te lleva al lugar al que estuvo vinculado por última vez, estés lo lejos que estés y haya pasado el tiempo que haya pasado —explica con celeridad.

—¿Y adónde vamos?

El Lord guarda silencio un momento.

Suspira.

—Al único lugar en el que no pueden encontrarnos. Sujétate.

Lo último que siento es que el suelo se evapora bajo mis pies.

Y después, desaparezco junto al Lord del mundo.

# Epílogo

## *Mansión Mosley, Sala del Trono*

Una figura atravesó la entrada de la sala del trono.

En la Mansión Mosley nadie sabía qué estaba sucediendo, pero las alertas se habían extendido hasta los rincones más inhóspitos.

La fiesta, a pesar de que prometía ser tan memorable como siempre, llegaba a su fin.

Y a Kirel no había cosa que más le molestara que el hecho de que lo dejaran a medias.

Por ello entró pisando fuerte, clavando los talones en el suelo al hacerlo. Gritó a varios guardias que encontró a su paso, recordándoles lo inútiles que eran y que su sangre emponzoñada, repugnante Sangre Turbia, era la vergüenza del mundo mágico y de la Mansión en la que vivían.

Pasó cerca de una Sangre Sucia con los ojos cerrados, seguramente muerta. También dejó atrás el cuerpo completamente mordido de Lady Perkinson, dejando salir un «Ughh». Nunca le había caído bien y, por desgracia, últimamente había tenido que verla más a menudo de lo que le gustaba, teniendo en cuenta que se beneficiaba a Lord Mosley.

Había un tercer cadáver en la sala, aunque ni se molestó en fingir que le interesaba saber quién era.

Se detuvo al llegar a la altura de Dekel, a quien encontró hecho un guiñapo en el suelo, lamentándose por la pérdida de su ojo, que yacía atravesado por una varita a sus pies. Alguien se lo había sacado, quizá él mismo no pudiendo soportar más el dolor.

—¿Qué ha ocurrido?

—El traidor y su putita —dijo sin más.

—¿No decías que lo tenías todo controlado? Has sido tú el que ha insistido en quedarse a solas —le recordó. Aun así, convino que

debía ser paciente e hincó una rodilla en el suelo para poder observarlo más de cerca.

—Me han pillado con la guardia baja —escupió.

No iba a admitir ni en esta ni en ninguna otra vida, que eran más fuertes de lo que había imaginado. Sobre todo ella, que había usado su propia Herencia de Sangre contra él. Un hecho inaudito.

—¿Por qué las Aethemoras parecen furiosas? —se interesó Kirel, ojeando alrededor. Las mariposas sobrevolaban la sala produciendo extraños zumbidos, como de abejas enfurecidas protegiendo a su reina.

—Ni idea —mintió—. ¿Puedes desbloquear mis puntos de energía?

—Mmm… ¿Qué?

—No hagas preguntas, solo hazlo.

—¿Vaaale? —Frunció el ceño, tratando de ocultar lo que le molestaba que le diera órdenes.

Hincó sus dedos, con más fuerza de la necesaria en realidad, en distintos puntos de la anatomía de Dekel. Cuando acabó, este dejó escapar un soplido de alivio.

—Lo que duele esa mierda.

—¿Y ahora qué? —inquirió Kirel con aburrimiento.

—Encuéntralos. —No hacía falta aclarar a quién se refería.

—¿Y luego? —Odiaba que le aguaran la fiesta, pero odiaba mucho más que le dijeran lo que tenía que hacer.

—Tráemela. A él puedes matarlo.

—¿Qué harás con la chica? —preguntó, acuciado por la curiosidad.

—Eso me lo reservo para mí —sonrió con malicia.

Kirel se alzó, cogiendo ventaja sobre la altura de Dekel.

—Lo haré —le aseguró—. Te vengaré, padre.

# Agradecimientos

Esta historia que tienes en las manos no habría visto la luz de no ser por mis increíbles **Lectoras -1**:

★ Roxy @librous90, cuya pasión, intensidad y exigencias hacen acabar los manuscritos a cualquier escritorucho.

★ Esther @esth.199, cuyas correcciones, obsesión con las comas y sugerencias dan aspecto profesional a cualquier escrito.

★ Sora @letrasvidaycorazon, cuya paciencia, entusiasmo y mimo animan a quien se le ponga por delante.

A mis maravillosas **Lectoras 0**:

★ Isa @isacat7

★ Patri @patghybooks

★ Estefi @lady.saylor.romantasy

★ Elis @elrincondeelis_

★ Nagore @nagotxu81

No tengo palabras para agradeceros todo lo que me habéis ayudado, inspirado, hecho cambiar, rectificar y ¡en fin! ¡Mil gracias!

A las integrantes del **Aquelarre Maldito**:

@mavi_bookslover, @carlamimi20, @gara_nix, @rosacue, @leyendo.a.ciegas1, @cucocandas, @lilibythblioteca, @vecagrace.escritora, @veronica.sandel, @leo_bookslover, @valkyrie_warrior7, @eva_murias, @nesilob, @books.with.helen, @lilith_lectora, @laurelleeyescribe, @pimpunete, @ratitaentrelibros, @merce.rosello, @nefertrini73, @gini8384, @rogarmel, @resinaconencanto, @cristinairiarte_escritora, @carolinatifa1789, @amayaysushistorias

Las frases o fragmentos que veis recogidos en el interior de este libro, son todas de ellas.

A **mi maquetadora** Kress.

A **mi portadista** Dani.

**A los lectores** que habéis cogido en preventa mi novela, dándome la oportunidad, yendo a ciegas conmigo.

**A mis amigas** que siempre me acompañan.

**A mi familia** que sabe que necesito escribir como el respirar.

A los que hacen que tengas que empezar de 0 sin darse cuenta de que es lo mejor que te ha podido pasar.

Y **a ti, querido lector**, que has llegado hasta este apartado.

Puedes dejar tu valoración en Amazon para ayudarme a crecer.

Si quieres escribirme, estaré encantada de hacerlo en mi Instagram: **@keiramoreau.escritora**

O por email: **keiramoreau.escritora@gmail.com**

Estoy deseando que conozcáis esta historia y lo que les depara a Cala y el Lord en la próxima.

¡Gracias por estar aquí!